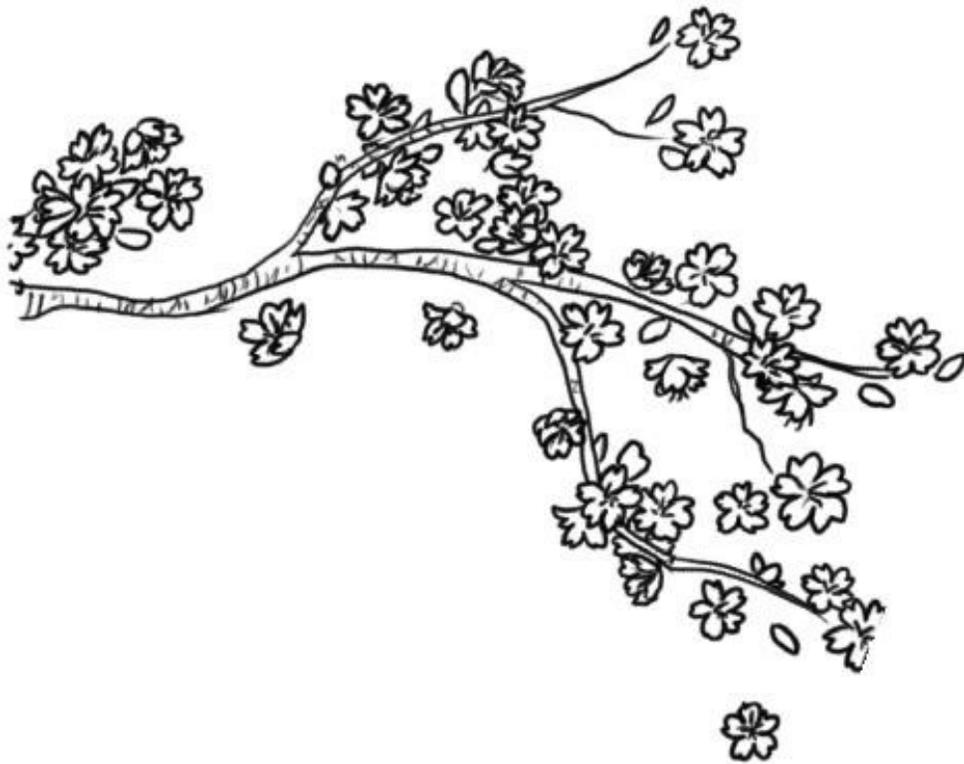


Desafiando

TOKIO



Rachel RP



Desafiando Tokio
Rachel RP

Título: Desafiando Tokyo

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©RachelRP

Primera edición febrero de 2019

Diseño de cubierta: RachelRP

©De la imagen de la cubierta: Adobe Stock

Maquetación: RachelRP

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura
coincidencia.

No mires la vida pasar, vívela.



Índice

Índice

Mejor, cariño, así pareces una señorita

Y vaya hijas de...

La señorita está en el despacho de su padre

Buenos días, cariño

Who are you?

A mí no me mires

Edificio, obras y fachada

Bueno, eso lo sabes tú

Pues a mí no me daría igual

¿Quién se ha perdido?

Eso es muy duro... Si lo sé no pregunto...

Espera, espera...

Yo tengo algo ahorrado

Nada que te interese.

No puedo dejarla así...

¿Y eso es tan gracioso?

Te tengo

Conmigo también se meten

¿Ya me quieres agobiar?

Vete antes de que se arrepienta

Entonces tendré que conquistarla

Yo también lo creía

A ti te lo parecen todas

Te lo prometo

Ya no

No es su culpa, es mía

¿Vas a ir a por Mayarin?

[Eso lo sé, lo que no sé es vivir sin ella](#)

[Marca el número y verás](#)

[Veo que ya no eres tan valiente](#)

[Agradecimientos](#)

[Redes Sociales](#)

[Otras obras en Amazon](#)

Mejor, cariño, así pareces una señorita

—No me puedo creer que llevemos un mes aquí —dijo la señora Lincon, pasándose la mano por su pelo castaño oscuro—. Mañana vas a empezar las clases Mía, espero que te comportes. Sabes que te quiero, pero ya no estamos en España. Japón es un país muy diferente, con costumbres distintas. Pero, sobre todo, tú eres alguien fuera de su realidad, una persona que no acostumbran a ver por aquí, así que prométeme que serás la princesa que sé que eres, de verdad, Mía, necesito quedarme aquí...

—Sí, mamá, no te preocupes —contestó Mía sin mirarla, harta ya de escuchar la misma canción cada día—, de verdad. Yo sé que esto es importante y lo haré bien. Además, aquí la gente es muy agradable, el señor Maeda me cae muy bien y seguro que su hijo también.

—Recuerda que llega hoy de sus vacaciones de verano, así que cenaremos por primera vez todos juntos.

—Okey. Ya verás como todo sale bien, mami. Y no habrá nada más de que preocuparse.

Mía se despidió de su madre dándole un beso en la mejilla. Sabía que las cosas no serían fáciles por allí, pero al menos pudo ver algo que no veía desde hacía meses: vio sonreír a su madre.

Se acercaba la hora de la cena y Mía ya se había duchado. Desde que llegaron, el señor Maeda les dejó la casa de invitados de manera indefinida y gratis, así que no había de qué quejarse.

Cerró la puerta del baño y se dirigió a su habitación. La casa era la réplica de un hogar tradicional: su planta era en forma de “U”, los suelos de madera y, en el centro, había un hermoso estanque con peces naranjas y rojos. El baño se situaba en una de las esquinas de la casa, y las habitaciones al final de la “U”, así que tuvo que atravesar el salón y la cocina antes de llegar a su cuarto. Su madre, parada justo al otro lado en la puerta de su habitación, la observaba a través de los cristales que hacían la función de pared, pero que daban la libertad de ver todo en gran ángulo.

Mía caminaba secándose el pelo con la toalla. Había visto a su madre en el otro lado, pero se hizo la despistada y siguió secándose su largo pelo negro, hasta que llegó a su cuarto y cerró tras ella la puerta. Estaba segura de que su madre le hubiera metido prisa para vestirse y terminar de arreglarse porque faltaban dos horas y podrían llegar tarde; era una neurótica del tiempo.

Tiró la toalla sobre la silla frente al escritorio a su derecha y se sentó en la cama, al fondo de la habitación. Las paredes eran rosas y la ropa de cama también; el escritorio, justo al lado del cabecero, era blanco, en cambio la silla era rosa. El armario, que ocupaba toda la pared que tenía justo enfrente, era de tonos rosas y blancos.

El señor Maeda lo mandó pintar cuando supo que venían. Era bonito, la verdad. A Barbie le hubiera encantado, pero Mía no era de ese tipo de chica, aunque había que aguantarse, al fin y al cabo era gratis.

Se secó el pelo con el secador y, mientras, abrió su portátil y conectó el *Messenger*. *Clin Clin Clin*. Sonrió, Michael estaba conectado.

Michael: Hola, Kitty, ¡qué alegría verte conectada!

Mía: Alegría la mía que por fin coincidimos. Llevaba días abandonada por ti, triste y sola, varada en este mar amarillo... :-)

Michel: No seas exagerada, sabes que aquí empiezo las clases y mi padre

está muy pesado con que aprenda a relacionarme con grandes magnates jugando al golf. Y ¿cómo te va por allí? ¿Te tratan bien? ¿Tengo que patear algún culo?

Mía: Jejejeje aún no, pero esta noche regresa el hijo del jefe de mi madre y me toca cena familiar, o como lo quieras llamar. Mi madre se ha convertido en su mano derecha y se pasa el día intentando que todo vaya bien aquí. Deberías ver esto, luego te paso las fotos de la casa, es increíble. Bueno, tú tienes una parecida, pero esta es como un museo Ming, jejejeje.

Michael: y tu madre, ¿cómo lo lleva?

Mía: Bien, me pide que me reprima, así que no puedo ser yo. Creo que tiene miedo de que me saquen del país o algo así, seguro que aquí no son todos príncipes y princesas como me quiere hacer ver.

Michael: ¿Y sobre lo de Carlos?

Mía: Bueno, aun no puede hablar libremente de ello, casi la mata de una paliza por celos, menudo bicho el tío. Menos mal que el señor Maeda, su jefe, se enteró de todo e inmediatamente hizo que lo detuvieran. Él se empeñó en que nos mudáramos aquí casi de un día para otro, y mi madre no quería hacer otra cosa que correr en la dirección contraria de ese tipo. Así que mal no estamos, pero para tirar cohetes tampoco.

Michael: ¿Has hablado con Marc?

Mía: No, desde que lo dejamos he preferido no saber nada de él.

Michael: Supongo que es mejor. ¿Cuánto llevabais Marc y tú?

Mía: Desde el Pleistoceno más o menos jeje, a ver, hago dieciocho en octubre así que desde los quince... casi tres años. Esto sería más difícil si aún estuviera con él. Tengo que reconocer que venir al otro lado del mundo no me pareció tan mala idea. Después de todo, ¿qué podría recordarme a él

aquí? Y, ¿qué me retenía a mí allí?

Michael: Oh! Gracias por la parte que me toca. Total, estar desde las ocho enganchado al Messenger para hablar contigo no es nada, casi dos horas que llevamos, ¡muñequita!

Mía: Qué tonto eres, tú eres mi mejor amigo y sé que estarás siempre, lo de Marc es... espera, ¿son las siete? AHHHH!!!! En media hora tengo que cenar y ¡aún no me he vestido!!!!

Michael: ¿enciendes la web cam? Jajajajajaja

Mía: muy gracioso, me piro, espero que mi madre me regale el Iphone por mi cumple y te machacaré a wassaps. Besicos, guapo.

Michael: Besicos, Kitty.

Mía sabía que si llegaba tarde su madre no dejaría que viera el amanecer de nuevo. Se apresuró a sacar del armario su ropa, vaqueros ceñidos, camiseta negra de tirante ancho y los Mustang. Se miró al espejo, vestida así parecía la chica mala de las películas, la camiseta realzaba su pecho, más grande que el de la mayoría de chicas de su edad. Siempre estuvo un poco acomplejada por ello, hasta que Michael la convenció de que su mayor defecto físico era una bendición para una adolescente.

Los vaqueros de talle bajo no dejaban nada a la imaginación, y sus tacones la hacían sentir superior. Tenía un cuerpo bien moldeado por el deporte, y su pelo largo caía hasta la mitad de su espalda, negro y liso. Al menos pasaría desapercibida en ese sentido en Japón. Mientras se miraba, su madre tocó la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó asomando un poco la cabeza.

—Sí, entra si quieres, cojo mi chaqueta y vamos.

—No pensarás ir así, ¿verdad? —le dijo mirándola de arriba abajo.

Mía la miró con cara de cordero, con las prisas y la distracción de Marc en su cabeza se había olvidado por un segundo de dónde estaba y a dónde iba.

—Lo siento, me equivoqué de lado del armario —contestó, poniendo su mejor cara de niña buena.

Mía había organizado el armario de dos puertas en dos secciones: una era la ropa que ella se trajo y la otra la que se debía poner aquí.

Se quitó los vaqueros y la camiseta, se lanzó dentro del lado “princesa” del armario y sacó un vestido de florecitas que le llegaba por la rodilla, de tirantes. Cogió unas manoletinias planas y una rebeca blanca y se volvió a mirar al espejo.

—Mejor, cariño, así pareces una señorita —le dijo su madre con una amplia sonrisa.

—Sí, mamá, mucho mejor. Para qué dejar saber al mundo que tengo casi dieciocho.

—Mía... ya hemos hablado de esto. Aquí es diferente, solo adáptate, no quiero que dejes de ser tú, solo que seas un poco menos tú —se acercó y le besó la frente sonriendo.

—Mamá, esto me va a costar mucha terapia... —contestó Mía riéndose.

Ambas rieron y salieron de la habitación cerrando la puerta. En la entrada principal había una especie de carrito de mini golf a todo lujo, con chófer, que las llevaría a la mansión. Aunque se encontraba a pocos metros, el señor no quería que fueran andando, ellas eran importantes, al menos para él.

Y vaya hijas de...

— **N**o me puedo creer que el hijo de tu jefe no se presentara anoche a cenar, mamá —comentó Mía mientras se preparaba una tostada.

—Es normal, Mía, volvía de vacaciones y no le apetecería cenar con nosotros, sino descansar. Después de todo, hoy empiezan las clases —intentó disculparlo disimuladamente, sin mucho éxito—. No tardes en desayunar que te espera en la puerta principal para llevarte.

—Se llamaba Ryo, ¿no? Me pregunto si el señor Maeda le echaría mucha bronca por no cenar con nosotros. Tú que lo conoces, ¿qué me dices de él? —preguntó Mía intrigada.

—Bueno, conocerlo tampoco es la palabra. Acompañaba a su padre en algunas visitas, pero era un niño que no se dejaba conocer, tímido y siempre rodeado de guardaespaldas; pero, por lo que me contaba mi jefe, era un buen chico.

—Amm, o sea, un niño de mamá, ¿no?

—No exactamente, su madre lo abandonó por irse con otro hombre cuando era muy pequeño, así que es normal que sea tímido.

—Bueno, a mí me faltó padre y mira qué bien he salido, qué sociable y qué simpática —contestó Mía, poniendo pose de modelo.

Ambas rieron y terminaron sus desayunos. Mía se levantó de la isleta central de la cocina y recogió su plato y su vaso. Se acercó a su madre, le dio un beso

en la mejilla y cogió su mochila para dirigirse a la escuela.

Se fue hacia la puerta principal por el jardín, rodeando la gran mansión. Desde el lateral podía ver la gran escalinata de la entrada y al personal del servicio sujetando una chaqueta y una mochila. Mía se detuvo cuando, de repente, todos se irguieron. La gran puerta se abrió y Ryo apareció.

«Así que este es Ryo. Bueno, es guapo, moreno, alto, bronceado...» Mía se encontraba enumerando las cualidades, cuando se dio cuenta de que todas las personas del servicio que estaban paradas en la puerta estaban sujetándole a él sus cosas, como a un niño pequeño.

—¡Oh! ¿En serio? ¿De verdad toda esa gente está ahí porque el niño no sabe coger sus cosas solito? —dijo Mía, pensando en voz alta.

—Y no solo eso —replicó una doncella del servicio, poco mayor que Mía—. Si viera cuánto personal necesita para él solo, el gobierno le agradecería su existencia. Tienen casi todo el paro del país controlado gracias a él.

Mía se volvió del susto y la sirvienta enrojeció.

—¡Oh! Lo siento, no debería decir eso de mis patrones. Discúlpeme, no volverá a suceder —dijo la muchacha entre sollozos.

—*Sip*, no deberías decir eso de tus patrones —la joven sirvienta contuvo su respiración—, pero si es verdad, es verdad. Eso sí, intenta no decir muchas verdades en voz alta —rio Mía—. Me llamo Mía Lincon —dijo con una gran sonrisa extendiendo su mano.

—Yo me llamo Sayumi. Llevo poco tiempo aquí, pero te he visto en el jardín, leyendo. Si necesitas cualquier cosa avísame, ¿de acuerdo?

—Gracias. Oye, ¿qué coche lleva Ryo? Es que me toca ir con él hasta que cumpla los dieciocho y me saque el carnet.

—Pues tiene un deportivo verde pistacho —contestó Sayumi emocionada.

—Ya me imaginaba yo que un Corsa no llevaría... —replicó por lo bajo Mía.

—¿Un qué?

—Un coche muy popular en mi país por ser económico y bastante bueno —aclaró sonriendo.

Se oyó rugir un motor y Mía se giró abriendo los ojos de par en par. Ella imaginaba el típico coche de niño rico, no un Lamborghini Aventador. Ryo bajó la escalinata mientras un joven del servicio bajaba del auto y le sostenía la puerta para entrar. Miró en la dirección de Mía, y esta echó a correr hasta el auto y se metió en el asiento del copiloto.

—Gracias por llevarme a la escuela. Me llamo Mía, y seré tu copiloto durante el próximo mes hasta que me pueda sacar el carnet. Vengo de España. Mi madre, bueno, a ella la conoces. Estuvimos esperándote para cenar anoche, supongo que estarías cansado. Me gusta tu coche, es realmente genial, y el color muy bonito, y... —Mía no paraba de hablar, pensó que si no le dejaba el turno de palabra por su timidez, a él le sería más fácil.

—Mira —empezó a decir Ryo—, simplemente cállate y sonríe al pasar por las cámaras de la salida, así mi padre estará tranquilo. —Mía obedeció y sonrió, pensando en que parecía estúpido sonreír a la cámara de seguridad, pero bueno—. Y, por supuesto, no toques nada del coche, ni bajas la ventanilla, ni respires, no estoy de humor hoy.

—¿En serio? —preguntó sarcásticamente Mía.

La cara de Mía se tensó. ¿Dónde estaba el niño bueno y tímido? ¿Se lo habría tragado este idiota? Decidió hacer un esfuerzo y mirar por la ventana. Con ese coche, el trayecto no duraría mucho y no le apetecía discutir tan temprano.

Ryo aceleró por las calles de la gran ciudad hasta llegar al recinto amurallado. Era un instituto privado de niños ricos, allí iban desde que salían del colegio hasta que terminaban sus estudios e ingresaban en la vida laboral. Tenía una gran verja con identificador de matrícula, y una garita con un policía apostado al lado del identificador digital que vigilaba que la barrera bajara en cada comprobación. Se notaba que allí iban hijos de personas demasiado importantes.

Nada más cruzar la verja, y tras pasar la barrera, Mía observó un camino amplio asfaltado que tenía como un kilómetro de largo, con grandes extensiones de hierba a los lados y, al final, una gran fuente que parecía servir de rotonda de salida para los chóferes de los más jóvenes. Ryo detuvo el auto y se giró hacia Mía.

—Bueno, hasta aquí te dura el paseo, bájate y a la salida te veo aquí. No voy a ser tu amigo ahí dentro —dijo señalando al edificio del fondo—, si me hablas no te contestaré, y si dices que vives en mi casa, nadie te creerá.

—¿Tienes la regla? —Los ojos de Ryo se agrandaron, era algo demasiado íntimo como para que una chica lo hubiera nombrado a la ligera—. ¿Y la goma, el lápiz, los cuadernos? —Mía intentó disimular que no había hecho referencia a eso. Su madre ya le advirtió que por aquí la intimidad estaba muy valorada.

—¿Estás loca? ¿A qué viene eso? ¿Me has oído? Ya se te ve la cara de estúpida, no durarás aquí ni dos meses —dijo Ryo con cara burlona.

—Sí, sí lo he oído.

«Voy a arrancarle la cabeza y patearla hasta llegar allí, y después de vuelta». Mía estaba furiosa, pero recordó lo que su madre le dijo que hacían las “princesas”, puso sus dos manos en su cara como si estuviera llorando, salió del coche y echó a correr. No lloraba ni tenía intención de hacerlo, pero pensó que ya tenía suficiente con ser tarado mental como para hacerlo tarado físico.

—Ni dos meses vas a durar —repitió Mía imitándolo en voz alta—. Ni dos minutos me durabas a mí, ¡idiota! No me puedo creer que me haya dejado aquí con la hora que es.

No le quedaba alternativa, así que echó a correr intentando que su uniforme no se arrugara demasiado. Al llegar, se dirigió a la puerta principal, allí había un gran grupo de chicas sacándose fotos con sus móviles. Mía se acercó sonriendo en un intento de integración, pero cuando las chicas la vieron, se giraron y le dieron la espalda.

—Perdón, podéis decirme... ¿Dónde tengo que ir? Es que es mi primer día y no tengo mucha idea —la voz de Mía era la dulzura personificada, pero las chicas la ignoraban como a un gato callejero—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —volvió a preguntar Mía, esta vez alzando un poco más la voz. La reacción fue la misma—. ¿Me estáis ignorando? Qué fuerte, y no me conocéis. Pues nada, que paséis buen día panda de arpías.

La chica que estaba en el centro del grupo la miró y todas hicieron un pasillo hasta Mía.

—A ver, extranjerita. No nos gustas, no perteneces aquí, y no solo hablo del país, lo cual es obvio —todas rieron por lo bajo—. ¿Crees que no te conocemos? A ver, te llamas Mía Lincon, vienes de España, a tu madre le

dieron una paliza y gracias a eso tú ganaste una beca para estudiar aquí...

—No te pases con mi madre, y yo no tengo ninguna beca. Mi colegiatura está pagada íntegramente, pero si la tuviera, ¿qué? —replicó Mía con furia en la mirada.

—Cielo, que no tengas una beca no significa que no seas becada. Ya sabemos que te lo pagan y... ¿Cuál es la definición de beca? ¡Exacto! Así que, por favor, el tiempo que andes por aquí, no molestes. No creo que sean más de dos meses, pero no molestes —dicho esto, la chica se giró y entró al edificio. Todas las demás le siguieron como un séquito.

«Pero ¡qué manía con los dos meses! Y vaya hijas de...»

—Perdona, me llamo Meiko. No les hagas caso, si me dices qué clase tienes yo te indico el camino.

—Pues muchas gracias. Me llamo Mía, y tengo las clases en el aula 201-C.

—De acuerdo, sígueme. Estás en mi clase, y en la de ellas, así que una recomendación: sé un fantasma y no tendrás problemas, ¿vale? —le comentó mirando tristemente el camino por donde había desaparecido el grupo de arpías.

Mía se la quedó mirando con cara extrañada. Aquella chica morena, de ojos rasgados, color marrón, le estaba diciendo que fuera un fantasma. No sabía si hacerle caso o pensar que estaba loca.

Meiko, al ver la cara sorprendida de Mía, decidió explicarle cómo iban las cosas en el colegio mientras caminaban por un pasillo largo. A cada lado del pasillo había una fila de aulas, y al final unas escaleras que conducían a los demás pisos. Subieron al segundo y anduvieron por otro pasillo que daba a un

patio central a través de unas barandillas. Todo era de colores sobrios y no había el más mínimo detalle descuidado: había flores en los jarrones, césped en el patio, pistas de varios deportes que se veían a lo lejos, y un sinfín de cosas que nunca pensarías encontrar en un colegio.

—Bueno —prosiguió Meiko—, aquí encontrarás a todos los grandes herederos de las compañías de Japón y, como debe ser, ya tienen sus propios grupos, con un líder. Si quieren hablarte, lo harán ellos. Si quieren saber algo de ti, lo sabrán. Y si quieren algo de ti, lo sabrás. Pero nunca debes ser tú quien dé el primer paso. Aquí hay una jerarquía muy bien definida y, aunque algunos han intentado saltarla, pocos lo han conseguido. Y aun menos han logrado su objetivo.

—¿Y qué pasa con los que no lo logran? —preguntó Mía.

—En el mejor de los casos deciden irse por su cuenta. En el peor, aguantan hasta el final del curso y se van, pero de esos hay solo uno o dos, y fue porque estaban a pocos días del final.

—Pero... ¿qué pueden hacer tan grave como para que aquí la gente quiera tomar represalias tan grandes? —preguntó Mía, totalmente desconcertada.

—Existir ya es una molestia para muchos, como habrás comprobado con Charlotte, la chica que te cruzaste en la entrada.

—Ah, así se llama la princesita. Bueno es saberlo, para cuando la mande a tomar por... —Mía se calló y recordó que debía comportarse—, para cuando le tenga que decir algo.

—Mejor evita decir nada, no cruces palabras con ella, ni miradas —dijo en un tono serio.

—Y, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Dime, qué quieres saber.

—¿Tu dónde estás situada en todo esto? —preguntó moviendo su mano en círculos.

—Pues... Es algo personal. Te hablo desde la experiencia, tú hazme caso y todo irá bien.

—¿Pero eres de las ricas o de las becasas? —insistió Mía.

Meiko no pudo contestar, o no quiso, porque sonó el timbre y tuvieron que entrar a clase.

Mía se quedó parada en la puerta trasera del aula, era para unos 20 alumnos, y tenía la pared que daba al pasillo con unas ventanas desde donde se podía ver todo. Había una puerta que daba a la pizarra y otra para entrar por el final, ambas abiertas y con gran ajetreo de chicos y chicas entrando. Los pupitres eran más grandes que en su antiguo colegio, de madera e individuales, que perfectamente podrían haber sido escritorios de casa más que de colegio.

Estuvo tanto rato paralizada que se quedó sola en el pasillo. Al reaccionar, se dirigió a la puerta trasera. Desde allí vería qué sitios libres había y podría sentarse tranquilamente, pero cuando fue a pasar Charlotte apareció en el umbral cerrando la puerta por dentro, y dejándole a Mía con la única opción de pasar delante del profesor y todos sus nuevos compañeros.

Pasó por las ventanas del aula y vio la sonrisa de Charlotte, pero eso no fue lo que más le preocupó: no se había dado cuenta hasta el momento de su aspecto con ese uniforme y, desde luego, gracias al reflejo de sí misma que veía en el cristal sabía que no le favorecía. El conjunto era una camisa blanca con cuello

redondo y una falda de tablas negra por debajo de la rodilla, con sus zapatos negros y calcetines blancos.

Era ridículo hasta un grado inimaginable, pero lo peor fue cuando al entrar se dio cuenta de que era la única que lo llevaba de esa manera. Charlotte se levantó de su asiento y pidió permiso al profesor para presentar a Mía como si fueran amigas. Se situó justo a su lado, para que la comparación fuera más obvia, y la clase entera se rio. Ella llevaba la falda un palmo por encima de las rodillas, la camisa abierta enseñando más de lo que a Mía le hubiera gustado ver, con tacones negros y bien maquillada.

Mía solo quería que la tierra se la tragase, así que cuando terminaron de presentarla (o ridiculizarla), se dirigió al pupitre situado al fondo de la clase, al lado de la ventana. Sacó sus libros y esperó a que el fin del mundo llegara pronto. Pero en vez de eso, la clase pasó casi sin darse cuenta, se metió en su “mundo de colores”, como a ella le gustaba llamarlo, y no levantó la cabeza hasta que el timbre sonó de nuevo. Entre clase y clase había unos cinco minutos de pausa, a cada clase que pasaba recuperaba su confianza y fue levantando la vista observando a sus compañeros. Buscó a Ryo pero, por suerte, no estaban juntos. Meiko estaba en la primera fila y tampoco se levantaba entre clases, así que hasta la hora de comer no volvió a hablar con ella.

—¿Cómo lo aguantas? —preguntó Mía acercándose al pupitre de Meiko.

—Simplemente dejo que pasen las horas. Siento no haberte defendido a primera hora pero es mejor no liarla más grande.

—Tranquila, no me conoces así que no espero que des la cara por mí, pero... ¿por qué nadie lleva el uniforme reglamentario?

—Porque ese uniforme es el estándar por así decirlo, el básico. Así saben cuándo una nueva es becada, porque no se enteran de que lo pueden “modificar” hasta que pasan por lo que has pasado tú hoy. Es una forma de marcar territorio.

—Ammmmm, pero ellas ya sabían quién era yo —comentó Mía extrañada.

—¿Lo sabían? Eso es más raro, no se preocupan de nadie hasta el primer día. A menos de que tú tengas algo que no les guste a ellas —dijo Meiko entornando la cara a modo pensativo—. La pregunta es... ¿Qué te hace un blanco para ellas?

—¿Y me preguntas a mí? No sé, será que soy extranjera —contestó Mía encogiéndose de hombros.

—No, eso no es, porque los extranjeros tienen trato preferente aquí por el tema de que luego serán aliados en las empresas que hereden, ya sabes, hay que expandir el mercado fuera del país y qué mejor que con tu amigo del “insti”.

—Pues entonces, no sé. A ver, vengo de España, mi madre vino aquí después de que su ex novio le diera una paliza —Meiko se quedó mirando a Mía con cara sorprendida—. Sí, yo lo hubiera matado, pero en vez de eso, el señor Maeda nos trajo a vivir a su casa y...

—¿El señor Maeda? ¿El padre de Ryo? —preguntó Meiko doblemente sorprendida.

—Sí.

—Pues ahí lo tienes. Charlotte lleva desde el parvulario soñando con su boda con Ryo y ahora llegas tú y te metes a vivir con él —explicó Meiko en voz

baja.

—Para, para, para. Que yo no vivo con él, ni bajo su techo, vivimos en la casa de invitados.

—Pues parece ser que para ella es lo mismo, así que ándate con ojo, de verdad, puede dar miedo si se lo propone.

Mía se quedó desconcertada, no sabía qué pensar. ¿Por qué le iban a tener manía solo por ser vecina de ese cretino? Cuando quiso preguntar más se dio cuenta de que Meiko había desaparecido, y se limitó a comerse su almuerzo. Aunque había una cafetería, prefirió quedarse a comer en el aula la comida que se había preparado en casa.

El resto de la mañana transcurrió sin incidentes. Al llegar la última hora se quedó mirando la ventana mientras todas las chicas chillaban como locas. Enfocó su mirada y vio a Ryo con unos chicos. Había que reconocer que no estaba mal, la chaqueta del uniforme le sentaba muy bien.

Unas chicas se situaron justo en la ventana anterior a la que Mía se asomaba, y escuchó cómo hablaban de él y sus amigos. Por lo visto, Ryo tenía veintiún años recién cumplidos y la fiesta que dio fue súper exclusiva, nadie de este curso había acudido a excepción de Charlotte. «Dios los cría...», pensó Mía. Entonces cayó en la cuenta de que Ryo era mayor que ella, y aún le pareció más estúpido. Todas gritaban y les sacaban fotos como si fueran estrellas de cine. Mía se acercó a la mesa de Meiko, que era la única que seguía sentada. Su pupitre estaba en la primera fila y lo tenía lleno de libros ordenados perfectamente.

—Perdona —dijo Mía tocando su hombro.

—Dime.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué todas chillan? —preguntó Mía señalando a las chicas de la ventana.

—Es por los chicos, seguro que son Ryo y sus amigos.

—Sí, son ellos. ¿Pero qué ocurre con eso?, no lo entiendo. En mi país no gritamos al ver a un chico a menos que esté en un escenario vestido de bombero —dijo Mía esbozando una amplia sonrisa.

—Es por la emoción. Aquí las chicas no se atreven a acercarse a ellos, son como estrellas de cine, y solo se les ocurre chillar y hacerles fotos —contestó Meiko aburrida.

—Ammmmm, muy inteligente. ¿Y estas son las líderes del futuro? —replicó Mía, mirándolas de nuevo sorprendida.

—La mayoría serán las esposas de los líderes del futuro —dijo Meiko sonriendo con complicidad.

—Eso ya me parece más lógico. ¿Y tú qué quieres, ser líder o esposa?

—Pues ambas, pero no sé si eso se pueda, no es tan fácil sin dinero...

El timbre volvió a sonar y Mía volvió a quedarse con la duda de lo que ocultaba Meiko. La última clase fue la más pesada, pero al oír el timbre recogió todas sus cosas y salió corriendo hacia la entrada donde había quedado con Ryo. No le hacía ninguna gracia tener que obedecer como un perro a ese tío, pero debía comportarse y, si eso incluía perder la dignidad, pues la perdería, ya la recuperaría más adelante.

Al atravesar el umbral de la clase, Mía se giró y se despidió de Meiko, quien

aún estaba recogiendo meticulosamente sus cosas. Se grabó en la mente la tarea de sonsacarle qué ocurría con ella y esa escuela, pero eso lo dejó para el día siguiente.

Recorrió el pasillo, bajó las escaleras y anduvo a paso ligero por el pasillo de la primera planta hasta llegar a la recepción del edificio. Se paró en seco al ver cómo una especie de mayordomos esperaban en la puerta, con grandes paraguas negros, para acompañar a los estudiantes a sus coches sin que una sola gota los rozara.

«Fantástico», pensó Mía. Si Ryo no la quería en su coche, menos la querría empapada. Lo buscó con la mirada y, cuando se cruzaron, él la miró con actitud altiva y, por supuesto, como a una desconocida.

«Bueno, si a él no le gusto, el mundo no se acaba. A mí tampoco me gusta él. Será mejor que pida un mapa y averigüe cómo llegar a casa, por si acaso. Que con los tontos uno nunca sabe por dónde van a salir».

Mía se acercó a uno de los mayordomos que sujetaban paraguas y le pidió las indicaciones necesarias para llegar a casa. Menos mal que su madre le había obligado a apuntarse en la agenda la dirección y el teléfono, por si algo ocurría.

—Entonces, salgo de aquí y recorro todo este camino recto hasta esta calle —dijo Mía, repitiendo las explicaciones que había recibido y esperando haberlas comprendido—. Aquí tomo el desvío hacia la derecha, recorro tres manzanas más, giro a la izquierda y al final de esta calle se encuentra la dirección, ¿no?

—Eso es, señorita. ¿Quiere que le llame a un taxi? —preguntó el mayordomo muy educadamente.

—No, gracias. Debo ir primero a otro sitio y después lo llamo yo. Que tenga un buen día —se despidió Mía.

—Igualmente, señorita —contestó con una reverencia.

Mía observó el mapa que le había dado, lo dobló y lo guardó dentro de su mochila.

Iba a ir hasta el punto de encuentro con Ryo. No tenía muchas esperanzas de encontrarlo, pero no iba a quedarse con la duda. Y sabía cómo volver en caso de que Ryo demostrara su gran estupidez de nuevo.

Fue corriendo hasta casi el final del camino asfaltado. Los coches pasaban a su lado esquivándola e intentando no salpicarla, pero con lo que caía de arriba era más que suficiente para estar calada hasta los huesos.

Al llegar, se refugió bajo la garita de seguridad, en un toldo que había fuera de esta, esperando divisar el coche. No sabía si ya se habría ido, ni cuánto esperaría hasta comprobarlo, pero ahí estaba, plantada, empapada, con su uniforme ridículo, y estrujándose el pelo para quitarle el máximo de agua posible. Se quitó las pinzas que lo sujetaban. No llevaba flequillo, pero sí diferentes capas de pelo, de las cuales las más cortas caían sobre su cara si no las recogía. Le encantaba su pelo suelto y largo, siempre escondía todas sus emociones en él, podía estar llorando justo al lado tuyo y no enterarte gracias a cómo dominaba el arte de colocárselo y secarse las lágrimas.

No tuvo que esperar mucho para ver y oír a lo lejos el lambo verde de Ryo. Empezó a secarse con las manos y recogió la mochila que había dejado en el suelo. Pensó en sentarse sin tocar el respaldo para no mojar el asiento, y en recogerse el pelo en un moño para no gotear. Prácticamente acabó de prepararse a la vez que el coche llegó al control de seguridad. Ryo bajó la

ventanilla mientras ella caminaba hacia él y, de repente, una cabeza asomó del asiento del conductor.

Era Charlotte.

Con una gran sonrisa, se apoyó en su hombro. Luego, él se giró hacia Mía y, con una sonrisa burlona, le dijo:

—Tienes que esperar a que lleve a Charlotte a casa, no serán más de veinte minutos. Espérame en la parada de enfrente del autobús, pero no te metas en ningún lado que si paso y no te veo no me pararé a buscarte —ordenó Ryo justo antes de subir la ventanilla.

—De acuerdo, allí te espero —contestó Mía sin saber si le había llegado a oír.

Mía no sabía cómo ocultar su rabia, así que bajó la cabeza y dejó que todo su pelo cubriera su cara. Cuando se fue, salió por una puerta lateral y se dirigió a la parada de enfrente, tal y como le había pedido, y se sentó en la marquesina. Se levantó un poco de aire que hacía que le llegara la lluvia a rachas, aunque daba un poco igual porque ella estaba ya calada.

La parada estaba justo en frente del colegio y, desde allí, pudo observar el espectáculo que era la salida del colegio. Era como ver un desfile de un concesionario de autos de lujo. Los negros eran los que llevaban chófer, y los llamativos los conducían los estudiantes. Se quedó tan absorta mirando el circo que se montaba, que no se dio cuenta de la hora que era.

Cuando el último coche salió eran más de las siete. Llevaba casi dos horas sentada allí, y comprendió que nadie iba a ir a buscarla. Se levantó, sacó el mapa y memorizó cómo llegar para no tener que sacarlo y mojarlo

innecesariamente.

Echó un vistazo alrededor y vio un montón de pequeños negocios y restaurantes. Desde luego, no era un barrio de lujo como en el que vivía, pero no entendía qué hacía allí una escuela tan rica. Lo que sí comprendió es por qué había tanta seguridad.

Empezó a caminar y sintió una sensación extraña. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, se paró y se dio cuenta de lo que pasaba. Había oscurecido y no tenía dinero para llamar, ni sabía cómo era aquel barrio. Lo que sentía era un miedo atroz, así que hizo lo que mejor se le daba: empezó a correr calle tras calle.

Se encontró grupos de personas que le dejaban pasar sin problemas. Quizá estaba exagerando, pero mejor exagerar que acabar tirada en un callejón.

Corrió hasta llegar a la puerta de la casa y llamó al timbre de la verja. El de seguridad la dejó pasar, y se quedó esperando a que la verja se cerrara tras ella para sentirse segura y a salvo. Entonces, se dirigió hacia la casa de invitados bordeando la mansión por el jardín. Allí un mayordomo le pidió que fuera a la mansión, ya que tenía una comunicación de su madre que no podía esperar.

—¿Qué ocurre? —Mía se asustó por el tono en el que el mayordomo se dirigió hacia ella.

—No es nada, señorita, tiene una video llamada de su madre. Lleva toda la tarde llamando y necesita comunicarse con usted ahora.

Mía resopló aliviada, se dirigió hacia donde le indicó el mayordomo y habló con su madre.

La señorita está en el despacho de su padre

Ryo subió la ventanilla de su coche y salió del colegio. Sabía que dejar allí a Mía no era la mejor idea que se le había ocurrido, pero después de lo que le había contado Charlotte no iba a dejar que esa niña pensara que era mejor que él.

—Entonces —dijo Ryo sin mirar a Charlotte—, ella iba diciendo que somos una familia y que mi padre se casará con su madre y ella heredará todo a partes iguales como yo, ¿no?

—Eso es. Esa apariencia de mosquita muerta es solo eso, fachada. Nada más llegar nos buscó y se quiso unir a nuestro grupo de élite, ¿qué te dice eso? —Ryo miró con cara de no saber la respuesta—. Pues está claro, querido. Que ya sabía dónde venía y con quién tenía que juntarse. Pero tranquilo, la puse en su sitio en cuanto empezó a soltarnos todo su rollo familiar, en plan pobrecita de mí.

—¿Rollo familiar? ¿A qué rollo familiar te refieres?

—Pues a por qué estaba aquí. Por lo visto, la secretaria de tu padre es amiga de la hermana de la que viene a hacerme la manicura a casa todos los lunes y viernes, y se enteró de que la madre de Mía sufrió una agresión por parte del que era su novio, por eso vinieron aquí. Nadie sabía nada de ella y, claro, me vi en la obligación de investigar —explicó Charlotte enrollando un mechón de pelo en su dedo—. Resulta que empaquetaron todo y, al día

siguiente, estaban cenando con tu padre. Él le consiguió una prueba extraordinaria para entrar al colegio, la aprobó con muy buena nota por lo que tengo entendido.

—No sabía nada de eso. Pensé que simplemente su madre aprovechó una buena oferta de empleo que le ofreció mi padre —contestó Ryo pensativo.

—Pues no, querido. Aunque no dudo que ella quiera algo con él, de algún lado se ha sacado Mía esa familia que quiere formar con tu padre y contigo. Bueno, y ahora dejemos de hablar de ella. ¿Cuándo vamos a volver a quedar tú y yo? —preguntó Charlotte muy melosamente y poniendo ojitos.

—No creo que eso pase, Charlotte. Ya te dije que lo nuestro es pasado.

—Jo, dame una oportunidad —pidió alargando las letras, con cara de pena.

—En serio, olvídalo. Y ahora, por favor, permanece callada hasta que llegues a tu casa.

Ryo aceleró y se escuchó el rugir de su motor. Su mente empezó a volar deprisa, se sentía mal. No le gustaba que esa niña fuera diciendo que iban a ser familia, pero no se imaginaba por lo que habían debido pasar su madre y ella por culpa de ese tipo. No la había tratado bien, y no es que quisiera ser su amigo, pero conocía a la señora Lincon desde pequeño y siempre había sido cariñosa con él y respetuosa con su padre.

Quizá todo era un malentendido. O era verdad y debía tener una conversación con esa jovencita.

Es difícil ser el nuevo y dejar tu vida de un día para otro, dejar todo atrás sin pestañear y sin quejarse. Porque, desde que ella se había subido al coche por la mañana, pudo ver una gran sonrisa en su cara. Igual esa situación la

había empujado a la mentira, que se había hecho más grande sin querer. Aunque, tonta no era, las pruebas de acceso eran difíciles y, por mucho que su padre pidiera favores allí, no bastaba con ser rico para entrar.

Cundo se quiso dar cuenta, llegó a casa de Charlotte. Esta se despidió e intentó darle un beso en la boca, pero Ryo se giró a tiempo y solo rozó la comisura de sus labios.

Charlotte entró en su casa enojada, pero a la vez feliz por conseguir que Ryo la llevara de nuevo en su coche.

Sin mirar, esperó a que subiera la escalinata de la entrada y luego se fue por donde había venido. No sabía qué pensar. ¿Se había equivocado con ella? ¿Debía haberle dado una oportunidad? No le gustaba que se rieran de él, pero quizás había pagado con Mía la bronca que tuvo el día anterior.

Se dirigió hacia la autopista. Cuando necesitaba pensar siempre iba allí, ponía su coche a toda velocidad y sus ideas se despejaban. Cuando quiso darse cuenta eran casi las siete de la tarde, había oscurecido y parecía que la lluvia iba amainando. Llamó a su amigo Daisuke.

—Hola, tío, ¿qué haces? —preguntó Ryo.

—Pues revisando todo lo que tengo este trimestre para organizarme, lo mismo que tendrías que estar haciendo tú, ¿o no es eso lo que estabas haciendo con Charlotte? —rio Daisuke

—Ya sabes que no me interesa, ya no. La llevé a casa por lo que me dijo esta mañana.

—¿Te refieres a lo que te dijo en el patio mientras todas gritaban desde la ventana? —preguntó Daisuke mientras revolvía entre los papeles de su mesa.

—Sí, me tiene rayado —contestó Ryo dando golpecitos en el volante.

—Pues yo no lo tomaría en serio, ha ido diciendo que tú la llamaste a ella para hablar porque la echas de menos. Así que no me creería nada de lo que salga de su boca.

—¿Que yo qué?! —gritó Ryo atónito—. Será mentirosa, si fue ella quien se acercó.

—Eso lo sabemos nosotros, que estábamos allí. Pero el resto vio cómo hablabas con ella y después la llevabas a casa. Mañana seréis la comidilla de todos, lo sabes, ¿no?

—¡Bah! No me interesa lo que digan. ¿Sabes?, me ha contado que Mía ha venido aquí porque un tío le pegó a su madre y... ¡Oh! ¡Mierda! ¡Se me había olvidado!

—¿Qué pasa? —preguntó Daisuke, con la mano en el pecho del susto que le había dado con ese grito.

—Por culpa de lo que me contó Charlotte dejé a Mía esperando en la parada frente al colegio. Pensaba hacerla esperar un poco, pero mira la hora que es y no he ido a por ella —dijo Ryo preocupado

—Eres un capullo, lo sabes, ¿verdad? Ve ahora mismo a por ella si es que aún sigue ahí.

—Sí, voy ya para allí. Mañana te cuento, ¿vale?

—Ok, tío. Hasta mañana, capullo.

Ryo aceleró y llegó en unos minutos al punto donde iba a recoger a Mía. Allí no había nadie, había dejado de llover y no había casi iluminación en el

lugar. Llamó a casa corriendo.

—Casa de la familia Maeda —respondió un mayordomo.

—Soy Ryo, ¿ha llegado Mía? —preguntó preocupado.

—Aún no, señorito.

—¿Cómo qué no? —Dijo sobresaltándose ante la idea de que ella siguiera en la calle sola—, si hace más de dos horas que ha salido del colegio.

Ryo sintió un vuelco en el corazón. Había dejado sola a una chica indefensa en mitad de una ciudad desconocida para ella, y sin estar seguro de que supiera volver.

Se dirigió rápidamente a casa mirando por las calles. Esperaba encontrarla vagando perdida por algún lugar, cuando sonó el teléfono.

—Señorito Ryo, acaban de abrirle la verja de entrada a la señorita Mía. Como le oí preocupado me atreví a llamarle para informarle.

—Te quiero, tío —dijo Ryo aliviado—. No sabes qué peso me quitas de encima, ¿está mi padre ya en casa?

—El señor no se encuentra, ha salido de viaje de negocios —respondió con sobriedad el mayordomo.

—De acuerdo. Entonces, que esto quede entre tú y yo.

—Por supuesto, señorito.

Acto seguido colgó con una sonrisa en la cara. Por unos minutos había pensado en todo lo malo que ocurre en las películas de miedo y pensó que

podía haberle pasado algo parecido a ella.

Tokio era una ciudad segura, pero lo era para quien la conocía. Pisó el acelerador para llegar lo antes posible a casa e intentar minimizar la bronca que le caería por lo que había hecho. Cuando se enterara su padre, lo mataría. Y aunque estuviera fuera y el mayordomo no dijera nada, estaba seguro de que Mía se lo contaría a su madre y esta a su jefe.

Aparcó en la entrada principal y subió las escaleras, el mayordomo lo esperaba en la entrada para cogerle sus cosas y otro para aparcar su coche.

—¿Dónde se encuentra Mía? —preguntó Ryo rápidamente.

—La señorita está en el despacho de su padre.

A Ryo le cambió la cara, su fin estaba más próximo de lo que esperaba.

—Está recibiendo una video llamada de su madre —aclaró el mayordomo al ver la palidez de la cara de Ryo.

Subió las escaleras y se dirigió hacia el despacho, estaba abierto y podía ver a Mía desde la puerta. Tenía las luces apagadas y en su cara se reflejaba la luz del ordenador. El despacho era amplio y prácticamente cuadrado, todo con muebles tallados de madera antigua y con un gran escritorio central desde el que se veía la entrada a la estancia.

Allí estaba sentada Mía, con una toalla en la cabeza, como si acabara de ducharse. Ryo se quedó mirándola mientras ella hablaba con su madre. Si tenía que defenderse, al menos debía saber cuál era la acusación exacta para no meter la pata y decir más de la cuenta.

—Que sí, mamá, de verdad. Hace un buen rato que estaba en casa, estaba

en la ducha y no me enteré de que llamabas —dijo Mía.

—Mía, llevo llamándote desde hace más de una hora y el mayordomo me ha dicho que no estabais, ni Ryo ni tú. ¿Has tenido algún problema? Sabes que me puedes contar todo.

—A ver, lo que pasó es que al llegar había una sirvienta, Sayumi creo que se llama, en la puerta, ella me abrió y entré a la vez que ella salía a comprar algo que necesitaba, por eso nadie sabía que estaba. Ryo tuvo que hacer algo importante así que me trajo aquí y cuando comprobó que estaba dentro, se fue. Y yo me fui a casa por el jardín, sabes que no me gusta meterme por el medio de la mansión. Me di una ducha hasta que llegó Sayumi y me avisó de que estabas llamando como loca.

Ryo se quedó atónito. Le había cubierto y no le había delatado, había mentido por él después de todo. Pero no entendió por qué lo hizo y eso no le gustó nada.

—Está bien, Mía, te creo. Pero por si acaso, mañana te compras el móvil que quieras y me dices el número. Voy a estar de viaje y no sé cuándo volveré. Estamos en medio de una firma muy importante y quizá nos lleve más de un mes, ¿te importa?

—Claro que no, mamá. Aquí las clases duran hasta las cinco y luego tengo que estudiar, así que casi no tengo tiempo de echarte de menos. Otras veces has estado fuera más tiempo.

—Sí, pero te quedabas con Michael y eso me tranquilizaba.

«¿Quién es Michael?» pensó Ryo. «Quizás es su ex novio, aunque yo no estaría tranquilo dejando a mi hija a un tipo que llega a las manos, o al menos,

no lo pondría de ejemplo de seguridad»

—Ya lo sé, pero aquí tengo a un montón de gente, hay más criados de los que puedo contar. Y Ryo se porta muy bien conmigo, ¿sabías que es mayor que yo? Además, he conocido a Meiko que se ve una gran chica.

—Sí, sabía que es mayor que tú. Es que en tu colegio también hay universidad de negocios, por eso ves a chicos mayores. Me alegro que te lleves bien con él, así tu estancia en la casa principal se hará más llevadera.

—¿Cómo que mi estancia en la casa principal? —preguntó Mía sorprendida.

—Cariño, ¿de verdad creías que te ibas a quedar sola en la casa de invitados? —preguntó su madre casi sorprendida—. Te han cambiado tus cosas a una habitación de la mansión, así estarás en todo momento vigilada. Y Ryo y tú os haréis compañía.

—¡Qué bien! —dijo Mía irónicamente, por suerte su madre no entendió el tono en el que lo dijo—. Pues nada, mañana te doy mi número, pásalo bien y... ¡A por ellos!

—Gracias, cariño. Cualquier cosa que necesites, me avisas, ¿vale?

Mía asintió con la cabeza.

—Te quiero, pequeña.

—Y yo, mamá.

Mía bajó la tapa del portátil mientras se le cambiaba la cara, pasó de tener una gran sonrisa a mirar fijamente a Ryo a los ojos. Este se sorprendió, no esperaba que ella lo hubiera visto, pero, sobre todo, no sabía desde cuándo

ella lo había visto.

—Hola —comenzó a decir Ryo— ¿podemos hablar un momento?

—¿En serio? ¿De verdad me lo dices? —replicó Mía enfadada—. Me dejas tirada en la puerta del colegio al punto de la mañana, pasas de mí todo el día, le cuentas a tu amiguita Charlotte todo acerca de mí para que se burle, me empapo para esperarte a la salida. Y todo para que me digas delante de esa arpía que la llevas a casa antes de venir por mí, cosa que no sucede en las dos horas siguientes. —El tono de Mía comenzó a elevarse—. Tengo que volver sola, a oscuras y muerta de frío a casa, y solo se te ocurre decir que tenemos que hablar ¿en serio?

—¡Hey! —respondió Ryo ofendido—. Que yo no le he contado nada a nadie de ti, de hecho, fue al revés. Hasta hoy no sabía ni tu nombre.

—Ah, bueno, perdona pues. Tampoco me dejaste tirada por la mañana, ni por la tarde ni... bueno, da igual. Paso de ti como de hacer *puenting* sin cuerda —replicó Mía mientras le daba la espalda y caminaba sin tener un rumbo exacto.

—Bueno... Yo... Quería disculparme por lo de hoy. Estaba cabreado. Y me dijeron que ibas diciendo que tu madre se iba a casar con mi padre y que por eso estabas aquí, para la boda, y como fuiste tan simpática conmigo...

—Ah, perdona entonces, culpa mía por ser simpática. Toda la vida matando tontos, y los que me quedan —gritó exasperada Mía.

Se giró al tiempo que terminaba la frase y se dirigió por el pasillo de la segunda planta hacia la escalera principal, buscando un sirviente que le indicara dónde estaba su habitación.

Ryo se quedó parado, sorprendido por la manera de defenderse que tenía Mía. Era tan diferente a la chica de esta mañana que no sabía cuál era la verdadera. Pero lo que no le quedaba claro, y menos después de esa reprimenda, fue por qué entonces Mía no lo había delatado ante su madre. La duda pudo con él y salió tras ella. La alcanzó en la puerta de su habitación, en el otro ala de la casa, justo enfrente de donde dormía él.

—Oye —dijo Ryo antes de que ella entrara—, si tan mal te caigo, ¿por qué no se lo dices a tu madre para que se queje de mí con mi padre?

—A ver cómo te lo digo —respondió Mía, con la mano en la manilla entreabriendo la puerta—, ¿de verdad crees que me he puesto este tapete en la cabeza a modo de toalla por ti? ¿Para defenderte? Sí, claro, por guapo y por simpático, no te digo.

Ryo se percató entonces que lo que llevaba en la cabeza no era una toalla, sino un mantel de los que había debajo de los jarrones de la casa, para no marcar la madera de las mesitas que lo sostenían. No pudo evitar esbozar una sonrisa. La verdad, se veía bastante ridícula.

—¿Encima te ríes? —la furia de Mía iba en aumento.

—No es eso, es que estás muy graciosa.

Mía se sonrojó.

—Bueno, mi madre estaba esperando y no tenía cómo explicar que yo estuviera así de mojada si tú me habías traído —explicó Mía—. Y para tu información, no te defendí, pero mi madre lo que menos necesita es tener que preocuparse de si el hijo de su jefe es un cretino. Buenas noches.

Tras esto, Mía cerró con un portazo y Ryo se quedó allí, solo, de pie, y

pensando en que a él jamás se le hubiera ocurrido ponerse algo así en la cabeza, y a ella parecía salirle de forma natural. No sabía si eso era bueno o malo. Acto seguido se metió en su habitación.

Mía se apoyó en la puerta tras cerrarla y contempló desde allí la habitación. Era inmensa, tenía una gran cama *King size* en el centro de la habitación, contra la pared de la izquierda. A la derecha, justo enfrente, se veía una puerta acristalada que daba a un balcón blanco.

Mía se acercó para verlo, y se quedó maravillada al poder contemplar desde allí todo el jardín de noche. Estaba todo oscuro y decidió abrir. Sintió una brisa que heló sus huesos, aún estaba mojada, pero el olor a hierba húmeda hizo que por un instante sonriera y se olvidara de todo. Pero pronto volvió a meterse, cuando se percató de que estaba tiritando de frío.

Al volver a entrar, notó la calefacción. Era agradable el contraste que había. Se fijó que al fondo había un tocador con un espejo, le encantaban. Tenía su silla a juego y podía verse allí peinándose como las de las películas. Cómo le hubiera gustado tener a alguien con quien compartir eso, quizá Meiko se animaría a dormir con ella algún día y así se lo mostraría.

Al lado, había un amplio escritorio con un butacón de madera. Tenía su portátil encima, levantó la tapa y lo encendió mientras se metía por la puerta blanca que había entre la cama y el gran armario empotrado. Allí estaba el baño. Tenía un jacuzzi increíble, el cual no dudó en encender y usar en ese momento. Se metió y toda sensación de frío desapareció en un instante. Al cabo de un rato salió con el albornoz y se tiró con el portátil en la cama. Se colocó los cascos con micrófono e inició el Skype, esperando poder hablar con Michael.

—Hola, Mike. ¿Qué tal por Oxford?

—Hola, Kitty. Por aquí bien, ahora iba a comer algo. Qué ganas tenía de escucharte, llevo todo el día escuchando inglés, esto me tiene loco. ¿Y tú qué tal el primer día de clase?

—Si te digo, no me crees. ¿Te acuerdas de la serie *Pretty Little Liars*? —Michael asintió—. Pues unas aficionadas comparadas con las de por aquí.

Mía le contó todo lo que le había pasado durante el día, mientras Michael escuchaba atentamente y sin cortarla. Tras casi media hora de monólogo la interrumpió.

—¿De verdad que todo eso te ha pasado en el primer día? Tú sí que sabes aprovechar el tiempo, para mí lo más brutal fue que le puse doble de azúcar a mi café. Pero me dejas preocupado con ese Ryo, no me fio de él. ¿Qué clase de tío deja a una chica sola? Y que conste que sé que tú te apañas muy bien, pero no estoy tranquilo sabiendo que no tienes a nadie de confianza cerca.

—La verdad es que hoy sentí miedo cuando estuve sola en la parada, pero no fue porque estaba en un lugar desconocido y oscuro, sino porque mi primer instinto era llamarte y sabía que tú no estabas cerca. Me sentí sola... Te echo de menos.

Mía recogió sus rodillas contra su pecho, pasó sus brazos alrededor de sus piernas y apoyó la barbilla en ellas.

—Yo también, Kitty. Aquí no encuentro a nadie que quiera hacer travesuras de noche como tú. Y las chicas, o están centradas en sus estudios, o en buscar marido. Creo que alguna ya ha investigado las cuentas de mi familia —dijo riéndose Michael.

—Y de qué te extrañas. Eres un partidazo: guapo, inteligente, gracioso, con ese aire exótico que te da ser japonés, y encima heredero de una gran fortuna.

—Gracias, guapa, pero viniendo de ti es como si viniera de mi madre, así que no sirve de mucho.

—¡Ah! Muchas gracias, entonces —dijo Mía, haciéndose la ofendida—, bueno, te dejo. Que mañana toca escuela y no sé qué más esperar. Esto va a ser como un huevo kínder, una sorpresa cada día.

—Ten cuidado y llámame por lo que necesites. No importa los kilómetros que nos separen, ¿vale?

—Claro que sí. Y no te preocupes que sé defenderme, es solo que tengo que adaptarme a estar sin ti. Te quiero, buenas noches.

—Yo también te quiero, Kitty, buenas tardes.

Mía se quedó sonriendo. Hablar con Michael le había alegrado el día, o lo que quedaba de él. Se conocieron de niños cuando su madre trabajaba en la embajada de Japón. Él le enseñó su idioma y ella el suyo, así es como Mía se introdujo en el mundo exterior. A partir de ahí se escribían cartas cada semana y, cuando se hicieron mayores, pasaban los veranos juntos.

Michael residía en Suiza, pero tenía un avión privado que lo llevaba hasta Mía siempre que esta lo necesitaba y al revés. A pesar de que todos creían que su amistad acabaría al llegar la adolescencia, ellos siguieron siendo amigos y nunca estaban más de un día sin hablar, por eso, este cambio se le hacía más duro a Mía. Podía hablar con él, pero ya no sentía que estuviera cerca y eso le dolía...

Se quitó los cascos y se puso a navegar por los blogs de maquillaje que

seguía, viendo novedades. Entre web y web se quedó dormida.

Buenos días, cariño

Pronto se hizo de día y tarde. Mía se había quedado dormida encima de la cama con el pelo mojado, suerte que su pelo era completamente liso, aunque aun así se pasó la plancha un poco y se volvió a poner las horquillas para retirar el pelo de la cara.

Se lavó los dientes y la cara rápidamente, no le daba tiempo a desayunar, por suerte tenía comida basura por su habitación. Agarró un par de barritas de chocolate y las metió en su mochila, quitó el portátil de la cama, lo dejó encima de su mesa y lo puso a cargar.

Después, estiró la cama hasta que pareció recién hecha. Si algo le había enseñado su madre es que nunca se sale de casa sin hacer la cama.

Revisó que todo estuviera bien, cuidó de no dejar prendas íntimas a la vista, no sabía quién iba a entrar ahí mientras ella no estuviera, y cogió su mochila. Se la puso en el hombro, abrió la puerta y le echó un último vistazo a la habitación. Todo había quedado perfecto, así que se dirigió por el pasillo hacia la escalera que daba a la planta de abajo.

Miró de reojo la puerta de la habitación de Ryo, no sabía si estaba allí, si la esperaba hoy o qué iba a pasar, pero supo que en un instante se enteraría cuando vio aproximarse al mayordomo de confianza de Ryo.

—Bueno días, señorita.

—Buenos días, Alfred —ese no era su nombre, pero desde el primer día a Mía le hizo gracia llamarlo así y a él le gustaba. Aunque fuera un mayordomo, se veía como un abuelo que les dejaba hacer de todo a sus niños. Él sonrió.

—Hoy no ha bajado a desayunar, ¿se encuentra bien? ¿Quiere que le prepare algo para llevarse a la escuela?

—Gracias, pero no hace falta. Ya llevo yo mi propio cargamento —dijo Mía, sonriendo a la vez que le daba palmadas a su mochila.

—Está bien, el señorito Ryo la espera en su coche. Que tenga un buen día.

—Gracias, igualmente guapo.

La espontaneidad de Mía hizo sonreír al viejo mayordomo. Bajó las escaleras corriendo y esquivó una gran mesa redonda de madera que se interponía entre ella y la puerta principal.

Nada más cruzar el umbral vio el coche aparcado y encendido. Bajó lenta e irritantemente. Quería estar segura de que no arrancaría nada más verla aparecer, pero como eso no pasó, abrió la puerta y se subió. Sin decir nada, se colocó el cinturón y fijó la vista en un punto lejano.

Ryo se puso las gafas de sol y aceleró. El ambiente era tenso y Mía solo podía contar farolas para evitar pensar en la rabia que sentía hacia Ryo.

Cuando se detuvieron en un semáforo, Ryo la miró. Sostuvo su mirada pero Mía no dejaba de mirar hacia delante.

—Respecto a lo de ayer... —comenzó a decir Ryo—. Siento lo que ocurrió, no debí haberte dejado tirada, pero estaba enfadado. Sé que no debí pagarlo contigo, pero te cruzaste en mi camino... Lo siento... ¡Ah! Y gracias por no delatarme ayer, de verdad, me salvaste la vida —dijo Ryo en un tono serio y monótono, como si estuviera leyendo una carta.

Mía no dijo nada, se limitó a seguir contando farolas una vez que el

semáforo se puso en verde.

—¿No vas a decir nada?, me he disculpado —añadió Ryo sin apartar la vista de la carretera.

Mía no contestaba, y no era por falta de ganas, sabía que si estallaba no acabaría en nada bueno.

—Creo que hice mal pero tampoco es para tanto, ¿no? —insistió Ryo.

—¿Qué no es para tanto? —dijo Mía intentado sonar calmada—. ¿Y qué hubiera sido para tanto? ¿Atropellarme y después denunciarme por abollarte el coche?

La rabia de Mía iba en aumento. Siguió contando farolas, no sabía cuántas veces había empezado la cuenta pero era mejor que tirar a Ryo por la ventana, sobretodo porque era quien conducía el coche.

Al llegar a la puerta de acceso del colegio Mía recogió su mochila del suelo y se dispuso a bajarse cuando pasaran el control, tal y como le había pedido Ryo que hiciera el día anterior.

—¿Qué haces? —preguntó Ryo.

—Lo que me dijiste que hiciera ayer, es que soy tan buena niña... —respondió Mía sarcásticamente.

Ryo cerró las puertas y las bloqueó.

—Te llevaré hasta la entrada principal.

—Gracias, eres mi héroe —prosiguió Mía en el mismo tono, aleteando con sus pestañas.

—Bueno, ya vale, ¿qué debo hacer para que me perdones?

—Nada. Yo solo perdono a mis amigos, a los demás los ignoro — respondió con una amplia sonrisa mientras daban la vuelta a la gran fuente de la entrada—. Y por cierto, no voy a ser tu amiga ahí dentro. Si me hablas, no te contestaré, y si dices que vivo en tu casa, no lo creerán.

Dicho esto, Mía se bajó y se dirigió hacia las escaleras del edificio.

Ryo se quedó parado dentro del coche. Lo que acababa de decirle le sonaba, pero no sabía de qué hasta que cayó en la cuenta: eran las mismas palabras que le dijo a ella el día anterior.

«¿Será posible? Quizá no sea la idiota que pensaba que era», pensó Ryo mientras bajaba del coche sonriendo y le entregaba las llaves al aparcacoches.

No tardó en ver a su amigo en lo alto de la escalera, siempre quedaban al lado de la puerta por si no les apetecía entrar.

—Buenos días, a ver, ¿qué noticias hay hoy que estás sonriendo de esa manera? —preguntó Ryo mientras se acercaba a Daisuke.

—Bueno, ya te lo dije ayer. ¿De verdad no sabes quién es el chico que forma parte de la pareja más de moda? —dijo entre carcajadas.

—Menos bromas, tenía que aclarar algo y lo hice, pero no era lo que yo pensaba. Creo que me mintieron y yo me quise creer las mentiras. Si te cuento lo que pasó ayer y lo que ha pasado hoy con Mía no te lo crees —dijo en tono sorprendido pero sonriendo.

—Si sigues vivo es que esa chica tiene conciencia, yo te hubiera asesinado por dejarme tirado bajo la lluvia.

—Pues no, en vez de eso, cuando habló con su madre, se inventó una excusa para explicar que no cogiera la llamada antes, en vez de decir que acababa de llegar por mi culpa. Y hoy le he pedido perdón, porque ayer comprendí que fueron todo historias de Charlotte y, ¿sabes lo que me ha dicho?

Daisuke lo miró con una sonrisa. Sabía que la respuesta iba a ser divertida, nunca había visto a Ryo pedir perdón a alguien que apenas conocía, y menos aún contarle delante de todos, aunque de esto último no estaba seguro de si lo hacía conscientemente o en la euforia de la conversación se le había escapado.

—Pues que me iba a ignorar, que no era su amigo como para tener que perdonarme nada. ¿Te lo puedes creer? ¡Que me va a ignorar! —repetía Ryo sin dar crédito.

—Tiene su lógica —respondió Daisuke mientras Ryo se quedaba atónito ante esa respuesta—. Supongo que piensa que le hace daño quien puede, no quien quiere. ¿O tú te molestarías en perdonar a alguien con quien tropiezas por la calle? Exacto, te limitas a ignorarlo. Al final no sois tan diferentes...

Ryo se quedó pensativo. Quizá tenía razón y era lo normal. Aunque, por otro lado, él no era un desconocido, vivían bajo el mismo techo.

Entonces, no merecía la pena conocerlo, eso es lo que Mía debía pensar de él. Su cara pensativa cambió cuando en su campo de visión vio aparecer a Charlotte.

—Buenos días, cariño —Charlotte se acercó sensualmente hasta él, se paró a pocos centímetros y se puso de puntillas. Mientras se acercaba a darle un beso el resto del mundo pareció detenerse, todos miraban, y algunas chicas incluso contenían la respiración mientras otras tenían el móvil preparado para

inmortalizar el momento.

Justo cuando sus labios casi rozaban los de Ryo él puso su mano abierta sobre la cara de Charlotte y le giró la cara. Todos estallaron en una gran carcajada, excepto Charlotte, que se puso roja.

—¿Pero qué haces, Charlotte? Ayer solo quería hablar contigo y gracias a eso me di cuenta de que me mentiste respecto a Mía —dijo Ryo enfadado—, otra vez.

—Yo no te mentí. Bueno, quizá expresé alguna idea sobre la historia pero nada más, ¿qué te ha dicho esa? —la ira de Charlotte se reflejaba en su mirada, sabía que había hecho el ridículo y culpaba a Mía por ello. Sin ella de por medio esto no hubiera pasado.

—Lo que tú digas, me voy dentro que van a empezar las clases. Nos vemos —contestó Ryo fríamente dejando plantada a Charlotte con la palabra en la boca.

Ryo se dirigió hacia su clase, las aulas para los que estaban cursando estudios superiores se encontraban en la cuarta planta. Mientras subía las escaleras junto a Daisuke se le ocurrió pasar por delante de la clase de Mía. No sabía por qué quería hacerlo, pero cuando llegó a la segunda planta y giró hacia el pasillo Daisuke lo siguió sin preguntar.

Habían sido amigos desde la guardería, y entre ellos sobraban las palabras, simplemente entendían lo que cada uno quería y se limitaban a seguir su instinto, pero siempre el uno junto al otro.

Al llegar a la puerta de la clase, vio a Mía sentada en el último pupitre mirando hacia fuera. Estaba sola, pero no tenía cara de importarle. Esa imagen

le provocó un sentimiento de ternura, que se vio interrumpido por el chillido de las chicas desde dentro de la clase, al darse cuenta de que Ryo estaba parado enfrente del aula.

Cuando Mía se dio cuenta, se limitó a mirarlo. Ryo esperaba una reacción, quizá una sonrisa o que bajara la mirada tímidamente, pero en vez de eso Mía se limitó a sacarle la lengua y a darle la espalda para seguir mirando por la ventana. Ryo se quedó sorprendido, Daisuke contemplaba la situación y comenzó a reírse a carcajadas mientras Ryo seguía serio, pero pronto él tampoco pudo contener la risa y se alejaron andando mientras ambos se reían.

—Vaya, vaya, sí que te odia —dijo Daisuke aun riéndose.

—Ya te dije que esta chica no es como las demás. Creo que me voy a divertir más de lo que pensaba.

—El que se va a divertir soy yo mientras veo cómo te deja por los suelos —contestó Daisuke riéndose todavía más.

Ryo le dio un puñetazo amistoso en el hombro y ambos entraron a clase.

La mañana transcurrió tranquila hasta la hora de comer. Fue entonces cuando Mía se dirigió hacia Meiko. Había llegado tarde y apenas la saludó con la mano cuando entró por la mañana, porque el profesor ya estaba en clase. En los descansos se iba al baño y no pudo hablar con ella.

—Hola, Meiko, ¿cómo es que has llegado tarde? —preguntó Mía con curiosidad mientras se sentaba encima de la mesa.

—Hola, Mía, ¿quieres ir a comer a la cafetería?

—No me has... —Mía cayó en la cuenta de que no le había contestado a

propósito, pero decidió callarse—, no me has enseñado esa parte de la escuela, así que vamos. Pero solo tengo una barrita para comer, se me olvidó coger comida esta mañana.

—No te preocupes por eso, pensaba que lo sabías. La cafetería es gratuita, bueno, la pagas junto a la colegiatura, así que no tienes que traer dinero para comer, ni comida de casa.

—Amm, eso no lo sabía yo. Mejor, porque tengo un hambre feroz —respondió Mía sonriendo.

Ambas salieron de clase y se dirigieron a la planta baja donde se encontraba la cafetería. Al entrar, Mía se quedó sorprendida. Eso no parecía una cafetería de instituto. Se la había imaginado como los comedores americanos que salen en las pelis, con mesas enormes y una fila donde coger una bandeja y esperar el turno para elegir comida. En vez de eso, había un pequeño restaurante, con muchísimas mesas y camareros por todas partes. Un maître las acompañó a una mesa pequeña y les dio las cartas para que eligieran.

—Madre mía, cuando se lo cuente a Michael no se lo cree —dijo Mía aún sorprendida.

—¿Quién es Michael si se puede saber? ¿Es tu novio? —preguntó Meiko mientras peinaba su flequillo con los dedos.

—¡Oh, no!, nada más lejos. Es mi mejor amigo, él está estudiando ahora en Londres pero hablo con él casi a diario —explicó Mía—. Pero bueno, ¿cuánto vale este sitio?

—Mucho, solo el comedor son dos millones y medio de yenes, algo así

como 30000\$.

—¿Tanto? —Contestó casi gritando por la sorpresa—, no me extraña que sepan hasta dónde sentarte sin preguntar.

—Bueno, eso es porque esta es mi mesa. Al empezar el año los alumnos eligen las mesas, y a mí digamos que me tocó esta. Hasta hoy comía sola así que es una suerte que hayas aparecido.

—¿A qué te refieres con que te tocó esta? —Meiko bajó la mirada intentado evadir la respuesta, pero esta vez Mía no iba a dejar las cosas así—. Venga, dime qué pasa, por favor. Confía en mí.

—Bueno, al final te enterarás de todos modos, y si después de lo que te digo quieres marcharte a otra mesa, lo entenderé —dijo Meiko con voz afligida.

Mía no sabía qué esperarse, esa contestación la había dejado sin argumentos.

—A ver, hace un par de años yo era una de las chicas más ricas de esta escuela, pero mi padre hizo un par de malas inversiones y nos quedamos casi en la ruina. Desde el año pasado soy becada, y las que eran mis amigas ahora ni me miran —dijo mientras lanzaba una mirada a la mesa de Charlotte.

—¿Y por eso iba a dejar de hablarte? Chica, qué drástica eres. Además te prefiero así, no te imagino siendo una *arpiott*.

—¿Una qué? —preguntó Meiko

—*Arpiott*, una arpía de Charlotte.

Ambas se echaron a reír y la mesa entera de las *arpiott* se las quedó

mirando, lo que provocó que no pudieran parar de reír. Eso no le sentó bien a Charlotte, que llevaba desde por la mañana cabreada por lo sucedido con Ryo, y encima ahora esa se reía en su cara.

Se levantó tirando hacia atrás la silla del impulso, la cual cayó sobre el suelo sin hacer ruido, debido a la gran alfombra que ocupaba toda la estancia. Se acercó a la mesa de Mía y Meiko y se plantó al borde de la mesa.

—¿Se puede saber de qué os estáis riendo exactamente?

—De nada, un chiste que le he contado a Meiko —consiguió decir Mía sin reírse.

—Pues cuéntamelo que también quiero reírme.

—No creo que lo entiendas.

—¿Cómo? ¿Acaso te crees más lista que yo? —Charlotte volvía a estar roja de la ira.

Mía pensó en decirle la verdad, pero era mejor no calentar más el ambiente. La cara de Meiko había cambiado y no quería meterla por medio a ella, así que decidió mentir.

—No, no es eso. Cómo voy a creerme yo más lista. Me refería a que el chiste es en español y por eso no lo entenderías. Me refería al idioma, ¿o hablas español? En ese caso discúlpame —Mía intentó que su tono sonara verdadero pero no lo logró, y dejó en ridículo a Charlotte delante de todos. Esta, furiosa, vio su oportunidad cuando un camarero pasaba por su lado con una bandeja llena de platos de comida.

—Así que soy más tonta, puede, pero al menos estoy limpia —dicho esto,

Charlotte lanzó la bandeja sobre el regazo de Mía, manchándole toda la ropa y parte del pelo—. ¡Ah! y deja de acosar a Ryo o esto será el mejor recuerdo que tengas de tu estancia aquí.

Todos se rieron y Mía estuvo a punto de coger de los pelos a Charlotte, pero justo cuando se iba a abalanzar contra ella Meiko cogió su mano al vuelo y la sacó de la cafetería. La metió en el primer baño que vio e intentó calmarla.

—Te lo dije, no puedes cabrear a Charlotte y esperar a que no pase nada —dijo Meiko preocupada.

—Pero si no le he hecho nada —contestó Mía mientras se quitaba trozos de comida del pelo—. Y... ¿ahora qué? Aún quedan dos clases más y no puedo ir así.

—Desde luego, hueles fatal —Meiko se quedó seria—. Lo siento, no quería decir...

Mía se empezó a reír, la verdad es que no sabía qué había en esos platos pero olía fatal. Meiko se relajó y comenzó a reírse también.

—Lo bueno es que tenemos lavandería —continuó Meiko— llevaré tu ropa. Tú espérame aquí, que voy a por un uniforme mientras lavan el tuyo y en el receso de clases vamos a buscarlo.

—Lo que me fastidia es que se salga con la suya, ¿de verdad nadie le ha parado los pies nunca? —dijo Mía cabreada mientras seguía quitándose comida de la ropa.

—Intentarlo sí, lograrlo no. Esto es una advertencia pero no sabes de lo que es capaz, así que tranquilízate y espérame aquí que ahora vuelvo.

Mía le dio todo el uniforme y se quedó solo con la ropa interior y los calcetines. Hacía un poco de frío, pero Meiko no tardó en volver, aunque su cara no auguraba buenas noticias.

—A ver, las malas noticias son que Charlotte se ha encargado de que no haya ningún uniforme disponible. Las buenas es que me han prestado esta camisa y esta chaqueta del uniforme masculino para que te las pongas mientras esperas aquí a que se seque tu ropa.

—Será pedazo de zorra la tía. Pues que no se crea que se va a salir con la suya, Mía Lincon no es de las que se quedan escondidas en el baño esperando a que el temporal amaine.

—¿Qué quieres decir? —Meiko preguntó extrañada mientras veía cómo Mía se vestía con furia en las venas.

—¿Qué quiero decir? Pues que me voy a clase así —dijo Mía abriendo los brazos enseñando su look.

Meiko se quedó paralizada cuando la vio salir del baño. Iba únicamente con la camisa blanca abotonada, pero no hasta arriba, y la chaqueta abrochada, marcando su figura. El pelo suelto y un poco húmedo después de haberlo limpiado y secado en el seca manos, y las piernas desnudas hasta los tobillos donde se arremolinaban los calcetines por encima del zapato. La camisa y la chaqueta apenas tapaban por debajo de donde la espalda pierde su nombre, pero eso no le impedía a Mía ir con la cabeza bien alta.

Meiko salió tras ella, pero no se atrevió a ponerse a su altura. Pasaron por delante de la cafetería en el momento en que sonaba el timbre que avisaba que las clases iban a comenzar. Tal cual iban saliendo se iban quedando parados, nadie se creía lo que estaba viendo.

Cuando estaba casi al final, a punto de subir las escaleras, Mía vio cómo Ryo aparecía en el piso superior e iba directo a ella.

—No puede ser —dijo Ryo quedándose quieto encima del último escalón —, Daisuke, dime que tú estás viendo lo mismo que yo.

—Si te refieres a ese bombón que viene a medio vestir hacia nosotros... Sí, lo veo, pero espera, ¿esa no es...?

—¡Mía! —dijo en voz alta Ryo. Bajó de la escalera y se dirigió hacia ella —. ¿Estás loca? ¡Tápate ahora mismo!

Mía se limitó a pasar a su lado sin bajar la cabeza. Se dirigió hacia las escaleras y, antes de empezar a subir, se giró e hizo lo mismo que por la mañana: le sacó la lengua, y después siguió su camino. Ryo se quedó paralizado mirándola hasta que Daisuke le tapó los ojos con la mano.

—Deja de mirar, pervertido —dijo riéndose.

Ryo cayó en la cuenta de que estaba a punto de vérselo a Mía lo que escondía debajo de la camisa cuando llegara arriba. Desde ese ángulo no se perdería ningún detalle. Se puso rojo y se giró, dándole la espalda a Mía, y justo a tiempo para ver cómo una horda de chicos iba corriendo dispuesto a ver lo que él no había querido mirar. Se adelantó un paso, cruzó los brazos y se puso serio. Daisuke hizo exactamente lo mismo.

—Ni se os ocurra dar un paso más si queréis seguir respirando —dijo Ryo con un tono amenazador.

Entre los chicos vio a Meiko intentando abrirse camino hacia las escaleras. Cuando llegó a su altura, la detuvo del brazo, mientras Daisuke no dejaba que nadie pasara. Eran solo dos, pero ninguno era capaz de intentar algo contra

ellos. Era un respeto que se habían ganado con los años.

—Perdona, ¿me puede decir, si sabes, qué ha pasado? —preguntó Ryo a Meiko

—Sí que lo sé. Resumiendo: Charlotte le tiene celos a Mía por tu culpa, ha esperado el momento oportuno y le ha tirado la comida por encima. Además, ha hecho que todas las chicas fuesen a pedir uniformes limpios para que Mía no tuviera qué ponerse.

—¿Y por qué lleva eso? —preguntó Ryo sin acabar de entender qué ocurría.

—Es lo único que me dieron en la lavandería. Se lo llevé al baño para que no pasara frío esperando su ropa, pero ella ha dicho que no se esconde de nadie y ha salido así —contestó Meiko—. No me ha dado tiempo a detenerla, pensé que no lo decía en serio.

—No me lo puedo creer aún. Por favor, ve con ella y evita que haga más estupideces —ordenó Ryo furioso.

Meiko se dirigió a clase, donde Mía se encontraba ya sentada en su silla. La miró desde la puerta y esta le sonrió como si no pasara nada. Acto seguido, llegaron todos corriendo para seguir con el espectáculo. Charlotte no se hizo esperar, y cuando el profesor entró en clase se levantó para dirigirse a él.

—Profesor, discúlpeme, pero me siento incómoda teniendo que compartir aula con una señorita, si es que se le puede llamar así, que va a medio vestir —dijo señalando a Mía.

El profesor se percató entonces de la situación. Ahora entendía por qué había tantos alumnos asomados a la ventana de la clase cuando el timbre había

sonado y debían de estar en sus aulas correspondientes.

—Señorita Lincon, por favor, ¿puede pasar al frente de la clase? —pidió el profesor muy serio.

Todo el género masculino estalló en una ovación, pero eso no hizo que Mía sintiera vergüenza o bajara la cabeza. Pasó entre las mesas y se situó delante de toda la clase.

—Señorita, ¿le parece a usted manera de venir a clase? —preguntó, señalando la indumentaria de Mía de arriba abajo con la mano.

—Disculpe, profesor. En la comida no pude esquivar la torpeza innata de una compañera —todos rieron por lo bajo—, y me manché el uniforme. Fui a por uno, pero ya no quedaban. Solo había esto y no quería perderme su clase.

—Eso es verdad —dijo Meiko—. Yo fui a la lavandería pero ya no me pudieron dar uniforme femenino, solo esto, ni pantalones les quedaban.

—No sé si debería quedarse en clase así vestida —interrumpió Charlotte.

Mía la miró con rabia pero serena, nadie se esperó lo siguiente.

—Está bien —dijo Mía—. Entonces, como mi ropa está sucia y no puedo usar esta, me la quito y en la siguiente hora voy a por mí uniforme.

Mía comenzó a desabotonarse la camisa mientras el resto de sus compañeros miraban atónitos.

—Está bien, está bien. Por esta vez pase, pero asegúrese de tener ropa de cambio la próxima vez. Al cambio de clase vaya usted misma a recoger su uniforme. Y ustedes —dijo dirigiéndose a los que estaban en el pasillo de clase, asomados a la ventana—, váyanse a clase ahora mismo o los amonesto.

El profesor fue hacia la puerta y Mía volvió a ocupar su lugar.

Los alumnos se dirigieron a sus aulas. Había de todas las edades, pero sobretodo de los de estudios superiores.

Cuando subieron a la cuarta planta, todos estaban haciendo planes y quedando cuando Ryo se cruzó con ellos en la puerta de clase.

—¿Dónde estabais? Menos mal que el profesor llega tarde, sino no hubieseis entrado ninguno.

—Es por la nueva, hemos quedado luego para ir a verla mientras va a por su uniforme —dijo uno de los estudiantes mientras pasaba junto a Ryo

—¿Cómo que ir a verla? —dijo Ryo cogiéndolo del pecho y aplastándolo contra la pared.

—No te enfades, Ryo —dijo otro compañero—, no es nuestra culpa que se pasee así por aquí. Pero si te parece mal, no iremos, ¿verdad, chicos?

Todos asintieron entre murmullos, sin entusiasmo. Ryo se relajó y soltó al chico.

—Lo que no podrás evitar, Ryo, es que los demás vayan —le dijo el chico mientras se alisaba la camisa.

—Lo que no entiendo es para qué van a ir a verla si la mayoría de las chicas enseñan más con el uniforme que ella sin pantalones —preguntó Ryo muy serio.

—Igual no has caído, pero no la van a ver desde arriba, sino desde abajo. La esperaran en la parte de abajo de la escalera, ¿lo entiendes?

Ryo se dio cuenta en ese momento de que lo mismo que se le iba a ver al subir, se le vería al bajar. Se levantó de su silla para ir a avisarla, pero entró el profesor y le mandó sentarse. Durante la siguiente hora solo pensó en si le daría tiempo a llegar antes de que bajara.

La verdad, no es que fueran amigos, pero todo esto había pasado por su culpa. Si no hubiera creído a Charlotte desde el principio, no hubiera llegado a esto para humillarla. Aunque le había salido el tiro por la culata, había que reconocer que Mía estaba de todo menos humillada con esa camisa y esa chaqueta.

Cuando sonó el timbre, se fue corriendo hacia clase de Mía. Dejó todos sus libros encima de la mesa y salió por la puerta el primero. Bajó las escaleras y llegó justo cuando Mía se estaba acercando a la escalera para bajar.

—¡Detente! —gritó Ryo mientras daba un salto para bajar los últimos tres escalones e interponerse en el camino de Mía.

—Déjame en paz.

—A ver, chica lista, ¿por qué crees que hay tantos chicos ahí abajo? —dijo Ryo, señalando la escalera.

—Pues para ver de qué color llevo las....

—¿Lo sabes? ¡Y no te importa! —dijo Ryo interrumpiendo.

—Al que no debería importarle es a ti —dijo Mía en tono desafiante.

Ryo no podía creerse que Mía estuviera tan tranquila sabiendo lo que iba a pasar. Quizá en su país fuera de lo más normal, pero en Tokio no era así. Si se atrevía a enseñar algo tan íntimo, no la respetarían y eso podía llegar a ser

incluso peligroso. No sabía por qué, pero tenía que evitarlo. Notó cómo la furia iba creciendo dentro de él al pensar en todos los chicos que estaban esperándola ahí abajo, hasta que se le ocurrió una idea.

Se quitó la chaqueta del uniforme, envolvió la cintura de Mía con ella y la elevó por encima de sus hombros a modo de saco.

—¡Eh!, pero ¿qué haces? —gritó Mía mientras intentaba bajarse.

—Si tú no te vas a hacer respetar como mujer, te trataré como a una niña —dijo Ryo mientras bajaba las escaleras con ella.

Los demás se apartaron mientras pasaban, y en la puerta vio a Daisuke. Llevaba sus libros y su mochila.

—Aquí tienes, Robin Hood —dijo Daisuke entregándole la mochila—, tu coche te espera fuera.

—¿Cómo que Robin Hood? No me estoy robando a nadie, solo estoy educando a una niña.

Mía gruñó. Había dejado de patalear cuando entendió que así no conseguiría nada. Daisuke se rio al ver la cara de indignación de Mía, mientras Ryo se la llevaba hasta su coche. Al llegar la bajó y la dejó entre su coche y él.

—Entra ahí —ordenó Ryo señalando el coche.

—¿Y si no quiero? —contestó Mía enfadada.

Ryo dio un paso acercando su cuerpo al de ella, agachó su cabeza hasta llegar a su altura y le habló a pocos centímetros de la cara.

—Créeme, quieres.

Dicho esto, abrió la puerta y Mía se metió dentro, cerró y se subió también. Bloqueó los seguros y se dirigió a la salida. Hicieron todo el trayecto de vuelta a casa callados.

Ryo conducía a toda velocidad intentando desahogar su rabia, y Mía ni siquiera cambió la expresión de su cara, aunque la velocidad era a veces peligrosa para el tramo por el que iban.

A pesar de todo, Ryo no pudo evitar mirarla. Estaba girada hacia la ventana, su pelo caía por su cara sin que ella hiciera nada por apartarlo. Le dieron ganas de hacerlo él mismo, pero se contuvo. No pudo evitar bajar la mirada a sus piernas, no imaginaba que ella tuviera esas piernas ocultas tras su desgarrada apariencia de niña.

Cuando llegaron, Mía se bajó y se dirigió corriendo hacia casa. Subió las escaleras hasta la entrada y allí un mayordomo le abrió la puerta. Cuando iba a entrar, Ryo la detuvo agarrándola suavemente del brazo.

—Espera, ¿no entiendes que te he hecho un favor?

Mía no se giró, intentó zafarse pero Ryo la sujetó más fuerte. La giró y le volvió a preguntar, pero ella seguía callada, mirando al suelo. Ryo se apartó para darle espacio, y fue cuando se dio cuenta de que algo caía al suelo. Se fijó bien y entonces levantó la cara de Mía. Había estado llorando todo el camino: tenía los ojos rojos y las lágrimas no paraban de caerle por las mejillas.

Sintió una punzada en el pecho, la cogió por la cintura y la abrazó apoyando su cabeza sobre la de ella. El abrazo apenas duró unos segundos, Mía lo apartó bruscamente.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca! —gritó Mía, y salió corriendo hacia su habitación. Cuando Ryo reaccionó, salió detrás de ella, pero para cuando la alcanzó ya estaba en su habitación y había cerrado por dentro.

Who are you?

Mía cerró tras de sí la puerta. No estaba segura si Ryo la habría seguido, pero tampoco quería comprobarlo.

Se quitó la chaqueta y la dejó encima de la cama. Abrió el balcón para sentir el aire frío en su cara, y se dirigió al baño. Se quedó parada frente al espejo, no podía parar de llorar.

Se lavó la cara con agua helada y salió sin cerrar la puerta. Se dio cuenta de que en el escritorio había un regalo, estaba envuelto como su madre lo hacía, con papel rosa, lazos rosas y una nota rosa. Mía lo cogió, no pesaba mucho, poco más grande que la palma de su mano. Lo abrió con prisas y vio que era el iPhone que ella quería, un 4S blanco, precioso y nuevo. Sin más, lo puso a cargar mientras leía la nota:

«Cariño, no te has comprado el teléfono, así que he decidido adelantar tu regalo de cumpleaños, espero que te guste. Aquí casi no puedo usar el móvil por motivos de seguridad, ya sabes, espionaje industrial, pero en cuanto pueda te llamo. No lo pierdas y disfrútalo. Te quiere,

Mamá

P.D: La chica de la tienda me dijo que hay carcassas rosas, por si la quieres cambiar....»

Mía no pudo esbozar una sonrisa. Con casi dieciocho años que tenía, y su

madre aun esperaba vestir su vida de rosa.

Jugueteó con el teléfono hasta que tuvo casi media batería y llamó a Michael.

—Hello —contestó Michael—, who are you?

—Pero qué pijo te has vuelto, ¿no? —dijo Mía, en tono burlón.

—¡Eh! ¡Kitty! Qué alegría escuchar tu voz. Me pillas en la hora libre. ¿Desde qué número me llamas? ¿A quién le has robado el móvil? —dijo Michael entre risas sonoras.

—Perdona, pero estás hablando con la propietaria de un precioso iPhone 4S blanco. Mi madre me lo ha comprado como regalo de cumpleaños. ¡Es genial!

—Qué nivel, Maribel. Bueno ¿y qué te cuentas orgullosa propietaria de un precioso Iphone 4S blanco?

—Pues la verdad, nada bueno. He acabado el día solo con una camisa del uniforme masculino y llorando —dijo Mía con un tono triste.

—¿Qué ha ocurrido, pequeña? ¿Necesitas que vaya? —se apresuró a responder Michael preocupado.

—Sí, claro. Te veo en veinte minutos en el McDonalds de Plaza España —dijo Mía, riéndose a carcajadas.

—Sabes que lo haría, aunque tardaría un poco más de veinte minutos y no creo que encontrara la Plaza España en Tokio.

—Ya estamos con excusas. Bueno, si dejo de quererte y te olvido, luego no

me vengas llorando. Eres tú quien me abandona.

El humor de Mía había cambiado, esa habilidad la tenía solo Michael. Le explicó lo sucedido durante el día y cómo no pudo evitar acabar llorando de la rabia. Tenía una presión en el pecho por todo lo que había acumulado, por todo lo que hubiera hecho la antigua Mía, la Mía española, la verdadera Mía...

—Cálmate. Debes tener una pinta horrible y, sobre todo, debes dejar de ser otra persona. Tú no eres así, eres de las que no se callan, las que te dicen lo que sienten a la cara y de las que no se dejan humillar por nadie, y menos si va subida en unos tacones pasados de moda.

—Lo de pasados de moda no lo sabes. Pero sí, tienes razón, llevo un mes siendo otra. Mientras estuve en casa no hubo problemas, pero empezar las clases, mudarme a la mansión y la actitud de Ryo... Son demasiadas cosas que he tenido que asumir y luego tragar con una personalidad que no es la mía. Pero no quiero hacer daño a mi madre, no quiero decepcionarla.

—¡Eh!, eso nunca pasará y lo sabes. Ella te quiere como eres y, aunque le encantaría tener una Barbie de hija, en el fondo le gusta que seas tan diferente. Y aclarado este punto déjame preguntarte por Ryo y esos cambios de personalidad que tiene. ¿Es bipolar? —preguntó Michael medio en broma, medio en serio.

—Bueno, creo que no está diagnosticado, pero algo raro es —dijo Mía riéndose—. Tan pronto me odia, tan pronto me abraza. Lo que no le perdono es que me sacara así del instituto.

—A ver, las maneras no son las mejores, pero yo hubiera hecho lo mismo, Kitty. Reconoce que la situación se te fue de las manos y que te ayudó. Quizá

debas darle una oportunidad a ver cómo es, si el Ryo que te deja en una parada tirada, o el que te ayuda de ser acosada por adolescentes salidos.

—No sé, ya sabes que me cuesta confiar. La última vez que lo hice me destrozaron...

—Lo sé, pequeña, pero amar es eso. Entregar la llave de tu destrucción a una persona, y esperar que no la utilice.

—Ya... pero... no es justo. No debería ser así...

Se oyeron unos golpes en la puerta. Era Alfred, venía a entregarle un teléfono inalámbrico. Mía dejó en espera a Michael y lo tomó sin saber quién era.

—¿Sí? —contestó Mía.

—Soy Meiko.

—¡Ah! Dime, Mei. ¿Cómo sabes mi número? —preguntó Mía intrigada.

—Fácil, vives con Ryo. Busqué el número en la lista telefónica del instituto y probé suerte. Bueno, te llamo para saber qué tal estás, ya sé que te fuiste con Ryo.

—Irme no sería la palabra, más bien me secuestró.

—Estaba preocupado, y eso es raro, porque él solo se preocupa de Daisuke. Por cierto, recogí tus cosas y tu uniforme, si quieres pasar por ellos te doy la dirección.

—Está bien, dime dónde vives y me acerco.

—Bueno... No estoy en casa... Estoy en el negocio de mis padres... —
respondió Meiko un poco apurada.

—¿Negocio? Qué bien, pues dime que voy para allí, así te doy mi número de móvil.

—Es el restaurante Anzai —dijo Meiko bajando la voz.

—De acuerdo. Voy a ducharme y en un rato voy, ¿te apetece que cenemos juntas?

—Si a ti no te da vergüenza....

—Pues a menos de que la comida la sirvan en el estómago de mujeres semidesnudas, no —Mía se echó a reír y Meiko la acompañó—. Entonces quedamos así, en un rato nos vemos. Besos.

Cogió el móvil de nuevo, no estaba segura si Michael habría colgado, pero no, ahí estaba.

Le contó la llamada con Meiko y lo raro que le resultaba que se avergonzara de que sus padres tuvieran un restaurante. Al decirle el nombre, Michael cayó en la cuenta de quién era. Conocía a la familia Anzai, mejor dicho había oído hablar de ellos, por lo visto era una familia muy respetable de Tokio, tenían fábricas y empresas por medio mundo, pero el padre de Meiko se fio de quien no debía y lo dejó en la calle. Todos sabían lo ocurrido, pero nadie se atrevía a hablar de ello, como si fuera una maldición. Los que fueron sus amigos, ahora no les hablaban, y ya no les invitaban a eventos. Al menos les quedaba el respeto de su apellido, aunque eso no pagaba facturas.

Mía no sabía qué decir al escuchar la historia, debía ser terrible tenerlo todo y de repente perder tu vida. Al menos Meiko pudo seguir estudiando. La

verdad es que no le importaba que su amiga tuviera un restaurante, pero esa historia hizo valorar aún más el carácter tan agradable que Meiko tenía. En su lugar, hubieran rodado muchas cabezas.

Se despidió de Michael y se metió en la ducha, tardó poco más de una hora en estar preparada para irse. Había decidido clausurar el armario “princesa”. No podía seguir siendo otra persona y su ropa por fin demostraba quién era. Cogió su bolso de encima de la cama y salió de la habitación. Al pasar frente a la habitación de Ryo, intentó no hacer ruido por si salía. Iba de puntillas, pero a la vez que se acercaba a su puerta iba oyendo una melodía. Era el teléfono de Ryo, que no paraba de sonar, seguramente estaría en la ducha y eso hizo que Mía respirase hondo.

Se dirigió a la entrada principal y le pidió a uno de los chóferes que le llevara a ese restaurante. Pensó que lo buscaría en el GPS pero parecía ser que no era la única que sabía la historia de Meiko, o al menos eso pensó cuando vio la cara del chófer al decir el destino al que quería que la llevara.

No tardaron mucho en llegar. El barrio se veía de clase media, los bloques de pisos sustituían las grandes mansiones del barrio donde ahora vivía.

La calle estaba llena de gente y había muchos locales abiertos, la mayoría restaurantes. Cuando llegaron a la puerta del Anzai, el chófer se detuvo, se bajó, le abrió la puerta y aguardó instrucciones. Mía se quedó parada mirándolo sin saber por qué no se iba, hasta que cayó en la cuenta de que tenía que indicárselo.

«¡Qué difícil esto de ser rica apegada! En mi pueblo cuando cogías el bus no tenías que pedirle que se fuera cuando te bajabas, si te descuidabas arrancaba mientras aún lo estabas haciendo».

Le pidió que se regresara y quedó en llamarlo cuando acabara. Le parecía mal tenerlo esperando ahí hasta que ella volviera, además, no sabía a qué hora sería eso. Aclarado esto, se dirigió hacia la entrada del local. Era muy pequeño, tenía un toldo de tela y puertas estilo japonés.

Cuando entró, vio una barra a la izquierda con un par de personas y una fila de mesas a la izquierda que llegaban a la otra punta del local. Allí solo había un hombre sentado solo.

Meiko estaba dentro de la barra y, cuando la vio, enseguida salió a saludarla.

—Hola, pasa por aquí —le indicó Meiko con nerviosismo.

—Hola, Mei, qué bonito el lugar. Gracias por recoger mis cosas.

Meiko no levantaba la cabeza. Se sentía avergonzada, aunque Mía no sabía de qué.

—Vamos a ver, Meiko —le dijo Mía llevándola al reservado, al lado de la barra—, voy a ser clara contigo. No me importa que antes fueras rica y ahora no, ni que trabajes aquí. Lo que me molesta es que creas que sí me importa, de verdad. Además, es genial tener un restaurante, a mí me encantaría tener uno.

La expresión de Meiko cambió por completo, se relajó y Mía pudo ver en ella a una nueva persona, más alegre, más feliz.

—¿De verdad? ¿No te importa que sirva mesas? —preguntó Meiko esperanzada.

—Vamos a ver, alma de Dios, ¿qué tipo de amigas tenías tú? —ambas se echaron a reír.

—Bueno, tú luces diferente —dijo Meiko mirándola de arriba abajo.

Mía se había vestido de Mía. Llevaba el pelo suelto cayéndole por la cara, unos vaqueros ajustados, una camiseta con escote pronunciado y sus tacones casi de aguja. También, por supuesto, maquillada de “entre semana”, como a ella le gustaba decir.

--Sí... Esto... Verás... Esta es la verdadera Mía —dijo poniendo sus manos sobre sus caderas—. Hasta ahora he intentado ser otra persona por... Bueno, no sé muy bien por qué. Pero lo de hoy me ha hecho explotar, y ya que me van a hacer la vida de cuadritos, mejor que sea a mi yo verdadero y no a la pelele que se ha paseado estos días por la escuela.

—Ahora ya me cuadran las cosas. Por qué eras tímida pero decías cosas tan atrevidas, o como casi le pegas a Charlotte.

—¡Ah!, gracias por detenerme, es que cuando me emociono se me va la pinza.

—Eres muy graciosa, tienes expresiones muy raras —dijo Meiko entre risas.

—Bueno, te acostumbrarás y puede que alguna se te pegue.

Dicho esto, Meiko le presentó a sus padres. Eran una pareja simpática, tenían arrugas propias de la edad pero su cara era divertida. Se notaba que habían reído mucho en la vida y, a pesar de todo, aún seguían haciéndolo.

Mía descubrió una Meiko muy distinta, se sintió cómoda con ella y pasó un rato agradable. Cenaron juntas mientras atendían alguna mesa. Mía se empeñó en aprender el oficio, la lio un poco pero, en vez de cabrearse, la familia Anzai no paró de reír en toda la noche.

Se hizo tarde. Bueno, tarde no, eran poco más de las diez, pero en Tokio eso era ya noche entrada, Mía aún se sentía extraña con eso. Había logrado adaptarse a los horarios, pero no podía evitar sentirse rara al comer a las doce y cenar a las siete, cuando en España a esas horas almorzaba y merendaba.

Mía decidió que era hora de irse a casa, se excusó un momento para ir al baño antes de llamar a casa para que la vinieran a buscar.

El baño se encontraba al final del pasillo, era pequeño pero práctico. Solo una puerta y unisex, así que había que cerrar bien por dentro.

Al salir, se fijó en el hombre que había sentado en la mesa del fondo. Llevaba allí desde antes de llegar ella, y solo había pedido alcohol, por lo que el padre de Meiko se lo había llevado personalmente. Prefería que no se juntaran con un tipo así. Pero, fijándose bien, Mía se dio cuenta de quién era. Aceleró el paso a la barra y llamó a Meiko con el dedo.

—Oye, ese de ahí —dijo señalando con el dedo al hombre—, ¿no es el amigo de Ryo?

—Shhh —respondió Meiko—. Sí que es él, a veces viene a beber. Yo me encargo de llamar a Ryo para que no pase de la segunda copa, pero llevo toda la tarde llamándolo al móvil y no me lo coge.

—¿Y qué hace Ryo cuando viene? —preguntó susurrando Mía.

—Entra, saluda con la cabeza y después va al fondo, le dice algo y se lo lleva. Pero hoy no lo localizo.

—Ahora que lo dices, su móvil sonaba dentro de su habitación, pero no lo llegó a coger. Quizá pasó de venir a buscar a su amigo borracho.

—No creo, ni una sola vez ha tardado más de diez minutos en aparecer por la puerta. Nunca lo dejaría tirado, sé de buena tinta que a las que dejaba tiradas eran a las chicas con las que estaba en ese momento.

—Pues qué majo, ¿no? Buen amigo pero novio inútil —recalcó Mía.

—Bueno, no eran sus novias, eran sus fans. Cuando se cansa de ellas las deja en algún sitio, pero ellas vuelven a buscarlo así que las tontas son ellas.

—Y para muestra un botón, o una Charlotte —Mía rio sin apartar la vista de Daisuke—. Entonces, ¿qué vas a hacer con él? ¿Te lo llevas a casa, pillina? —dijo Mía con tono burlón.

—Mía —respondió sonrojándose—, no sé qué pasará. Mis padres tienen que cerrar y no se puede ir conduciendo en ese estado.

—Pues nada, me lo llevo yo —resolvió Mía—. Dime dónde está el coche que se lo entrego a Ryo como si fuera paquete postal.

—¿Cómo que te lo llevas? ¿Pero tienes edad para conducir?

—Casi, pero llevo años conduciendo, así que tranquila, que esto es fácil.

Mía cogió sus cosas y se acercó a la mesa de Daisuke. Había dos botellas vacías y no eran precisamente de agua. El olor a alcohol era muy fuerte y Mía tuvo que aguantar la respiración un segundo hasta que se acostumbró al olor.

—A ver, Daisuke, hoy te vienes conmigo —dijo Mía poniéndose frente a él con las manos en sus caderas.

—Déjame en paz, estoy esperando a Ryo —contestó Daisuke sin levantar la vista.

—Hoy no puede venir, yo te llevo a él, ¿vale? —dijo Mía mientras intentaba levantarlo de la silla, agarrándolo del brazo.

—¡Que me dejes! —grito Daisuke mientras agitaba el brazo para librarse de Mía.

De repente, Mía cayó hacia atrás. Daisuke la había golpeado sin querer y tenía el labio sangrando. Se tocó la boca con el dorso de la mano y vio la sangre.

Meiko estaba parada al lado de ella y se asustó. Iba a gritar para pedir ayuda pero Mía puso un dedo en su boca pidiéndole silencio. Se incorporó y volvió a intentarlo.

—Daisuke, soy yo, Mía, la que vive con Ryo. Mírame a la cara —Mía cogió la cara de Daisuke con las dos manos e hizo que sus miradas se encontraran.

—¿Mía? Tú eres la que lleva por la calle de la amargura a Ryo —dijo Daisuke medio gritando—, ¿pero qué te ha pasado? ¿Quién te ha pegado? ¡Yo te defenderé!

—Ha sido Jack Daniel's —dijo Mía mientras miraba las botellas vacías encima de la mesa—. Venga, dame las llaves que nos vamos a casa.

Daisuke se sacó las llaves del bolsillo y se las entregó a Mía. Meiko fue a distraer a sus padres para que no vieran salir a Mía con Daisuke, de lo contrario, la cosa hubiera acabado mal para él.

Cuando estaban fuera, Meiko los alcanzó. Daisuke apenas se tenía en pie y Mía lo llevaba apoyado en sus hombros. Meiko se unió al apoyo sujetándolo por el otro lado y se dirigieron a un parking público que había a unos metros

del restaurante. Estaba vacío a excepción de un espléndido Porsche 911 Black Edition.

—¿De verdad? ¿En serio este tío tiene ese coche? —dijo Mía, quien había reconocido el modelo inmediatamente.

—Sí. Es bonito, ¿verdad? —contestó Meiko mientras lo admiraba.

Se acercaron a él como pudieron. Daisuke no paraba de hablar, pero ya no se le entendía nada.

Lo metieron al coche con cuidado y le abrocharon el cinturón, cerraron la puerta y se despidieron.

—¿Estás segura de que sabes conducir? Acuérdate que aquí se conduce por la izquierda —dijo Meiko con preocupación.

—Tranquila, ya he conducido en Londres —Mía se acordó de ese día y no pudo evitar sonreír. Se equivocó dos veces y fue por dirección contraria, a Michael casi le da un infarto—. De verdad, te mando un mensaje cuando llegue a casa.

Mía se metió en el coche y puso el GPS. Menos mal que tenía porque si no, no hubiera logrado ni salir del aparcamiento. Empezó a andar lentamente, hasta que tuvo el morro del coche asomado a la calle para incorporarse. Esperó a que Meiko llegara al restaurante antes de avanzar. La saludó con la mano y se dispuso a conducir.

Se dirigió por donde el GPS le indicó, aunque se equivocó un par de veces. Le costaba saber cuándo debía girar. Cada vez que oía «a 200 metros, gire a su izquierda» miraba el cuenta kilómetros a ver si atinaba con la distancia, pero en vez de preocuparle le parecía divertido.

En el asiento de al lado, Daisuke cabeceaba. Estaba medio dormido y se mantuvo quieto todo el recorrido hasta llegar a casa. Cuando se paró frente a la verja de entrada, Mía le pidió al de seguridad que avisara a alguien para que le ayudara a bajar a su amigo, y en cuanto aparcó, allí estaba Alfred esperándola.

Hubiese preferido a cualquier otro, era como cargar a tu abuelo con tu amigo borracho, así que intentó echarse el mayor peso posible en su hombro a la vez que ocultaba su cara con el pelo. No le apetecía explicar por qué llevaba el labio así, bastante tenía con cargar a alcohólicos ajenos.

Al pasar la puerta vio a Sayumi, la joven aún estaba despierta cuando avisaron a Alfred y salió a ver en qué podía ayudar. Cuando vio la situación, se tapó la boca por la sorpresa.

—Sayumi —dijo Mía—, avisa a Ryo de que le traigo un regalo.

—Lo siento, señorita —respondió Alfred—. El joven salió antes que usted en la tarde y aún no ha regresado.

«Así que sí se dejó el móvil. Menudo día para no acordarte de cogerlo, campeón», pensó Mía.

—Está bien. Sayumi, coge un cubo, toallas pequeñas, agua fría, hielo y un café con mucha sal y tráelo a mi habitación —dijo Mía decidida.

—¿Café con sal? —respondió Sayumi con asco

—Sí, es un remedio de mi país muy popular. Hazme caso y llévamelo.

Sayumi asintió y se dirigió a la cocina. Alfred no había dicho nada, eso le gustaba de él, no juzgaba lo que hacía, solo ayudaba.

Cogieron a Daisuke de la escalera donde lo habían sentado y, poco a poco, subieron las escaleras. Mía pensó que debían haber puesto escalones mientras ella no estaba, porque se estaba haciendo eterna la subida.

Cuando llegaron arriba, se tambalearon, pero consiguieron mantener el equilibrio hasta alcanzar la habitación de Mía. Lo llevaron al baño y lo sentaron al lado de la taza del váter, Sayumi no tardó en llegar con todo lo que habían pedido. Mía entornó la puerta del baño y se dirigió hacia los dos sirvientes con mucha tranquilidad y calma.

—Alfred, es tarde, ve a dormir. Gracias por todo y mañana te cuento, ¿de acuerdo?

El mayordomo asintió. Estaba preocupado, pero Mía sabía que aunque lo hubiera despachado iba a estar atento a cualquier cosa que surgiera. Cuando salió de la habitación se dirigió a Sayumi.

—Vigílamelo un momento mientras me cambio. No creo que se mueva, pero por si acaso —dijo Mía mientras se quitaba la ropa. Se puso unos pantalones de tela, como los de hacer yoga en color negro, y una camiseta de tirante ancho, negra, con una Kitty dibujada en morado.

—A ver —prosiguió Mía—, yo me quedo aquí con él. Tú por favor ve abajo a esperar a Ryo y me lo mandas cuando llegue. Si ves que te duermes quédate en la escalera sentada, así cuando te vea al subir, te despertará, o eso espero.

—De acuerdo —asintió Sayumi—, ¿pero seguro que no quieres que me quede? —preguntó mirando a Daisuke y al labio de Mía que empeoraba por momentos.

—Esto no va a ser agradable —dijo Mía mientras preparaba todo lo que le había traído Sayumi—. En cuanto le dé el café, va a echar hasta el alma por la boca.

Sayumi hizo un gesto de asco que hizo que Mía se riera, al menos lo que pudo, ya que el labio le hacía daño. Se le había hinchado y aún tenía un poco de sangre seca en él.

Cuando Sayumi se retiró, Mía puso de rodillas a Daisuke. Le dio el café y, casi al instante, estaba sujetándole la frente mientras echaba todo. Estuvieron así casi media hora, pasado ese tiempo parecía que no había más que volver a ver y Mía tiró de la cadena por última vez.

Apoyó a Daisuke contra la pared mientras abría la ventana para que se fuera el olor desagradable. Intentó levantarlo para llevarlo a la cama, pero Daisuke le rogó que dejara de mover la habitación. No iba a ser tan fácil como pensó Mía al principio, así que cogió las toallas, el cubo y el agua fría y los dejó a su izquierda. Se sentó apoyando la espalda en la pared, con las piernas cruzadas, como los indios.

Daisuke estaba a su derecha y, como pudo, lo tumbó, dejando su cabeza apoyada en su regazo. Se giró un poco y vació el agua en el cubo. Metió las toallas dentro de él y cogió una, la escurrió, envolvió un par de hielos, y el resto los echó al cubo. Luego cogió otra toalla bien escurrida, la dobló y la puso sobre la frente de Daisuke. Sus facciones se relajaron.

Cogió la toalla con hielo y se la puso en el labio. Le dolía mucho y, por experiencia, sabía que se lo había partido. Verás qué gracia le haría mañana, lo que peor llevaba era tener que enfrentarse a Charlotte así. Pero de algo estaba segura, esa sí era la auténtica Mía, tirada en un baño con el labio

partido y sobrellevando la borrachera de un casi desconocido.

Ese pensamiento la hizo sonreír, y otra vez le dolió el labio. Había vuelto a olvidar su herida, así era ella.

Eran casi las cuatro de la mañana cuando Ryo llegó a casa. Dejó el coche en la entrada y sacó las llaves del bolsillo. A esa hora no había nadie para abrirle. Había algunas luces encendidas, lo cual no era normal. Ryo se dirigió a la escalera y, mientras bordeaba la mesa del recibidor, vio a Sayumi dormida en las escaleras. Sonrió imaginando cómo había llegado a quedarse dormida ahí. Se fijó en que llevaba una manta encima, eso era cosa de Tanaka, su mayordomo de confianza. Pero si él la había visto y no la había despertado era por una razón, entonces se preocupó y la tocó despacio para despertarla, intentando no asustarla.

—Eh, oye —susurró Ryo—, despierta y ve a la cama.

—Déjame un poquito más, porfa —rogó Sayumi sin ser consciente de la situación.

—Venga, que es muy tarde —prosiguió Ryo entre risas. La situación le parecía divertida.

Sayumi abrió los ojos y lo vio. Se asustó y se levantó casi de un salto, mientras intentaba no caerse enredada en la manta.

—Señorito Ryo, menos mal que llega a casa. Tiene que ayudar a la señorita, ha pasado algo terrible —dijo Sayumi alterada y casi gritando.

—A ver, despacio que no te entiendo. Vuelve a repetir, ¿qué ocurre? —le

dijo Ryo mientras la sujetaba por los brazos intentado calmarla.

—La señorita ha llegado con un joven borracho y golpeada, me pidió que lo avisara pero usted no estaba, y no contestaba el móvil, entonces ella lo llevó arriba y... —Sayumi estaba muy nerviosa y las palabras se le atascaban.

—¿Cómo que Mía está con un tipo borracho y golpeada? ¿Dónde está ahora? —dijo Ryo exaltado.

—En su habitación. Llevan horas allí y yo tenía que esperarlo a usted para decírselo.

Ryo imaginó lo peor, subió las escaleras a zancadas y Sayumi lo siguió como pudo, corriendo tras él. Llegaron a la habitación de Mía, Ryo abrió la puerta y vio que estaba vacía, entonces se percató de que la puerta del baño estaba entreabierta y había luz en él. Se acercó sigilosamente y la abrió despacio, como si no quisiera interrumpir lo que allí estuviera pasando, pero deseando enterarse de lo que allí dentro ocurría.

Cuando se asomó, la escena lo dejó sin habla. Mía estaba en el suelo sentada, con la cabeza de Daisuke apoyada en su regazo. Ella estaba dormida con el pelo ocultando la mitad de su cara. En una mano llevaba una toalla mojada y con la otra sujetaba la toalla encima de la frente de Daisuke.

Ryo le pidió a Sayumi que avisara a los de seguridad que hacían ronda por la casa, para que llevaran a Daisuke a la habitación de invitados, al lado de la suya. Llegaron en un minuto, Ryo aún no se había movido de la puerta intentado comprender lo que estaba viendo.

Cuando los guardias de seguridad levantaron a Daisuke, Ryo se acercó a Mía y se arrodilló a su lado. Le quitó la toalla donde antes había tenido los

hielos, y cogió su cara entre sus manos.

—Oye, despierta —dijo susurrando dulcemente.

Mía abrió los ojos, pestañeó un par de veces intentado espabilarse y se quedó mirando a Ryo con cara de no saber qué estaba pasando a su alrededor, hasta que se acordó de todo y reaccionó.

—Bien, ya estás aquí, te he traído un regalo —dijo Mía con voz de dormida aún—, perdona que no te lo envolviera, pero se me da fatal el tema. Le iba a poner un lazo, pero no encontré el tamaño adecuado.

Ryo sonrió.

—¿Se puede saber qué haces aquí tirada con Daisuke? —preguntó Ryo aún con sus manos envolviendo la cara de Mía.

—Me lo encontré así y no lo iba a dejar solo. Te lo traje a ti, pero como no estabas hice de ti. Soy mini Ryo, así que ojito con lo que haces.

—Estás loca, solo a ti se te ocurre esto. Pero gracias, es como un hermano para mí —respondió Ryo sin dejar de mirar el labio de Mía, no se atrevía a preguntar—. ¿Qué ha pasado con tu...?

—¡Ah! Sí, esto. No es nada, gajes del oficio.

—Te refieres a que fue...

—Son daños colaterales que no ha causado nadie. Y ahora, si me disculpas, voy a dormir que en un rato tengo que ir a clase y, aunque te parezca que este suelo es cómodo, tengo que decirte que no es así.

Ryo se apartó mientras Mía se desperezaba. Él se quitó la chaqueta que aún

llevaba puesta desde que entró en casa, y un escalofrío le subió por la espalda. Se giró y vio la ventana abierta. La habitación estaba helada, pero no lo había notado hasta ahora.

Ayudó a Mía a ponerse de pie, pero cuando ella se soltó para dirigirse a la puerta, las piernas le fallaron y Ryo la sujetó. La giró abrazándola y vio que estaba sudando. Le tocó la frente con los labios y notó que estaba ardiendo. Sin pensarlo la cogió en brazos, abrió la cama como pudo y la metió dentro.

Sayumi apareció de nuevo en la habitación para avisar que Daisuke estaba dormido ya y se retiró. Ryo le limpió el sudor con una toalla a Mía, cerró la puerta del baño y se sentó a su lado en la cama.

—¿Cómo se te ocurre dejar la ventana abierta? ¿No ves el frío que hace? —le recriminó dulcemente Ryo.

—Te lo iba a decir. Algo había notado, pero cuando fui a cerrar la ventana tenía un Daisuke encima que no me dejaba moverme —respondió Mía con ironía a media voz.

—Bueno, está bien, pero deberías haberte cuidado tú. Mira cómo estás, voy a llamar al médico para que te revise.

—Ni se te ocurra molestar a nadie a estas horas —dijo Mía mirando su muñeca vacía como si llevara un reloj— solo son unas décimas.

—Está bien —le concedió Ryo—, pero si veo que vas a peor llamaré al médico.

Mía levantó el pulgar de su mano para demostrar que estaba de acuerdo, y le pidió a Ryo que se marchara. No necesitaba que nadie la cuidara, estaba acostumbrada a pasar por esto sola por el trabajo de su madre, y no iba a dejar

que la viesen como una débil y una blandengue.

Ryo salió a regañadientes. Se dirigió a la habitación de Daisuke para ver cómo estaba, asomó la cabeza y desde el umbral comprobó que todo estaba bien, y se fue a su cuarto.

Cuando llegó se dio cuenta de que se había desvelado. Ya eran más de las cinco y sabía que no iba a poder pegar ojo, así que se dio una ducha larga y caliente. Mientras se ponía el pijama, no pudo evitar pensar en Mía, en todo lo que había hecho. Era como conocerla de nuevo, y a esta Mía sí la quería conocer.

Se paseó por la habitación preocupado. Su cuarto era grande, tenía la cama en un lado junto al armario, y en el otro un espacio que usaba de despacho para estudiar y donde tenía sus libros. Junto a la puerta del baño se encontraba un aparato de gimnasio completo con un par de tollas usadas encima.

Se puso a hacer un trabajo que le habían mandado, pero lo dejó porque no se podía concentrar. No paraba de pensar en Mía. Cogió un libro que lo tenía enganchado y no pudo pasar de la primera hoja sin pensar en ella.

Se tiró a la alfombra del suelo para hacer flexiones intentando cansarse para dormir un poco, pero no funcionó.

Así que después de una hora, salió de su cuarto dispuesto a ver cómo estaba Mía.

Entró despacio en la habitación y vio que la luz de la mesita estaba encendida. Ella estaba sentada en la cama temblando con las piernas recogidas, hecha un ovillo. Se acercó lentamente hasta que se percató de que él estaba ahí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mía con cara cansada.

—Venía a ver si estabas bien..., ya veo que no.

—Márchate, no tengo ganas de discutir —respondió con apenas un hilo de voz.

—No he venido a eso —dijo Ryo mientras se acercaba a la cama por el lado en que estaba Mía—, solo quería saber si estabas bien, lo mejor será que llame al médico.

—No lo llames, por favor. Si lo haces, mi madre se acabará enterando y no quiero que se preocupe. Estoy bien, de verdad. En breves me dormiré, pero ahora no puedo.

Ryo no entendió por qué dijo eso. No sabía por qué no podía dormir pero sí sabía que algo iba mal, porque le faltaban las fuerzas. Se sentó a su lado y le tocó la frente con la mano. Ella se dejó, lo cual aún hizo sospechar más a Ryo de que algo pasaba. Aún tenía fiebre pero él sabía que ese no era el problema.

—Si no me dices qué pasa personalmente llamaré a tu madre para contarle todo —advirtió Ryo.

—No te atreverás.

Ryo se acercó al escritorio donde Mía tenía su móvil y buscó el número que ponía “mami”. Se lo enseñó a Mía sujetándolo con una mano y con el dedo estirado de la otra, acercándose al botón de llamar.

—Está bien, está bien, pero deja eso ahí. Te lo cuento pero no te rías de mí —dijo Mía preocupada.

—Jamás me reiría de algo tan serio como tu salud —respondió

tajantemente Ryo mientras se volvía a sentar al lado de ella.

—No estoy enferma si es lo que crees. He tenido una pesadilla y hasta que no salga el sol no me calmaré y no podré volver a dormirme —explicó Mía.

—No me mientas, una pesadilla no te deja como estás tú.

—No te miento, ¿te lo demuestro?

Acto seguido, Mía cogió la mano de Ryo y se la puso en su pecho, en el lado de su corazón. Entonces, él pudo notar cómo latía a mil por hora. Pero, si todo esto era por una pesadilla..., Ryo no pudo evitar preguntar:

—¿Y qué soñaste para ponerte así?

—Nada que te importe —respondió Mía sin mirarle—, seguramente la fiebre me hizo pensar en cosas feas y eso es todo. Ahora, si me dejas, intentaré dormir un poco. Ya ha salido el sol y estoy cansada.

Mía le miró esperando a que se fuera, pero en vez de eso, se tumbó a su lado. La echó hacia atrás hasta tumbarla encima de su pecho, y la abrazó sin decir nada.

Mía quería protestar, no quería sentirse así, pero era tan reconfortante estar en sus brazos... Se sentía tan segura que pensó que mejor protestaba luego.

Con estos pensamientos, Mía se relajó y se durmió. Ryo apagó la luz de la mesita y se giró para abrazarla por completo. Sentía que en ese momento era solo suya, y la estrechó fuerte intentado protegerla de lo que su cabeza no dejaba que se olvidase.

Ryo también acabó por dormirse.

A mí no me mires

Mía se despertó con un dolor de cabeza terrible. No estaba segura de quién tendría más resaca si Daisuke o ella, aunque la de ella valía doble porque la tenía sin beber.

Le dolía el cuerpo y lo sentía pegajoso del sudor producido tanto por las pesadillas como por la fiebre. Se desperezó en la cama mientras se daba la vuelta. No sabía qué hora era, pero desde luego no era pronto a juzgar por la luz que se veía alrededor de las cortinas. Vio su móvil en la mesilla, tenía un post-it pegado:

«Te he guardado mi número, si necesitas algo, avísame. Ryo».

Cogió el móvil y al encender la pantalla vio que era la una de la tarde. La tripa le rugía como un león, así que decidió enviarle un mensaje a Ryo:

«Si no has comido aún dame 20 min y comemos juntos. Gracias por lo de anoche. Besicos».

Cuac, cuac, cuac, sonaba el móvil de Mía avisando de un mensaje nuevo: «Ok».

«Pues sí que es ahorrador, no gasta ni en palabras», pensó Mía. Salió de la cama y saltó en dirección al baño. Se quitó la ropa, se recogió el pelo con una pinza y se metió a la ducha.

Fue rápida porque el hambre iba en aumento. Decidió ponerse un pantalón de chándal viejo y una camiseta de manga corta. Cuando le apetecía estar cómoda, siempre recurría al mismo modelito.

Se miró al espejo del tocador, tenía un aspecto horrible y su labio aún estaba hinchado. Se cepilló el pelo y lo recogió con un palillo. Se puso los calcetines y las zapatillas de estar por casa y bajó a buscar a Ryo.

Antes de llegar a las escaleras lo vio dirigirse a ella con una bandeja de comida. Se quedó parada mirándolo y con la cabeza ladeada, intentando entender la situación. Cuando llegó hasta ella seguía sin entender así que hizo lo que siempre hacía cuando no entendía algo, preguntó.

—¿No se supone que comemos juntos? —dijo Mía mirando el plato único que había en la bandeja.

—No es para mí... Baja y ahora te alcanzo —contestó Ryo intentando ocultar para quién era, cosa que a Mía no se le pasó.

—¿Para quién es? ¿Has traído a alguna amiguita? —preguntó Mía levantando las cejas muchas veces, intentando ponerlo nervioso.

—No, es para Daisuke —consiguió decir al final Ryo.

—Ammmm. ¿Y por qué no come con nosotros? No tengo nada contagioso —dijo Mía llevándose un dedo a los labios a modo pensativo—. O eso creo —concluyó sonriendo.

—Le da vergüenza lo de anoche, y no sabe cómo pedirte perdón a ti por... por eso... —dijo finalmente Ryo mirando el labio de Mía.

—A ver, ¿dónde está? —preguntó Mía en un tono enfadado.

Ryo se quedó callado. Sabía que su amigo lo estaba pasando mal y, aunque tuviera razón, no quería que Mía echara más leña al fuego. Así que se quedó callado mientras bajaba la mirada al suelo.

Mía no se iba a quedar con las ganas de encontrarlo, así que aprovechando que Ryo tenía una bandeja en la mano echó a correr abriendo las puertas de las habitaciones en busca de Daisuke. Ryo no esperaba eso por lo que tardó en reaccionar. Dejó la bandeja en el suelo y salió tras ella, pero Mía ya había encontrado la habitación correcta y había entrado.

Cuando Ryo llegó, Mía estaba de espaldas a Daisuke, el cual solo llevaba una toalla enrollada a la cintura y estaba totalmente blanco y paralizado en la puerta del baño de la habitación.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Ryo mirando a Mía, aunque ya sabía la respuesta.

—A mí no me mires —respondió Mía con las manos levantadas y riéndose—. Solo quería hablar con él.

—¿Y no sabes llamar antes de entrar? —dijo Ryo incrédulo aún de la situación.

—Sí sé, pero es que me encantan los concursos de la tele donde hay que descubrir qué premio te ha tocado abriendo una puerta al azar, y a mí me ha tocado el bueno, con que ganas te hicieron Daisuke —gritó Mía sin poder aguantar la risa por la cara de sorpresa de ambos.

El pobre Daisuke no sabía dónde meterse. Estaba avergonzado por la situación de la noche anterior y ahora también por esta. Se metió al baño con la ropa y se vistió.

Ryo intentó sacar a Mía de la habitación, pero ella sabía que si salía Daisuke se encerraría y no habría manera de entrar. Así que mientras se vestía en el baño, Mía se dedicó a ir corriendo por toda la habitación con Ryo intentando

cogerla. Hasta saltó varias veces por encima de la cama, pero al final Ryo la atrapó y la sujetó, abrazándola por detrás mientras la levantaba en el aire. Pero Mía se resistió impulsándose con los pies en el marco de la puerta. El forcejeo duró hasta que Daisuke salió del baño vestido y accedió a hablar con Mía.

Ryo bajó a Mía lentamente. Cuando estuvo en el suelo, se dirigió hacia Daisuke y, sin que ella hablara, él bajó la cabeza y empezó a arrodillarse. Mía lo detuvo en seco.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó Mía sobresaltada.

—No sé lo que me pasó anoche, lo siento. No debí golpearte, yo... Haré lo que quieras... Me avergüenzo de mi comportamiento... —Daisuke se deshacía en disculpas.

—Mírame —le ordenó Mía—, en serio, mírame a los ojos. ¿De verdad crees que quiero que me pidas perdón por lo de anoche?

Ryo y Daisuke intercambiaron miradas. Mía se remangó la pernera izquierda del pantalón.

—Mira —dijo señalando su rodilla—, ¿ves esta cicatriz? Es de hace seis meses. María bebió demasiado y me tiró sin querer por un camino de piedras intentando sujetarse.

Acto seguido, giró su brazo derecho señalando por encima del codo.

—Y esto fue cuando me clavé un perchero por un empujón que me dio Silvia pensando que lo daba más flojo, y ni siquiera íbamos borrachas.

Ryo se situó al lado de Daisuke sin dejar de mirar a Mía mientras hablaba.

—A lo que me refiero es que los accidentes pasan. Que seas un chico y yo una chica no lo hace maltrato, ni a ti un maltratador. Es solo eso, un accidente. Si quieres te sigo enseñando cicatrices, he tenido una vida muy interesante —dijo Mía sonriendo.

Daisuke seguía sin hablar y con la mirada clavada en el suelo.

—Está bien, ya sé lo que vas a hacer para disculparte conmigo —inquirió Mía mientras Ryo la miraba serio—. Vas a comer con nosotros, y luego verás unas pelis que yo elija, que para eso soy la agraviada y, si te portas bien, te dejaré comer palomitas.

Dicho esto, Daisuke levantó la vista del suelo.

—¿De verdad no estás enfadada? —preguntó a media voz.

—De verdad, a partir de ahora somos amigos —dijo Mía extendiendo la mano.

Daisuke le estrechó la mano y volvió a sonreír, el mal trago había pasado. Ryo se alegró de ver que todo se había solucionado.

Salieron los tres de la habitación y se dirigieron a la cocina. Allí se encontraba una cocinera grandota que les preguntó qué querían para comer, todos se miraron pero ninguno sabía qué responder.

—Propongo una cosa, yo hago la comida y vosotros me ayudáis. Os voy a hacer tortilla de patatas que es un plato típico de España, así que Daisuke ve cortando patatas y tú, Ryo, parte la cebolla en trozos pequeños.

En un momento, Mía se había deshecho de la cocinera dándole la tarde libre y se había puesto ella el mandil. Ayudó a los chicos con las patatas y la cebolla.

Desde luego, era la primera vez que hacían eso, así que Mía tuvo risas aseguradas por parte de uno y de otro.

Mientras esperaba para darle la vuelta a la tortilla, Ryo notó que el labio de Mía sangraba un poco. Se había abierto la herida por las risas del momento. Se dirigió al botiquín y cogió un trapo limpio, se acercó a ella lentamente y le limpió la herida. Luego le aplicó una pomada en el labio sin dejar de mirarla a los ojos, lo que hizo que Mía sintiera un nudo en el estómago y se quedara paralizada.

Mía sintió gran alivio, no se había dado cuenta de lo que le molestaba hasta que notó la pomada. Daisuke observaba la escena muy serio, esperando a que Mía se quejase o le recriminase algo, pero eso no pasó. Al contrario, Mía se limitó a gastar bromas para relajar el ambiente y hacer la situación más llevadera a Daisuke. Ryo se dio cuenta del detalle y no podía dejar de mirarla, había algo diferente en ella pero no sabía explicar el qué, y eso lo estaba volviendo loco.

Cuando acabaron de comer, recogieron la cocina y la mesa. Por la forma de fregar de Ryo, esa era su primera vez seguro. Se pasó con el jabón y había más espuma de la que podía limpiar del vaso. No pudieron evitar volver a repetir la tanda de risas que se habían producido al hacer la comida.

Una vez estuvo todo recogido, se dirigieron a la sala de audiovisuales de la casa, aunque, cuando la vio Mía, lo hubiera llamado cine.

Era una sala con un sillón enorme muy ancho, donde casi podía estar Mía con las piernas estiradas. Tenía un proyector en el techo y una pared blanca que hacía de pantalla.

Mía quiso ver películas de terror, le aterraban lo buenos que eran los

orientales dando miedo. Se sentaron en el sofá, Mía en el centro, y Ryo y Daisuke a izquierda y derecha, pero en la otra punta del sofá. Eso le pareció gracioso a Mía, estaba acostumbrada a ver películas con sus amigos y estaban todos unos encima de otros, y con Michael más de una vez se habían quedado dormidos juntos viendo la tele en la cama. Pero allí la situación era diferente, una chica era como un ser de otro planeta al que solo se le puede dirigir para fines románticos, o eso había deducido Mía por el comportamiento de todos en la escuela.

—¡La escuela! Se me había olvidado por completo —dijo Mía parando la película.

—Tranquila, llamé esta mañana para decir que no ibas ni hoy ni mañana. No estás en condiciones aún —respondió Ryo volviendo a poner la película.

—Ya ves, eso me recuerda a una especie de poema de mi barrio. Es una especie de haiku español.

Mía se puso de pie y lo recitó gesticulando:

«El lunes me desperté con ganas de estudiar el martes.

Pero como el miércoles vi, que el jueves llovía.

Me dije el viernes: “para que estudiar el sábado, si el domingo es fiesta”.»

Todos se rieron. Mía no quería perderse dos días de clase, pero la verdad es que no tenía fuerzas para hacer frente a esa mafia que llamaban colegio. Mejor dejaba pasar el fin de semana.

Cuando volvió a concentrarse en la película, apareció lo que más aterraba a Mía de las películas de terror, un niño pequeño con un gato. Recogió sus

piernas sujetándolas entre sus brazos y metió su cabeza entre las rodillas. Ryo y Daisuke se miraron y no pudieron evitar reírse, con lo dura que parecía Mía y tenía miedo de un niño.

Tras una tarde de películas de miedo, decidieron poner al final una de animación para que Mía se relajara. No había cambiado de posición en ningún momento, ni había bebido ni comido nada hasta que pusieron la última.

Cuando llevaban más de media película, Daisuke se dio cuenta de que era muy tarde y se levantó para irse. Lo hizo despacio porque Mía se había quedado dormida casi a los diez minutos de empezar la película.

—Ya es tarde y tengo que irme, Ryo.

—Sí, mañana te veo en clase.

—Cuidala —dijo Daisuke mirando a Mía—, ha demostrado ser una gran chica.

—Sí, aunque no se comporte como tal —ambos rieron.

Ryo acompañó a Daisuke a la puerta y volvió a la sala. Encendió las luces y paró la película, no había terminado pero supuso que a Mía no le importaría.

Se acercó al sofá donde Mía había acabado acostada, se agachó a su lado y le apartó el pelo de la cara para verle la herida del labio mejor. Ya estaba casi curada, apenas se notaba la hinchazón.

Pensó despertarla, pero se veía tan tranquila ahí dormida que no se atrevió. Decidió llevarla en brazos hasta su cama, la metió dentro, encendió la luz de la mesita, cerró las cortinas y se acercó a ella. Se le pasó por la cabeza quedarse de nuevo, le apetecía volver a sentir lo de la noche anterior, pero

prefirió no hacerlo ya que Mía estaba dormida y sentía que estaba forzando un poco la situación. Pasara lo que pasara no se iba a repetir de nuevo.

Apagó la luz de la mesita y se dirigió a tientas a la salida. Volvió a mirar antes de cerrar y regresó a su habitación.

A la mañana siguiente, Mía se despertó como si hubiera dormido una eternidad. Lo último que recordaba era un conejo de dibujos animados contando chistes, la imagen le vino a la cabeza y provocó una sonrisa en ella.

Se levantó y fue hacia las cortinas que tapaban las puertas del balcón, las abrió de par en par y dejó entrar el aire fresco dentro de la habitación. Pero pronto las cerró porque la mañana estaba demasiado fría para el poco abrigo que llevaba ella.

Se estiró, se puso las zapatillas y bajó a desayunar. Tenía un hambre de perros.

Al bajar se encontró a Alfred. Le dio su móvil que se había quedado en la sala de cine anoche y un tubito de pomada para el labio que había dejado Ryo para que se lo pusiera.

Se dirigió a la cocina para desayunar mientras miraba el móvil y se dio cuenta que eran las once. Tomó algo rápido y pidió que le prepararan la comida para comer en el invernadero del jardín. Pasó la mañana leyendo y, durante la hora de la comida, se limitó a mirar el jardín.

Ya refrescaba así que tuvo que abrigarse bien, pero eso no le impidió comer allí. Era un sitio tranquilo y alejado de la mansión, tenía las paredes cubiertas de plantas y dentro cultivaban todo tipo de flores. Había un camino que llegaba a un cenador pequeño donde había una mesa redonda de madera y un banco acolchado con respaldo para sentarse. Cabían unas seis personas y,

desde que lo descubrió, Mía pasaba horas allí leyendo o escuchando música.

Comió allí y las horas pasaron casi sin darse cuenta, cuando dieron las cinco el teléfono de Mía sonó, en él aparecía el nombre de Ryo. Dudó en cogerlo pero la curiosidad le pudo más.

—Hola, Ryo —contestó alegremente Mía.

—Mía, ve a la entrada, llego en unos minutos. Le han pegado a Meiko y la llevo conmigo —dijo Ryo alterado.

Acto seguido colgó sin darle tiempo a Mía a decir nada. Recogió sus cosas, las llevó a la mansión y salió a esperarlos a las escaleras de la entrada. No tardó en oír el rugido del motor del coche de Ryo. Aparcó y salió ayudar a Meiko, Mía corrió a hacer lo mismo.

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó Mía al ver el estado de Meiko.

—No lo sé. Cuando salía de la clase la vi llorando en un rincón y cuando me acerqué vi cómo estaba. No me ha querido decir nada y no podía dejarla allí.

—Gracias, yo me hago cargo.

Mía le pasó el brazo por el hombro de Meiko y sin decir nada la llevó a su habitación. Cuando llegó, cerró la puerta, la sentó en el tocador y se puso de rodillas a su lado para estar a su altura.

El aspecto de Meiko era deplorable, tenía el pelo enmarañado, los ojos rojos, el uniforme lleno de agujeros descosidos y las piernas raspadas.

—Meiko —empezó a decir dulcemente Mía—, ¿qué ha pasado?

Meiko se limpió las lágrimas y respondió sin mirarla a los ojos.

—¿Te acuerdas que te dije que no debías provocar a nadie?

Mía asintió con la cabeza

—Pues estas son las consecuencias. Me atreví a defenderme cuando Charlotte me atacó por ser tu amiga.

—¿Qué esto te lo ha hecho Charlotte por ser mi amiga? —preguntó Mía con incredulidad.

—Y es solo un aviso —aclaró Meiko.

—Lo siento, Meiko, es mi culpa. De verdad que no quería que te hicieran esto —dijo Mía casi llorando.

—Tranquila. Me tiene ganas, siempre me las ha tenido, tú solo has sido la excusa perfecta. El problema es que el lunes acaba el plazo para pagar la colegiatura y Charlotte ha presionado al director para que cumpla el plazo y me eche si no pago —dijo Meiko levantando la cara del suelo—, y no tengo el dinero ni puedo conseguirlo en tan poco tiempo.

—A ver, dime cuánto es y a lo mejor te lo puedo dar yo.

—Son cincuenta mil dólares y no quiero debérselos a nadie.

—Tranquila, no tengo tanto dinero, pero te ayudaré a conseguirlo —dijo Mía decidida.

—Pues ya me dirás cómo, es viernes y el lunes tengo que pagar. Déjalo, es imposible. Y júrame que no se lo dirás a Ryo —rogó Meiko intentado adivinar las intenciones de Mía.

—Pues te lo juro, pero que sepas que me debe alguna y seguro lo hubiera

prestado. Si para el lunes no lo conseguimos, le pido el dinero. Mejor eso que salir del colegio, ¿no?

—De acuerdo, pero no sé cómo piensas ganar tanto dinero —dijo Meiko preocupada.

—Tú dime en qué apuestan aquí y yo hago el resto —respondió Mía con un extrañó tono de seguridad.

—Aquí hacen carreras de coches los sábados, y tú no tienes coche. Y si no eres participante apenas ganas unos cientos por carrera, ni apostando a ganador toda la noche lo lograríamos —dijo Meiko desanimada.

—¿Pero las carreras son en la calle o en circuito cerrado? —empezó preguntando Mía.

—Son en un edificio que están reformando. Es un parking de diez plantas.

Mía se quedó pensativa unos segundos.

—¿Y tiene andamios en la fachada ese parking? —preguntó Mía con curiosidad.

—Sí, ¿por qué? —Meiko no sabía a qué venía tanta pregunta extraña.

—Pues ya está. Se me ocurre cómo conseguir el dinero. Hoy te quedas en casa y mañana me enseñas el lugar y te cuento mi plan. Ahora relájate y déjame que te cure.

Edificio, obras y fachada

La mañana del sábado, Mía se levantó temprano. Tenía mucho que hacer y en que pensar antes de la noche.

Meiko aún seguía dormida, así que cuando desayunó fue a la dirección donde se celebrarían las apuestas. El lugar estaba un poco apartado, era una especie de polígono industrial, pero en vez de naves había solo oficinas.

El taxi se detuvo en la puerta de un gran edificio, Mía pagó al taxista y se bajó. Se quedó en la acera parada, mirando hacia arriba y contó diez alturas según veía por las ventanas. Estaba vallado para impedir la entrada, pero no había nadie trabajando así que se coló por un hueco.

Una vez dentro, se fijó en las dimensiones: de forma rectangular, la entrada de coches era por donde había pasado ella y daba al medio de la nave. Tanto a la izquierda como a la derecha eran todo plazas y frente a ella había dos rampas, una de subida y otra de bajada.

Decidió subir andando hasta arriba inspeccionando cada planta. Eran todas exactamente iguales, menos la última. En esta, las dos rampas se acababan y solo había un acceso al techo. Subió y comprobó que eran todo plazas vacías también.

Las vistas desde allí eran impresionantes. Se veía gran parte de la ciudad, ya que los edificios de oficinas eran más bajos que en los que se encontraba.

Se acercó a la cornisa, tenía unos cincuenta centímetros de ancho. Se asomó y comprobó que los andamios que se veían desde abajo llegaban hasta el piso anterior. Cogió un mástil de hierro que llegaba hasta donde estaba ella y

zarandéo con fuerza la estructura. No se movió nada. Sonrió pensando en que si estuviera mal montada podía haberse derruido allí mismo como en los videos de YouTube.

Dio varias vueltas por allí y decidió llamar a Michael.

—¡Hola, guapo! —dijo Mía alegremente.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó Michael medio dormido

—¡Uy!, perdona. Allí aún es de madrugada ¿verdad? Bueno, entonces te dejo y luego hablamos.

—Ya da igual, Kitty —respondió Michael bostezando—, a ver, te escucho.

Mía lo puso al día de los últimos acontecimientos. Se sintió genial al poder contarle todo y que no se asombrara de la situación en la que se encontró un par de noches atrás, ni de que durmiera con Ryo.

Cuando le contó lo de Meiko sí que se sorprendió, y se preocupó. Si le hacían algo así a alguien que conocía, no se quedaba tranquilo imaginando lo que podía llegar a sucederle a Mía.

Cuando Mía terminó, Michael tomó la palabra.

—Entonces, ¿ahora eres amiga de Ryo? ¿Te gusta? ¿Y cómo piensas solucionar lo del dinero?

—Sí, no, y en eso estoy ahora —respondió Mía.

—Vayamos por partes, como dijo Jack el Destripador —siguió Michael—, no te gusta pero duermes con él.

—A ver, es guapo, y simpático cuando quiere. Me trató muy bien, aunque también es verdad que yo le salvé el culo a su amigo. No sé, le falta algo —dijo Mía intentado creérselo ella misma.

—Yo sé lo que es —respondió Michael divertido—, le falta ser un cabrón, que es lo que te va —dijo riéndose.

—¡Oye!, tampoco es eso, pero es que los niños tan buenos me aburren enseguida. Qué hago, ¿ir al cine el resto de mi vida? Sabes que me gusta la acción.

—Ya, ya, si otra cosa no me cuentas —se mofó Michael—. Pues que sepas que por una vez deberías salir con un tío normal. Bueno, y respecto a lo del dinero, si quieres te presto algo, no tengo tanto aquí pero lo puedo conseguir en una semana que vuelve mi padre.

—Gracias, pero lo necesito ya. Se me ha ocurrido liarla un poquito solo, esta noche vamos a ir a unas carreras de coches e intentaremos sacar así el dinero —soltó alegremente Mía.

—Bueno, no es mala idea, ¿qué coche tiene Meiko? —preguntó Michael.

—Bien, ese es el punto en el que la lio. No tiene —dijo Mía en un tono de misterio—. Si te digo edificio, obras y fachada, ¿sabes a qué me refiero?

—Edificio, obras y fachada —repitió Michael pensativo—, mmmm... ¡No!, no me digas.

—Sí, me acordé de lo que nos pasó en Manchester y apliqué el concepto.

—Pero eso es peligroso, tendrás cuidado, ¿verdad? —Michael sonaba muy preocupado.

—¿No me lo vas a intentar impedir?

—¿Serviría de algo? —respondió Michael, no se oyó contestación—, ya me imaginaba yo. Mantenme al tanto y vigila lo que haces, por favor. Mándame un mensaje cuando todo acabe y me cuentas. Y ahora, si no me vas a contar ninguna locura más, me voy a dormir que me toca álgebra avanzada temprano y no voy a saber ni sumar con calculadora.

—De acuerdo, gracias por escucharme. Te quiero.

—Yo también te quiero, Kitty. Y cuida la cabezota que tienes, que no vuelve a crecer si se te cae.

Mía colgó y acto seguido recibió una llamada de Meiko. Se había levantado y tenía que marcharse para que sus padres no se preocuparan. Quedaron en que Mía la pasaría a buscar al restaurante y de allí tomarían un taxi juntas para que nadie sospechara nada.

El día pasó tranquilo, Mía estuvo la mayor parte tirada en el jardín sobre la hierba. Vio pasar a Ryo un par de veces delante de la ventana de su habitación, pero este no se dio cuenta de que estaba allí hasta que no se asomó para hablar por el móvil. La saludó riéndose por verla ahí tirada y se metió adentro.

Cuando se acercó la hora de irse, Mía tenía todo preparado en su cabeza, así que se metió en su armario a buscar la ropa más fea que pudo encontrar: una falda plisada gris hasta las rodillas, una camisa de florecitas rosa y unas zapatillas de deporte negras. Estas últimas eran suyas pero lo demás era de la colección “pequeña princesa” de su madre.

Se peinó con unas horquillas y se maquilló un poco, lo justo para encontrarse bien pero no para destacar. Era guapa, aunque se vistiera de “*Betty, la fea*”,

sus inconfundibles ojos y sus facciones no quedaban mermadas por su look.

Al tener todo listo, se oyó cómo alguien llamaba a la puerta. Abrió y ante ella apareció Ryo. Estaba cambiado, los vaqueros ajustados le marcaban, su camisa negra con su chaqueta de traje a juego le hacían parecer un hombre, desde luego, no era el mismo que ella conocía. Incluso su sonrisa era distinta, era más sexy.

—Daisuke y yo pensábamos invitarte a cenar a ti y a Meiko, pero ha surgido algo y no puede ser. Si quieres mañana podemos hacer algo, me da rabia dejarte tirada la noche del sábado —dijo Ryo ante una sorprendida Mía.

Mía se miró a sí misma divertida, y conteniendo la risa le contestó:

—¿No se nota que voy salir? He tardado horas en arreglarme —contestó Mía aguantándose la risa.

La cara de Ryo lo decía todo, y no era nada bueno, pero se calló por educación e intentó no hacer ningún comentario que la ofendiera.

—¡Oh! Sí, por supuesto, se nota que estás mucho más... diferente que de costumbre. Y se puede saber dónde vas, ¿o es secreto?

—He quedado con Meiko para cenar con ella. ¿Sabes si hay algún coche disponible para que me lleve? —preguntó Mía mientras aguantaba la risa.

—Siempre hay un todoterreno aparcado en el garaje por si los demás se averían, así que seguro que uno hay. Pero si quieres, te llevo yo.

—Así que hay uno en el garaje... —repitió Mía pensando algo de lo que se podía arrepentir—. No hace falta, seguro que alguien me lleva. Bueno, gracias y mañana hablamos a ver si hacemos algo, ¿vale?

Mía cerró la puerta casi en las narices de Ryo, este no sabía muy bien qué había sucedido, pero pasados unos segundos pensó que en esa chica era normal ese tipo de comportamiento, así que simplemente sonrió y se fue.

Mía recogió su bolso, y cuando vio que no había nadie en su camino se dirigió al garaje. Cuando abrió la puerta y encendió las luces, ahí estaba esperándole un Porsche Cayenne Turbo de color negro. Se acercó pensando que le había tocado la lotería y se asomó por la ventanilla. Vio las llaves puestas, entonces sí supo que le había tocado de verdad.

Se montó en el coche, colocó los espejos y el asiento y se puso el cinturón. Dedicó unos minutos a rezar para que la seguridad de la entrada no supiera que no tenía carnet de conducir, pero cuando llegó a la verja principal solo se escuchó el chirrido de esta abriéndose. Mía saludó con la mano a la cámara y se fue.

En el primer semáforo programó el GPS. No se equivocó nada más que una vez, parecía que le iba cogiendo el truco a estos aparatos.

Se detuvo en la puerta y llamó a Meiko al móvil para que saliera. No llegó sola, su padre la acompañó pero al ver a Mía se quedó más tranquilo, y al ver su vestimenta se notó el alivio en su mirada.

Meiko se montó sorprendida por el coche pero no dijo nada hasta que Mía arrancó.

—¿De dónde has sacado este coche? ¿Lo has robado? ¿Ese era tu plan? — preguntó Meiko con gran nerviosismo.

—Tranquila, es prestado, luego lo devuelvo y ya está. Algo tenía que ofrecer en la apuesta, ¿no?

—Muy segura estás tú de ganar. Aún no me has contado de qué va tu plan — comentó Meiko, intrigada.

—Tú confía en mí, que si te lo cuento no sé si me dejarás hacerlo. Bueno, cambiando de tema, ¿sabes que Ryo me ha dicho que iban a invitarnos él y Daisuke a cenar? —y añadió—: Qué mono es a veces.

—No es tan mono como crees, es peligroso Mía —respondió Meiko con seguridad mientras ponía la dirección del lugar en el GPS.

—¿A qué te refieres? Lo más peligroso que le he visto hacer es pelar cebolla —contentó Mía riéndose.

—O sea, que no lo sabes, ¿no? Pensé que sí, como vives con él... —dijo Meiko muy seria.

—¿Saber qué? Cuenta, porfa —suplicó Mía como una niña pequeña.

—Está bien, te cuento. Ryo no es un estudiante ejemplar como hace parecer ahora, es el cabeza de una banda muy peligrosa de aquí. Antes del verano, la policía lo pilló y lo pusieron bajo vigilancia durante tres meses, si no hace nada malo en este tiempo lo dejarán en paz, por eso es así.

—No me lo puedo creer, ¿y en qué lio se metió para que lo siguiera la policía? —preguntó Mía muy intrigada.

—Fue por su novia. Ella siempre lo metía en líos de celos, para que la defendiera de otros hombres, cosas sencillas como que uno la había agarrado de la cintura o que la querían invitar a una copa. Pero a finales del curso pasado la cosa no andaba bien entre ellos, así que ella pagó a un tío para que la golpeará un poco e intentara abusar de ella, justo a la hora en que había quedado con Ryo.

—Joder, qué pedazo de zorra. ¿De verdad hay tías así? —respondió Mía sorprendida—. ¿Y qué paso?

—Pues lo que tenía que pasar. Ryo se lio a darle puñetazos al tío hasta que lo mandó al hospital, lo detuvieron y la novia confesó lo sucedido, por eso lo soltaron bajo vigilancia. Ryo no se anda con tonterías, es el líder y se hace respetar, por eso te digo que es peligroso.

—Pues vaya telenovela, ¿no? Y vaya novia, no me extraña que sea tan borde con el género femenino. ¿Y quién es la chica?

—¿No te lo imaginas? Es Charlotte —concluyó Meiko.

—Ahora sí me has dejado muerta. Aunque eso explica muchas cosas, sobre todo por qué me tiene esa manía persecutoria —contestó Mía sin dejar de mirar la carretera.

A Mía le encajaban ahora las piezas de todo lo sucedido, de por qué Ryo había confiado en Charlotte cuando le mintió el primer día, el por qué sabía tanto de ella y la confianza que había entre ambos. Pero lo que no le cuadraba era por qué le hacía daño a Meiko cuando era obvio que el odio era contra ella. No se aguantó las ganas y le preguntó a Meiko.

—Pero entonces, ¿por qué va a por ti esa arpía?

—Bueno, es una larga historia que algún día te contaré, pero resumiendo para que te enteres: antes éramos amigas, muy buenas amigas, pero cuando mi padre lo perdió todo a ella la empezaron a insultar como a mí, así que decidió ser de las que me insultan y no de las insultadas, instinto de supervivencia, supongo. Pero aún sé demasiadas cosas de ella, por eso intenta deshacerse de mí.

—Me dejas más alucinada a cada palabra que dices, pero eso no explica que

haya ido contra ti si tú no le hiciste nada en el comedor y yo sí.

—Bueno, eso es fácil. Ryo ha prohibido que te hagan algo más, eso cabreó mucho a Charlotte, y como de mí no dijo nada pues...

Mía se sorprendió al oír que Ryo la protegía. Parecía que la intención de amistad era sincera, y eso hizo que Mía sonriera.

Ya casi habían llegado al lugar. Vieron el edificio desde la calle anterior, era el único iluminado y del que salía música a todo volumen. Se veía movimiento en la última planta y el rugir de los motores retumbaba el edificio.

Se acercaron lentamente a la puerta, en donde un chico más joven que Mía tenía un *walkie* en la mano. Cuando las vio, abrió la valla y les indicó que entraran ahora que había acabado la carrera. Subieron hasta el último piso donde había gente, pero Mía quería aparcar arriba, necesitaba respirar aire puro antes de que esa locura comenzara.

Al llegar, situó su coche lo más alejado del barullo, aparcó y se bajó. Meiko se puso a su lado y juntas caminaron hacia la multitud mientras le explicaba la situación.

—Bueno, las carreras empiezan en el piso de abajo, dos coches, dos rampas. Bajan, llegan al final de la planta baja, vuelven y suben hasta aquí. Como te habrás fijado solo hay una para llegar a este piso, así que gana quien entre primero. En cuanto al ganador, se queda con el coche del otro y con una parte del dinero que la gente apuesta.

—¿Se quedan con el coche? Mi madre me mata si pierdo un coche en una carrera —respondió Mía sorprendida.

—Eso es lo normal, pero ten en cuenta que aquí son todos gente de dinero, lo

que pierden hoy, mañana sus padres se lo reponen. Es como el edificio, ¿crees que no se ve o se oye lo que pasa aquí? Pero como el dueño es el padre de uno de los que corren, hacen como si no pasara nada.

—Cómo mola. En España nos persiguen, aunque eso también nos gusta —rio Mía—. A ver, dime quién es quién aquí para ubicarme un poco —le pidió Mía a Meiko.

Había mucha gente, pero enseguida Mía aprendió a distinguir los grupos. Por un lado estaban los de los coches tuneados, eran los macarrillas de la fiesta, y por otro, se encontraban los de los deportivos, que eran los pijos. Acompañando a cada grupo había un montón de chicas que parecían *groupies*. Se veía que cada coche tenía un mini grupo que lo seguía, con su líder que era el conductor y dueño del vehículo, sus esbirros y las *chicas del coro*.

Mía no podía evitar reírse por la escena. Era como ver *Fast and Furious* en vivo. Mía se quedó observando cómo iban sucediendo las carreras, quién ganaba y cómo era. Tenía que elegir un buen oponente, era mucho dinero lo que tenía que sacar.

Se acercó al chico que llevaba las apuestas para que le explicara cómo iba el sistema. A él le pareció raro ver a una chica con su aspecto por allí haciendo esas preguntas, así que mientras se lo explicaba le pidió a un amigo que fuera a buscar al jefe y le contara. No era la primera vez que la policía se infiltraba y cualquier precaución era poca.

Pasados unos minutos, el amigo volvió y pidió a Mía y Meiko que les acompañara. Meiko agarró la mano de Mía fuerte, tenía miedo, no estaban en un lugar seguro y sabía que nadie las iba a ayudar en caso de tener problemas. Mía pensaba lo mismo pero guardó la calma, miró a Meiko y le sonrió.

Pasaron por detrás de toda la gente que se había agrupado para ver la carrera que estaba comenzando, y las llevaron hacia un grupo apartado de chicos y chicas. Tal y como se fue acercando, empezó a reconocer a gente del instituto y, antes de que Mía pudiera decir nada, ella salió a su paso.

—¿Tú qué haces aquí? —les preguntó medio chillando Charlotte.

—La que faltaba para el duro —respondió Mía resoplando.

—¿Qué dices de duro? —preguntó enfadada Charlotte.

—Perdón —respondió Mía divertida—, es una expresión de mi país, es cuando...

—Me da igual —dijo Charlotte irritada—. Ya te estás largando por donde viniste si no quieres tener un accidente, tú o tu amiguita.

Mía se puso delante de Meiko a modo defensivo. No le gustaba que la atacaran pero menos aún que se metieran con alguien a quien ella quería. Se le pasó por la cabeza agarrarla de los pelos, y eso le hizo sonreír, pero en seguida se quitó esa idea de la cabeza. No por miedo, sino porque estaba allí por otra cosa y no se iba a desviar del objetivo, era demasiado cabezota para ello.

—Mira, Yoko Ono, no estoy aquí para molestarte. Tengo cosas importantes que hacer, cuando seas mayor te lo explico —dijo Mía totalmente relajada.

Charlotte estaba roja de ira. Hizo un gesto a las demás chicas que había allí y, de pronto, Mía se encontraba frente a unas ocho chicas dispuestas a dejar de hablar.

En ese momento, Mía sintió cómo alguien le agarraba del cuello de la camisa

y tiraba hacia atrás, obligándola a caminar de espaldas. A pocos metros se paró y se giró para ver quién la había cogido así, dispuesta a enfrentarse a quién hiciera falta.

—Vamos a ver, ¿de verdad no eres capaz de hacer algo normal que no acabe con alguna parte de tu cara lastimada? —preguntó Ryo sonriendo—. En España se deben estar aburriendo sin ti, ¿qué haces por aquí?

—Turismo —contestó Mía con total seguridad—. Yo iba a ver el Palacio Imperial pero es que no soy muy buena con el GPS, ¿verdad, Meiko?

Meiko asintió. Ryo estaba serio.

—Y estuve dando vueltas sin encontrar el dichoso Palacio hasta que llegamos a este lugar, vimos luz y me dije: ¡voy a preguntar a estos jóvenes tan amables!, ¿verdad, Meiko? —siguió diciendo Mía.

Meiko volvió a asentir. Ryo no se movía ni un ápice.

—Fue cuando subimos aquí a pedir indicaciones, le pregunté a un chico muy simpático con una libreta en la mano. Debía estar apuntándose algo para no olvidarse, yo lo hago, pero en el móvil —continuó diciendo Mía de carrerilla—. Bueno, y en ese momento me dijeron que había alguien que quería hablar conmigo, yo pensaba que era el que sabía cómo llegar al Palacio, y para mi sorpresa, me encuentro con las *arpiott*. Y el resto ya lo sabes —terminó diciendo Mía en un tono inocente.

Ryo la miraba con cara pensativa, no sabía qué decir. Obviamente, no era cierta la historia, pero la naturalidad con la que decía ese tipo de cosas le hacía gracia. Nunca había conocido a alguien así, y menos una chica, pero con Mía nunca se sabía qué podía pasar. Eso era algo que Ryo estaba empezando a

aprender y que le estaba empezando a gustar.

Pasados unos segundos, Mía y Meiko aún seguían paradas frente a Ryo, quietas, Meiko asustada y Mía con la cara más inocente que supo poner. Daisuke se acercó al verlos y Ryo le contó toda la historia del palacio Real. Miró a las chicas, se volvió hacia Ryo y ambos estallaron en carcajadas.

—¿Qué es eso de las *arpiott*? —preguntó Daisuke intrigado.

—Las arpías de Charlotte —contestó alegremente Mía.

—Mía, eres genial —dijo Daisuke.

—Gracias, se hace lo que se puede —respondió la aludida con una sonrisa en la cara.

—Y ahora en serio, ¿qué hacéis aquí? Esto no es para vosotras, deberíais ir os a casa —dijo Daisuke.

Mía se agarró al brazo de Daisuke y lo miró con ojitos tiernos.

—No nos echéis, porfa, necesitamos estar aquí. Si no le decís al que organiza esto nada, os hago mañana la comida.

—Está bien —intervino Ryo—, no le diremos nada pero contadnos qué hacéis aquí.

Mía y Meiko se miraron y permanecieron calladas.

—Está bien, no nos queda de otra que chivarnos —dijo Ryo mientras se daba la vuelta y empezaba a caminar.

Meiko hizo un gesto de asentimiento hacia Mía y esta les explicó lo que

sucedía.

—Podría daros el dinero yo. Deberías habérmelo dicho, Mía —le reprochó Ryo.

—Meiko me pidió que no lo hiciera pero, por otro lado, si te lo pedimos a ti, ¿cómo crees que te lo vamos a devolver?

—Bueno, eso ya lo arreglaríamos entre nosotros —respondió Ryo con una sonrisa de medio lado.

—Ya me conozco yo eso, y luego viene el tirar a la cara lo que te debo o lo que has hecho o qué sé yo. No, gracias, estoy con Meiko, esto lo arreglamos nosotras —dijo Mía.

—Está bien, ¿y cómo pensáis ganar en una carrera? Ya he visto qué coche traes y no tienes nada que hacer con los de aquí. Además, si no ganáis, deberéis un coche, y eso sí es difícil de pagar. ¿Qué vas a hacer? —preguntó Ryo.

—Mira, esto es así de fácil: tú no le digas nada a nadie de nosotras y déjame hacer a mí. Si al final de la noche pierdo, pues ya veré lo que hago, pero al menos dame un voto de confianza —rogó Mía aún colgada del brazo de Daisuke.

—Está bien, vía libre para tus locuras. Pero cuando tengas que explicarle a mi padre por qué le falta un coche, yo no quiero saber nada —dijo Ryo levantando las manos a modo de rendición.

—Cobarde —contestó Mía sonriendo.

—Loca —respondió Ryo y se fue.

Meiko y Mía se quedaron solas mientras veían cómo Daisuke y Ryo volvían al grupo. Charlotte no había dejado de observarlos desde que se alejaron de allí, y no tardó en colgarse del brazo de Ryo en cuanto tuvo oportunidad. Miró hacia Mía para asegurarse de que veía la escena, pero esta ya estaba metida en el barullo de la gente.

Meiko no soltaba a Mía de la mano. Desde luego, ese no era el ambiente en que ella estaba acostumbrada a moverse, sin embargo, sí era el de Mía.

Observaron a los que corrían. Permanecieron calladas durante dos carreras más, entonces fue cuando Mía se decidió. Sacó su móvil del bolso y le mandó un mensaje a Ryo. Le pidió que se acercara a la próxima carrera para cuidar de Meiko, no podía concentrarse si tenía que estar pendiente de ella. Acto seguido, le dio el móvil a Meiko, le pidió que se quedara tranquila y que confiara en ella. Cuando vio asomar la cabeza de Ryo y Daisuke por detrás de donde ellas se encontraban, los señaló para que Meiko acudiera con ellos. Al girarse para verlos, Mía desapareció entre la multitud para aparecer en medio del corrillo de corredores a la vez que Ryo y Daisuke se encontraban con Meiko.

—Perdón —dijo Mía dulcemente tocando el hombro de un chico fuerte que estaba de espaldas a ella, sentado en el capó de un coche tuneado.

—Te perdono lo que quieras, preciosa —respondió, mientras se giraba y ponía una cara rara al ver que el look de Mía no se correspondía con la voz sensual que acababa de escuchar.

«¿En serio ligas así?, qué triste», pensó Mía.

—Quería correr contra ti —dijo casi sin voz.

—¿Qué? Venga, guapa, mejor deja a los hombres correr y si te portas bien y me esperas en la meta, te dejaré que me invites a cenar.

—Ya, entonces eso quiere decir que tienes miedo a que te gane, ¿no? —le contestó Mía con total timidez.

El chico se levantó del capó y pidió a todo el mundo que callara, se volvió hacia Mía y le hizo repetir lo que acababa de decir.

—Así que encima de gallina eres sordo, lo tienes todo, ¿eh? —respondió Mía sin levantar la vista del suelo.

Todos empezaron a reírse. El chico no cabía en sí de la rabia y cogió a Mía por el cuello de la camisa. En ese momento, Ryo apareció y éste la bajó.

—Lo siento, Ryo, pero es que esta tía está riéndose de mí.

—Bueno, pues entonces riete tú de ella, no hace falta llegar a las manos —dijo Ryo serio—. Si quiere una carrera, concédesela y listo.

—Está bien, pero no quiero luego lloriqueos. Me quedaré su coche sin ningún remordimiento —respondió el chico.

—Me parece bien, ¿estás dispuesta a ello? —preguntó Ryo mirando a Mía.

—Sí, pero mi coche es ese —dijo Mía señalando el Porsche—. Es demasiado grande para moverlo por el parking y no tiene nada que hacer contra tu coche. Te propongo una carrera un tanto diferente: tú en coche y yo corriendo.

—¿Me tomas el pelo? —respondió el chico mientras miraba a Mía asombrado, al igual que todos los allí presentes.

—Mmmmm, no —contestó Mía tras poner cara de que se lo estuviera

pensando—. Es fácil, tú bajas con tu coche por una rampa y subes por la otra, y yo subo y bajo sin vehículo alguno. Bueno, no sé, piénsatelo, quizás te avergüence perder contra una niña corriendo —dijo Mía sarcásticamente.

—Seguro que hay truco, pero bueno, Ryo está presente. La carrera será tal y como se ha dicho y si pierdes, te quedas sin coche.

—Y si gano, me quedo el tuyo —completó Mía.

—Está bien, acepto. En cinco minutos te veo en la salida, y te dejaré que me lleves a cenar para negociar tu fracaso.

—Qué pesado con la cena, que yo soy más de ir a por la cena que de llevar a nadie a por ella —dijo Mía riéndose, pero el chico ya se había alejado y no la oyó.

Una vez que todo el mundo corrió hacia el corredor de apuestas, Meiko se acercó a Mía. Ryo y Daisuke hicieron lo mismo.

—¿Cómo piensas ganarle? No hagas trampas, por favor. Eso es lo peor que puedes hacer aquí —le dijo Meiko preocupada.

—Es verdad, Mía —dijo Ryo—. Y yo no voy a ayudarte, soy neutral y no te puedo defender si intentas hacer trampas.

—Gracias por la confianza, me siento mucho mejor —respondió Mía sonriendo—. No voy a hacer trampas, mirad a todos los que están apostando contra mí. La paleta extranjera que viste raro y pretende ganar un coche de tropecientos caballos solo corriendo.

Todos se giraron y comprobaron que tenía razón, era la mayor apuesta de la noche.

—Si el dinero lo consigues, sí, pero aún no sabemos cómo lo harás —dijo Daisuke.

—Eso dejádmelo a mí. Meiko, ve a apostar todo lo que llevo a mi favor, que yo me voy a la línea de salida.

—Está bien, pero ten cuidado —Meiko le cogió las manos a Mía—. Has ido a escoger a uno de los peores tíos que podrías elegir para dejarlo en ridículo.

—Esa era la idea. Bueno, no esa, pero este tío tiene el ego tan grande que sabía que no rechazaría una propuesta de una chica indefensa como yo —Mía se rio, miró a los tres y se dio la vuelta.

Llegó a la línea de salida, como solo había un coche empezaría desde arriba. El coche estaba a cinco metros con la puerta abierta y las llaves puestas. Al toque de salida debía correr el chico hasta él y empezar a pisar a fondo.

Se situaron a la misma altura. El chico estaba rodeado de lo que Mía supuso eran amigos y “amigas” que le daban la enhorabuena por lo fácil que iba a ser ganar. Mientras, Meiko se acercó a Mía para decirle que ya había apostado todo. Entonces Mía tomó la palabra mientras se situaba frente a todos.

—¡Disculpadme! —gritó Mía para que todos se callaran—. Bueno, para que quede claro: tú correrás hacia el coche, bajarás por la rampa, llegarás abajo y subirás por la otra rampa y luego, hasta aquí. Gana quien llegue primero. Pero ¿podría pedir solo una cosita?

—Depende, no quiero líos raros —respondió el chico.

—Tranquilo, campeón. Es solo que fíjate en mi ropa, no es nada cómoda. ¿Te importa si me cambio y me pongo mi equipo de correr? —preguntó dulcemente Mía.

—¿Qué equipo? No me hagas trampas, morena, o la tendremos —dijo serio el chico.

—Solo es ropa. Unos guantes y unos cascos para aislarme. Créeme, si llevara algo para hacer trampa lo notarías —respondió Mía, pensando en su ropa deportiva.

—Está bien, pero lo más mínimo se anula la apuesta. Ryo hará de juez si hay alguna duda.

Ryo asintió y Mía hizo lo mismo.

Meiko se dirigió con Mía al coche y esperó fuera mientras se cambiaba con la ropa que llevaba en el bolso. Cuando salió, todos se quedaron mirándola embobados, desde luego no era la misma que había entrado. Mía se había puesto un conjunto negro de pantalones cortos ajustados, con un top negro que dejaba ver casi toda su tripa y donde esta perdía el nombre.

Tal y como se iba acercando al grupo de nuevo, se recogió el pelo en una coleta alta y luego se hizo un moño con un palillo que le pasó Meiko. Al llegar donde se encontraban todos, se puso en el centro y giró con los brazos abiertos para que el chico pudiera ver si llevaba algo encima que le ayudara a ganar, pero el chico tan solo podía mirarla babeando. Luego se acercó a Ryo y le pidió que diera el visto bueno. Él hizo que se girara y le pidió que se parara de espaldas.

—¿Te gusta mi culo? —rio Mía despreocupada.

—Me gusta tu tatuaje, no sabía que tenías uno así —dijo Ryo perplejo.

Mía rio, estaba acostumbrada a llevar el tatuaje a la vista, pero desde que estaba allí no había llevado nada de su ropa, y el uniforme lo tapaba por

completo. Llevaba una escena de un tigre y un dragón orientales a color que iba desde la cadera izquierda, donde empezaba el tigre, hasta la base del cuello, que acababa la cola del dragón. Simbolizaba el bien y el mal. Era una versión mejorada del Ying y el Yang. Ocupaba toda la parte izquierda de su espalda, y se lo hizo el verano anterior.

Cuando Ryo dio el visto bueno, todos se colocaron detrás de la línea de salida y de los participantes, Mía se quedó en el lado más alejado de la escalera que recorría el edificio, el chico se dio cuenta pero no dijo nada, era una ventaja más. Una chica con más maquillaje que ropa, se puso delante de ambos.

Mía se colocó unos guantes con los dedos cortados y unos cascos, se los ajustó a la cabeza y pulsó el *play*. En ese momento, no había nadie más alrededor. Se concentró mirando el pañuelo que sujetaba la chica, y cuando bajó el brazo, salió corriendo hacia la izquierda, en dirección a la cornisa de la fachada principal donde, horas antes, se había asomado.

Todos se quedaron sin entender la situación, incluso el otro competidor se paró al llegar al coche para mirarla. Mía se subió a la cornisa y puso una rodilla hincada en el suelo, luego giró su cuerpo, buscó a Ryo con la mirada y le guiñó un ojo mientras sonreía. Lo siguiente que hizo fue saltar.

Se oyeron un sinfín de gritos, y todos corrieron a asomarse esperando ver a Mía hecha migas en el suelo. Pero en vez de eso, cuando los más atrevidos miraron, entre ellos Ryo, vieron cómo Mía saltaba de andamio en andamio como un mono y se deslizaba entre las varas de hierro como si bailara. No tardó en llegar al suelo, ahora empezaba lo más duro, su rival había bajado casi toda la primera rampa, y la subida se hacía más difícil por la falta de iluminación, pero eso a Mía no parecía importarle. Se agarraba dónde podía, giraba, saltaba y escalaba, no miraba a nadie. Todos gritaban, pero ella solo

escuchaba la música de sus oídos. El mundo había dejado de girar.

Cuando llegó arriba, el último andamio estaba a unos dos metros de la cornisa, así que solo se le ocurrió trepar por el mástil de hierro de un lateral. Tenía algunos tornillos que sobresalían, y Mía se raspó casi todo el cuerpo en ellos, pero consiguió llegar arriba y atravesar la meta justo cuando el morro del coche aparecía por la rampa. Al ver que era la primera, se tiró al suelo para descansar mientras todos se acercaban a ella. La rodearon y vitorearon mientras seguía tendida en el suelo, intentado recuperar el aliento. Ryo les alejó un poco para darle espacio a Mía, le tendió la mano y esta la tomó para levantarse. Junto a él, estaba el corredor de apuestas con su dinero y las llaves del coche.

—Aquí tienes: sesenta y tres mil dólares y las llaves de tu nuevo coche —le dijo el corredor.

—Con que parkour, ¿no? —preguntó Ryo riéndose.

—Sí —rio ella.

Mía buscó con la mirada a Meiko y le sonrió. Siguió mirando hasta que encontró al perdedor, se acercó a él y le dijo algo al oído. Ryo se quedó mirándolos, acto seguido, el chico asintió y Mía le entregó las llaves del coche. Después volvió donde estaba Ryo.

—¿Por qué le has devuelto las llaves? —preguntó Ryo sin entender nada.

—Ese coche lo puedo vender y conseguir dinero, que no está mal, pero el dinero va y viene. Son las experiencias las que recuerdas, y yo quiero recordar esto cuando sea una viejecita y esté en el asilo —respondió Mía mientras señalaba detrás suyo.

Apareció el chico montado en un coche, aparcó, salió y le dio las llaves a Mía. Después, fue a su coche y sacó un bate de béisbol de aluminio y se dirigió hacia Mía con él. Ryo se interpuso entre ambos.

—¿Qué piensas hacer con eso? —preguntó Ryo con la mirada clavada en el chico.

—Tranquilo, es un regalo para Mía —respondió.

Acto seguido, Mía cogió el bate, se subió al techo del coche y empezó a merodear por él buscando a alguien. Cuando dio con la persona que intentaba encontrar, empezó a gritar.

—¡Charlotte! ¡Eh! —gritó Mía—. Acércate, guapísima.

Charlotte se había separado con su grupo de los demás cuando todos fueron a felicitar a Mía, estaban apartadas en el otro lado del parking. Cuando Mía la llamó, no tardó en acudir a la provocación, algo que Mía sabía y lo disfrutaba. Mientras Ryo no entendía nada, Meiko lo único que le dijo fue que ella sí lo comprendía pero que era mejor vivir feliz en la ignorancia porque el mundo se iba a acabar en unos pocos minutos. Charlotte se abrió paso con las *arpiott* hasta donde estaba Mía.

—¿Qué demonios haces tú con mi coche nuevo? —preguntó Charlotte irritada.

—Un amigo me lo ha prestado —respondió sonriendo—. Y por lo que sé, ya no es tuyo.

Charlotte lo había apostado y perdido en las primeras carreras. Era nuevo porque el anterior también lo perdió, y todo por tratar de impresionar a Ryo demostrándole que ella era parte de su mundo. Pero una cosa era perderlo, y otra que Mía lo tuviera.

—Baja ahora o te bajo yo —gritó Charlotte.

—Sube a por mí —dijo Mía enseñándole el bate que llevaba en la mano.

Charlotte se quedó parada, si subía Mía le daría con el bate, ya se tomaría la revancha en otro momento.

—Ya sabía yo que no te atreverías, y... ¿sabes por qué? Porque eres una cobarde —Mía le dio con rabia al cristal delantero—, porque estás acostumbrada a que te lo den todo —esta vez le dio a la luna trasera—, pero conmigo no, no te voy a permitir que te metas con los míos —el retrovisor derecho salió volando—. Y como vuelvas a intentar tú, o cualquiera de vosotros —dijo señalando con el bate a todos—, algo contra Meiko, te patearé el culo hasta que se me gasten los zapatos, ¿entiendes? —Mía se bajó del coche saltando sobre el capó y abollándolo—. No te he oído —dijo mientras rompía los faros delanteros.

—Está bien —contestó Charlotte por lo bajo.

—Así me gusta, si al final nos llevaremos bien y todo —dijo Mía, riéndose.

Le devolvió el bate a su dueño, y chocó los puños con él. Después cogió a Meiko de la mano y se dirigió hacia el coche. Cuando pasó por el lado de Ryo, este no se podía creer lo que acababa de pasar y solo pudo decirle adiós con la cabeza.

Se subieron al coche y se fueron como llegaron, tranquilamente. Solo que ahora todo el mundo sabía quién era Mía y las apuestas eran por cuánto tiempo le quedaba de vida antes de que Charlotte la matara de una paliza.

De camino a casa, Meiko no paró de decirle lo asustada que estuvo al ver cómo saltaba de la cornisa, la manera de bajar y subir, y luego el gesto de

devolver el coche a su dueño. Pero Meiko estaba preocupada por la reacción de Charlotte, desde luego que iba a ser monumental.

—Te das cuenta de que somos mujeres muertas, ¿no? —preguntó Meiko a Mía.

—Bueno, no exageres. No es tan fácil asesinar a dos, a una puede, pero dos son demasiadas, ¿no crees? —contestó bromeando.

—Tú riéte, pero estás en problemas, y de paso, lo estoy yo.

—Mira, un problema por día: hoy hemos solucionado lo del dinero, mañana ya pensaremos en cómo Charlotte nos va a torturar —respondió Mía aún bromeando.

—Que sepas que lo hará, no nos matará pero preferiremos estar muertas, créeme. Aun así, gracias, cuando pueda te lo devuelvo —dijo Charlotte señalando el dinero.

—Ni se te ocurra, esa es tu parte. Somos un equipo, yo me di el gusto de destrozar el coche y tú te quedas el dinero. Con lo que sobre, tienes para material escolar para todo el año.

—No lo puedo aceptar, es demasiado —dijo Meiko mirando el fajo de billetes.

—Bueno, pues invítame a cenar siempre que quiera al restaurante de tus padres y en paz. Así tendremos que ser amigas mucho tiempo para saldar la deuda.

Meiko sabía que discutir con Mía era como hacerlo con la pared, así que asintió y sonrió.

Cuando llegaron a casa de Meiko, Mía se dio cuenta de que vivía encima del

restaurante.

Se despidieron y quedaron en hablar al día siguiente, Mía se fue luego a casa. Tenía suerte de que allí la policía no paraba a pedir papeles, o al menos, eso esperaba. Condujo hasta casa como si estuviera con el instructor de la autoescuela. Cuando llegó a la verja se abrió, metió el coche dentro de la casa y se dirigió hacia el garaje para dejarlo igual que se lo encontró. Vio el coche de Ryo aparcado pero la luz de su cuarto estaba apagada, seguramente ya estaba dormido.

Cerró el garaje, y se encaminó hacia su habitación sigilosamente. Era muy tarde y todos estaban durmiendo. Giró el pomo de su habitación y abrió la puerta lentamente, para no hacer ruido. Se dio cuenta de que dentro había una tenue luz y pensó en que quizá se había dejado alguna lámpara encendida. Pero, cuando entró, vio a Ryo sobre su cama. Lo miró y cerró la puerta tras ella.

Bueno, eso lo sabes tú

—**D**ime que no acabo de ver a Mía destrozándole el coche a Charlotte con un bate de baseball —dijo Ryo mirando a Daisuke.

—Es exactamente lo que has visto. Increíble, pero cierto —contestó Daisuke aún asombrado.

—¿Ves?, por cosas como esta es que me desconcierta. Estoy acostumbrado a que todas me pidan que les ayude para auténticas tonterías como si fuera un príncipe de cuento. En cambio ella tiene un problema realmente gordo y únicamente me entero porque estaba aquí —siguió cavilando Ryo.

—Es que ella no es como las demás, acostúmbrate a eso o te volverás loco, amigo —dijo Daisuke.

—Ya lo estoy, estoy enganchado con ella —confesó Ryo.

—¿Amor? —preguntó Daisuke.

—No, es más atracción, como si no pudiera estar lejos de ella. No quiero perderme ningún detalle de lo que le pase.

—Yo diría que eso se parece bastante al amor, así empieza y a ver cómo acaba —dijo Daisuke dándole unas palmaditas en la espalda a Ryo.

—No sé, con Charlotte era diferente, más fácil. Ella es frágil y necesita que la protejan. Eso es lo que yo le ofrecía, pero a Mía no sé qué darle, y eso hace que no deje de pensar en ella a cada momento —continuó diciendo Ryo.

—Pues viendo cómo es ella, déjate llevar, seguro que será divertido. Además, ¿cómo se le va a resistir a un príncipe como tú una princesa? —preguntó Daisuke riéndose de su amigo.

—Ese es el problema, que no es una princesa y no necesita príncipe.

Dicho esto, ambos se dirigieron al coche de Ryo y se marcharon del parking sin despedirse de nadie. Aunque en seguida notaron su ausencia, después de todo, era el líder del grupo y su primero al mando.

Cuando Ryo dejó a Daisuke, volvió a casa directamente, en silencio, sin poner música. Pensaba en ella cada vez más, intentaba distraerse pero cualquier cosa se la recordaba. Poco a poco fue creciendo la ansiedad por verla, parecía que hubiera pasado una eternidad desde la última vez.

Al llegar a la verja de su casa, le preguntó al guardia si Mía había llegado. Cuando le dijo que no, se inquietó. Pensaba que se había ido directa a casa, pero quizá le había ocurrido algo con el coche. No tenía carnet, o la había parado la policía, o miles de cosas malas que podían pasarle sin que él pudiera evitarlas.

Al cruzar la puerta de la casa, decidió llamar a la compañía de seguros para ver si habían dado algún aviso: no había nada. Subiendo las escaleras se le ocurrió llamar a un par de hospitales a los que podían haberla llevado, pero tampoco. Cuando iba a llamar al tercer hospital se le ocurrió que lo mejor era esperarla en su habitación, seguro que así la oiría llegar. Pero le hacía falta una excusa para estar allí, pensó mientras se dirigía hacia la habitación de Mía, y recordó que en el botiquín de su cuarto tenía un spray para el dolor muscular, seguro que ella lo tenía, o lo tendría al día siguiente.

Fue a su cuarto, cogió el maletín que tenía para curas y se fue a la habitación

de Mía. Dejó el maletín encima de la cama y, de repente, escuchó el ruido de un motor. Se asomó a la ventana y pudo ver a Mía salir del garaje sigilosamente con cara triunfante, seguramente celebrando que nadie le había pillado. No pudo evitar sonreír y sentir un gran alivio al verla. No tardaría en subir, no sabía dónde esperarla para no asustarla, un grito a esa hora se oiría en cualquier rincón, pero luego se acordó que era Mía y que solo debía dejarse llevar, así que se tumbó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y los brazos cruzados detrás de la nuca. En ese momento, Mía abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—Pensé que podías necesitar esto —respondió Ryo mientras se levantaba de la cama enseñando el botiquín—, tengo un spray para el dolor muscular.

—Gracias, pero ¿tú cómo tienes eso si no eres deportista? —preguntó Mía mientras se acercaba a Ryo sin encender la luz, intentando hacer el menor ruido posible.

—Por lo mismo que tenía crema para curarte el labio y no soy boxeador —contestó Ryo en voz baja.

Mía cayó en la cuenta, si era el jefe de una banda las peleas debían de estar a la orden del día.

—Bueno, gracias, pero ahora mismo no me iría bien. Esos *sprays* no se pueden usar sobre heridas y yo tengo alguna magulladura que otra, con que me dejes alcohol me basta.

Ryo se la quedó mirando ladeando la cabeza, tenía costumbre de hacer eso cuando algo no le cuadraba. Mía lo miró divertida mientras se desabrochaba

la camisa, Ryo se giró para darle intimidad.

—Tranquilo, llevo la otra ropa debajo —le dijo Mía divertida.

—Bueno, eso lo sabes tú —contestó Ryo mientras se volvía.

—Es verdad, pero me gusta saber que aún quedan caballeros, pensé que estaban extinguidos.

Mía se quitó la camisa y la falda dejando al descubierto las heridas que se había hecho. No eran gran cosa, arañazos sobretodo, con salientes de la malla o del andamio. Ryo la cogió del brazo y la atrajo hasta la mesita de noche, al lado de la luz de la lámpara, para verla más de cerca. Llevaba marcas por todo el cuerpo, no se había dado cuenta porque Mía se tapó enseguida al acabar la carrera, pero ahí estaban. Eran marcas que demostraban que no había sido tan fácil como había parecido.

—¿Te duele? —preguntó Ryo acercando la mano al brazo raspado de Mía.

—No, pero seguro que me escuece cuando me cure —rio Mía con total serenidad—. ¿Te puedo pedir un favor?, si no quieres no pasa nada.

—Dime.

—En la espalda me noto que llevo algo pero no llego a verlo y menos a curármelo, ¿te importa? —preguntó Mía dándole algodón y alcohol a Ryo—. El resto puedo yo.

Ryo cogió el algodón y lo mojó con el alcohol, le retiró el pelo de la espalda y vio un par de arañazos profundos. Le pasó el algodón lentamente y con cuidado. Aunque Mía no dijo nada, no pudo evitar sobrecogerse por el dolor que eso le causaba. Prosiguió con el mayor cuidado posible. Cuando acabó, la

sentó en la cama e hizo lo mismo en las piernas. Ninguno de los dos hablaba, Ryo no levantaba la cabeza y Mía no podía dejar de mirarlo. Estaba arrodillado frente a ella y, aun así, no podía creer que fuera el mismo chico que conoció días atrás.

Cuando terminó, se levantó a la vez que Mía quedándose muy cerca uno del otro.

—Gracias —dijo Mía tímidamente.

—¿Te duele aún? —preguntó Ryo a media voz.

—No, ahora solo escuece, pero se pasará pronto —contestó Mía girándose para darle la espalda y recoger todo de la cama.

—Si me dejas, yo sé cómo evitar que escueza.

Ryo la atrajo hacia él y empezó a soplar lentamente en su espalda mientras le apartaba el pelo. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Mía. De repente, Ryo la besó lentamente en la nuca, en el cuello, en el hombro... Mía no sabía cómo reaccionar, simplemente se quedó parada sin saber qué hacer, la dulzura de sus labios no la dejaban pensar. Ryo la agarró, la giró poniéndola frente a él, besó su mejilla izquierda, la derecha y después sus labios se unieron en un beso dulce y largo. Ryo la apretó fuerte contra él, elevó a Mía del suelo, y la dejó lentamente en la cama, sin dejar de besarla, apoyando suavemente su espalda contra el colchón. Pasaron la noche entre besos y caricias hasta que se durmieron al amanecer, exhaustos por la pasión de la noche.

Cuando Mía despertó, estaba en los brazos de Ryo mientras este aún seguía dormido. Se acurrucó junto a él medio dormida, de repente abrió los ojos y se dio cuenta de la situación. Entonces empezó a preocuparse.

Levantó el brazo de Ryo que la tenía rodeada y lo apoyó lentamente sobre la cama, se giró despacio y se levantó. No sabía qué hacer, se quedó mirando a Ryo unos segundos, de pie, junto a la cama, y pensó que lo mejor era salir de allí pitando antes de que se despertara. Cogió unos vaqueros del armario y una sudadera, buscó su ropa interior y salió de puntillas con las deportivas en la mano para no hacer ruido. Antes de cerrar, se acordó de su móvil y volvió con sigilo esperando que Ryo no se despertara. Cogió el móvil y lo metió en el bolsillo trasero de su pantalón. Salió de la habitación con la cabeza pensando a mil por hora, no sabía qué hacer ni dónde ir, solo se le ocurrió dirigirse al invernadero y llamar a Michael.

Cuando llegó, se giró antes de entrar para comprobar que nadie la había visto, cuando vio que no había moros en la costa, entró en el invernadero, cerró por dentro y llamó a Michael.

—Hola, Kitty, ¿qué pasa? —preguntó Michael.

—La he liado, la he liado parda y no sé cómo salir de esta Michael —respondió Mía alterada.

—A ver, tranquilízate que me estás asustando y es muy tarde para eso —dijo Michael.

—O muy temprano, aquí son las ocho de la mañana —respondió Mía.

—Pero lo de ayer salió bien, ¿no? Recibí tu mensaje de que estaba todo Ok.

—Sí, pero no fue por lo de ayer, sino por lo que pasó después. Si es que quién me mandaría a mí ser como soy —dijo Mía mientras andaba de un lado a otro del invernadero.

—¡Cuéntame ya o me dará un infarto! —le pidió Michael a Mía.

—Pues ayer cuando volví, Ryo estaba en mi habitación... Me trajo el botiquín para que me curara unos arañazos... Y ya sabes, una cosa lleva a la otra, y me he despertado desnuda a su lado esta mañana.

Se oyeron las carcajadas de Michael al otro lado del teléfono.

—¿Cómo puedes empezar con un botiquín y acabar sin ropa interior? — Michael no paraba de reír.

—Esto es serio, ¿sabes? Lo tengo en mi habitación durmiendo como su madre lo trajo al mundo y no sé qué hacer —dijo Mía medio enfadada.

—¿Qué aún está en tu cama y tú te has largado? —preguntó Michael sin poder parar de reír—. Cariño, me tienes que decir cómo hacer que una chica, después de una noche juntos, abandone la habitación sin tener que echarla.

—Sí, y para colmo estoy escondida en el invernadero.

Esa última contestación hizo que Michael estallara en carcajadas y Mía, tras pensar en lo ridículo de la situación, hizo lo mismo. Desde luego, no se había visto en otra como esa, pero sonaba bastante ridículo y ambos no podían parar de reír. Cuando se serenaron un poco, Michael le preguntó a Mía.

—¿Y se puede saber qué has hecho de malo para irte como una ladrona de la habitación?

—Nada, bueno ya no me podré casar de blanco pero antes tampoco podía, así que nada, que yo sepa —respondió Mía.

—Pues entonces vuelve y deja de esconderte, que ya no tienes edad para jugar a las escondidas —le reprochó Michael divertido.

—¿Y si para él soy un estorbo? ¿O vuelve a ser un borde? No sé, es más fácil

cuando no vives con quien te acuestas —dijo Mía preocupada.

—Bien, vuelve y averígualo. Esa eres tú, Mía, si quieres saber algo, lo preguntas. Si no te habla, es un idiota y si te trata mal, voy y le pateo el culo. Pero puede que él se haga las mismas preguntas que tú, solo que él está en una habitación que no es la suya y en una cama vacía sin nadie que le resuelva sus dudas.

Mía pensó en lo que Michael le había dicho, tenía sentido, quizá era mejor hablar las cosas y dejar todo claro. Ella tampoco quería un novio, lo que había pasado, había pasado y punto, no se podía borrar. Y si era tan inmaduro como para que algo cambiara, pues entonces lo ignoraría como si fuera un jarrón chino.

—Gracias, Michael, me has salvado la vida, como siempre —dijo Mía, agradecida de que le aclarase las ideas.

—De nada, preciosa. Ya sabes que soy tu Pepito Grillo personal —contestó Michael—. Por cierto, ¿qué sabes de tu madre? ¿Has hablado con ella?

—No, solo me manda mensajes pero no me coge las llamadas, ya sabes lo que eso significa ¿no?

—¿Novio nuevo? No me lo puedo creer, ¿estás segura? —preguntó Michael sorprendido.

—Sí, es lo que hace siempre. Lo malo es que ahora no estamos en casa y yo no sé qué hacer...

—Increíble, te deja tirada en casa de unos desconocidos y luego vendrá a que la perdones cuando el tío la deje —dijo Michael enfadado.

—Ya la conoces, no es mala, pero no le gusta estar sola. Yo me hago mayor y le aterra la idea de no tener a alguien que la quiera. Además, no soy la hija que le hubiera gustado tener, así que en parte es normal —intentó defenderla Mía.

—No es normal, no lo es. Eres mejor de lo que ella hubiera podido imaginar nunca, ¿vale? Consuélate que ya quedan unos días para que seas mayor de edad y puedas hacer lo que quieras.

—Bueno, este año no será tan divertido, mi madre no estará y tú tampoco. Prométeme que en cuanto puedas nos veremos y lo celebraremos —le suplicó Mía.

—Prometido. Y ahora vuelve a tu habitación y tapa a ese chico, no sea que se resfríe por tu culpa.

Michael logró hacer reír a Mía de nuevo, conocía la situación por la que estaba a punto de pasar. La madre de Mía no era mala persona, pero anteponía los hombres a su hija y eso a Michael no le gustaba. Había visto llorar muchas veces a Mía al ver el abandono de su madre, y había visto llorar a su madre pidiéndole perdón y jurando que no lo volvería hacer, hasta que lo hacía. Con el paso de los años, a Mía dejó de importarle eso, y simplemente aceptaba cuando su madre se iba y cuando volvía, ya no tenía fuerzas para seguir luchando con ese tema y simplemente lo dejaba pasar.

Mía se despidió de Michael, bloqueó el teléfono, se lo metió al bolsillo de atrás y regresó a su habitación. Abrió la puerta despacio, fue de puntillas hacia el baño intentado no tropezarse, y justo cuando estaba delante de la cama, la luz se encendió y vio cómo Ryo la miraba fijamente y muy serio.

—¿Se puede saber dónde has ido? —preguntó Ryo con los brazos cruzados sobre su pecho.

Mía permaneció callada. Ryo se destapó, dejando su cuerpo al descubierto y Mía se giró rápidamente, le dio la espalda mientras él se ponía el bóxer de nuevo.

—No me digas que ahora tienes vergüenza —dijo Ryo en tono de pregunta—, venga, dime dónde has ido, por favor.

Mía no sabía cómo abordar el tema, era más difícil de lo que pensaba, así que hizo lo que siempre hacía cuando no encontraba las palabras, soltaba todo sin pensar y que fuera lo que Dios quisiera.

—Está bien, me he ido a pensar sobre esto —dijo moviendo el dedo entre ambos, señalando a los dos—. ¿Qué pasa ahora?

—No sé, tú eres la chica, la que ha puesto en riesgo su reputación —dijo Ryo—. Y no por mí, no te equivoques, me refiero a si se entera alguien, yo no lo diré pero alguien podría enterarse y... ¿Qué quieres exactamente? ¿Qué buscas?

—Mi reputación dice el tío, me importa una mier... mejor me callo —respondió Mía—. Bueno, no, me importa una mierda lo que los demás digan, me apetecía y lo he hecho, no creas que ahora te voy a salir con que quiero que repares mi honra casándote conmigo —dijo Mía alterada.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Ryo.

—¿Te soy sincera?

Ryo asintió.

—No sé qué me pasa contigo, simplemente hice lo que me apetecía hacer, pero eso no me ata a ti ni a nadie. Si tiene que volver a pasar, pasará, sino, pues

gracias por una noche fantástica y espero que no cambie nada entre nosotros —dijo Mía con una seguridad pasmosa.

—¿De verdad es lo que piensas? No eres la primera que me dice algo así y luego se presenta como mi novia ante los demás —respondió Ryo.

—De verdad, aunque podría contárselo a tu padre y pedir una indemnización por mi virtud —dijo Mía bromeando.

Ryo sintió alivio al ver que la situación estaba controlada. Él no sabía qué quería tampoco, pero desde luego perderla no era una opción. Incluso hubiera aceptado un noviazgo con tal de que eso no sucediera, al menos hasta que aclarara sus sentimientos.

—Eres genial —dijo Ryo abrazando a Mía.

—Bueno, pues amigos. Y ahora vete sin miedo que no voy a ponerme a dibujar corazones con tu nombre en mis cuadernos.

Ryo se rio ante la idea, le besó la frente, se terminó de vestir y se fue a su habitación. Cuando llegó, se dio una ducha y, tras ello, llamó a Daisuke.

—Eh, ¿qué pasa, Ryo? —contestó Daisuke.

—Me ha pasado algo increíble, anoche me acosté con Mía —confesó Ryo.

Daisuke se quedó callado, Ryo se lo había contado porque entre ellos podían hablarlo todo sin miedo, pero esta vez Daisuke no sabía qué decir, tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Cómo has podido? Sabes que la quiero como a una hermana pequeña, y vas tú y..., de verdad..., ¿no puedes tener los pantalones subidos? —dijo Daisuke enojado.

—Vaya, no sabía que tenía que pedirte permiso —dijo Ryo riéndose—. Para tu información, la propia Mía me ha dejado claro que he sido un amigo de una noche, quizá de más de una porque estuvo bastante bien.

—Eres un capullo, eso dicen todas. Y luego, ¿cómo acaba? ¿No te acuerdas? —seguía reprochando Daisuke.

—Que no, que esta vez es distinto, hemos hablado y hemos quedado de amigos.

—¿En serio?, esta chica es extraordinaria. No es que aquí las chicas sean unas santas, pero normalmente si se acuestan con alguien es buscando atarlo, no por mera diversión. ¿Te das cuenta que es un tío en el cuerpo de una tía? —dijo Daisuke en tono de diversión.

—Y qué cuerpo —contestó Ryo.

—¿Sabes en qué no has caído y por eso estás aún tan contento? —dijo Daisuke misterioso.

—Ni idea.

—Que si para ella no ha significado nada, es que no está enamorada, es decir, que puede que lo que ha hecho hoy contigo lo haga con algún otro. Por mí está bien, pero me preocupas tú, aunque espera —dijo Daisuke cambiando el tono de preocupación por el de ironía—, según tú no sientes amor por ella, así que no hay de qué preocuparse ¿no?

No se oía nada al otro lado, Daisuke había dado en el clavo, Ryo no había caído en eso y ahora no sabía qué pensar.

—Ella no lo hará, no es una cualquiera —replicó Ryo muy serio.

—¿Y quién dice que lo es? Tú te acuestas con quien quieres, ella tiene el mismo derecho ¿o vas a hacer un pacto de celibato hasta que ella te busque? —preguntó Daisuke.

—Claro que no, si ella quiere estar con otros que lo esté, ese es su problema, no el mío. Y te dejo que tengo que estudiar, mañana tenemos examen y no he tocado el libro desde el viernes.

—Sí, claro, con lo buen estudiante que eres —dijo Daisuke con ironía—. Mañana nos vemos.

Cuando Ryo colgó el teléfono, empezó a pensar en las palabras de Daisuke. No podía pedirle a Mía que no se acostara con otros porque eso lo podría malinterpretar, pero solo de pensar en que alguien que no era él le ponía las manos encima, hacía que su corazón latiera con fuerza. No estaba enamorado, para eso era muy pronto, pero algo sentía por ella, solo esperaba no tardar en descubrir qué era ese sentimiento o iba a acabar volviéndose loco.

Pues a mí no me daría igual

A la mañana siguiente, Ryo desayunó en su habitación porque se quedó toda la noche estudiando. No había salido desde su conversación con Daisuke.

Cuando fue la hora, bajó a esperar a Mía en el coche para ir al instituto. Al aparecer Mía, ya no llevaba el uniforme reglamentario. Se había pasado el día anterior remodelándolo, había cortado su falda, ajustado la camisa y en vez de deportivas llevaba zapatos de tacón con medias, que hacían brillar sus largas piernas y escondían los arañazos que tenía.

Cuando Ryo la vio se le aceleró el pulso, pero guardó la compostura. Esperó a que se pusiera el cinturón y arrancó. Todo el camino evitó mirarla para no dejar caer la vista a sus piernas, ella estaba tan cansada que apenas notó que Ryo no le habló en todo el camino. Al llegar, antes de salir del coche, Ryo miró fijamente a Mía.

—Entonces —empezó a decir Ryo—, está todo bien entre nosotros, ¿no? No quiero que me montes escenas de celos aquí, preferiría que nadie se enterase de lo que ocurrió.

Mía se giró bastante sorprendida.

—¿Qué tipo de chicas has conocido para que estés traumatizado de esa manera? —preguntó Mía con curiosidad—. Bueno, da igual, sigue en pie lo que hablamos ayer, pero no entiendo por qué tiene que ser secreto de Estado,

no es que lo vaya a publicar, pero me daría igual si alguien se entera.

—Pues a mí no me daría igual. Hazme caso, es mejor que esto quede entre tú y yo, ¿vale?

—Tranquilo, en público no te tocaré ni con un palito para que nadie sospeche —contestó Mía medio enfadada—. ¡Qué estupidez! ¡Ni que aquí fueran todas vírgenes! —siguió diciendo mientras se bajaba del coche—. Que sepas que deberías estar orgulloso de poder decir que has pasado la noche conmigo, y no esconderte como un cachorro asustado por el qué dirán —siguió farfullando Mía mientras se alejaba sin despedirse.

—Mía, no es eso lo que quería decir —gritó Ryo, pero ya se había alejado demasiado para oírlo.

—Veo que todo va como la seda, ¿no? —preguntó Daisuke, que había contemplado toda la escena.

—¡Aaggg, me va a volver loco! —rugió Ryo—. Solo le he dicho que mejor que esto no se sepa y se ha enfadado, ¡encima que lo hago para que no piensen mal de ella!

—¿Y se lo has dicho así? —preguntó Daisuke—. Me refiero a que es por eso su enfado, porque a mí me hubiera sonado a que te da vergüenza reconocer que pasó algo con ella.

—¡Mierda! Seguro que lo ha entendido así y por eso se ha cabreado. Lo que te digo, me va a volver loco.

—Venga, vamos a clase que hoy va a ser un día muy largo —dijo Daisuke dándole unas palmadas en la espalda a Ryo.

Ryo no entendió por qué iba a ser un día largo, pero tenía la cabeza en el examen de primera hora y no le dio mayor importancia. Durante la mañana, Ryo no pudo parar de pensar en lo que pasó con Mía, repetía en su cabeza la imagen de su cuerpo una y otra vez, pero ese no era el momento de perder la cabeza por una chica. La situación en su distrito era complicada, habían surgido bandas de nuevos ricos que hacían oscilar el equilibrio al que había llegado con los demás distritos. Ryo era un líder, y no se metía en una guerra que no podía ganar, por eso no sabía cómo abordar la situación de los nuevos, y por eso no sabía lidiar la situación con Mía.

A la hora de comer, Ryo se apresuró a llegar al comedor para ver a Mía. Llevaba toda la mañana esperando el momento. Hubiera querido bajar a verla entre clases, pero no quería que pareciese que él iba tras de ella.

—Venga, Daisuke, apúrate que quiero comer pronto —dijo Ryo.

—¿Y ese repentino interés por comer de los primeros? —preguntó Daisuke riéndose—. ¿No tendrá que ver con cierta chica de ojos redondos que no te interesa para nada?

—Por supuesto que no, es que hoy tengo hambre —respondió Ryo tocándose la tripa mientras bajaban las escaleras.

—Ya. Entonces no te interesa nada sobre ella, ¿no?

—Claro que no —respondió tajante Ryo.

Cuando llegaron al comedor vieron que había una gran fila. Normalmente solo había un par de personas delante, ya que el comedor estaba abierto hasta que todos comían. Pero tal y como se iban acercando, la fila aumentaba. Ellos, al ser de la escuela superior, iban a otro lado del comedor, pero el tumulto casi

no les dejaba pasar cuando por fin llegaron a la puerta.

—¿Qué demonios pasa hoy? —preguntó Ryo mirando a todos los chicos de la fila.

—Bueno, te lo contaría, pero no te interesa —respondió Daisuke riéndose mientras se dirigían a su mesa, tratando de esquivar a camareros con sillas que iban de un lado a otro.

—¿Y qué pasa con las sillas? En serio, si sabes algo cuéntamelo.

—Es que me acabas de decir que no te interesa saber nada sobre Mía, así que esto no te interesa —contestó Daisuke con despreocupación.

—¿Que esto es por Mía? Ahora sí quiero que me lo cuentes —suplicó Ryo.

—Entonces reconoces que te interesa aunque sea un poquito, ¿no?

—Yo no he dicho eso —dijo Ryo, serio.

—Entonces no te cuento nada —contestó Daisuke volviéndose hacia el camarero que esperaba a tomar la orden—. Para mí la Creme Broule.

—Para mí otra —dijo Ryo—. Bueno, está bien. Quizás algo sí me interesa...

—Eso quería oír —dijo Daisuke entre risas—. Pues verás, ahora mismo Mía tiene un club de fans casi tan grande como el tuyo. La grabaron en video la otra noche y todos andan detrás de ella. Un chico de su clase me ha dicho que lleva toda la mañana recibiendo flores e invitaciones para comer, y que ella daba la misma respuesta a todos, que cuando llegara el momento elegiría en qué silla sentarse, y que, por supuesto, Meiko la acompañaría.

—Por eso todos piden dos sillas para su mesa, ¿no? —preguntó Ryo.

—Así es, lo mejor es que no hay tantas sillas disponibles, y nadie sabe a qué hora bajará a comer, así que míralos —dijo Daisuke echando una mirada a todo el comedor—. Están esperando sin comer pendientes de la puerta.

—Pues tiene unos cuantos sitios donde elegir —inquirió Ryo medio preocupado.

—Sí, unos cuantos —asintió Daisuke mirando a su alrededor.

—¿A quién elegiré? Apenas ha cruzado palabra con ninguno —dijo Ryo mirando a las mesas, intentando descubrir a quién elegiría Mía.

—Yo lo sé.

—¿Cómo que tú lo sabes? —preguntó Ryo con asombro.

—Sí, antes le he mandado un mensaje a Mía para saber qué estaba pasando y me lo ha dicho.

—¿Y bien? —preguntó Ryo esperando ansioso una respuesta.

—Se ha ido con Meiko al cementerio —respondió Daisuke ante la sorpresa de Ryo—. Se iban a comer allí todo lo que le habían regalado, y después a poner las flores en las tumbas de los abuelos de Meiko. Y las que sobraran las repartirían por las que estuvieran abandonadas, ¿a que no te lo esperabas?

Ryo se quedó callado. Desde luego eso no se lo hubiera imaginado nunca, ese detalle jamás se le hubiera ocurrido a él, y sin embargo en Mía ser así era innato. Se quedaron callados mientras terminaban de comer.

De vuelta a clase, Ryo recibió una llamada. Era el líder del distrito Norte, le llamaba para avisarle de la situación con una nueva banda llamada los *Perros Callejeros*, estaban reclamando el territorio Oeste que Ryo dirigía. Daisuke

notó el cambio en la cara de Ryo.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado Daisuke.

—Unos chuchos callejeros, que quieren pisarnos el territorio —contestó Ryo enfadado.

—¿Y qué piensas hacer? Recuerda que no puedes meterte en ningún lio, solo te queda esta semana de vigilancia y serás libre de hacer lo que quieras.

—Esta noche los vamos a ir a buscar, procuraremos que no nos pillen, pero de mí no se ríe nadie —contestó Ryo muy serio.

—Bien, llamaré a los chicos y saldremos a buscarlos.

Dicho esto, regresaron a por sus cosas a clase y se fueron a casa de Ryo para hablar del tema. Había convocado allí a todos para repartir las zonas de vigilancia. Cuando llegó a casa, ya habían llegado algunos. Estaba claro que cuando Ryo llamaba todos dejaban cualquier cosa para acudir.

Pasadas las seis de la tarde, el salón principal de la mansión era un hervidero de ideas, algunas buenas, otras disparatadas. Habría alrededor de treinta chicos y chicas, aunque salieran los chicos solos, la mayoría de novias o ex novias no querían perderse la reunión, entre ellas, Charlotte. Era como un acto social ineludible si querías ser considerada alguien en esa sociedad.

—Sí, Meiko, ya estoy entrando por la puerta. ¡Saluda, Alfred! —gritó Mía mientras hablaba por teléfono con Meiko.

—¡Hola, señorita Meiko! —contestó jovialmente antes de desaparecer hacia la cocina.

—¿Ves? Ya te he dicho que había llegado. Espera, que no te oigo, hay un follón aquí montado de impresión —dijo Mía mientras se asomaba al salón—. Te llamo luego, ya he encontrado a Ryo y no está enfermo. Bueno, sí, porque si estuviera bien no estaría con Charlotte. Besos.

Mía se despidió sin darle oportunidad de decir nada. Se quedó callada, escuchando que iban a salir por la noche. No entendía para qué tanto follón para quedar, y menos aún por qué se había ido Ryo sin decirle nada, dejándola tirada a la salida del colegio. Estaba enfadada, no, más que eso, estaba encabronada por haberlo esperado y haberse preocupado, haber tenido que comprar unas bailarinas para poder volver y tener que andar con el frío que hacía hasta casa. Era como volver al primer día.

Pensó en interrumpir la reunión y llamarlo de todo menos guapo, pero no quería parecer una histérica, o peor aún, una celosa, porque no iban por ahí los tiros. Que estuviera Charlotte no le hacía nada de gracia, pero no era ese el motivo del enfado. Así que, apoyada contra la pared para que no la vieran, Mía sacó su móvil, puso la cámara de fotos delantera, y se sacó una foto enseñándole el dedo a Ryo. La guardó y se la envió por mensaje. Cuando oyó el tono del móvil de Ryo sonrió satisfecha y se fue tranquilamente hacia las escaleras para subir a su habitación.

Mientras, en el salón, Daisuke abrió el mensaje de Ryo. En situaciones como aquella, Ryo le daba total libertad de decidir si cualquier mensaje o llamada era importante para interrumpir la reunión. Daisuke se acercó a Ryo, el cual estaba sentado en un sillón escuchando las ideas que los demás aportaban. Todos estaban sentados como formando un círculo para poder verse las caras

y sentir que cada uno era importante. Por cosas así, es por lo que Ryo era el líder desde hacía años.

—Tenemos un problema —dijo Daisuke enseñándole el móvil a Ryo.

Cuando Ryo lo cogió y vio la imagen de Mía, su cara cambió. Se quedó pálido por segundos, pero recuperó la compostura y nadie se dio cuenta. Excepto Charlotte, que estaba sentada a su lado e intentaba oír la conversación.

—¡Mierda! Con todo esto se me olvidó avisar a Mía o mandar a alguien a por ella —dijo Ryo preocupado—. Al menos veo que está bien.

—Más me preocupas tú, esa chicas es de armas tomar.

—Espero que no monte una escena cuando llegue, no es el mejor momento. Por favor, dile a Tanaka que cuando llegue no la deje pasar y me avise —le pidió Ryo a Daisuke en voz baja.

—No creo que haga falta. Fíjate, el fondo de la foto es el recibidor de tu casa, ya está aquí —concluyó Daisuke.

Ryo se quedó más confundido aún. Había estado allí y no había dicho nada, quizás era verdad que a ella no le interesaba, pero ese pensamiento hizo que sintiera un nudo en el estómago. Se disculpó y dijo que tenía que salir un momento. Se deslizó tranquilamente dando palmadas en el hombro a su paso, y cuando salió de la estancia vio a Mía subiendo las escaleras.

—¡Mía, espera! —gritó Ryo mientras llegaba al pie de la escalera.

—Paso de ti, no quiero verte hasta que no se me pase el cabreo y el dolor de pies. Entonces, ya veremos —le contestó Mía enfadada.

—Perdona por dejarte tirada, no era mi intención, ha surgido algo

importante... —trató de explicar Ryo.

—Ya veo —dijo Mía dirigiendo la mirada al salón—. Tranquilo, me gusta saber que si tienes que elegir entre dejarme tirada y quedar para salir con tus amigos yo no soy tu primera opción. Bueno, ya lo habías dejado claro, la culpa es mía por pensar que los idiotas merecen una oportunidad. Ahora, si me disculpas, me voy a mi habitación, que he quedado con Meiko, hemos tenido un mal día y vamos a ir a des estresarnos.

—¿Vas a salir? —preguntó Ryo con un punto celoso.

—Puede, aún no sé el plan, ¿por? No me digas que quieres quedar en irme a recoger y luego dejarme tirada —respondió Mía con ironía.

—No es eso. Por favor, no salgas hoy, te lo pido —dijo Ryo rogándole.

—Sí, será mejor que no salgas hoy, esta noche Ryo está ocupado y no podrá ir a recogerte —dijo Charlotte mientras se acercaba a Ryo y lo cogía por el brazo.

—Tranquila, podéis salir juntos con la *chupipandi* que no me cortaré las venas en vuestra ausencia —contestó Mía enfadada al ver a Charlotte colgada de Ryo.

Dicho esto, Mía terminó de subir las escaleras a toda prisa y se metió en su habitación. Ryo se zafó de Charlotte y corrió tras ella. Cuando llegó a su puerta, se encontró con que la había cerrado por dentro.

—Mía, no es lo que crees. Ahora no te lo puedo explicar, pero mañana te cuento todo —dijo Ryo esperando a que Mía hubiese oído todo tras la puerta.

—Sí, cielo. Aquí te estaré esperando hasta que se te ocurra una buena excusa

que contarme, y yo me la creeré feliz y encantada —dijo Mía en un tono dulce y agradable—. ¿Y sabes por qué? —No se escuchó nada—. ¡Porque soy gilipollas!

—Mía, por favor, abre y hablamos —contestó Ryo con la frente apoyada en la puerta.

Al otro lado de la puerta, Mía estaba andando de arriba abajo, casi haciendo surco en la alfombra. Estaba muy enfadada y no atendía a razones.

—La cabeza me gustaría abrirte, pero ya que no puedo déjame en paz —gritó enfurecida.

—Está bien. Dejaré que te calmes y mañana hablamos, descansa.

«¡Qué morro!», pensó Mía. «Encima de todo cree que le voy a hacer caso y que no voy a salir». Decidió llamar a Meiko y contarle todo, estaba muy enfadada y no por dejarla tirada, sino porque fue él quien la dejó tirada. Estaba empezando a sentir algo y le dolió que se comportara así.

Meiko trató de calmarla y le propuso ir a un karaoke que había cerca de donde vivía antes. A Mía hacer el ridículo le ponía de buen humor, así que aceptó. Quedaron en verse allí directamente, ya que ninguna tenía coche y el único que la podía llevar le había pedido que se quedara en casa mientras se iba de fiesta.

Mía se metió en la bañera para relajarse, y estuvo casi dos horas dentro. Al salir, buscó ropa en su armario. Le apetecía ir cómoda, así que eligió unos vaqueros medio elásticos, unas botas altas negras planas, una camiseta ancha que se le caía de un lado mostrando su hombro, y parte de su tatuaje, y se dejó el pelo suelto. Cogió el móvil y su bolso de asa larga y se lo cruzó por el

cuerpo quedándole a la altura de la cadera. Era negro como las botas y pesaba un quintal. Mía pensaba que debía llevar todo lo que necesitaba para irse de casa en el bolso, nunca sabía qué situación le deparaba el futuro.

Lista, perfumada y maquillada, se dirigió a la puerta y la encontró cerrada. Comprobó el pestillo de la manilla que había puesto antes para que Ryo no entrara, pero cuando lo movió, la puerta seguía sin abrirse. Pensó que se había quedado atascada, así que cogió su móvil y llamó a la casa esperando que algún criado la ayudara.

—Casa de la familia Maeda, dígame —contestó una voz familiar.

—Hola, ¿con quién hablo? —preguntó Mía

—Soy el mayordomo principal, Tanaka.

—¡Alfred! Qué alegría que seas tú quien me contesta. Soy Mía. Verás, me he quedado encerrada, creo que la puerta está atascada y necesito salir. ¿Puedes buscar a alguien que me ayude? —preguntó Mía apurada.

—Lo siento señorita, pero no está atascada la puerta. El señorito Ryo mandó cerrarla y se llevó la llave, así que hasta que él no regrese no puedo hacer nada. Si necesita algo, avísame —contestó Alfred serenamente, acto seguido colgó y Mía se quedó con la palabra en la boca.

Mía comenzó a gritar en la habitación todos los insultos que se le ocurrían en varios idiomas. Saltó encima de la cama y, varios minutos después, logró serenarse. Necesitaba desfogarse para pensar qué iba a hacer, porque quedarse no era una opción, y las puertas de esa casa eran demasiado pesadas para tirarlas abajo como en las películas.

Hasta que no se sentó en los pies de su cama Mía no se dio cuenta del hermoso

balcón que tenía. Corrió a abrirlo y se asomó, la altura era de unos cuatro metros, demasiada para saltar. Pero había una pequeña cornisa que llevaba a una tubería, pensó que si en las películas lo hacían, ella también podía.

Se puso el bolso, tiró la chaqueta y salió del balcón subiéndose a la cornisa de apenas diez centímetros. Se agarró con las uñas a los ladrillos salientes y se deslizó lentamente hasta la tubería. Una vez allí, se agarró a las finas tuberías y se deslizó poco a poco hacia abajo. Cuando estuvo a unos dos metros de altura, saltó esperando caer bien.

Cuando se levantó del suelo, se limpió el culo riéndose y frotándolo por el dolor de la caída, recogió su chaqueta, se la puso y salió por la puerta de atrás del jardín —la del servicio, para que nadie la viera—, se dirigió a la calle y tomó un taxi.

Llegó y Meiko la estaba esperando en la puerta sonriendo. Al entrar al karaoke, a Mía le pareció estar entrando en un mundo diferente. Había un pasillo largo lleno de cabinas, la mayoría vacías, pero en algunas podías ver por la ventana redonda de la puerta cómo cantaban.

Meiko se dirigió a la recepción y saludó a la chica, eran viejas conocidas. Meiko siempre iba allí cuando tenía dinero y trataba muy bien a todo el personal, así que cuando les dijo que iban a ir, se negaron a cobrarle nada y las dirigieron a la zona V.I.P. Las metieron en una habitación casi igual de grande que la de Mía en la mansión. Era rectangular, en la pared del fondo había una barra de bar con todo tipo de bebidas, casi a mitad de la habitación un sofá y varios pufs, y, en la pared contraria a la barra, una gran televisión para el karaoke. Todo estaba decorado con mucho gusto, pero lo que más impresionó a Mía fue cuando la chica que les había acompañado abrió la cortina roja gigante que tapaba toda la pared lateral de la habitación. Tras ella,

había una gran cristalera que dejaba ver el centro de Tokio con unas vistas impresionantes. La noche parecía que iba a ser buena después de todo.

Comenzaron cantando canciones del momento, de los grupos famosos que aparecían en la televisión, pero tras un pequeño asalto a la barra del bar las dos iban lo suficientemente contentas como para empezar a cantar sin ni siquiera mirar el texto que aparecía, inventándose la letras, y encanándose de la risa a cada estrofa. Estuvieron casi tres horas, hasta que decidieron que era muy tarde. Al día siguiente había clase, pero se prometieron volver el fin de semana para celebrar el cumpleaños de Mía.

Se despidieron de todos entre risas, y salieron a la calle en busca del autobús. A Mía no le quedaba dinero, ya que se lo había gastado todo en el taxi de ida. No sabía lo caros que eran, le salía más barato dar la entrada de un coche a coger un taxi. Meiko directamente no tenía dinero, solo un bono bus, así que se dirigieron a la parada a buscar cómo llegar a casa desde allí. Pensaron en ir a casa de Meiko primero y, desde allí, coger el bus a casa de Mía que la dejaba prácticamente en la puerta, de esa manera ambas estarían más o menos seguras.

Mientras esperaban solas en la parada, vieron a unos chicos que se acercaban armando jaleo, a Mía no le dio buena espina, así que cogió a Meiko del brazo y empezaron a caminar, cada vez más deprisa, intentado despistarlos. Pero cuando vieron que venía otro grupo por delante de ellas Meiko tomó la mala decisión de meterse a una calle mal iluminada y con muy mala pinta.

—¿Por qué te has metido por aquí? —preguntó Mía

—No sé, me dio miedo y ya está —contestó Meiko, apurada.

—¿Es que no ves la tele? En sitios así es donde encuentran a la gente muerta

los barrenderos por la mañana.

Meiko la agarró más fuerte y comenzó a temblar. Desde luego, el comentario de Mía no había sido acertado. Pensó en echar a correr, daba gracias de llevar esas botas, pero Meiko iba con tacones y no iban a poder llegar muy lejos. Cuando sintieron que el grupo de chicos se había metido tras ellas en la calle Mía buscó con la mirada algo con lo que defenderse o algún sitio donde refugiarse, pero allí solo había paredes altas llenas de ventanas con luces apagadas.

—Oye, guapas, si os paráis prometemos trataros con cariño —dijo uno de ellos haciendo que Meiko se paralizara del terror.

—No, gracias. Es que mi novio, que es muy grande, me está esperando justo en esa esquina —respondió Mía señalando el final de la calle—. Así que mejor nos vamos, que es muy celoso y no quiero que tengamos un disgusto por nada.

Los chicos se miraban entre sí tratando de entender las palabras de Mía, hasta que el que parecía el líder se adelantó hasta ellas. Mía puso a Meiko detrás por instinto, estaba en shock.

—¿Te burlas de mí, guapa? —preguntó el chico, sujetando la barbilla de Mía.

Mía le dio un manotazo para apartarlo y dio un paso atrás.

—Ya veo, tenemos una luchadora.

Mía le escupió y el tipo le cruzó la cara de un manotazo. Mía se apartó el pelo de la cara y lo miró a los ojos.

—Eres muy hombre pegando a una mujer, qué será lo siguiente, ¿comprarte un

yorkshire y llamarlo Fifi? —dijo Mía con mirada desafiante.

Cuando el chico levantó la mano para volver a pegarle, Mía aprovechó y le dio una patada en sus pendientes reales, agarró la mano de Meiko y empezó a correr. Cuando estaba a punto de llegar al final de la calle, oyó a Meiko gritar y sintió un tirón hacia atrás. Se había caído, cuando trató de levantarla el chico cogió a Mía del pelo por detrás y la arrastró.

—¡Suéltala ahora mismo! —se oyó gritar.

—Veo que nos habéis encontrado, un pajarito me ha dicho que nos estabais buscando —dijo el chico soltando un poco el pelo de Mía.

Ryo y varios chicos habían oído el grito de Meiko y se acercaron a ver qué ocurría. Meiko aún seguía tirada en el suelo, de espaldas a Ryo. Cuando este se acercó para ayudarla a levantarse, se dio cuenta de quién era.

—¿Meiko? ¿Qué haces aquí?

—Salí con Mía y, de repente, esos tipos nos seguían y....

—Espera —la interrumpió Ryo—, ¿dónde está Mía? —preguntó mientras miraba alrededor.

Meiko se limitó a señalar hacia donde estaba Mía intentando levantarse del suelo. Cuando Ryo siguió la dirección que Meiko le indicaba se encendió por dentro, no se había dado cuenta de que esa chica era ella. Vio a ese tipo sujetarla y zarandearla del pelo, pero ella no decía nada, no gritaba ni se quejaba, tan solo se levantaba una y otra vez mientras el chico la tiraba, de regreso al suelo, tantas veces como ella intentaba levantarse.

—¡Mía! —gritó Ryo desesperado—, te voy a partir hasta el último hueso de tu

cuerpo como no la sueltas ya —dijo, dirigiéndose a él.

El chico sonrió y la levantó estirándole del pelo, le apartó el cabello de la cara y le agarró la barbilla

—Así que os conocéis. Lo siento, creo que le he dejado un recuerdo a tu chica —dijo el chico mostrándole a Ryo el golpe de su mejilla.

A Ryo se le encendió la sangre, se podía ver su furia en la mirada. Agarró un bate de béisbol que llevaba en la mano con más fuerza, pero debía estar sereno hasta que Mía estuviera fuera de todo esto.

—Esto es entre nosotros —dijo Ryo señalando a sus chicos—, y los *Perros Callejeros*.

—¿Los *Perros Callejeros*? ¿Así os llamáis? —dijo Mía riéndose.

—Yo que tú no me reiría tanto, preciosa, si no quieres que te iguale la cara —dijo tirando aún más fuerte del pelo.

—Es que me parece ridículo —siguió riéndose Mía—, ¿a quién se le ocurrió el nombre? —Mía no paraba de reír y el chico estaba empezando a perder los papeles—. Y ahora me dirás que te llamas Cesar Millán.

Nadie entendía lo que decía, pero Mía no podía parar de reírse.

—Me llamo Aku no Inu^[1] —contestó enfadado.

Mía lo miró y se le rio claramente en su cara, y todos los que acompañaban a Ryo no pudieron evitar reírse, su risa era contagiosa. Aku empezó a enfadarse más, y Ryo fue ganando terreno junto con sus chicos, a la vez que la banda de Aku iba agrupándose cerca de él.

Cuando ya no soportó más la humillación de Mía la tiró fuertemente contra unos palos viejos que había apoyados contra la pared. Mía cayó de rodillas, y Aku se situó justo detrás de ella. Ryo hizo el gesto de ir a por Mía, pero Aku sacó una navaja y se detuvo en seco.

—Ya te he dicho que no te metieras conmigo —dijo Aku sin dejar de mirar a Ryo, aunque sus palabras se dirigían a Mía.

—Está bien, perdona. Si eres un perro del mal, te trataré como tal —respondió Mía.

Acto seguido, cogió una tabla del suelo y se giró, dándole en toda la cara a Aku y volviendo a golpearle en el costado hasta que estuvo en el suelo conmocionado por el golpe. Ese gesto fue como el pistoletazo de salida de una carrera, ambos bandos corrieron para encontrarse y empezaron una batalla campal. Ryo se acercó a Mía y la abrazó por la espalda.

—Estás loca, casi me matas del susto —dijo mientras le besaba la cabeza.

—¿Yo? Perdona, eres tú el que tiene esta clase de amigos —dijo señalando a Aku—. Yo solo quería pasar un buen rato cantando. Y como se te vuelva a ocurrir encerrarme, el palo te lo parto a ti en la cabeza.

—Lo siento, no me dejabas explicarte lo que sucedía y no quería que salieras por si pasaba algo como esto —dijo Ryo mientras apretaba a Mía más fuerte contra él.

Ryo arrastró a Mía fuera de la calle, donde Meiko estaba esperándola llorando. Sacó el móvil y llamó a Daisuke para que viniera a recogerla, él estaba en una zona cercana con otro grupo de chicos, pero, mientras esperaban, Aku y otro chico más fueron directamente contra Ryo. Mía los vio y

le avisó justo en el momento en que iban a atizarle con un bate.

Ryo puso a Mía detrás de él y le dio el bate para que se defendiera, pero ella se situó a su lado. Cuando Aku volvió a atacar, el chico que le acompañaba arremetió contra Mía, esta se defendió con el bate moviéndolo como si fuera Bruce Lee. Llevaba muchos años practicando *full contact* y, en ese momento, se alegró de que la danza no fuera su deporte favorito. No tardó en dejar K.O. al tío, pero vio que Ryo lo llevaba peor. Aku era muy grande y, en un descuido de Ryo, le dio un golpe en la cabeza con un bate que hizo que cayera al suelo sangrando. En ese momento, llegó Daisuke y golpeó a Aku dejándolo en el suelo tendido.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Daisuke sorprendido mientras levantaba a Ryo del suelo—. Ryo me ha pedido que viniera por vosotras, pero no me queda muy claro qué hacéis aquí.

—Ya ves, hacer turismo por Tokio se vuelve cada vez más complicado —dijo Mía intentado quitarle seriedad al asunto.

—Venga, vámonos —dijo Daisuke con Ryo en sus hombros.

En ese momento, Aku se levantó y volvió a ir contra ellos. Esta vez Mía lo esquivó como a un toro. Meiko, Ryo y Daisuke quedaron a un lado, Aku en el centro y Mía al otro, la única salida a su espalda, la calle donde había una batalla montada. Daisuke intentó cargar a Meiko con Ryo pero era demasiado pesado.

—¡Mía! —gritó Daisuke—, ven aquí y ayúdame mientras yo me encargo de este tipo.

—No voy a poder con él y lo sabes. Además, tengo algo pendiente con este

chucho —dijo riéndose mientras Aku se giraba y la miraba—. Tú llévate a Ryo que yo me llevo a dar una vuelta al perro, nos vemos en casa. Meiko, coge mi bolso y mi chaqueta —dijo mientras se quitaba ambos y los tiraba a un lado del suelo.

Nadie entendía la situación hasta que Mía habló.

—Perrito, ¿quieres una galletita? —preguntó Mía como ronroneando.

—Cuando te pille desearás estar muerta —contestó Aku enfadado.

—Primero tendrás que cogerme, ¿no? —dijo Mía, y tras esto salió corriendo en dirección a la pelea.

Aku se quedó quieto un segundo, miró a Daisuke e hizo mención de ir a por él, pero se paró en seco.

—¿Sabes?, dile a Ryo cuando se despierte que voy a hacerle un favor a su princesa, que se la devolveré en un par de días.

Tras esto, buscó a Mía con la mirada, estaba esquivando a uno de sus chicos y salió tras ella.

Meiko se quedó horrorizada al darse cuenta de lo sucedido, Mía acababa de darles tiempo para irse mientras ella...

—No podemos dejarla ahí —dijo Meiko parada mientras Daisuke empezaba a andar.

—No quiero dejarla, pero mira a Ryo, hay que llevarlo a un hospital. Y la policía no tardará en aparecer, y sabes que no lo pueden coger.

—¿Y Mía? —preguntó preocupada.

—Ahora mismo me preocupa más Ryo cuando se entere que la he dejado aquí, espero que sepa lo que hace porque esta gente no se anda con pequeñeces.

Meiko recogió el bolso y la chaqueta de Mía y se puso a la par de Daisuke ayudando a llevar a Ryo. Cuando se alejaron del bullicio de la pelea pararon un taxi, se montaron y miraron hacia atrás esperando ver pronto a Mía.

¿Quién se ha perdido?

—Que sí —le dijo Daisuke a Ryo—, que Mía te está esperando en casa, cuando nos metimos al taxi ella se fue directamente para allá.

—Pero no me coge el teléfono, eso es raro en ella, siempre tiene el móvil cerca. Voy a llamar a casa y que me la pasen, quiero oír de su boca que está bien.

—A ver —contestó Daisuke quitándole el móvil de las manos—, hay que esperar tus resultados, te han dado un golpe muy fuerte en la cabeza, cuando los tengas vamos a casa y ves por ti mismo que todo está bien.

Ryo no se quedó muy convencido, pero era de madrugada como para llamar a la mansión y asustar a todo el mundo. Llevaban casi cuatro horas en el hospital, la mitad de ellas Ryo había estado inconsciente por el golpe y los calmantes. Tenía una brecha en la frente que le habían cosido con puntos, y le habían hecho un escáner por si había algún trauma interno. Daisuke no se había separado de él salvo para ir a llamar, aunque a Ryo le decía que iba al baño. En realidad llamaba a los chicos de su banda, que estaban buscando a Mía, y hasta el momento no había señal de ella.

Ryo estaba esperando al médico en el box de urgencias que le habían asignado, no paraba de llamar a Mía y, aunque daba tono, no lo cogía. Su nerviosismo iba en aumento, y las escapadas de Daisuke al baño no le encajaban. Eran demasiadas veces y ni siquiera había bebido un vaso de agua desde que recuperó la conciencia. Tumbado en la camilla no veía la hora de irse de allí, tenía hambre y había mandado a Daisuke a preguntar a los

médicos si mientras esperaba podía comer algo.

Empezó a oír el sonido del móvil de Daisuke, lo había dejado olvidado encima de la camilla cuando sacó todo de sus bolsillos para comprobar que llevaba dinero en caso de que Ryo pudiera comer algo. Ryo se estiró a sus pies para cogerlo y descolgó.

—No la encontramos por ninguna parte —dijo cansado el chico del teléfono—. Llamaba para saber si alguien tenía alguna pista porque es como buscar una aguja en un pajar.

—¿Quién se ha perdido? —preguntó Ryo sin saber lo que pasaba.

—¿Daisuke? —Se oyó al otro lado del teléfono.

—No Shin, soy Ryo, pero contéstame. ¿A quién buscáis?

—¡Mierda! —contestó Shin y colgó.

Ryo busco en la rellamada el número para que le explicara qué pasaba. Mientras lo hacía, Daisuke apareció tras la cortina con las manos llenas de comida basura de una máquina del pasillo. Cuando vio a Ryo con su móvil en la mano se tocó el bolsillo del pantalón esperando que no fuera ese, pero ahí no había nada y Ryo tenía cara de saber algo que no le gustaba.

—Era Shin —dijo Ryo mostrándole el móvil a Daisuke—, que aún no la han encontrado, ¿se puede saber qué pasa? ¿Y a quién no han encontrado? Porque allí solo estaban Meiko y Mía. Si Mía está en casa, ¿es Meiko la que se ha perdido?

Daisuke se acercó lentamente a la cama, acercó la silla que había cogido de la sala de espera y se sentó. No iba a ocultarle por más tiempo la situación, pero

no iba a ser fácil explicarla.

—No, no es Meiko, ella se fue a casa hace horas —dijo Daisuke con la cabeza agachada mirando al suelo.

—Menos mal —contestó aliviado Ryo—, si algo le pasa seguro que Mía no me lo perdona. Entonces, ¿quién se ha perdido? Explícame porque no entiendo nada.

—Bueno, necesito que te tranquilices y que me escuches con atención —dijo serenamente Daisuke.

—No me gusta nada como empieza esto —replicó Ryo antes de dejar que Daisuke se explicara.

—Cuando te golpearon, tuve que cogerte y meterte en un taxi. Aku nos seguía, intenté pararlo, pero no se pudo. Ante esto a Mía se le ocurrió cabrearlo aún más, ya la conoces.

—¿Cómo que cabrearlo? —preguntó ansioso Ryo.

—No me interrumpas, por favor, deja que acabe —prosiguió Daisuke muy serio—. Hizo que él tuviera más ganas de cogerla que a ti, así que salió corriendo en dirección contraria hacia donde estábamos Meiko, tú y yo... y Aku la siguió. Eso es lo último que se de ella.

Ryo estaba procesando la información como podía, estaba enfadado, llevaba horas tumbado mientras Mía estaba en algún lugar sola, o peor aún, con el animal de Aku. Cuando asimiló todo, Ryo cogió fuertemente del pecho a Daisuke y lo acercó a su cara bruscamente.

—¿Cómo has podido dejarla sola? —le preguntó Ryo enfadado.

—Era la única opción, nada más dejarte aquí con Meiko volví a buscarla pero ya no estaba. Cuando regresé al hospital dejé a los chicos buscándola, pero no está por ningún lado.

—Si le pasa algo me olvidaré de que eres mi amigo e iré a por ti, ¿lo sabes, verdad? —dijo Ryo furioso.

Intentó levantarse de la cama, pero se mareó y Daisuke tuvo que tumbarlo de nuevo, contra su voluntad. Quería ir a buscarla a toda costa, pero Daisuke no se lo iba a permitir.

—¿Y qué querías que hiciera? —gritó Daisuke

—Detenerla.

—¿De verdad crees que no lo hubiera hecho? Todo paso muy rápido y no me dio tiempo a reaccionar. Es más lista de lo crees, además, tú la conoces, y no es tan fácil pararla. Si algo le pasa no hará falta que vayas por mí, yo mismo me castigaré.

—Disculpa, Daisuke —dijo Ryo en un tono más sereno—. No es culpa tuya esta situación, si le hubiera explicado lo que pasaba a Mía ella no habría salido, pero me empeñé en que hiciera lo que yo quería y mira cómo ha acabado todo —continuó Ryo con culpabilidad—. Si le pasa algo... No puedo perderla, ¿sabes? Ahora no.

—Tranquilo, sabe cuidar de sí misma, deberías haberla visto cómo le pateó el culo a un tío el doble de grande que ella que intentó atacarte cuando ya estabas en el suelo —dijo Daisuke intentando animarlo.

—Sí, sé que se puede defender, pero no puedo evitar sentir que está sola en mitad de la noche, en un lugar donde no conoce a nadie... Si al menos me

cogiera el teléfono, no entiendo por qué no me llama, la iría a buscar al fin del mundo si me lo pidiera.

—Eso es porque cuando iba a echar a correr se quitó el bolso y la chaqueta, supongo que para que no le estorbara, y le pidió a Meiko que lo recogiera.

—Así que está sin móvil, ni dinero ni chaqueta. La cosa no pinta bien, me voy a buscarla, no me importa...

En ese momento el médico apartó la cortina y le dio los resultados. Los escáneres habían salido bien, pero el golpe había sido serio, tenía que estar en observación o, si quería irse a casa, debía volver en cuanto notara dolor de cabeza o vómitos. Tras escucharlo, Ryo pidió el alta, solo pensaba en ir a buscarla, pero cuando se levantó el mareo le vino de nuevo y tuvo que apoyarse en Daisuke.

—Me voy a buscarla —dijo Ryo con firmeza.

—No puedes ni llegar a la salida solo, te acompaño a casa y en cuanto te deje allí salgo yo mismo a buscarla.

Ryo frunció el ceño, quería ir a por ella él mismo, pero en ese estado iba a ser un estorbo más que una ayuda. Aunque hubiera pasado lo que había pasado, seguía confiando en Daisuke como si fuera él mismo. Así que, tras mucho pensarlo, le dio la razón y se dirigieron a la salida. Allí cogieron un taxi. Durante el camino, Ryo no paraba de decirle a Daisuke que lo llamara cada diez minutos para decirle por dónde estaba, o dónde había mirado, tenía pensado llamar a todos los que la estaban buscando y coordinarlos, mapa en mano, para que no miraran dos veces en la misma zona o se saltaran alguna.

—Bueno —dijo el taxista—, ¿a qué altura de la calle les dejo?

—Más adelante, en el número...

—Pero, ¿qué ha pasado? —interrumpió el taxista—. Hay tres coches de policía parados ahí delante, no sé si nos dejaran pasar o tendré que dar la vuelta.

Tal y como se iban acercando, Daisuke y Ryo vieron cómo esposaban a unos tipos que tenían contra el muro de la casa de Ryo mientras los de seguridad de la mansión hablaban con un agente. Le pidieron al taxista que parara ahí mismo y se bajaron. El corazón de Ryo latía con fuerza temiendo lo peor. Vieron a dos policías de espaldas apuntando algo, y cuando se apartaron, descubrieron que a quien estaban tomando declaración era a Mía.

Ryo quiso correr hacia ella pero su lesión se lo impedía, así que gritó su nombre, solo necesitaba ver sus ojos, y cuando sus miradas se cruzaron sintió que podía volver a respirar. Cuando Mía los vio, se disculpó con los agentes y corrió hacia Ryo abrazándolo como si fuera el último día de su vida. Ryo la cubrió con sus brazos fuertemente con los ojos cerrados y su cabeza apoyada en la de ella.

—No sabes el susto que nos has dado, Mía —dijo Daisuke soltando a Mía de Ryo y abrazándola mientras le revolvía el pelo.

—Bueno, te dije que nos veíamos en casa, ¿no? —contestó ella como si nada pasara.

Ryo volvió a coger a Mía entre sus brazos y Daisuke sonrió levantando las manos a modo de disculpa.

—¿Y se puede saber qué ha pasado aquí para que haya tanta policía? —preguntó Ryo sin soltar a Mía pero mirándola a los ojos.

—Bien..., esto es una de mis ideas... Verás, en mi cabeza era todo un plan maestro, pero luego....

—¡Te juro que te vas a arrepentir, zorra! —gritó uno de los que estaban metiendo al coche patrulla.

Ryo hizo intención de ir a plantarle cara pero Mía lo abrazó más fuerte y él se detuvo.

—¿Y ese quién era? —preguntó Daisuke intrigado

—Creo que el nuevo presidente de mi club de fans, Aku —sonriendo.

—¿Aku? —dijeron asombrados Ryo y Daisuke a la vez.

—Sí, me da la impresión que no le caigo muy bien en estos momentos.

Ryo y Daisuke se miraron sin entender nada. Un par de policías se acercaron a Mía para pedirle que prestara declaración, ella se separó de Ryo pero este le agarró la mano y no se la soltó en ningún momento.

Les explicó que ella volvía a casa tranquilamente y que la persiguieron, menos mal que le dio tiempo a llegar a casa y los de seguridad privada salieron armados a detenerlos mientras llegaba la policía. Una vez todo estuvo aclarado, la policía se metió en el coche y le pidió que estuviera disponible por si tenía que ir a prestar declaración o hacía falta contactarla por algún detalle. Mía se despidió con una gran sonrisa, agradeciéndoles que fueran sus héroes. Ryo estuvo escuchando atento toda la declaración, pero no le pareció toda la verdad, así que mientras Daisuke y Mía le ayudaban a llegar a la casa no pudo evitar preguntar.

—Ahora sí, di qué ha pasado realmente, y no quiero que omitas nada —le

pidió Ryo a Mía mientras empezaban a subir las escaleras de dentro de la mansión.

—Cuando os dejé, llegó la policía y tuvimos que correr. Aku me siguió con un par de chicos más hasta que encontré un portal abierto y subí hasta la azotea. Ellos me siguieron, gritándome que no tenía cómo escapar de allí y que me iban a hacer pagar por todo lo que vosotros y yo le habíamos hecho.

—Juro que lo mataré en cuanto pueda estar de pie —interrumpió Ryo—, prosigue.

—Bueno, sabéis que hago parkour —ambos asintieron—. Pues ellos no, así que cuando llegué arriba, comencé a bajar por los balcones.

—¿Y si no hubiera habido balcones? —preguntó Daisuke.

—Claro que los había, en mi mente eso formaba parte del plan, sino no hubiera subido —contestó Mía con total seguridad en sus palabras.

Ryo y Daisuke se miraron preocupados pensando en qué hubiera pasado si no hubiera encontrado la salida que esperaba.

—¡Quitad esas caras! ¡Hay que creer en la fuerza del pensamiento positivo, chicos! —dijo Mía sonriendo animada—. No me costó despistarlos, a lo que ellos bajaron yo ya estaba lejos. He estado más de dos horas caminando hasta llegar aquí, seguí las paradas del autobús para ubicarme. Cuando llegué me estaban esperando, se habían apostado cerca de la casa, en la acera de enfrente, esperándome. Cuando los vi me subí a un árbol, pero ellos fueron más rápidos y me agarraron de la pierna y tiraron de mí hasta que me caí como la manzana de Newton.

—Está claro —dijo Daisuke—, les voy a dar una paliza en cuanto me los

cruce.

—Cuando estaba intentando ponerme de pie, me dieron una patada en la espalda y me tiraron al suelo, cogí un puñado de tierra del árbol, se la tiré a los ojos y salí corriendo hasta aquí, llamé al timbre como una loca. Aku me alcanzó y me retorció el brazo, pero en eso momento salieron los de seguridad privada armados y llamaron a la policía. Y el resto ya lo sabéis.

Ryo y Daisuke se quedaron callados. Mía contaba la historia como si de una película se tratase, pero los golpes que ella había recibido no eran parte de la ficción, y eso lo iban a pagar muy caro. Cuando llegaron arriba, Ryo se detuvo en la habitación de Mía.

—Hoy dormiré aquí —dijo en un tono solemne.

—Está bien, yo me voy al cuarto de invitados del fondo y tú, Daisuke, duerme en la cama de Ryo —contestó Mía.

—No, no lo has entendido —dijo Ryo—. Hoy dormiré aquí, contigo.

Dicho esto, Daisuke le ayudó a tumbarse en la cama de Mía y se despidió. Decidió irse a casa, por el camino avisaría a todos que ya había aparecido Mía, que Ryo estaba bien, y avisaría a Meiko también de lo que había pasado. Cuando Daisuke cerró la puerta, Ryo y Mía se quedaron mirando, él en la cama y ella de pie, al lado del baño, con miedo de acercarse por si le hacía daño.

Mía se dirigió al baño para ponerse el pijama.

—¿Dónde vas? —le preguntó Ryo.

—Me voy al baño a poner el pijama, en seguida salgo —respondió Mía

señalando la puerta que tenía tras de ella.

—No pienso perderte de vista ni un minuto, así que si quieres ir al baño a cambiarte —dijo Ryo mientras hacía mención de levantarse—, yo voy contigo.

—¡No, no, no! —contestó Mía mientras evitaba que se levantara—. Me cambio aquí, no hay nada que no hayas visto ya, ¿no?

Ryo se quedó mirándola con media sonrisa levantada y asintió lentamente. Mía se quitó el pantalón vaquero y se puso el del pijama, luego se quitó la camiseta quedándose en sujetador, y se dio la vuelta para quitárselo. Aunque ya se hubieran visto desnudos, a Mía le resultaba embarazosa la situación. Cuando se giró para quitarse el sujetador, Ryo vio en su espalda la marca de una bota, se tensó por un segundo, pero al instante se relajó para que Mía no se diera cuenta de nada.

Cuando se terminó de poner el pijama, Ryo le pidió que le ayudara a quitarse la ropa, le quitó los pantalones e intentó no tocar su herida cuando le sacaba la camiseta por encima de la cabeza. En ese momento, Ryo la tumbó en la cama y comenzó a besarla.

—Llevo todo el día pensando en este momento —le dijo Ryo el oído.

—¿Pensando? Estas cosas no se piensan, se hacen —contestó Mía llevando sus labios a los de Ryo y fundiéndose en un beso dulce y apasionado.

—Aún tengo que echarte la bronca por lo que hiciste, ¿lo sabes, verdad? —dijo Ryo tras un rato de besos y caricias.

—Sí, y también tienes que agradecerme que salvara tu culo, el derecho a patearlo es solo mío —contestó besándole la mejilla mientras se acurrucaba entre sus brazos.

—Será mejor que tratemos de dormir un poco, y si me despierto y no te encuentro te juro que te ataré a la cama hasta que me recupere.

Mía le sonrió, le dio un beso en la boca y apoyó su cabeza en el pecho descubierto de Ryo mientras pasaba su brazo por sus abdominales. Sintió su calor y se quedó dormida sin darse cuenta.

Eso es muy duro... Si lo sé no pregunto...

Cuando despertaron, Mía y Ryo no fueron capaces de salir de la cama, estaban exhaustos por los acontecimientos del día anterior, así que pidieron que les subieran la comida y planearon un día en el que no iban a hacer nada más que estar tirados en la cama.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Mía.

—Me intrigas. Me gustaría saber cuántas cosas más sabes hacer que yo no sepa —contestó Ryo mirándola fijamente.

—Bueno, ahora que somos amigos y estás convaleciente, en parte por mi culpa —dijo Mía con cara de niña buena—, te voy a conceder un día de respuestas sin mentiras.

—¿Un qué de qué? —preguntó Ryo sin saber muy bien a qué se refería.

—Verás, nunca hablo de mí, soy hermética, así que cuando conocí a Michael, mi mejor amigo, inventamos un juego en el que nos regalábamos un día entero. Él podía hacerme todas las preguntas que quisiera, y yo las tenía que contestar sin mentir. Éramos unos críos, pero gracias a este juego se convirtió en lo que ahora es.

—Así que me dirás todo lo que quiera, ¿no? —preguntó Ryo en tono de desconfianza.

—Sí, pero como la amistad es un juego de dos, tú también tienes que

responderme a mí con la verdad, ¿o tienes algo que esconder? —dijo Mía riéndose.

—Mucho, sino mi vida sería muy aburrida —contestó mientras ambos se reían.

—Entonces, ¿juegas señor Ryo?

—Por supuesto, ¿quién empieza? —preguntó divertido.

—Pues tú, por preguntar —contestó Mía riéndose.

—Está bien, a ver qué pregunto... Mmmm, bueno, ¡ya lo sé! —gritó sonriendo—. ¿Cuántos novios has tenido?

—Ninguno —contestó Mía ante el asombro de Ryo—. Te lo aclaro, novio ninguno, amigo con derecho a roce, alguno que otro.

—No me creo que no te hayas enamorado.

—No he dicho eso, pero un noviazgo es un compromiso que no me gusta asumir a la ligera, eso lo aprendí gracias a mi madre y, aún a día de hoy, sigo haciéndolo —dijo Mía con tristeza—. ¡Me toca! ¿Cuánto estuviste con Charlotte?

—Eres directa, ¿eh? —contestó Ryo que no se esperaba esa pregunta.

—El tiempo es lo único que no puedes recuperar, ni comprar, así que no me gusta perderlo —dijo Mía.

—Pues estuvimos juntos tres años, ella tenía quince y yo dieciocho —contestó Ryo—. ¿A qué te refieres con lo de tu madre?

—A que cambia más de novio que de zapatos, y no piensa en los que están alrededor, por eso cuando tenga novio no puedo pensar solo en mí, sino en los que me rodean, de otra forma no podría ser feliz y eso sería perder el tiempo, y ya sabes lo del tiempo, ¿no?

—Ni se recupera ni se pierde —contestó Ryo riéndose—. Pero, ¿por qué dices que te lo sigue demostrando?

—¿Sabes dónde está ahora? —le preguntó Mía.

—Supongo que con mi padre en Alemania.

—Error, su último mensaje era de Corea. Creo que ha vuelto a enamorarse, y no la culpo, hay chicos muy guapos por allí. Verás, mi madre sigue un patrón, cuando se enamora de alguien me evita, se va con él de viaje y me deja sola, aunque suele ser en mi casa y no en una ajena, pero bueno. Luego, cuando le dan ganas de jugar a la familia feliz, me busca llorando y yo vuelvo hasta que el tío se cansa y me quedo con el marrón de consolarla.

—Vaya, lo siento —dijo Ryo con pesadumbre—. No sabía cómo estaba el tema con tu madre, siento haber preguntado.

—No lo sientas, no es culpa de nadie, ya casi ni me duele, simplemente sigo la rutina hasta que todo vuelve a empezar —dijo sonriendo Mía—. Bien, me toca. ¿Por qué te enamoraste de Charlotte?

—Veo que no vas a dejar pasar el tema, ¿verdad? —dijo Ryo sonriendo.

—Ni lo sueñes, me interesan las respuestas y no creo que me vea en otra de estas contigo, así que hay que aprovechar. Eso sí, no vale mentir.

—No quiero que te sientas mal, Mía —dijo Ryo bajando la mirada.

—No sé vivir feliz en mi ignorancia, es un problema, lo sé, pero necesito saber las cosas. Y tranquilo, que no me haces daño, de verdad, esto es importante.

—Está bien, pero si quieres que pare de hablar dímelo —Mía asintió con la cabeza—. Cuando la conocí, era una chica súper dulce y muy tímida, apenas se atrevía a cruzar palabra conmigo, pero siempre estaba atenta a cualquier cosa que necesitaba —dijo Ryo con nostalgia—. Con el tiempo me acostumbré a eso, a tenerla cerca, hasta que vi cómo unos chicos se metían con ella y supe que tenía que protegerla para siempre.

Mía no apartó la vista de Ryo, estaba sentada junto a él y sentía por dentro una presión que apenas la dejaba respirar, pero no dejó de mirarlo, no quería que él parara si se daba cuenta de que lo estaba pasando mal. Cada vez que nombraba una de las cualidades de Charlotte, a Mía le daba una punzada el corazón, y la dulzura con la que hablaba de ella le daba unos celos terribles. Pero se aguantó, sonrió y asintió siguiendo el relato de Ryo.

—Bueno, me toca —dijo Ryo pensando una pregunta que alejara el mal ambiente que se había creado—. ¿Cómo te dio por aprender parkour? No es algo que les dé por aprender a muchas chicas.

—Perdona, pero es un deporte como cualquier otro, y las chicas valemos perfectamente —protestó Mía ante el ataque un poco machista de Ryo.

—Ya lo vi, se os puede dar muy bien —sonrió Ryo—. Ahora, contesta.

—Bueno, eso fue gracias a Francesco, un novio de mi madre, por él lo aprendí.

—Qué pasa, ¿estabas intentando impresionar al novio de tu madre? —preguntó

Ryo riéndose.

—No exactamente, aunque sí lo impresione —contestó Mía—. Estuvo con mi madre cuando yo tenía unos diez años, al principio bien, como todos, pero cuando mi madre se fío de dejarme con él, empezó a montar timbas en casa, y yo era su criada —dijo Mía mientras Ryo la miraba atónito—. Tenía que recoger todo, servir a sus amigos y soportar cosas que una niña no debería oír hasta los dieciocho. Soy muy cabezota y me negaba, así que él me encerraba en un cuarto de escobas que tan solo tenía un ventanuco. Como podían ser días lo que me tenía allí, y dependía de que a él le apeteciera darme de comer, empecé a escalar las estanterías hasta la ventana y salía por ella. Michael me esperaba abajo y nos íbamos hasta que mi madre regresaba, yo subía con ella como si estuviera esperándola y él no decía nada por miedo a que yo hablara.

—¿De verdad? Y tu madre, ¿no se daba cuenta?

—No sé, para ese momento hacía ya tiempo que no confiaba en el buen criterio de mi madre, y ya que seguramente creería cualquier excusa que Francesco le dijera pues prefería escaparme. Michael fue a una escuela a aprender y luego quedaba conmigo para practicar. Y así aprendí a deslizarme por el mobiliario urbano —terminó Mía con una sonrisa.

—Eso es muy duro... Si lo sé no pregunto...

—Pregunta, que hoy es gratis, de verdad, no es lo peor que te puede pasar en la vida. Hay que ser optimista y ver lo que depara el mañana y no lo que te frena del pasado.

Ryo quería preguntar qué más había aprendido por ese método, pero no se atrevía, no sabía si quería saber las respuestas. Mía se dio cuenta de ello e intentó hacerle sentir mejor.

—No fue tan malo, de verdad. Solo una experiencia más, como las otras. Aprendí cosas buenas de momentos malos, y no me arrepiento de ello, si soy así es por las experiencias de la vida.

Cuando Mía hablaba así, a Ryo le daba la impresión de que había vivido más de la cuenta, no eran las palabras de una chica de diecisiete años, era muy madura para su edad, y eso le gustaba.

—Entonces, ahora me toca a mí —prosiguió Mía—. La que viene ahora es de las buenas, así que prepárate.

—Miedo me das, si las demás no eran de las buenas, miedo me das.

—¿Sigues enamorado de Charlotte? —preguntó muy seria Mía.

Ryo se quedó callado, esa pausa hizo que Mía se derrumbara por dentro, sabía la respuesta y en pocos segundos la iba a oír. Sintió cómo se le removía el estómago y le entraban náuseas, pero logró que Ryo no notara nada. Él estaba absorto buscando una respuesta adecuada a una pregunta que no tenía esa opción de respuesta. Mía entendió todo de golpe, había abierto la caja de Pandora y, ahora, debía serenarse para controlar lo que en ella había. Pasados unos segundos eternos, Ryo contestó.

—Apenas has comido Mía —dijo Ryo mirando las bandejas de comida que había encima del escritorio de Mía—. Mejor lo dejamos por hoy.

—Ese no es el trato, y no he comido porque no tengo hambre. Por favor, contéstame a la pregunta.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó Ryo alterado.

—La verdad, ni más ni menos. ¿Aún la quieres?

—No lo sé, después de lo que me hizo, debería odiarla, pero pesan mucho los buenos momentos, y me cuesta olvidarla. Estaba esperando que el tema con la policía pasara para pensar las cosas bien, y entonces apareciste tú, y pusiste mi mundo patas arriba, me confundiste. Eso es lo que te puedo decir.

—Te voy a hablar como amiga, ¿de acuerdo? —preguntó Mía buscando la aprobación de Ryo.

Ryo asintió con un gesto.

—Por como hablas de ella, aún la quieres, quizá no se lo merezca pero los sentimientos son algo que salen del corazón, no de la cabeza. Deberías darle una oportunidad —concluyó Mía intentado no quebrarse.

—¿Y lo que me hizo? Es algo que no sé si puedo perdonar —contestó Ryo recordando el momento de su juicio.

—Se equivocó, todos lo hacemos, pero reconoce que ella dijo la verdad para protegerte. Eso debes tenerlo en cuenta, se delató aun sabiendo que eso la alejaría de ti.

—No lo había visto de ese modo... pero, ¿y tú? —preguntó Ryo mirando a Mía a los ojos.

—Eso deberías contestarlo tú.

—Me gustas, eres especial....

—Pero no estás enamorado de mí. Te debes una conversación con Charlotte, una segunda oportunidad, por mí no te preocupes.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Ryo pensando en que no se la respondería.

—Hoy es el día para hacerla —contestó Mía resignada.

—¿Qué sientes por mí?

La pregunta que quería evitar Mía estaba sobre la mesa, hubiese preferido mentirle, mejor dicho, hubiese preferido mentirse a sí misma. Pero no iba a servir de nada, así que se limitó a contestar con la verdad.

—Creo... creo que me estoy enamorando de ti —dijo rotundamente Mía.

—Entonces... No sé qué hacer... No quiero hacerte daño ni perderte, pero Charlotte aún está ahí, y no sé si eso pueda cambiar —dijo Ryo con tristeza—. ¿Me esperarás hasta que decida qué hacer?

—Depende, ¿vas a volver con ella? —preguntó Mía.

—Creo que es lo mejor, es la manera de saber qué siento...

—Entonces no, no me puedes pedir que espere.

—No quiero perderte, Mía...

—Pero no cuentas solo tú, debo pensar en mí también. ¿Sabes?, cuando veo películas con un triángulo amoroso, siempre me pregunto cuánto es el tiempo de espera estándar, semanas... meses... años... ¿Cuánto tiempo de mi vida debo perder sin saber si va a merecer la pena? —preguntó Mía mirando directamente a los ojos a Ryo.

—Lo siento... —dijo Ryo con tristeza.

—No deberías, yo solo voy a estar por aquí hasta que acabe el curso, después me iré a una universidad europea y, dentro de unos años, recordaremos este día riéndonos.

—Al menos podemos ser amigos, ¿verdad? —preguntó Ryo cogiéndola de la mano.

—No creo en la amistad cuando hay sentimientos de este tipo, pero lo intentaré, seré tu amiga, ¿de acuerdo?

Ryo abrazó a Mía con fuerza sin saber cuándo iba a ser la próxima que lo hiciera, había algo especial en ella que hacía imposible imaginarse su vida sin verla, pero tenía razón, no podía pedirle que esperara y no lo iba a hacer.

Mía se separó de él, eran ya las seis de la tarde. Le pidió el móvil a Ryo, y envió un mensaje a Charlotte para que fuera a su casa, se lo devolvió y sonrió. Ryo lo cogió lentamente de sus manos y le devolvió una sonrisa triste, pero de agradecimiento. Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta, antes de cerrar se giró hacia Mía, que aún seguía en la cama sentada, y le preguntó:

—¿De verdad serás mi amiga? —preguntó Ryo en tono de preocupación.

—Hoy ya no, por hoy no. A partir de mañana empezaremos una nueva relación. No seremos un hombre y una mujer, sino un amigo y una amiga, pero hoy no puedo, a partir de mañana seré tu amiga.

Dicho esto, Ryo cerró la puerta y se fue. Empezaron a brotar lágrimas de los ojos de Mía, sabía que había hecho lo correcto, pero eso no calmaba sus lágrimas. Estuvo más de dos horas llorando, acurrucada en la cama, hasta que decidió llamar a Michael.

—Hola, preciosa, precisamente estaba pensando en ti —dijo Michael esperando la respuesta de Mía, pero solo había silencio—. ¿Mía? ¿Estás ahí?

—Sí —logró decir con la voz cortada.

—¿Qué pasa? —preguntó Michael preocupado.

—Le he dicho a Ryo que vuelva con su ex novia, y me ha hecho caso —logró decir entre lágrimas.

—Mía... Lo siento... Sé que te gustaba... ¿Qué ha pasado exactamente?

—Pues que aún la quiere, y yo no puedo estar con él pensando que la echa de menos, me volvería loca, prefiero un dolor con fin que un sinfín de dolor. Llevo dos horas llorando, desahogándome y queriendo morirme, pero hasta ahí, mi vida no empezó cuando lo conocí, y no acaba cuando él se va —dijo con firmeza Mía.

—¡Esa es mi chica! Además, tú podrías tener a quién quisieras —dijo Michael para animarla.

—Menos a él, al menos seremos amigos —contestó Mía apesadumbrada.

—¿Amigos? Tú no eres de las que hacen ese tipo de amigos, te va a doler verlo y lo sabes

—Exacto, es lo que pretendo, cuando te curas una herida y escuece es porque está sanando, ¿no? Pues esto debe ser igual, la intensidad del dolor irá disminuyendo hasta desaparecer totalmente.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó Michael.

—Hazme reír, aunque ahora mismo soy un público difícil.

—Esto es un caracol que va muy rápido y derrapa, ¿te ha hecho gracia? —No se oyó nada al otro lado del teléfono—. Pues a la abuela que atropelló tampoco.

—Es un chiste muy viejo, y muy malo —dijo Mía sonriendo.

—Sí, de la cosecha del ochenta y siete, pero ¿a qué has sonreído? —preguntó Michael sabiendo que tenía razón.

—Lo reconozco, soy fan de los chistes malos.

—¿Y quieres un chiste gráfico? Mírate al espejo y dime que lo que ves no es un buen chiste.

Mía se levantó y se dirigió al espejo, al mirarse vio todo el pelo enmarañado, los ojos hinchados y rojos. Se observó y no pudo evitar reírse, de verdad se veía ridícula así, ella no era tal y como se veía en el espejo. Michael siempre lograba hacerle sonreír y por eso lo quería tanto.

Volvió a sentarse en la cama y le contó los últimos acontecimientos, lo de la pelea, la noche perdida y la cabeza rota de Ryo. Le contó cada detalle hasta que llegó al momento en que Ryo no la eligió, y sus lágrimas volvieron a brotar sin medida.

—Ya está, ya pasó todo, ahora debes reponerte que en dos días es tu cumpleaños y serás mayor de edad, nena.

—Se supone que debes animarme —contestó Mía entre lágrimas riéndose—. Estaré sola y seré más vieja, ¿qué hay que celebrar?

—Bueno, no seas tan pesimista, al menos has llegado a cumplirlos, ¿no? —objetó Michael intentando sacar el lado positivo.

—Sí, eso sí, y con todo lo que nos ha pasado no sé muy bien cómo, será que estoy madurando —dijo Mía riéndose—. Pero, ¿sabes?, hoy quiero llorar, quiero ser una niña pequeña que hubiese gritado que Ryo era suyo. Que no le

hubiese entregado jamás a Charlotte, quiero ser egoísta, solo hoy, y mañana volveré a ser yo.

—¿Lo prometes? —dijo Michael en tono comprensivo.

—Lo prometo, te llamo cuando logre recomponer los pedazos de mi alma — contestó Mía.

—Dramática.

—Insensible.

—Te quiero.

—Y yo —contestó Mía mientras colgaba.

La noche iba a ser larga, lo sabía, necesitaba aclarar sus ideas, ordenar los sentimientos y desahogarse si quería empezar con buen pie el día antes de su cumpleaños.

Pensó que era la segunda vez que se saltaba las clases en dos semanas, empezaba a sentirse como en casa y, aunque fuera duro lo que le esperaba, tenía cosas más importantes en las que pensar. Si todo iba según la rutina que seguía siempre a su madre, pronto tendría que irse de esa casa, así que debía pensar en su futuro. Lloró hasta que ya no pudo llorar más, se tumbó boca arriba en la cama y deseó haber sido más egoísta, así ahora estaría con Ryo. Pero luego se arrepintió, ya pasó por algo parecido una vez y la agonía de esperar a que la otra persona se diera cuenta de que no la quería nada más que por ser la novedad, esa agonía fue insoportable, y con Ryo hubiese sido insufrible. Al final, Mía se durmió del cansancio de llorar.

Espera, espera...

Al sonar el despertador, por un segundo Mía no recordaba lo que sucedió el día anterior y despertó deseando ver a Ryo, pero ese sentimiento duró hasta que un segundo después le vinieron a la mente las palabras de Ryo, y sintió una punzada en el corazón. Se había prometido levantarse de la cama y seguir hacia delante, no se iba a quejar ni a quedar tirada en el sofá lamentándose por lo que pudo ser y no fue, las cosas suceden por algo, y eso Mía no paraba de repetírselo, intentando creérselo.

Se vistió y cogió sus cosas. Tenía pensado bajar a desayunar e intentar averiguar qué pasó con Charlotte, pero lo iba a hacer como si fuera una amiga, aunque le doliera, pero no podía quedarse con la duda. Recogió su habitación y bajó a desayunar más temprano que de costumbre. Iba con tiempo para intentar averiguar con el servicio qué había pasado, si Charlotte fue ayer, cosa que no dudaba ni lo más mínimo, y si oyeron algo que le sirviera a Mía para imaginarse qué se iba a encontrar en el colegio.

Bajó la escalera concentrada en su misión, aunque al llegar al comedor no esperó encontrarse ante esa situación.

—Buenos días, Mía —dijo sonriendo Charlotte sentada en el regazo de Ryo.

—Buenos días —contestó Mía mientras bajaba la cabeza y procesaba todo lo que estaba pasando.

No esperaba verlos por la mañana, eso aclaraba todo y la ropa de Charlotte decía que no había venido de casa a desayunar con Ryo. Unos segundos después, levantó la cabeza sonriendo y dispuesta a salir de allí lo antes

posible.

—Hola, Mía —dijo Ryo, tampoco esperaba verla allí—. Hemos bajado antes porque Charlotte aún tiene que pasar por casa a por su uniforme.

—Ya me lo he imaginado al verla... Yo he bajado antes para ver si me podían llevar a buscar a Meiko.

—No tienes por qué pedir que te lleven, iba a acercarme a Charlotte y luego iba a volver por ti... —dijo Ryo mirando a Mía.

—No pasa nada, de verdad, había quedado en ir a por Meiko. Además, nunca se me ocurriría ocupar el lugar que no me corresponde —contestó Mía herida.

—¿Ves, cariño? —dijo Charlotte—. Ella entiende que tú me lleves a mí, soy tu novia y tengo preferencias sobre las demás chicas.

—Cállate, Charlotte —le pidió Ryo sin dejar de mirar a Mía.

—Tiene razón, Ryo, después de todo solo soy la hija de la secretaria de tu padre, ¿no?

Ryo se levantó bruscamente, casi tirando al suelo a Charlotte, y se fue directo a Mía mientras Charlotte ardía de rabia sin poder decir nada.

—Sabes que no es así, Mía —dijo Ryo cogiendo del brazo a Mía.

—Sí lo es, elegiste a Charlotte como novia y a mí como amiga, y yo como amiga no me callo lo que pienso —contestó Mía soltando su brazo de la mano de Ryo—. Bueno, mejor me voy que se me hace tarde y aún tienes que llevar a Charlotte a casa.

Dicho esto, Mía se dio la vuelta y salió del comedor. Charlotte se colgó de

Ryo de nuevo y lo llevó hasta la mesa para terminar de desayunar, pero Ryo estaba ausente pensando en las palabras de Mía. Charlotte era consciente de que había algo entre ellos, y no tenía intención de dejar que Mía la ridiculizara en cualquier momento si Ryo la dejaba por ella, así que pensó que lo mejor era que Mía se largara de la escuela, y luego de casa de Ryo. Si algo se le daba bien a Charlotte era lograr que la gente huyera, para evitar lo que ella podía llegar a hacerles por conseguir lo que quería.

Mía salió de la mansión buscando a alguien que la llevara a casa de Meiko, la llamó y le dijo que pasaría a por ella. Necesitaba desahogarse antes de ir a clase, necesitaba que ella supiera todo, porque si se derrumbaba iba a necesitar que ella la recogiera. De camino al colegio Mía le explicó todo a Meiko, hasta el último detalle, y Meiko casi llora. Pero lo que más le preocupaba a Meiko era la reacción de Charlotte, la conocía y que Ryo hubiese preferido llevar a Mía no era algo que fuese a pasar por alto, aunque no le dijo nada a Mía porque no quería preocuparla. Quizás con la alegría de volver con Ryo Charlotte no le hiciese nada.

Al llegar, notaron que algo raro pasaba. Todo el mundo las miraba pero nadie les decía nada y eso mosqueaba a Mía, que no tenía un buen día para aguantar ese tipo de cosas. Fueron directas a clase para evitar cruzarse con la nueva pareja, y cuando entraron al aula vieron cómo la pizarra estaba llena de insultos hacia Mía, llamándola de prostituta para arriba. Meiko empezó a borrar todo, pero Mía se dio cuenta de que su silla y su mesa tampoco estaban. Se asomó a la ventana abierta y vio que estaban abajo, así que, con toda serenidad, salió de la clase y se dirigió a buscarlas. En mitad del pasillo se cruzó con Ryo y Charlotte.

—¿Dónde vas, Mía? Ya casi empieza la clase y vas a llegar tarde —preguntó Charlotte, conociendo la respuesta perfectamente.

—Que se me ha olvidado coger algo, ahora subo —respondió sonriendo Mía, sabiendo que Charlotte estaba detrás de todo.

—¿Quieres que te acompañe? —le ofreció Ryo.

Por un segundo le iba a decir que sí, solo por ver la cara de Charlotte, pero prefería no jugar con fuego, la distancia era la mejor manera de que la situación fuera más llevadera.

—Gracias, puedo sola.

Dicho esto, Mía se giró y bajó a por sus cosas. De camino a buscarlas la rabia iba creciendo dentro de ella. No entendía cómo podía ser así esa arpía, si gracias a ella estaba con Ryo, cualquier otra se lo hubiera quitado sin contemplaciones. Y en vez de estar agradecida le había declarado la guerra. Pero cuando llegó hasta su silla y su mesa, Mía no pudo evitar sonreír, si por unos insultos y una broma barata Charlotte creía que iba a poder con ella es que no la conocía bien. El truco de la silla y la mesa era viejo para Mía, ella se lo había hecho alguna vez a Michael y, recordando esa situación, Mía volvió a clase con la silla encima de la mesa, y llevando ambas como pudo. Al llegar a las escaleras se encontró a Daisuke.

—Buenos días, Mía —dijo Daisuke—. Ya me ha contado todo Ryo, lo siento...

—No tienes por qué, además independientemente de lo que pase entre Ryo y yo, tú y yo somos amigos, ¿no? —respondió Mía sonriendo.

—Gracias, sabes que para lo que me necesites me tienes. Ahora, me puedes decir: ¿qué ha pasado para que estés aquí con una silla y una mesa pintada?

Mía ni siquiera había reparado en los garabatos de la mesa, que eran igual de

hirientes que los de la pizarra; pero Daisuke se paró a leerlos y lo entendió todo.

—¿Quién ha sido? —pregunto enfadado Daisuke.

—¿De verdad eso importa? —respondió Mía.

—Le voy a hacer que lo limpie con la lengua —dijo Daisuke muy serio.

—Aagghhh, qué asco, ¿no? —contestó Mía riéndose.

—¿De verdad no te importa? —preguntó asombrado.

—¿Debería? —respondió Mía sonriendo—. Hace mucho aprendí que no te hace daño quien quiere, sino quien puede. Ayúdame a subir esto que vamos a llegar tarde.

A Daisuke le encantaba esa manera de ser de Mía, cualquier otra chica estaría cuanto menos triste, no solo por lo de la silla sino por todo lo que le contó ayer Ryo por teléfono. Sin embargo, ella era como la energía, ni se crea ni se destruye, solo se transforma.

Ambos subieron las escaleras riéndose de las faltas de ortografía de los insultos de la mesa. En el pasillo aún estaban Ryo y Charlotte, quienes se dieron la vuelta al oír las risas del final del pasillo.

—Espera, espera —dijo Mía sonriendo—, que me sé otro chiste.

Mía y Daisuke habían estado sacando chistes de la situación mientras se aproximan a la clase.

—¿Qué es el arte? —preguntó Mía—. Joderte de frío.

Daisuke y Mía se echaron a reír como si no hubiese nadie más en el pasillo.

—¿Eso es lo que se te había olvidado, Mía? —preguntó Charlotte intentando cabrear a Mía.

—Es que tengo una cabeza... —contestó Mía riéndose.

Charlotte estaba enfadada, se suponía que eso debía al menos enfadarla un poco, no hacerle gracia. Daisuke no pudo evitar reírse y Ryo no entendía nada de la situación. Meiko salió a ayudar a Mía a coger sus cosas.

—¿Dónde has ido a buscar tu mesa y tu silla? —preguntó Ryo intentado leer lo que ponía en la mesa.

—Al taller de arte japonés —respondió mientras se sentaba encima tapando todo.

Sonó el timbre y Daisuke se llevó a Ryo antes de que pudiera leer nada. Charlotte se despidió cariñosamente y entró dándole un empujón a Mía, que arrastraba la mesa con Meiko intentado colocarla en su sitio.

El resto de la mañana transcurrió para Mía entre aguantar los insultos de sus compañeros y ver a Charlotte babear encima de Ryo. No se levantó de su asiento aunque le tiraron los libros al suelo o mancharon su ropa “accidentalmente”. Meiko miraba a Mía desde su asiento. Quería ir con ella, pero Mía estaba ausente, así que decidió darle su espacio hasta que, a la hora de comer, una chica de un par de años menos con quien aún se hablaba le comentó que trataban así a Mía porque alguien había difundido el rumor de que el accidente de Ryo fue culpa de Mía. Todo el mundo quería y respetaba a Ryo, y que le dieran un golpe que lo mandara al hospital por culpa de una nueva hacía que todos quisieran tomar venganza contra ella. Planeaban tirarle

un montón de globos de agua a la hora de comer, pero Meiko fue a contárselo a Mía para que no saliera de clase.

—Me lo ha dicho alguien de fiar, cuando salgas te van a tirar un montón de globos de agua —dijo Meiko preocupada.

—Hoy no tengo ganas de discutir, me faltan fuerzas, así que si me quieren tirar agua y así quedarse tranquilos, pues adelante —dijo Mía triste.

—Llevas todo el día igual, solo sonríes cuando Ryo puede verte, esto solo te hace daño —replicó Meiko preocupada.

—¿Y qué hago? No puedo evitar que me duela, ¿te importaría si me fuese? ¿Estarás bien? —pregunto Mía.

—¿Y dónde vas a ir? Si sales te van a acribillar a globazos.

—Iré a casa a comprobar una cosa y luego pensaré en qué debo hacer, te llamo esta tarde y te cuento, ¿vale?

—Si es lo mejor por mí vale, pero al menos espérame aquí que voy a avisar a Daisuke para que te acompañe a la salida.

—Está bien, pero que no se entere Ryo, por favor —le pidió Mía antes de que se fuera.

Estaba claro que Ryo aparecería con Daisuke, Meiko era muy mala mintiendo, así que para no causar problemas Mía simplemente cogió sus cosas, se puso el abrigo y se dirigió a la salida. Cuando salió de clase no había nadie, tan solo una niña del curso inferior que le pidió que la acompañara al patio. Mía sabía que era una trampa y simplemente le dijo que iba a salir por la entrada principal porque tenía prisa. La niña se fue feliz pensando que había cumplido

su misión y fue a avisar a todos para que fueran a la entrada principal.

Meiko llegó corriendo a la clase de Ryo y Daisuke, Charlotte estaba allí esperando a que terminaran de hablar con unos compañeros sobre un trabajo, para ir a comer juntos. Meiko apartó a Daisuke del grupo, Ryo se dio cuenta y fue hacia ellos.

—Espera, ahora te cuento, que Ryo no se puede enterar —dijo Meiko al ver que Ryo se acercaba con Charlotte colgada de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryo curioso.

—Es algo personal, Ryo —dijo Meiko—. Por favor, déjame hablar con él a solas.

—Sí, cariño, vamos a comer y que Daisuke nos alcance en el comedor —comentó Charlotte estirando del brazo de Ryo suavemente.

—¿Personal? —preguntó mirando a Daisuke, quien se encogió de hombros como si no supiera de qué le hablaban—. El único tema en común que tenéis vosotros dos es Mía, ¿qué pasa?

—Qué va, qué va —dijo Meiko con nerviosismo.

—Meiko, no sabes mentir, dime qué pasa o voy y se lo pregunto yo mismo —contestó Ryo mientras se zafaba de Charlotte.

Meiko no quería decir nada frente a él, pero el tiempo pasaba y Mía estaba sola en la clase. Pensó que si de todas maneras iba a bajar a preguntar, mejor se lo contaba y le pedía que no fuera.

—Está bien, corre el rumor de que tu visita al hospital fue gracias a Mía —contestó Meiko mientras Ryo ponía cara de sorprendido—. Así que llevan

toda la mañana insultándola, tirando sus cosas y ahora van a tirarle globos de agua.

—¿Cómo? —dijo Ryo medio gritando—, ¿por qué nadie me ha dicho nada? Podría haberlo aclarado. Daisuke, ¿tú sabías algo?

—Bueno, ¿sabes cuándo nos has visto antes con su mesa? —preguntó Daisuke mientras Ryo afirmaba—. Pues cambia las palabras “arte japonés” por insultos y dibujos obscenos, y ahí tienes tu respuesta.

—¿Y por qué no me has dicho nada? Dime quién ha sido que le voy...

—¿Harás que lo borre con la lengua? —contestó Daisuke riéndose—. Eso ya se lo propuse yo y no quiso.

Ryo se sentía frustrado, tenía envidia de Daisuke porque él la había ayudado. No sabía qué hacer, por un lado quería ir con ella y protegerla de todos, pero por otro estaba Charlotte y su segunda oportunidad.

—Bueno —comenzó Meiko—, la cuestión es que venía a pedirle a Daisuke que la acompañe a la salida, se va a casa; tranquilos que está bien —aclaró al ver las caras de Daisuke y Ryo—. Es solo que ha tenido una noche muy intensa y quiere despejarse un poco.

—Por supuesto, yo la acompaño, y si quiere la llevo donde me pida —dijo Daisuke.

—Nosotros también vamos, ¿verdad, Charlotte? —dijo Ryo mirándola—. No dejaremos que le caiga ni una gota de agua.

La cara de Charlotte era pura rabia contenida, ella quería tirarle globos a Mía, no protegerla de ellos y, desde luego, no estaba dispuesta a mojarse ni un

ápice por esa; pero ante Ryo debía disimular.

—Tranquila, Charlotte —dijo Meiko—. Mía pidió que solo fuese Daisuke, así que ya puedes respirar.

A Charlotte se le escapó una sonrisa. Ryo aceptó con la condición de ver todo en la distancia, necesitaba ver la cara de Mía y descubrir si estaba bien. Los cuatro bajaron, Meiko y Daisuke se adelantaron, Ryo y Charlotte se quedaron al pie de las escaleras esperando a que salieran, pero pasados unos segundos solo salieron Meiko y Daisuke. Mía no estaba allí.

—Se supone que me esperaría aquí —dijo Meiko preocupada.

—A lo mejor está en el baño —respondió Daisuke intentado calmar a Meiko mientras Ryo y Charlotte se acercaban.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está? —preguntó Ryo, pero nadie lo sabía.

Mientras pensaban dónde ir a buscarla, un video le llegó a Charlotte al móvil, lo abrió y se lo enseñó a todos.

—Aquí tenéis vuestra respuesta —dijo Charlotte intentado contener la euforia de la victoria.

En el video, grabado con un móvil, aparecía Mía saliendo del colegio con un paraguas en la mano. Iba con la cabeza alta; al detenerse, todos la rodearon, ella abrió el paraguas y se acurrucó debajo intentando resguardarse de lo que venía; empezaron con la lluvia de globos, algunos tan fuertes que rasgaron el paraguas. Cuando terminaron de tirarle globos, se levantó, cerró el paraguas, lo dejó en el suelo, se dio la vuelta y comenzó a caminar. Todos estaban callados y le abrieron paso. Una vez se encontró fuera del círculo se giró y se despidió con una reverencia, volvió a darse la vuelta y se marchó andando. El

video se cortaba ahí.

Ryo, Daisuke y Meiko se quedaron callados sin saber qué decir. Se dieron cuenta de la fuerza del impacto de algunos globos, y de lo mojada que había acabado al final del video, pero en lo que todos cayeron fue en que no parecía ella, no se había defendido, se había dejado vencer y eso no era propio de Mía.

—¡Mierda! ¿Qué cojones les pasa a los críos de este colegio? —dijo Ryo enfadado.

—¿Os habéis fijado en que no se ha defendido? A cada segundo esperaba a que ella saltara con alguna de la suyas, pero no ha pasado nada —dijo Daisuke extrañado.

—¿De verdad os sorprendéis? ¿Después de lo de ayer? —preguntó Meiko medio enfadada.

—¿Qué paso ayer? —quiso saber Charlotte.

—Nada que te importe —contestó Meiko.

Charlotte puso cara de niña buena y se refugió en los brazos de Ryo como un perrito asustado.

—No te pases, Meiko, ella no ha hecho nada —dijo Ryo abrazándola mientras Charlotte sonreía.

Meiko quería gritarle que era todo culpa de ella, que él había hundido a Mía y que no tenía derecho ni a mirarla, pero prefirió callarse e irse. Le dijo a Daisuke que cuando supiera algo le avisaría y se fue sin decirle adiós a Charlotte ni a Ryo.

Daisuke le pidió a Charlotte que los dejara hablar a solas, que se adelantara a comer. A ella no le hizo nada de gracia, pero quería que le contaran de primera mano lo sucedido con Mía para poder reírse, y con Ryo eso no iba a ser posible. Cuando Charlotte desapareció por las escaleras, Ryo comenzó a llamar a Mía al móvil esperando a que le dijera dónde estaba, pero no descolgó el teléfono ni una sola vez. Ante esto, Daisuke metió a Ryo en la clase de Mía y le enseñó la mesa.

—Esto es lo que ha ganado Mía por defenderte, por no ser egoísta, al menos deberías dejarla que lo solucione como ella quiera —le reprochó Daisuke.

—Solo quiero saber si está bien, me preocupa —contestó Ryo.

—No lo está, ¿no viste el video? Esa no era Mía, la has roto y ahora debe recomponerse; si tú has decidido intentarlo con Charlotte déjala en paz.

—¿Te interesa Mía? —preguntó Ryo no queriendo saber la respuesta.

—¿Y si así fuera? Tú ya has elegido —contestó Daisuke.

—¿Eso es una afirmación? —preguntó Ryo desafiante.

—No, no me interesa de ese modo, la quiero como a una hermana y me ha demostrado que vale más de lo que tú le puedes ofrecer, por eso te pido que la dejes en paz —contestó Daisuke mientras leía un mensaje de Meiko—, y Meiko me acaba de decir que está en la mansión, así que deja de preocuparte.

Ryo no se quedaba muy seguro de si Daisuke le estaba diciendo la verdad sobre sus sentimientos hacia Mía, pero, aunque le doliera, al elegir a Charlotte había dejado la puerta abierta a cualquiera que quisiese conquistar a Mía.

En la mansión, Mía se fue a su habitación a cambiarse de ropa; estaba helada de frío, el invierno estaba casi encima y no hacía tiempo de ir con la ropa mojada. Una vez se secó, fue al despacho del señor Maeda y lo llamó al número que tenía apuntado en caso de emergencia.

—Señor Maeda, soy Mía.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó el señor Maeda preocupado.

—Quería saber si puede pasarme con mi madre, no me coge las llamadas y empiezo a preocuparme —aunque ella ya sabía que su madre no estaba allí.

El señor Maeda se quedó callado.

—¿No está ahí con usted, verdad? —pregunto Mía.

—No, se quedó en Corea.

—Me lo imaginaba, pero no me lo quería creer. ¿Ya no trabaja para usted? —quiso saber Mía.

—Sí, pero ha pedido el cese voluntario y en cuanto terminemos unos asuntos pendientes se marchará de la empresa —aclaró el señor Maeda.

Mía se quedó callada, tenía una mínima esperanza de estar equivocada, de que no iba a dejarla como hacía siempre, y menos en el momento en que se encontraba. Pero toda esperanza se desvaneció y ahora tenía que buscar solución a sus problemas.

—Mía, ¿sigues ahí? —preguntó el señor Maeda.

—Sí, perdone, estaba pensando. ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Sabe algo?

—A mí no me ha dicho nada pero desde hoy te digo que aunque tu madre se vaya tú puedes seguir en la casa todo el tiempo que desees, eres una buena chica.

—Gracias, mañana cumplo la mayoría de edad, así que tengo que pensar qué voy a hacer. Gracias por su ofrecimiento pero no creo que pueda quedarme mucho más por aquí.

—Lo entiendo, pero esta casa siempre estará abierta para ti. Cualquier cosa que necesites se la pides al mayordomo Tanaka y él te ayudará como si fuese yo mismo.

—Gracias, cuando vuelva lo visitaré en su oficina.

—Eso espero, lo siento por lo de tu madre. Pero lo que no te destruye, te hace más fuerte.

—Lo sé, gracias.

Mía colgó y se quedó sentada, pensando en todo lo que se le venía encima. Debía solucionar demasiadas cosas en el menor tiempo posible. De todos los problemas, el menor era su situación con Ryo, pero era el que más le dolía. Le encantaría que Ryo apareciera preocupado buscándola pero por otro lado no soportaría que no lo hiciera, así que para vivir feliz en su ignorancia unas horas más decidió irse a casa de Meiko a esperarla en la puerta. Se quedaría a dormir con ella. Mañana era su cumpleaños y no quería empezarlo viendo a los tortolitos besándose, así que mejor de esta manera. Aviso a Alfred, cogió una mochila con lo necesario y pidió que la llevaran. En unas horas sería mayor de edad y debería tomar una decisión que iba a cambiar su mundo por

completo.

Yo tengo algo ahorrado

Cuando Meiko vio a Mía en la puerta de su casa sintió un poco de alivio, las últimas horas en clase habían sido eternas. Iba a pasar por casa de Mía antes de ir al restaurante. Meiko se acercó y se sentó a su lado a contemplar el cielo.

—Bonito día, ¿verdad? —dijo Meiko.

—Increíble. Tanto, que me he tenido que refrescar de camino a casa —contestó sonriendo Mía.

—¿Estás bien? —preguntó Meiko mientras se levantaba e indicaba a Mía que la siguiera dentro de la casa.

—No mucho, y, la verdad, el día no ha mejorado desde la última vez que te vi.

—Lo dicho, hace un bonito día —dijo Meiko cerrando la puerta de su habitación.

Tras esto, Mía se sentó en la cama de Meiko y le contó la conversación con el señor Maeda. La habitación de Meiko era pequeña, apenas cabía una cama y una mesa. Estaba adornada con posters de revistas. No podía imaginarse lo que tuvo que ser pasar de una habitación como la de Mía en la mansión a una que era más pequeña que su cuarto de baño. Cuando terminó de contarle todo, Meiko no sabía qué decir, Mía tenía un mar de problemas y no sabía cómo abordar ninguno de ellos.

—Bueno —dijo Mía—, tengo que empezar por algún lado, así que empezaré por el principio. El problema con Ryo.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Meiko.

—Creo que lo de ser amigos no es buena idea, mejor cada uno por su lado y ya —contestó Mía.

—¿Después de todo lo que ha pasado entre vosotros? ¿Estás segura?

—No, segura no estoy, pero cada vez que lo veo me tiraría encima suya —dijo Mía—. Así que me limitaré a saludarlo cuando no pueda evitarlo.

—Está bien —respondió Meiko con dudas—. Ahora pasemos al tema de tu madre.

—Ufff, ese tema tiene casi la misma edad que yo —comenzó a decir Mía—. Creo que ha llegado el momento de cortar el cordón umbilical. Si mi madre quiere vivir su vida, yo no voy a ser una carga.

—¿A qué te refieres? —preguntó Meiko intentando comprender las palabras de Mía.

—Esta vez no me voy con ella, cuando me busque no me va a encontrar —contestó Mía con melancolía.

La voz de Mía era triste, estaba diciendo en voz alta sus pensamientos y, aunque creía firmemente que hacía lo mejor, no podía evitar sentirse mal.

—Eso es muy duro, es tu madre a pesar de todo —dijo Meiko.

—Y eso no va a cambiar nunca, pero esta vez no voy a correr tras ella, tendrá que aprender a vivir con sus elecciones.

—¿Y qué vas a hacer respecto a la escuela y dónde vives? Porque si tu madre se despide no querrás quedarte allí, ¿no?

—La verdad es que no, me iría ahora mismo, pero primero voy a buscar un trabajo después del colegio y luego algún cuarto donde quedarme. ¿Sabes si hay posibilidad de ir solo a exámenes? —preguntó Mía.

—Sí que se puede, presentando justificante de trabajo y siendo mayor de edad. ¿Estás segura de poder tener un trabajo y estudiar a la vez?

—No, pero trabajar mantendrá mi mente ocupada, y evitar ir al colegio me ayudará a olvidarme de Ryo —concluyó Mía.

Mía estaba totalmente abatida, decir todo eso en voz alta lo convertía en algo real, algo que no sabía si iba a poder controlar. Se sentía completamente sola, con un vacío por dentro, hasta que tras unos minutos en silencio Meiko habló.

—¿Sabes qué? Me voy contigo a vivir —dijo Meiko.

—¿Qué? —preguntó Mía sorprendida—. No tienes por qué hacerlo, tienes a tus padres y ya has pasado lo tuyo.

—Por eso mismo, yo sé lo que es que todo cambie de un día para otro. A mis padres les han ofrecido comprar el restaurante, ellos quieren vender cuando yo me case, pero, siendo realistas, eso no pasará en mucho tiempo, quiero ir a la universidad.

—¿Entonces de qué vivirán? —preguntó Mía sin entender.

—Si venden aquí, quieren montar un negocio de verduras en el pueblo de mis tíos. Es pequeño y está en la provincia, pero con lo que saquen del restaurante lo abrirán y podrán cultivar sus productos. Si yo me fuera de casa el problema estaría solucionado.

—No te van a dejar ir, eres su niña —dijo Mía intentando hacer entrar en

razón a Meiko.

—Y lo seré en cualquier sitio que me encuentre, pero ellos saben que a los hijos hay que dejarlos madurar solos. Si me voy contigo no pondrán problema, mientras les enseñe un lugar donde vivir y un trabajo que nos mantenga no se opondrán.

—Así que hay que buscar un cuarto para dos y dos trabajos para cada una, ¿no? —preguntó Mía sonriendo.

—Yo tengo algo ahorrado —dijo Meiko—. Si juntamos un poco más, podemos rentar algo en poco tiempo. Iremos a clase de mañanas y a trabajar de tardes.

Mía asintió con la cabeza entusiasmada y abrazó a Meiko con fuerza. No sabía si era buena elección arrastrar a Meiko con ella, pero Mía no quería estar sola en esta aventura, e iba a cuidar a Meiko como si de una hermana pequeña se tratase, aunque era mayor que ella.

Tras unas horas hablando de los detalles, Meiko se fue al restaurante a contarles a sus padres sus planes. Mía esperó fuera, llamó a Michael pero no le contestó. Seguramente estaría en alguna clase y la llamaría cuando viera la perdida. Tras un rato en la puerta del restaurante, Meiko llamó a Mía para que entrara. Le daba un poco de miedo la reacción que podrían tener los padres de Meiko. Después de todo, era una extraña hace dos días y ahora iba a independizarse con su hija, pero Mía estaba totalmente equivocada. Los padres de Meiko entendieron la situación y dieron su total consentimiento, siempre y cuando prometieran cuidar la una de la otra y acudir a ellos cuando tuviesen algún problema.

El resto de la jornada pasó entre risas y preparativos. Para Mía había un motivo de felicidad e iba a agarrarse a él, empezaba a ver la luz al final del

túnel. Pasaron casi toda la noche hablando hasta que se quedaron dormidas.

A la mañana siguiente, Mía se despertó escuchando la canción de cumpleaños cantada por Meiko y sus padres, los cuales sostenían una tarta pequeña con varias velas encima. Mía sintió que ya era una mujer adulta aunque en Japón, a los dieciocho, el único beneficio es conducir un coche, porque la mayoría de edad es a los veinte y hasta entonces no puedes beber, ni fumar ni votar. Pero eso no le importaba a Mía, era adulta y se sentía como tal. Desayunó muy animada, hizo bromas con todos y no paró de sonreír. Meiko estaba contenta al ver así a Mía, era como siempre, como si nada hubiese pasado y todo fuera perfecto en su vida.

—Me gusta verte así, tal y como eres —dijo Meiko.

—Gracias, a mí también me gusta más ser así que como una vieja plañidera.

—Si quieres esperamos a que todos entren para que no haya ninguna sorpresa como la de ayer —preguntó Meiko intentado que Mía no se sintiera mal al recordar el día anterior.

—*Nop*, ya tengo preparada mi venganza —dijo Mía riéndose.

—¿Tu qué? Me das miedo Mía, tienes ideas de bombero.

—Exactamente será así, una idea de bombero.

Cuando llegaron al colegio, Ryo y Charlotte estaban apostados en la entrada principal. Era imposible evitar cruzarse con ellos, así que Mía tomó aire y puso su mejor sonrisa.

—¡Mía! —llamó Ryo gritando mientras se acercaba a ellas—. ¿Estás bien? ¿Te hicieron algo? —preguntó mientras Charlotte estaba roja de rabia.

—Mojarme, pero tranquilo que no encojo —dijo Mía riéndose—. Nos vamos para clase que tengo que asegurarme de que hoy no me he vuelto a dejar nada fuera.

—Buenos días, Mía —contestó con regocijo Charlotte, dándose por aludida—, y buenos días, Meiko, espero que no sigas enojada.

—Claro que no, nos vemos.

Mía y Meiko se dirigieron a clase. Al llegar a su pasillo notaron cómo todos las miraban fijamente pero nadie decía nada. Meiko sabía que había sido Daisuke quien dejó claro que Mía no era el juguete de nadie, y mandó limpiar su mesa. Cuando Mía se enteró le mandó un mensaje de agradecimiento, y le pidió que no bajara al comedor en el primer turno. Daisuke le contestó el mensaje preguntando el porqué, pero Mía ya no dijo nada más.

Durante las clases, la cosa fue tranquila, aunque se notaba la tensión en el ambiente. Antes de comer, el profesor pidió que Mía se pusiese delante de toda la clase para recibir una disculpa por lo del día anterior, ese era el castigo que les iban a poner, así que Mía se puso en medio esperando la disculpa.

—Lo sentimos mucho, Mía —dijeron todos a la vez, como si estuvieran aburridos.

—No tenéis por qué. Fue una broma, ¿verdad? —preguntó Mía.

—Me gusta su actitud señorita Mía —dijo el profesor—, hay que perdonar para ser sabio.

—Y por eso mismo, ¡invito a todos los que ayer estuvieron implicados a comer tarta en el comedor! Yo misma la serviré —gritó Mía con entusiasmo.

Todos se miraron entre sí y miraron a Charlotte esperando qué hacer. Esta se levantó y se dirigió a Mía.

—Por supuesto, estarán allí, sobre todo ahora que has entendido que tu sitio es sirviéndonos el postre —dijo con soberbia Charlotte.

Todos estallaron en carcajadas y señalaron a Mía mientras volvía a su sitio. Al sonar el timbre, todos recogieron rápido sus cosas y se dirigieron al comedor, ninguno quería perderse el espectáculo. Meiko esperó a que todos saliesen y fue directa a Mía esperando que no hubiera decidido rendirse, pero cuando vio el brillo en sus ojos supo que todo iba bien.

—¿De verdad vas a servirles? —preguntó Meiko sin entender la actitud de Mía.

—Sí, claro, a cada uno les daré lo suyo —dijo Mía sonriendo.

—No se te habrá pasado por la cabeza tirarles la tarta, ¿no? —preguntó Meiko preocupada.

—Sí, esa era una de mis ideas, pero luego pensé que ellos son más y podrían tirarme más de la que yo podría tirarles a ellos. Tú quédate fuera del comedor, que luego te busco.

Dicho esto, Mía se despidió de Meiko y se fue corriendo al comedor. Daisuke la llamó desde el final del pasillo, pero no alcanzó a oírlo así que al ver a Meiko se fue a preguntarle qué ocurría. Meiko estaba igual que él. Se dirigieron ambos al comedor, junto con Ryo que los alcanzó en las escaleras.

Al entrar al comedor, todos se giraron para mirarla. Mía caminó entre las mesas mirando a la cara a todos. Charlotte estaba sentada desde hacía rato, esperando la oportunidad para burlarse de ella. Mía se dirigió a la puerta de la cocina y antes de entrar se giró, se recogió el pelo e hizo un saludo educado echando el cuerpo hacia delante y bajando la cabeza. Charlotte sonrió triunfante.

Ryo y Daisuke estaban en la puerta del comedor dispuestos a entrar e impedir a Mía humillarse, pero Meiko se interpuso con los brazos abiertos impidiéndoles pasar.

—Mía me dijo que me quedara fuera y es lo que haré. Y tú, Daisuke, también deberías hacerlo —dijo Meiko.

—No voy a dejar que la humillen más por mi culpa —contestó Ryo—. ahora mismo voy a aclarar esto.

—No, hoy es el cumpleaños de Mía y quiere celebrarlo así, no vas a arruinar esto también —dijo Meiko.

—¿El cumpleaños de Mía? —preguntó sorprendido Ryo—. Sabía que era pronto pero no que era hoy...

—Hay muchas cosas que no sabes —dijo Meiko.

—¿Qué demonios está haciendo con eso?! —gritó Daisuke mirando el interior del comedor.

Meiko se giró a tiempo para ver cómo Mía salía de la cocina con una manguera de incendios sujeta bajo su brazo, accionó el mando para abrir la boca de la manguera y empezó a regar a todos los que estaban allí. En el comedor solo se oían gritos y vajillas cayendo al suelo. A Mía le dio tiempo

de empapar a todo el mundo antes de que le cortaran el suministro, y entonces todos se volvieron a mirarla. Sonrió y corrió hacia las ventanas, abrió una y saltó por ella. Estaba en la planta baja así que no había problema, pero por eso mismo los chicos la siguieron mientras las chicas salían por la puerta a buscarla también. Mía había sido lo suficientemente lista como para ponerse deportivas ese día y un pantalón cortó debajo de la falda para poder correr. La torpeza y rabia de sus persecutores hizo que Mía ganara terreno. Se dirigió a la entrada principal rodeando el edificio. Meiko, Ryo y Daisuke echaron a correr hacia allí cuando vieron que todos iban a por ella.

Cuando Mía llegó a la fuente que hacía de rotonda vio un grupo de chicas chillando y haciendo fotos como locas, se detuvo en seco para ver qué pasaba. Había un chico con una moto enorme de carretera, estaba sentado en ella con el casco al lado y mirando a la puerta principal. Cuando los chicos giraron en la esquina del edificio gritando insultos el chico se volvió para ver qué pasaba, y Mía se llevó la mayor alegría del día, era Michael.

—Oye, ¡tú! ¿Te has perdido? —gritó Mía mientras Michael se daba la vuelta y sonreía al verla.

—¡Feliz Cumpleaños! —gritó Michael mientras se acercaba—. ¿No vas a venir a saludar o qué?

—No es que no quiera —contestó Mía—, es que no puedo —dijo señalando al grupo de chicos que casi la habían alcanzado.

Michael se rio al verlos, y antes de que llegaran a Mía esta se subió a la fuente y escaló a lo más alto, hasta que estuvo a lomos del león que había en un lateral. Por suerte, la fuente estaba seca para evitar congelaciones en invierno y la consiguiente rotura de tuberías. Michael se hizo paso entre el grupo de

chicos y chicas que querían bajar a Mía para vengarse. Ryo, Meiko y Daisuke se hicieron paso por otro lado hasta que los cuatro se encontraron a los pies de la estatua de la fuente. Se metieron en la parte que recogía el agua mientras todos se quedaron fuera observando la situación.

—¿Qué has hecho para cabrear a tanta gente a la vez, cariño? —preguntó Michael como si allí no hubiera nadie más que ellos dos.

Todos se callaron al oír esas palabras de afecto tan íntimas esperando averiguar más. Ryo fue hacia él a reclamarle por qué la llamaba así, pero en ese momento apareció Charlotte empapada pidiendo su calor y Ryo se contuvo.

—Creo que ha habido un error de comunicación —dijo Mía divertida—, ¿me ayudas a bajar?

—¿Aún te fías de mí? —preguntó Michael mientras abría los brazos para que se tirara.

—¡Estás loco! —intervino Ryo—. Hay casi cuatro metros desde donde está ella.

—¿Y ese quién es? —preguntó Michael sonriendo.

—Perdón, no te he presentado a nadie —contestó Mía desde arriba—. Esos son Meiko, Daisuke, Ryo y Charlotte.

—Así que estos son... me alegro que todo acabara bien la noche que Mía te cuidó —le dijo a Daisuke—. Y gracias por cuidar de ella aquí —le agradeció a Meiko—. A vosotros dos mejor no os digo lo que pienso, no quiero ser maleducado.

Ryo se encaró con él y le habló en voz baja.

—No te metas con mi novia delante de mí —dijo Ryo enfadado.

—¿Te refieres a Charlotte o a Mía? —preguntó Michael dejando a Ryo descolocado—. Lo sé todo y por eso estoy aquí, no voy a dejar que vuelvas a hacer llorar a Mía.

—¡Hey! ¡Vosotros! —gritó Mía que solo veía a Ryo enfadado y a Michael sonriendo—. ¿Qué decís? Que desde aquí no me entero.

—Nada, preciosa —contestó Michael sonriéndole—. Baja que tengo algo para ti.

Mía se puso de pie en el lomo del león entusiasmada, se dio la vuelta dándoles la espalda a todos, abrió los brazos en cruz, cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás. Se oyeron varios gritos pero la mayoría de los allí presentes contuvo la respiración. Un segundo después, Michael la recogía en sus brazos como si de un acróbata de circo se tratara. La bajó al suelo y la puso de espaldas a Ryo. La abrazó sin apartar la mirada de él, luego separó a Mía de su cuerpo y le besó la nariz. Ryo estaba loco de celos y los separó agarrando a Mía del brazo.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Ryo cabreado.

—¿Qué haces tú? —contestó Michael—. Deberías agarrar a tu novia y dejar a las demás mujeres.

Ryo levantó el puño para pegarle, pero Mía se interpuso.

—No te atrevas —dijo Mía muy seria—, a él no lo tocas.

Ryo se sorprendió al ver la manera en que Mía lo defendía y sintió unos celos

terribles porque no lo había defendido a él. Michael agarró a Mía y se dirigió hacia los que estaban allí.

—Por lo que veo, Mía les ha gastado una broma —dijo muy educadamente—. Espero que la perdonen y entiendan que fue una chiquillada de cumpleaños —concluyó cortésmente con una reverencia de disculpa que obligó a Mía a realizar también.

Todos lo que estaban allí habían olvidado por qué perseguían a Mía hasta que Michael lo recordó, pero al ver el estilo de Michael, vestido de negro, pensaron que era yakuza y se retiraron.

—Michael —dijo Mía con el tono de una niña de cinco años—, yo no quería disculparme, ellos empezaron.

—Bueno, pero tú lo has terminado —contestó Michael—. Además, si no te portas bien no te doy tu regalo.

Dicho esto, Michael sacó un carnet de su cartera y se lo entregó a Mía, esta lo sostuvo mientras lo leía y, al terminar, se lanzó a los brazos de Michael gritando de alegría.

—¿Qué es? —preguntó Meiko intrigada.

—Es un carnet de instructor de paracaídas profesional —contestó Mía aun subida a Michael.

—Pues vaya regalo —dijeron Ryo y Daisuke casi a la vez.

—A mí Ryo me regaló un collar con un diamante engarzado en mi último cumpleaños —dijo Charlotte pavoneándose ante Mía.

—Explícaselo, Mía, porque no lo han entendido —le pidió Michael mientras

la bajaba al suelo.

—Es sencillo, Michael me prometió regalarme un salto en paracaídas por mi dieciocho cumpleaños, y como se ha sacado el carnet, haré mi primer salto unida a él —explicó Mía.

—Bueno, también es mi primer salto en solitario, así que si nos la damos será juntos —dijo riéndose Michael.

—Tú no vas, Mía —dijo Ryo muy serio—, no vas a saltar con un novato de un avión.

Mía se acercó a Ryo y se levantó de puntillas para hablarle al oído.

—La diferencia entre tú y él es que cuando salté al vacío por ti, no se abrió ningún paracaídas —dijo Mía, susurrándole al oído mientras Ryo se estremecía por las palabras.

Dicho esto, Michael agarró a Mía de la mano, la llevó hasta la moto y le puso un casco integral negro como el suyo. Luego se subió en la moto y Mía hizo lo mismo detrás, inclinó su cuerpo sobre el de él y Michael cogió sus manos apretándolas fuerte contra su cuerpo mientras miraba a Ryo. Arrancó y se fueron.

Nada que te interese.

Poco más de una hora después de salir de Tokio, Michael detuvo la moto en lo alto de un mirador. Desde allí se veía la costa, el océano azul de fondo y pequeños pueblos a lo largo. Michael se bajó, se quitó el casco y se recogió el pelo hacia atrás con una goma que siempre llevaba en la muñeca como Mía. Apenas le salía una coleta de un dedo de largo, pero así se sentía más cómodo. Mía bajó también, se quitó el casco y se dirigió al mirador. Michael se paró a su lado.

—Estás saturada —dijo Michael—, apenas llevas aquí dos meses y te estás saturando.

—Te echo de menos, es como si lejos de ti me costara ser yo misma.

—Yo también te echo de menos, Kitty —dijo Michael mientras la abrazaba—, pero sabíamos que tarde o temprano íbamos a seguir caminos distintos, aunque la distancia no es un problema entre nosotros, lo sabes, ¿no?

—Lo sé, pero son demasiadas emociones en muy poco tiempo, creo que se me ha ido un poco la olla. ¿Cuánto te quedarás?

—Unos días. Tengo que regresar a la universidad, pero no iba a dejarte sola en tu cumpleaños. El salto será sobre el mar —dijo Michael mientras miraba el horizonte sin soltar a Mía—, después de saltar creo que verás las cosas más claras.

Dicho esto le dio un beso en la frente, se montaron en la moto de nuevo y se dirigieron a un aeródromo privado que había al lado de la costa, a una media hora del mirador. Michael saludó al piloto y este les condujo a un cuarto

donde se encontraba la equitación de salto necesaria. Se pusieron los trajes, Michael ayudó a Mía a ponerse el suyo y le preguntó si estaba segura. En ese momento, Mía solo quería escapar de todo lo que le rodeaba, y saltar a más de diez mil pies de altura le parecía una buena huida.

La avioneta a la que se subieron tenía para seis pasajeros, pero en esta ocasión iban solos. Salieron del hangar y comenzaron a subir. El avión era tan pequeño que se notaban todas las vibraciones del aire. Mía no dejaba de mirar por la ventanilla, fascinada de ver cómo el mundo se hacía más pequeño a cada segundo. Cuando alcanzaron la altura necesaria, el piloto se lo comunicó a Michael y le dijo que se prepararan para saltar a su señal. Mía se puso de pie y se enganchó al chico, quedando unida por el traje. Antes de abrir la puerta, Michael le dijo que después de esa experiencia su vida le parecería mucho más fácil y, con ese pensamiento, Mía oyó abrir la puerta detrás de ella y, unos segundos después, solo sintió el vacío.

En los saltos en tándem la caída dura un minuto y la velocidad alcanza los doscientos kilómetros por hora. Mía gritó por pura adrenalina, nunca había experimentado algo así, dependía totalmente de que Michael abriera el paracaídas y, cuando lo hizo, la sacudida inicial la hizo sentir como si se le cayeran los problemas al vacío. Solo podía contemplar el maravilloso cielo por el que estaba surcando como si fuera una gaviota. Miró a todo su alrededor sin poder dejar de sonreír. Todas sus preocupaciones habían desaparecido. Apenas a medio minuto de llegar al suelo, Michael le dijo al oído que esto era lo más difícil, tenían que aterrizar sobre la arena de pie y dar varios pasos juntos para terminar de parar, pero Mía se tropezó y acabaron ambos en la arena riéndose y desabrochándose el arnés para separarse el uno del otro.

—¿Estás bien? —preguntó Michael por el tropiezo que había sufrido.

—Síiiiiiiiiiiiiiiii —contestó Mía entusiasmada—. Solo me he torcido el tobillo pero estoy bien. ¡Ha sido increíble! Creo que podría estar todo el día saltando y no me cansaría.

Michael no pudo evitar sonreír, había logrado que Mía se relajase y soltara todo lo que le hacía saturarse, pero ahora era el momento de hablar.

—Ven aquí y siéntate conmigo —dijo Michael dando unas palmaditas en la arena al lado suyo—, ahora vamos a hablar.

—No sé si puedo estar quieta en estos momentos —contestó Mía con la adrenalina corriendo por sus venas.

—Eso no es culpa del salto, ya venías así de serie —dijo riendo Michael—. ¿Qué sientes después del salto?

—Tenías razón, ahora es todo distinto. No lo veo todo tan negro, los problemas siguen ahí, pero son tan pequeños desde ahí arriba... —dijo señalando Mía hacia el cielo.

—Cuando sientes que todo puede acabar si no se abre el paracaídas, ves la vida con otra perspectiva; donde antes veías solo finales ahora ves principios de cosas nuevas.

—Exacto, es como si todo tuviera solución. Gracias, Michael, necesitaba esto, ¿ves por qué me hacías falta?

—Hay pocos tarados que se tirarían de un avión contigo —contestó riéndose Michael—. Pues cuéntame qué vas a hacer con tu vida, señorita mayor de edad.

—Bueno, mayor de edad a medias, que aquí en Japón sois muy raritos, puedo

conducir pero no casarme —dijo Mía riéndose.

—Es para que las chicas malas como tú no engañen a chicos buenos como yo para casarse.

Mía le dio un empujón y lo tiró a la arena, ambos se rieron y Mía acabó tumbada boca arriba mirando el cielo junto a él.

—Voy a dejar de ir al instituto —dijo Mía mientras Michael permanecía mirando hacia arriba fijamente—. Bueno, voy a pedir que me dejen ir solo a exámenes, quiero trabajar e irme de esa casa.

—¿Por Ryo? —preguntó Michael sin mirarla.

—En parte, pero sobre todo por mí, allí no tengo a nadie; todos se han portado genial pero es como si no perteneciera a ese lugar.

—Ven conmigo, buscaremos un instituto y viviremos juntos —le propuso Michael.

—Lo pensé, pero no quiero salir huyendo. Si me voy ahora, Ryo se me quedara clavado como un amor frustrado y me costará seguir adelante, quiero quedarme hasta que no me importe irme.

—Entonces déjame que te ayude a pagar un lugar donde quedarte —sugirió Michael.

—Ya te dije una vez que para mí no eres una American Express, pero gracias, lo que necesitaré es que sigas estando al otro lado del teléfono.

—Eso no hace falta que lo digas —contestó Michael—. ¿Vas a vivir sola?

—No, Meiko se viene conmigo; ya te he hablado de ella, es buena chica.

—¿De verdad no te parece eso raro? —preguntó Michael.

—¿Acaso no me conoces? Desconfío de mi sombra cuando desaparece sin decirme a dónde va; sé que hay algo raro, apenas nos conocemos y va a dejar una casa y una vida más o menos tranquila por un futuro en un cuartucho. Algo me esconde, solo espero el momento para que me lo cuente.

—Me dejas más tranquilo, esta sí es la Mía que yo conozco. Y de tu madre, ¿qué me dices? —preguntó Michael sin mirarla todavía.

—Hoy me ha mandado un mensaje para felicitar me y decirme que mi regalo me lo dará muy pronto, pero, como pista, me ha mandado la canción “1+1 son 7” de Fran Perea. ¿Adivinas que será?

—Tu madre siempre tan original para decirte que ya tienes nueva familia. ¿Qué harás si te llama para ir a Corea?

—Pues le diré lo mismo que a ti, que no me voy de aquí, le iré a ver más adelante pero me voy a independizar de ella —dijo Mía cerrando los ojos.

—Parece que lo tienes todo bajo control —suspiró Michael.

—Sí, solo me falta buscar un trabajo, un alojamiento, un permiso para ir solo a exámenes, explicarle esto a mi madre, sonsacarle a Meiko qué sucede y hacer la maleta —contestó Mía de carrerilla.

—Veo que vas a estar ocupada. Sigo diciéndote que no hace falta que trabajes, que yo te puedo alquilar algo aquí sin problemas.

—Al final me vas a enojar —dijo Mía mirándolo.

—Está bien —contestó Michael a la vez que se incorporaba y se quedaba sentado con las piernas estiradas—, pero al menos déjame ayudarte con lo del

trabajo, tengo un par de amigos por aquí que te podrían contratar.

—Esa es la actitud que yo quería, a eso sí te dejo que me ayudes. Será mejor que volvamos o se hará tarde, y mañana tenemos mucho que hacer.

—Pero mañana es viernes —contestó Michael remoloneando—, ¿no podríamos arreglar el mundo el lunes? Este finde hay que celebrar tu cumpleaños.

—Bueno, ya veremos, ahora levanta y vamos, que empieza a oscurecer.

Mía esperó a que Michael se levantara y le tendiera la mano para ayudarla, tomó impulso y, al apoyar el pie, notó que le dolía. Hasta el momento la adrenalina había hecho de calmante, pero el rato sentados y relajados hizo que fuese perdiendo efecto. Se apoyó en Michael para caminar, pero no se molestó en ir a curárselo. Al llegar a casa se miraría bien y ya está.

Al llegar a la mansión, Ryo y Charlotte estaban en el jardín delantero sentados, mirando unas revistas que Charlotte había traído para elegir el vestido para su debut en sociedad. Al oír la moto, Ryo levantó la mirada. Michael paró la moto, se quitó el casco y lo dejó colgando en el manillar, mientras se volvía a recoger el pelo. Mía se quitó el casco, lo dejó colgando del agarradero trasero y se bajó de la moto, pero cuando apoyó el pie torcido le dio un pinchazo de dolor, así que se fue cojeando hasta las escaleras y se sentó. Ryo, al ver esto, se levantó y fue hacia allí corriendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ryo mientras se acercaba.

—Nada que te interese —contestó Michael poniéndose entre Mía y él.

Michael era una persona muy educada, pero cuando se trataba de Mía se volvía bastante cortante; su casi metro noventa de estatura imponía, pero lo

que más llamaba la atención eran los ojos verdes que tenía. Eran muy expresivos, y en ellos se podía ver que Ryo no le gustaba ni de lejos. Mía se estiró y le tiró del vaquero a la altura de la rodilla.

—Oye, pitbull —dijo Mía refiriéndose a Michael—, no pasa nada, déjalo que se acerque.

Michael se retiró, pero no se alejó. Charlotte, que observaba todo de lejos, al ver que se apartaba decidió acercarse a marcar territorio.

—No sabía que tenías perro —dijo Ryo sonriendo.

—Ni yo que te mearan encima —contestó Mía casi a la vez que Charlotte se colgaba del brazo de Ryo y le daba un beso en la boca.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Ryo preocupado.

—Hemos aterrizado mal, bueno, yo he aterrizado mal, soy un poco torpe a veces —contestó encogiéndose de hombros.

Charlotte sonrió maliciosamente. Ryo se soltó de ella y se agachó para ver el tobillo de Mía. Cuando levantó el pantalón vio que lo tenía tres veces más ancho que de normal y de color morado.

—¡Dios mío! Ven, te llevaré a urgencias —dijo Ryo mientras hacía mención de levantarla.

—No hace falta —le detuvo Mía—, con hielo se me bajará. Ayúdame, Michael, a levantarme e ir a mi cuarto.

Michael la levantó y la subió en sus hombros mientras le preguntaba dónde estaba su habitación. Antes de subir por las escaleras, Ryo los alcanzó.

—Mía, si necesitas algo esta noche, no dudes en avisarme —dijo Ryo.

—No te preocupes, yo me quedaré con ella —contestó Michael.

—De eso ni hablar —dijo Ryo enfadado.

—Está bien, es tu casa —contestó Michael mientras se daba media vuelta—, así que me la llevo a mi hotel.

—De ninguna manera, ella está bajo mi cargo y no se va a ir a dormir con nadie a ningún hotel —dijo Ryo interponiéndose en el camino de Michael.

—¿A tu cargo? —preguntó Mía sorprendida—. Eso no lo sabía, pero vamos, que no debería importarte que pase la noche conmigo, y no me digas que a tu padre no le parecería bien porque no sería la primera vez que esto sucede aquí, ¿no?

—¿A qué se refiere Ryo? —preguntó Charlotte, que no sabía que Mía y Ryo habían dormido en la misma habitación más de una vez.

—Eso, explícaselo Ryo —dijo Michael sonriendo.

Ryo se quedó sin saber qué decir, pero se dio cuenta de que Michael lo sabía todo y no le gustó que Mía confiara tanto en él. Al ver que no sabía salir de esa situación, y con un dolor en el pie mayor del que le apetecía aguantar por culpa de Charlotte, Mía le contestó.

—Me refiero a que tú duermes con él, ¿no? Si tenemos la misma edad y ellos también, es lo mismo. Así que no debería de haber problema.

—Es verdad, Ryo, déjales que hagan lo que quieran —protestó Charlotte en tono infantil.

—Entonces, ¿puedo? —preguntó Michael mirando hacia donde Mía le había dicho que tenía la habitación.

Ryo asintió y se quedó mirando cómo ambos desaparecían entre risas. Escuchó una puerta y después silencio. Esa noche, Ryo le pidió a Charlotte que se fuera a casa, quería estar solo, aunque en realidad quería estar atento de lo que ocurría con Mía. Pasó la noche con el teléfono pegado esperando a que ella lo llamara porque necesitaba algo, pero eso no pasó. Sentía rabia e impotencia de no saber qué estaba pasando ahí dentro, sentía celos de que no lo necesitara. Al amanecer, decidió asomarse por la puerta de Mía. Las cortinas estaban abiertas y los rayos del sol hacían que una luz tenue recorriera la habitación. Cuando su vista se acostumbró, vio a Mía acurrucada junto a Michael, y cuando se fijó bien, vio cómo Michael lo estaba mirando fijamente a los ojos. Le hizo un gesto de silencio llevándose un dedo a la boca, y se levantó despacio para no despertar a Mía. Ryo se quedó en la puerta esperando una pelea matutina, pero en vez de eso se encontró a un Michael muy diferente del que había conocido.

—Ven, vamos a tomar un café a la cocina —dijo Michael despreciándose.

Ryo estaba confundido con su actitud, pero le indicó el camino e, incluso, hizo el café y se lo sirvió. Se sentó frente a él y esperó a que rompiera el silencio, cosa que Michael hizo tras darle un sorbo a su café.

—Vaya cagada te has marcado, colega —dijo Michael

—¿El qué? —contestó Ryo.

—Mira, llevo horas hablando con Mía de ti, y no eres un mal tío pero la has cagado de pleno con Mía —siguió diciendo Michael.

—No sé a qué te refieres —contestó Ryo.

—¿No lo sabes? Bueno, yo te explico —contestó Michael—. ¿Sabes cuántas chicas hay como Mía en el mundo? —preguntó Michael mientras Ryo seguía en silencio—. Pues ninguna. Es guapa, es divertida, es lista e inteligente, es la mejor amiga y la peor enemiga, y tú vas y eliges a otra. Eso es cagarla de pleno.

—No niego que Mía es especial, pero Charlotte también es así —se defendió Ryo

—¿Seguro? ¿Puedo preguntar cómo os conocisteis? —preguntó Michael tomando un sorbo de café.

—Ella era siempre la chica más guapa de cualquier fiesta, desde pequeña siempre se veía mejor que las demás, y eso hacía que no pasara desapercibida. Un día comenzó a intervenir en mi vida y ya no ha salido de ella —contestó resumiendo Ryo.

—Mía tenía seis años cuando la conocí —dijo Michael—. Yo viajaba con mi padre, la madre de Mía era de la embajada de Japón en España y la asignaron como traductora. Me metieron con los hijos de los demás ejecutivos en un patio trasero mientras nuestros padres tenían una reunión importante. Todos empezaron a reírse de mi aspecto y me tiraron piedras. Entonces Mía apareció como por arte de magia y se acercó a los chicos para preguntarles por qué me hacían eso.

—¿Cuántos años tenías tú? —preguntó Ryo.

—Iba a cumplir nueve, y los chicos tenían entre siete y doce años. El más mayor la apartó de un empujón y la tiró al suelo mientras se dirigía hacia mí.

Ella se levantó y corrió hacia él, haciéndole un placaje como en el rugby — Ryo no pudo evitar sonreír—. Deberías haber visto a una niña tan pequeña con una energía tan grande. El chico se raspó las rodillas y comenzó a llorar, los demás fueron a avisar a alguien mientras Mía se reía sin parar. Y yo pasé de llorar del miedo a llorar de la risa. Desde entonces somos amigos.

Ryo se quedó callado intentado imaginarse a la pequeña Mía enfrentándose a alguien más grande, y sonrió al ver la imagen en su cabeza.

—A eso me refiero —dijo Michael—, ¿Charlotte haría algo así?

—Seguramente —contestó Ryo con bastantes dudas—, tiene un gran corazón.

—Vale, veo que no la conoces bien —contestó Michael.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ryo a la defensiva.

—Da igual, pronto Mía no será un problema para ti —terminó diciendo Michael.

—Mía no es un problema para mí, somos amigos —contestó con certeza Ryo.

—Ya, por eso vas a verla a estas horas, ¿no? —dijo Michael—. Lo que aún no sé es si te molesta que no esté contigo o que esté con alguien que no seas tú.

—Es lo mismo.

—No, una cosa es quererla y otra ser posesivo y no querer que nadie la tenga. Por eso no me fío de ti, aún no sé si es para ti un juguete.

—Eso no te importa a ti —dijo Ryo enfadándose.

—Está bien, te dejo con tu vida feliz y yo vuelvo con Mía donde yo soy feliz

—remarcó Michael levantándose de la mesa.

—Espera —dijo Ryo deteniendo a Michael—, ¿a qué te refieres con que no será un problema para mí?

—Mira, solo te voy a decir que el día a día para Mía es algo más que mirar revistas en el jardín —contestó Michael.

El móvil de Michael sonó, lo tenía en el bolsillo de su pijama. Miró quién era y se dio la vuelta para contestar, pero Ryo había visto el nombre en la pantalla. Era Mía.

—Estoy en la cocina, ahora subo, ¿quieres algo? —contestó Michael mientras Ryo ponía la oreja para escuchar algo.

—¿Otra pesadilla? Ahora mismo subo, nena, no te preocupes que no estás sola.

Michael colgó, dejó el vaso en el fregadero y se despidió de Ryo.

—¿Por qué tiene esas pesadillas? —preguntó Ryo caminando tras Michael hacia la habitación.

—Eso es algo que yo no puedo contestarte, ¿la has visto alguna vez tras una? —preguntó sorprendido Michael.

—Si, por eso sé que no son normales.

—Te preocupas por ella, le pides a tu novia que no duerma contigo por estar al pendiente de ella, no te gusta que otro tío la proteja. ¿De verdad aún crees que no la has cagado?

Dicho esto, Michael se metió en la habitación y cerró tras de sí, dejando al

chico pensativo y lleno de dudas. Ryo volvió a su habitación y empezó a dar vueltas hasta que cogió el móvil y le mandó un mensaje a Daisuke:

«Lláname cuando veas esto. Creo que la he cagado con Mía».

No puedo dejarla así...

Mía y Michael bajaron a desayunar temprano, aunque habían dormido poco. Mía quería empezar a hacer los trámites para dejar de asistir a clase y le había pedido a Michael que fuera con ella esa mañana a hablar con el director. El pie le molestaba un poco, pero la hinchazón había bajado casi hasta desaparecer.

—Mía, es viernes, ¿no puedes dejar esto para el lunes? —preguntó Michael desperezándose mientras terminaban de desayunar.

—Prefiero hacerlo hoy, así puedo saber cuánto tiempo tengo que esperar para buscar trabajo y casa —contestó Mía bostezando.

—Eres una impaciente, lo sabes, ¿verdad? —dijo Michael sonriendo.

Cuando acabaron, se fueron directos al colegio. Esa mañana, Mía se había librado de ver el espectáculo de amor entre Ryo y Charlotte porque, aunque no durmiera anoche con él, no dudaba que fuese a desayunar. Al llegar no había casi nadie, tan solo estaban los profesores y algunos alumnos que tenían hora de tutoría, entre ellos Daisuke.

—¿Qué tal llevas el pie? —preguntó Daisuke mientras ayudaba a Mía a bajar de la moto.

—Mucho mejor, ¿cómo lo sabías? —preguntó Mía, hasta que se dio cuenta por la forma de levantar las cejas de Daisuke que Ryo se lo había contado—. ¡Ah! Bueno, claro, no había caído en eso.

—¿Y qué hacéis por aquí tan temprano, parejita? —preguntó Daisuke

intrigado.

—Venimos a hablar con el director sobre unas gestiones administrativas — contestó Mía mientras Michael sonreía por la respuesta.

Daisuke se quedó un poco mosqueado, no se terminaba de creer lo de las gestiones administrativas y, cuando se despidió de ellos, llamó a Ryo por teléfono.

—Qué atine tienes, tío. Llevo esperando que me llames toda la mañana y lo haces justo ahora que no puedo hablar —dijo Ryo bromeando.

—Bueno, si no puedes hablar, ¿al menos puedes decir que sí o que no? — preguntó Daisuke.

De fondo se oía a Charlotte preguntar que quién era tan temprano. Como Mía había supuesto, se presentó allí a desayunar con Ryo y al oír el teléfono se quedó atenta a ver si escuchaba algo.

—Es Daisuke, que necesita saber algo de clase —le contestó Ryo a Charlotte —. Continúa Daisuke, yo te digo sí o no.

—¿Has visto a Mía por la mañana? —comenzó preguntando Daisuke.

—No.

—Pues ha venido aquí con ese tío, Michael, a hablar con el director, ¿tú sabes de qué?

—No.

—Ya me imaginaba, según ella es por gestiones administrativas, pero el curso ha empezado y tu padre dejó todo atado antes de irse, ¿verdad?

—Sí.

—Pues algo no me cuadra, ¿será que viene Michael a estudiar aquí? ¿O que Mía se va a estudiar con él?

—¡No! —gritó Ryo sin poder contenerse.

—Bueno, tú ven pronto que yo intento averiguar algo cuando salga de hablar con el tutor.

Ryo colgó el teléfono preocupado, no le apetecía escuchar a Charlotte hablar de vestidos ni un minuto más, y necesitaba saber qué pasaba con Mía. Meiko no le iba a contar nada, y a Ryo cada vez le costaba más pensar claramente después de la conversación con Michael. Decidió llamar a su padre a ver si él sabía algo sobre las gestiones que estaba haciendo Mía y dejó a Charlotte desayunando sola.

—Hola, papá, espero no interrumpirte —dijo Ryo serio.

—Tú nunca lo haces, igual que nunca me llamas. ¿A qué se debe la sorpresa?
—preguntó el señor Maeda.

—Era para preguntarte si sabías qué gestiones administrativas tiene que hacer Mía, se ha ido temprano al colegio para hacerlas y no he podido hablar con ella —explicó Ryo.

—¡Ah! Ya veo, no sé qué pasa exactamente pero algo me imagino —contestó el señor Maeda.

—Cuéntamelo, por favor —le pidió Ryo.

—No sé si debería, no es mi asunto.

—Pero si soy tu hijo. Y te lo pido como tal, solo quiero ayudarla y ella no se deja.

—En ese caso te contaré lo que sé, me preocupa que esa chiquilla ande sola por ahí.

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigado Ryo.

—Verás, hace unos días hablé con Mía; su madre ha dejado la compañía para quedarse con su nueva pareja en Corea. Mía me llamó porque sospechaba algo y su madre no le cogía el teléfono —dijo el señor Maeda.

—¿Su madre no le ha dicho que ha dejado el trabajo para quedarse con un hombre? Qué mujer más simpática —interrumpió Ryo.

—Bueno, eso son cosas de cada uno, hijo, y no la podemos juzgar. El caso es que Mía cuando se enteró me dio las gracias por todo y me dijo que iba a dejar la casa, no le parecía bien quedarse allí si su madre no trabajaba más conmigo. Así que las gestiones deben de ser por algo relacionado con eso.

—¿Por qué tiene que irse? Que se quede aquí con nosotros —dijo Ryo alterado.

—Eso ya se lo dije yo, pero no quiso, esa chica tiene orgullo y le da vergüenza estar de apegada. Le dije que la ayudaría en todo, el colegio está pagado hasta fin de año, así que no creo que lo deje, pero seguro que lo que está haciendo hoy tiene que ver con lo que te he contado.

A Ryo le iba a estallar la cabeza, apenas pudo despedirse de su padre. No entendía qué iba a hacer, ni por qué no le había contado lo de su madre, y mucho menos comprendía la idea de marcharse de la mansión. Entre todos esos pensamientos, Charlotte apareció detrás de él abrazándolo. Se había

olvidado por completo de ella, y casi la deja en casa. La apartó suavemente de él y le pidió que recogiera sus cosas, que se iban ya para el colegio. Charlotte notó que Ryo estaba raro, así que cuando se subieron al coche decidió sonsacarle qué ocurría.

—¿Qué te pasa, Ryo? —preguntó Charlotte enfadada.

—Nada, necesito encontrar a Mía para preguntarle una cosa —contestó Ryo muy serio.

Al escuchar el nombre de Mía, Charlotte explotó de la rabia.

—¿Mía? ¡Siempre es Mía! Desde que hemos vuelto corres detrás de ella cada vez que me doy la vuelta.

—No es eso, es que debes entender que ella está sola aquí —trató de explicar Ryo.

—Eso no es culpa mía, quiero que dejes de hablar con ella. O... ¿acaso te gusta de verdad? —preguntó Charlotte enfadada.

El silencio de Ryo fue lo suficientemente largo como para que Charlotte supiese la respuesta sin oír ninguna palabra.

—No me puedes hacer esto, tú y yo tenemos planes —dijo Charlotte con desesperación—. ¿Qué te ha dado ella que no te dé yo?

—Prefiero tener esta conversación en otro momento, Charlotte.

—Por favor —dijo entre lágrimas—, yo te quiero y ella solo te usa como a uno más, es una zorra.

—Charlotte, cállate o te bajas del coche —contestó enfadado Ryo.

Charlotte prefirió parar ahí la conversación, se secó las lágrimas y se arregló el maquillaje. No quería que todos en el colegio la vieran llegar así. Pronto la tristeza de Charlotte se volvió ira contra Mía, y su propósito era acabar con ella a como diera lugar. Cuando llegaron al instituto, Ryo bajó del coche corriendo y desapareció entre las grandes puertas del edificio sin darle tiempo a Charlotte a despedirse. Estaba llena de rabia y se propuso esperar a Mía allí, hasta que saliese, y entonces le arrastraría del pelo hasta la salida.

Ryo encontró a Mía en el pasillo hablando con Meiko y Michael. Mía le contaba a Meiko todo lo que el director le había dicho que debía hacer para no tener que ir a clase. Ryo cogió a Mía del brazo y le pidió que hablaran.

—¿Dónde crees que te la llevas? —preguntó Michael, cogiendo a Mía del otro brazo.

—Necesito hablar con ella a solas —dijo Ryo tajantemente—. Ahora.

—¿Sobre tu cagada? —preguntó Michael mientras Mía observaba la escena entre ambos sin entender nada.

—Sobre por qué habéis venido hoy aquí —aclaró Ryo.

—Michael, déjame, tengo que hablar con él, ya lo sabes, mejor ahora y me lo quito de encima de una vez por todas.

—¿Segura, Kitty? —preguntó cogiéndole la barbilla para mirarla a los ojos.

Mía asintió y Michael la soltó. Entraron a una sala vacía y Ryo cerró la puerta. Michael y Meiko se quedaron haciendo guardia en la puerta para que nadie los molestara.

La habitación era una sala pequeña con una mesa central ovalada y varias

sillas contra la pared. Había una ventana que iluminaba la habitación entera, y las paredes estaban cubiertas de posters sobre aprender a estudiar.

—¿Qué es eso de que te vas de la mansión? —preguntó Ryo alterado.

—Bueno, no iba a vivir allí para siempre.

—Entonces has venido a pedir el traslado hoy a otro instituto, ¿no? —exigió saber Ryo.

—No, este es el mejor y si el año que viene quiero ir a una buena universidad no puedo permitirme ir a un instituto de baja categoría.

—Entonces, ¿a qué has venido hoy? —dijo Ryo confundido y sin ideas acerca de lo que estaba pasando.

—Bueno, necesito que hagas algo por mí. Sí, me voy de la mansión, tengo que buscar trabajo para mantenerme, y mi madre decidió sin consultarme que fueras mi tutor de estudios, así que para que pueda saltarme las clases y venir solo a exámenes necesito que me firmes este impreso —dijo Mía sacando una hoja de la carpeta que llevaba en la mano.

—Espera, espera —contestó Ryo mientras procesaba la situación—. Necesitas que te firme el papel ese para poder faltar las clases, ¿no?

Mía asintió.

—Pues no lo haré, no firmaré y no podrás irte de la mansión —resolvió Ryo.

—Muy maduro de tu parte, Ryo —contestó con ironía Mía—. ¿No entiendes que me da vergüenza estar allí después de lo que ha hecho mi madre?

—Pero tú no tienes que pagar lo que haga tu madre, no quiero que te vayas...

—No es solo por ella, también es por mí. No puedo verte cada mañana preguntándome si has pasado la noche con otra, si dejo de verte será más fácil olvidarte —acabó soltando Mía.

Ryo sintió una presión en el pecho al oír a Mía decir que lo iba a olvidar. Se acercó a ella, la cogió de la cintura y la acercó hasta que apenas había unos milímetros entre sus bocas.

—No quiero que me olvides —susurró Ryo.

—No me has dejado otra opción.

—¿Y si te digo que me equivoqué y que necesito tiempo para arreglarlo todo?

—preguntó Ryo conteniendo las ganas de besarla.

—Te dije que yo no espero a nadie.

Ryo la besó y Mía se dejó en un principio, pero pronto se apartó de él. No iba a ser la amante de nadie por muchas palabras bonitas que le dijeran para conseguirlo.

—No lo vuelvas a hacer, Ryo, no estás libre y las dos merecemos un respeto como mujeres.

—No me pude contener, de verdad, quiero estar contigo, pero no quiero que Charlotte lo pase mal por mi culpa —intentó explicar Ryo.

—¿Y yo? No te importó que lo pasara mal, volviste con ella, ahora también tengo que pasarlo mal esperando a que la dejes, por eso no me gusta esperar, porque nadie piensa en quien espera. Que no llore por los rincones suplicando amor no significa que no me duela. Si me pinchas sangro, igual que tú y que ella. Ya estoy harta de ser yo quien se aguante porque “soy más fuerte” —dijo

gritando Mía.

—Mía, entiéndelo, ella no es como tú, es más frágil...

—¿Quieres saber algo? Yo también lo soy, llevo días sin comer bien, no duermo, y cuando lo hago, tengo pesadillas. ¡He tenido que saltar de un avión para reaccionar! —gritó Mía—. Pero tú de eso no te has dado cuenta porque no he querido, igual que ella podría hacer, pero es mejor dar pena para que todo el mundo quiera evitar tu sufrimiento.

Ryo se quedó parado sin saber qué hacer, quería arreglar las cosas con Mía, pero no le gustaba ver a Charlotte mal.

—¿Qué hago entonces? —preguntó Ryo sin saber por dónde tirar.

—Llama a Charlotte, dile que venga y la dejas o firmas y me olvidas —contestó Mía cruzándose de brazos.

—No puedo dejarla así... Tampoco puedo firmar y olvidarte.

—Veo que no vamos a llegar a nada —dijo Mía recogiendo enfadada el papel de encima de la mesa—. Te voy a dar un consejo, aclara tus prioridades y, sobretodo, entiende que no puedes tener contento a todo el mundo para que tú te sientas bien, haz una elección y asume las consecuencias. De eso se trata la vida.

Tras esto, Mía salió enfadada dejando a Ryo de pie dentro de la habitación. Michael y Meiko aún estaban en la puerta y lo habían oído todo. Siguieron a Mía hacia la salida sin decir nada. Mía caminaba hablando en voz baja, enfadada consigo misma por dejar que Ryo la alterara tanto. Cuando llegó a la salida, Charlotte la estaba esperando y Mía tuvo que respirar para poder enfrentarse a ella.

—Tú —dijo Charlotte señalando a Mía—, eres una zorra roba novios y te voy a enseñar que eso no se hace.

—Déjame en paz, en serio, no es el momento —contestó Mía pasando de ella.

—¿Que te deje en paz? Eres tú quien ha venido aquí a dismantelar la vida de los demás.

—¿De verdad? Hubiese preferido no venir pero, créeme, la alternativa era mucho peor que ver tu cara a diario —contestó Mía mientras Charlotte se ponía roja de rabia—. Mira, no quiero discutir más ¿quieres que deje en paz a Ryo? Pues tienes que hacer una cosa.

—No me tomes el pelo, no soy idiota, tú no te vas a alejar de él —dijo Charlotte aun roja.

—Probablemente eso sería cierto si me quedara aquí. Hagamos un trato, me voy de la mansión de Ryo si consigues que me firme esta hoja para no asistir a clases más este año.

—¿De verdad te irás? ¿Por qué debo creerte? —preguntó Charlotte desconfiada.

—Mira, tú no me quieres aquí, consigue que me lo firme y así podré buscar trabajo e irme de la mansión, ¿hay trato? —volvió a preguntar Mía.

—¿Y por qué no se lo pides a él? —preguntó Charlotte con desconfianza.

—Ya lo hice pero no quiere, entonces, ¿me ayudas? —preguntó Mía.

—Si no te lo firma a ti, menos me lo firmará a mí. Pero si tu moral no te lo impide, yo sé firmar como Ryo —contestó Charlotte ante la sorpresa de Mía—. Aprendí el año pasado cuando tuvo que faltar a clase y le firmé los

justificantes.

Mía miró a Michael. Era una buena oportunidad, Ryo no le iba a firmar y Mía quería salir de esa casa de cualquier forma. No sabía cuánto tiempo iba poder resistir la tentación de estar con Ryo. Michael hizo un gesto de aprobación con la cabeza, y a Mía eso le bastó para convencerse.

—Está bien —dijo Mía sacando el papel y un boli—, firma y acabemos con esto.

—¿Y cuándo te irás? —preguntó Charlotte mientras firmaba.

—En cuanto consiga trabajo y casa, espero que no pase de esta semana.

La respuesta satisfizo a Charlotte, quien le dio un beso en la mejilla de despedida. A Mía ese gesto le recordó al beso de Judas, aunque no le importó. Su misión de hoy estaba cumplida y ahora tenía que buscar trabajo.

Meiko tenía como tutor a su madre, así que decidieron ir al restaurante a que les firmara para entregar ambos papeles el mismo día. El acuerdo era sencillo, una vez presentado el formulario cumplimentado estaban exentas de ir a clase desde el primer día en que empezaran a trabajar con un contrato. Cuando llegaron al restaurante, Mía y Meiko se bajaron del taxi. Michael ya estaba allí. Entraron y se sentaron en una mesa a esperar a que la madre de Meiko se desocupara. Su padre había salido a hacer algunas gestiones en el banco. Cuando su madre estuvo libre, Meiko se acercó a la barra mientras Mía y Michael esperaban sentados en un lugar apartados para darles privacidad a ambas.

—Mía, debes hablar con ella, va a llegar el momento de irnos a vivir y sé que Meiko es buena chica, pero no quiero dejarte con ella sin saber qué pasa — dijo Michael mirando a Meiko por encima del hombro.

—Está bien, cuando venga le pregunto y que sea lo que Dios quiera.

Como si la hubiera escuchado, Meiko se giró desde la barra y le mostró sonriente a Mía el formulario firmado, luego le dio un beso a su madre y se fue a sentar con Mía y Michael a la mesa.

—Pues ya está, ahora solo falta encontrar trabajo y casa —dijo Meiko sonriendo, mientras se acomodaba en el asiento de espaldas a la barra.

—Meiko, ¿puedo preguntarte algo? —comenzó diciendo Mía cautelosamente.

—Claro, Mía, lo que tú quieras. ¿Pasa algo? Estás muy seria.

—Michael y yo coincidimos en que es muy raro que dejes todo esto para vivir conmigo, que apenas me conoces...

—Bueno, ya te dije lo de mis padres —contestó Meiko nerviosa.

—Creo que me ocultas algo —dijo Mía—. Y si no me lo dices no vamos a vivir juntas, necesito confiar plenamente en ti. Venga, Mei, ¿qué pasa, qué no me cuentas?

Meiko bajó la cabeza y empezó a llorar, Michael y Mía se miraron sin saber qué hacer ante esa situación, no esperaban que la conversación desembocara en esto.

—Ey, tranquila —dijo Michael, que estaba sentado a su lado mientras le pasaba un brazo por encima para consolarla.

—No quería hacerte llorar —dijo Mía triste—, lo siento.

—No, lo siento yo. Tenéis razón, te he ocultado algo horrible y cuando te lo cuente no querrás ser más mi amiga —contestó Meiko entre lágrimas.

—No se me ocurre una situación en la que eso pasase. Dímelo, soy muy comprensiva —dijo Mía cogiéndole las manos a Meiko.

—No es cuestión de comprensión, sino de vergüenza, no querrás que te relacionen conmigo...

—¿Eres prostituta? Porque si lo eres a mí no me importa —dijo Mía intentado averiguar qué pasaba.

—Ni a mí —añadió Michael levantando el dedo sonriendo

Meiko no pudo evitar sonreír ante eso, pero no paraba de llorar.

—Bueno, hemos avanzado, te has reído, ¿entonces eres prosti o no? —preguntó Mía como si fuera lo más normal del mundo.

—Claro que no, Mía, qué cosas tienes.

—Pues dilo ya, que nos tienes en ascuas, prometemos que de aquí no saldrá.

—Estoy embarazada —contestó Meiko a media voz.

Mía y Michael se miraron sorprendidos, se esperaban casi cualquier cosa antes que eso. Meiko no era de ese tipo de chica, ni siquiera la había visto hablar con un chico y ahora estaba embarazada. Mía no salía de su asombro, pero sabía que tenía que hablar pronto si no quería que Meiko se sintiera peor.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con quién? —preguntó Mía nerviosa—. Bueno, el cómo

me lo imagino, pero si ni siquiera te he visto cruzar miradas con nadie, no me lo explico, la verdad.

—Bueno, fue antes de que te conociera, un chico del que estoy enamorada, me entregué al saber que se iba fuera y que no volvería a verlo en mucho tiempo.

—¿Y no se te ocurrió cuidarte? —preguntó Michael.

Meiko se puso roja ante la pregunta, era algo muy íntimo para ella.

—Michael, no seas burro, era la primera vez, ¿verdad? —preguntó Mía sin soltar las manos de Meiko.

Meiko asintió con la cabeza.

—¿Y él qué dice? Me refiero al padre de la criatura —preguntó Mía dulcemente.

—No sé si se lo han dicho, es coreano y se ha ido al servicio militar. Yo fui a su casa a hablar con su familia, pero nos echaron a mi madre y a mí.

—Tu madre lo sabe, eso es bueno, y de él nos encargaremos cuando podamos. Ahora quiero saber qué piensas hacer tú —preguntó Mía mirándola a los ojos.

—No sé a qué te refieres, Mía —contestó Meiko sin comprenderla.

—Bueno, hay tres opciones: tenerlo, darlo en adopción al nacer o no tenerlo. ¿Qué eliges?

Meiko se quedó callada.

—Antes de que contestes, quiero que sepas que Mía y yo te apoyaremos en lo que decidas, cualquier opción es buena si se hace con el corazón —le dijo

Michael limpiándole las lágrimas de la cara.

—Quiero tenerlo, y quedármelo —contestó Meiko a media voz.

—Pues decidido —dijo Mía—. Aquí tienes al tío Michael y a la tía Mía para cuidarte.

Meiko sonrió sin creerse lo que acababa de oír, pensaba que estaría sola en todo el asunto. Ser madre soltera no estaba bien visto, y menos si eras apenas una adolescente. La madre de Meiko la llamó al ver que su hija estaba llorando, y ella se fue a explicarle todo para que no se preocupara.

—¿Sabes dónde te estás metiendo? —preguntó Michael cuando Meiko se alejó lo suficiente.

—Bueno, donde comen dos, comen tres. ¿Quieres que la abandone? —preguntó Mía.

—Cualquiera lo haría, pero yo te conozco y no la dejarás igual que no me dejaste a mí. Pero ahora la cosa se complica, ella no podrá trabajar demasiado por su estado, y en unos meses ni podrá trabajar.

—Es verdad. Bueno, veremos cómo nos organizamos cuando eso pase. Quizás te pida otro saltito de un avión —dijo Mía riéndose.

—Creo que esta vez deberemos subir el doble —contestó riéndose Michael.

Meiko y su madre se acercaron a la mesa de nuevo. La madre quería agradecer a Mía que no dejase a su hija tirada. Le explicó que su marido no sabía nada, que estaba apurando la venta del restaurante para irse antes de que a Meiko se le empezara a notar. Una vez instalados iría preparándolo para la noticia, era un hombre de mentalidad antigua pero quería mucho a Meiko. A Mía le dio

envidia sana ver cómo Meiko tenía una madre que estaba junto a ella en lo bueno y en lo malo, hubiese querido tener una familia así también.

Se quedaron a comer y después Meiko le dijo a Mía que se encargaría de entregar los papeles en dirección. A Mía no le apetecía volver al instituto, y el ofrecimiento de Meiko le vino que ni pintado. Michael le pagó un taxi de ida y vuelta mientras Mía y él volvían a casa. Cuando llegaron sonó el móvil de Mía, era un mensaje de Meiko:

«El director ha llamado a Ryo para corroborar que él ha firmado. No se ha chivado pero va de camino a casa muy enfadado. Besos.»

«Mierda», pensó Mía, ahora mismo no quería encontrarse a Ryo y escuchar su reprimenda. Además no quería delatar a Charlotte, después de todo, la había ayudado.

—Michael, ¿podemos irnos de aquí? —preguntó Mía mientras se bajaba de la moto.

—Claro que sí, princesa. ¿Qué pasa?

Mía le enseñó el mensaje a Michael.

—Ya veo, conozco un hotel con unas vistas increíbles, ¿te apuntas?

—¡Gracias! Voy a por algo de ropa y enseguida bajo.

Mía tardó menos de cinco minutos en preparar una mini mochila, bajó corriendo las escaleras y se subió a la moto de un salto. Michael arrancó y se dirigió a la salida. Allí se encontró con Ryo, que estaba esperando a que le abrieran la valla para entrar. Michael se paró y miró de reojo a Mía, con esos ojos verdes podía decir cualquier cosa sin tener que hablar. Mía le indicó que

siguiera, y esperó a que Ryo se metiera y parara el coche a su lado para arrancar e irse. Segundos después el móvil de Mía no dejaba de sonar. Cuando llegaron a un semáforo, lo sacó de su mochila y lo apagó. Por hoy ya había tenido suficiente de todo el mundo.

¿Y eso es tan gracioso?

Mía y Michael se levantaron tarde, era casi la hora de comer cuando el teléfono de Michael sonó y ambos se despertaron. Michael cogió el teléfono de la mesita y se fue al otro lado de la habitación para hablar. Mía se arrastró por encima de la cama, estirándose para llegar a su mochila y no tener que levantarse. La alcanzó con la punta de sus dedos, la agarró y sacó el móvil. Lo tenía apagado desde el día anterior para evitar que Ryo la localizara. Al encenderlo, tenía más de cincuenta llamadas de Ryo, otras tantas de Daisuke y una de Meiko.

Le empezaron a llegar mensajes del buzón de voz y se dispuso a oírlos mientras Michael hablaba por teléfono. Las primeras eran de Ryo pidiéndole que cogiera el móvil. Cada vez se ponía menos agresivo y más dulce. Eso hizo que Mía pensara en él con una sonrisa en los labios, hasta que en uno de los mensajes escuchó la voz de Charlotte de fondo. Mía se cabreó muchísimo, no entendía cómo podía estar intentado hablar con ella y a la vez tener a la otra en espera, si Ryo pensaba jugar a dos bandas lo tenía difícil con Mía.

Para evitar tentaciones, borró todos los mensajes que faltaban sin escucharlos, excepto el de Meiko. En el mensaje le decía que había ido con sus padres a ver a sus tíos para comprar el local y mirar una casa, sentía no celebrar ese fin de semana su cumpleaños y le prometía compensarla. Antes de despedirse le dijo que Ryo la había llamado y jurado que iba a encontrarla aunque tuviera que llamar a todos los hoteles de Japón, eso hizo que Mía se riera justo cuando Michael cortó la llamada.

—Cuéntame el chiste que yo también me quiero reír —dijo Michael sentándose al borde de la cama junto a Mía.

—Era un mensaje de Meiko, que no puede venir hoy a celebrar mi cumple — dijo Mía mientras se incorporaba y se sentaba al lado de Michael.

—¿Y eso es tan gracioso? —preguntó Michael sin entender el chiste.

—No, lo gracioso es que me ha dicho que Ryo está llamando a los hoteles buscándonos.

En ese momento llamaron a la puerta y ambos se quedaron callados, muy serios, mirándose el uno al otro. Michael se levantó y abrió la puerta. Tras ella, apareció un camarero con el desayuno.

—Buenos días, traigo el desayuno para Marco Antonio y Cleopatra —dijo el camarero.

Mía y Michael estallaron en carcajadas, el camarero no entendía la situación pero guardó la compostura, les dejó el carro con el desayuno y se fue. Desde pequeños, todos consideraban a Michael y Mía una pareja aunque ellos no se vieran así. Por eso, siempre que dormían en un hotel, reservaban un restaurante o alquilaban un coche, daban el nombre de una pareja famosa. Al llegar al hotel el día anterior hicieron lo mismo, no solo por tradición, sino porque sería más difícil de que los localizaran. Por eso Mía y Michael no podían parar de reír imaginándose a Ryo y la factura de teléfono a fin de mes.

—Bueno, despertar así da gusto —dijo Michael secándose las lágrimas de la risa—, pero ahora hay que ponerse serios.

—Sí, Marco Antonio —dijo Mía sin poder parar de reír—. Vale, vale, me sereno. ¿Qué pasa?

—Acabo de hablar con Hikaru, un amigo del instituto, con quien compartía cuarto en París, ¿te acuerdas? —dijo Michael.

—Mmmm... ¡ah! ¡Sí! ¿Qué pasa con él? —dijo Mía haciendo memoria.

—Bueno, dejó los estudios hace un año para dedicarse a los negocios. Tiene una discoteca muy famosa aquí, la Maneki-Neko, y esta noche empiezas a trabajar allí.

—¿De verdad? —preguntó Mía sin creérselo.

—Sí, estás de prueba pero al menos es algo.

—¡Gracias! —dijo Mía tirándose al cuello de Michael para abrazarlo.

—No me las des aún, tienes que pasar la prueba de hoy, es sábado, estará llena de gente y no sé qué es lo que tienes que hacer.

—¿Y? —preguntó Mía con la cabeza alta—. ¿Acaso hay algo que no pueda hacer?

—¿Volver a casa a por ropa adecuada para esta noche? —contestó Michael con una sonrisa.

Mía se dio la vuelta y le señaló la espalda con su dedo.

—Por favor, quítame el puñal que me has clavado que no llevo —dijo riéndose—. Aunque tienes razón, y Meiko no está para dejarme nada.

—Qué te parece una tarde de compras, ¿te apuntas? —preguntó Michael enseñándole la American Express Negra.

Mía sonrió y volvió a abrazarlo, le prometió devolverle el dinero por duplicado si así evitaba cruzarse con Ryo. Desayunaron, se vistieron y se fueron a comprar al centro comercial Shibuya 109. A Mía le encantaba ir allí. Era un edificio de ocho plantas lleno de tiendas para mujeres donde podías

encontrar de todo a muy buen precio.

Se pasaron el día buscando algo adecuado para ponerse, la discoteca tenía reglas de vestimenta y eso indicaba que allí se movía el dinero; así que Mía tenía que encontrar ropa a buen precio y que pareciese buena.

Cuando ya tenían todo lo que necesitaban volvieron al hotel a cambiarse. Cuando Michael salió de la ducha con tan solo una toalla alrededor de la cintura Mía no pudo evitar quedarse mirando.

—¡Deja de mirarme así, perversa! —le dijo Michael entre risas.

—¡Qué pena que seamos amigos! Si hubiera sabido que aquel niño cabezón iba a acabar teniendo esa tableta de chocolate en su abdomen, créeme, tú y yo no seríamos amigos —contestó Mía riéndose.

A Mía le parecía que Michael era de los chicos más atractivos que conocía, tenía un cuerpo perfecto, una mirada profunda y una sonrisa que derretía, pero mirarlo era como mirar a su hermano. Podía ver lo guapo que era pero no pensar en él así, y a él le pasaba lo mismo. Cuando Mía salió del baño llevaba unos shorts negros con raya diplomática blanca y una camisa ajustada con los primeros botones abiertos, insinuando, pero no enseñando.

—Ahora eres tú quien babea por mí —dijo Mía riéndose.

—Ya sabes que me gusta verte tan guapa, pero pierdes todo el encanto en cuanto te pones los calcetines con las medias —contestó Michael burlándose.

Mía tenía la manía de ponerse las medias y encima unos calcetines para que no se resbalase el pie dentro de la bota. Era más cómodo para ella, pero rompía todo su encanto como mujer, y Michael se burlaba de ella constantemente. Mía se puso unas botas de media altura blancas y negras con un tacón casi de aguja.

Cogió el abrigo y salió de la habitación para encontrarse con Michael, que ya estaba esperando en el ascensor del pasillo.

Cuando llegaron al vestíbulo, y las puertas del ascensor se abrieron, Michael le ofreció su brazo a Mía y esta se cogió a él. Todos los observaban, Michael lucía un traje con una chaqueta negra y una camisa que hacía resaltar sus increíbles ojos verdes. Paseando por el vestíbulo parecían una verdadera pareja, y eso hacía que no pudieran parar de hacerse bromas entre ellos.

Al salir, la moto de Michael estaba esperándolos junto a un botones que sujetaba los dos cascos. Eso era lo bueno de los hoteles de lujo, siempre había alguien que te preparaba todo lo que necesitaras. Mía cogió los cascos mientras Michael se quitaba la chaqueta para conducir más a gusto.

—Que sepas que como no te compres coche no podrás llevar chicas en tu moto, no todas se dejan el pelo suelto al natural como yo.

—Por eso eres la única que sube, Kitty —dijo Michael sonriendo mientras le entregaba la chaqueta y cogía su casco.

—¡Mía! —se oyó gritar detrás de Michael, era Ryo.

—¿Cómo nos has encontrado? —pregunto Mía sorprendida.

—Bueno, no es tan difícil con dinero y una foto —contestó Ryo enseñándole la imagen de la pantalla de su móvil.

—Vete, Ryo, Mía no quiere hablar contigo —dijo Michael serio.

—Mía, ven conmigo, necesito decirte algo a solas —le pidió Ryo.

—Lo que tengas que decir puedes hacerlo delante de Michael —contestó Mía mientras se agarraba a él.

—¡Ryo! Me ha dicho el de recepción que está aquí —se oyó gritar detrás de él.

—Ya lo sé, Charlotte, no ves que los he encontrado —contestó Ryo mientras Charlotte se acercaba dónde estaban parados.

La cara de Mía era una mezcla de sorpresa e incredulidad, la de Michael era de incredulidad y enfado.

—¿En serio? —preguntó Michael—, ¿esto está pasando de verdad? Vamos, Mía, monta que nos vamos.

Mía, aun sin terminar de creerse la situación, se dio la vuelta y se dispuso a ponerse el casco. Ryo agarró su mano e intentó llevársela.

—Suéltame y no me toques —dijo Mía mirando al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryo sin entenderlo.

—¿De verdad has venido a buscarme con Charlotte? —preguntó Mía—. No sé qué libro te habrás leído para ser un gigoló, pero tíralo.

—Mía, he hablado con ella y solo somos amigos, y como tal se ofreció a ayudarme a buscarte, ¿verdad? —dijo Ryo preguntándole a Charlotte.

—Por supuesto, solo amigos —respondió Charlotte con una sonrisa.

—Me supera lo idiotas que podéis llegar a ser los hombres —dijo Mía seria.

—¡Oye!, que yo no he hecho nada —dijo Michael levantando las manos.

—Tú tira para la moto y arranca, que voy a llegar tarde a trabajar —contestó Mía enfadada.

—¿A trabajar ahora? ¿Así vestida? —preguntó Ryo mirando a Mía de arriba abajo.

—A mí no me mires con esa cara, que la decencia se lleva por dentro —le dijo Mía cabreada al ver en sus ojos lo que pasaba por su mente.

—¿Dónde trabajas? Porque ese uniforme de trabajo es de una profesión muy concreta —preguntó Charlotte sonriendo.

—Cállate, Charlotte —dijo Ryo enfadado.

—Déjala, si se nota que lo dice porque está preocupada por mí, por lo mismo que vino a buscarme contigo, tiene un corazón enorme, ¿a que sí? —contestó Mía mientras Charlotte asentía con la cabeza—. ¿Quieres ver cómo es mi corazón? —preguntó Mía mientras se subía a la moto que Michael había situado a su lado—, pues toma corazón —añadió Mía enseñándoles el dedo.

Ryo y Charlotte se quedaron sorprendidos ante semejante acción, y Michael salió de allí picando rueda mientras Mía se ponía el casco.

La discoteca se encontraba en Roppongi Hills, y la zona estaba llena cuando llegaron. Mía había pasado de día por allí, pero no había visto la cantidad de bares y garitos que había. La mayoría estaban dentro de edificios, y sabías que estaban allí por unos carteles luminosos que durante el día pasaban desapercibidos.

Se dirigieron con la moto hacia un garaje que tenía dos guardias de seguridad en la entrada. Michael se identificó y le dejaron pasar, Mía nunca había visto tal cosa. Aparcaron y se dirigieron a un ascensor cuyo único botón era el que te dirigía a la discoteca. Cuando el ascensor estuvo en marcha, Michael volvió a ponerse la chaqueta que Mía le había estado guardando hasta el momento.

—No quiero ningún comentario, Michael —soltó Mía en cuanto las puertas del ascensor se cerraron.

—Está bien, pero déjame decirte que no es la primera vez que veo tu corazón —dijo Michael burlándose mientras Mía le sacaba el dedo en contestación.

Cuando llegaron a la planta, Mía no se imaginaba lo que se iba a encontrar. Salió del ascensor y fue directa a asomarse a la barandilla. Era de piedra blanca envejecida, con pequeñas columnas intercaladas con enredaderas.

Al asomarse, vio una gran pista de baile llena y, en el centro, un gran Gato de la Suerte. Entonces cayó en la cuenta de que el nombre de la discoteca era el nombre japonés del Gato de la Suerte. A Mía le fascinaba que una figura tan grande pudiese mover el brazo sin darle a nadie. Se fijó en que ellos estaban en la primera planta, pero aun había dos más por encima iguales a la que estaban. Tenían camarero con cócteles que iban y venían. Mía no dejaba de mirarlo todo, era como una niña en un parque de atracciones.

Michael le contó que ellos habían accedido por el ascensor VIP, por eso no pagaban entrada. La zona común era la pista de baile, allí podía acceder todo el que quisiera pagando una cantidad desorbitada de dinero. A los VIP les regalaban la entrada y, para pagar, tenían una pulsera que al pasarla por el escáner les cobraba las consumiciones.

Michael tenía una de la última vez que fue a visitar a su amigo. Las plantas de arriba tenían salas donde reunirse por trabajo o negocios, y en el techo acristalado se veían los helicópteros aterrizar en el helipuerto.

Michael llevó a Mía al despacho de su amigo, que se encontraba en el último piso. Tuvo que llevarla prácticamente de la mano para que no tropezara ya que no paraba de mirar a su alrededor.

—¿Se puede? —preguntó Michael abriendo una gran puerta de acero.

—Por supuesto, Michael, ¡qué alegría me da verte! —exclamó el joven que estaba allí, sentado tras su escritorio—. Y tú debes de ser Mía. Vaya, es más guapa de lo que me has contado. Me llamo Hikaru.

Mía le dio la mano lo más profesionalmente que pudo y sonrió.

—Michael me ha dicho que buscas trabajo, no dudo que todo lo bueno que he oído de ti sea cierto, pero no quiero ser injusto con los demás solo porque conoces a Michael, ¿te importaría trabajar de limpieza de sala?

—¿En qué consiste? —preguntó Mía.

—Tienes que estar aquí desde que abrimos para que esté todo limpio, durante la noche para recoger los vasos y botellas vacíos, y al cerrar para dejarlo todo limpio. Incluyendo baños.

Aquel tipo parecía que quería intimidar a Mía, la miraba con unos ojos negros penetrantes mientras se apartaba un mechón de pelo más negro aun que le caía a la cara. Esperaba la respuesta de Mía con una sonrisa en la cara, como si supiese que no iba a aceptar. Era obvio que no era el primer amigo que le pedía trabajo para una chica, pero Mía no era igual que el resto de las que había pasado por allí.

—Me parece bien, ¿por dónde empiezo? —preguntó Mía levantándose de la silla que minutos antes le había ofrecido Hikaru.

—En la grada inferior, me refiero a la planta de abajo, hoy ha faltado una chica y no se han podido limpiar los baños —contestó Hikaru.

Estaba claro que quería quitársela de encima, pero si algo era Mía, era

cabezona y, cuando se dio cuenta del juego que se traía, juró que no se iría de allí ni aunque tuviera que limpiar sin guantes.

—Bien, pues si me dices cómo llegar abajo empiezo ahora —contestó con una sonrisa.

—De acuerdo, sal de aquí y ve a la derecha hasta el ascensor plateado, baja y dirígete a la barra, allí te esperará alguien —dijo Hikaru un poco incrédulo de que lo fuera a hacer.

—Pues gracias por la oportunidad, a ti Michael te veo luego, ¿me esperas? —preguntó volviéndose hacia Michael.

—Claro que sí, Kitty, ten cuidado y pórtate bien.

Tras las despedidas, Mía salió por la puerta mientras Hikaru hacía una llamada para avisar de que Mía se dirigía para allí. Al colgar ambos se quedaron en silencio.

—Siento no poder ofrecerle nada mejor —comenzó Hikaru

—Ajá —asintió Michael riéndose.

—¿De qué te ríes? —preguntó Hikaru—, ¿no estás enfadado?

—Me río porque has intentado quitártela de encima descaradamente.

—Entonces sí estás enfadado... Vienen muchos a pedirme trabajo para sus chicas, pero cuando las contrato enseguida se creen superiores por conocer a un amigo mío. Sé que no es excusa pero...

—Se nota que no conoces a Mía, al final de la noche cambiarás de opinión completamente.

—Al final de la noche volveremos a tener esta conversación. Venga, te invito a una copa —dijo Hikaru levantándose del sillón detrás del escritorio.

—No esperaba menos del jefe —contestó riéndose Michael.

Mía llegó a la barra de abajo y le pidió a la camarera que le indicara dónde estaban los baños y los útiles para limpiarlos. La camarera se le quedó mirando de arriba abajo, limpiar los baños así vestida no era algo que vieran por allí muy a menudo, pero si algo tenía Mía, era la inteligencia de llevar siempre ropa que le dejara hacer lo que quisiera. Lo único que temía era por las medias, no llegaba ninguna sana a casa y eso a Mía le disgustaba muchísimo. Según Michael, solo las señoritas son capaces de hacerlo, y no paraba de repetírselo para burlarse de ella.

Tuvo mucho cuidado al limpiar el baño de mujeres, pensó en dejar el de hombres para cuando cerraran. Cuando terminó de limpiarlo, se lavó bien las manos para quitarse el olor a goma de los guantes, se soltó el pelo y se repasó la línea del ojo negra y el pintalabios. Siempre los llevaba en el bolsillo del pantalón. Para Mía, la raya negra y el pintalabios eran una doctrina.

Salió del baño y se dirigió de nuevo a la barra. Otra camarera le indicó dónde dejar todo y le dio una caja vacía de plástico con agujeros donde tenía que poner los vasos que encontrara. Casi sin salir de la barra ya había llenado la caja, así que volvió a por otra. La noche parecía que iba a ser larga.

—Oye, guapa, ¿por qué no vienes a bailar con nosotros? —le dijo a Mía un chico que estaba al lado de una mesa donde tenía Mía la caja apoyada.

—Lo siento, tengo trabajo —se disculpó con una sonrisa.

El chico la cogió del brazo y la retuvo para que no se fuera. Mía le pidió amablemente que le soltara, pero el chico la empezó a acorralar contra la pared acercándose cada vez más.

Michael y Hikaru observaban la escena desde el piso de arriba y cuando Hikaru vio que estaban acorralándola, cogió el *walkie* que tenía en el cinturón para llamar a seguridad.

—No hace falta —dijo Michael bajándole el brazo con el que sujetaba el *walkie*.

—Aquí hay gente de todo tipo, y no dudo en que la cosa se pueda poner peor para ella. Déjame que llame a seguridad, antes de que salga llorando.

—Yo diría que quien va a llorar es él —dijo Michael señalando al chico.

Cuando Hikaru se giró vio cómo Mía había pasado de estar encogida, como asustada, a estar encarando al chico que le sacaba más de una cabeza.

—Mira, se me está acabando la paciencia, suéltame o no respondo —dijo Mía ya cabreada.

—¿Y qué vas a hacer, preciosa? —preguntó el chico tocándole la cara a Mía.

Ese gesto hizo que Mía perdiera la compostura, agarrara el brazo del chico, se lo retorciera hasta ponerlo en la espalda y lo estampara contra la pared. Segundos después, llegaron los de seguridad y se llevaron al tipo. Mía recogió su caja, miró hacia arriba y al ver a Michael le levantó el pulgar sonriendo y siguió como si no hubiese pasado nada.

Hikaru estaba atónito con la escena que acababa de presenciar, y Michael, al

verlo, no pudo evitar reírse.

—¿Sabes cuál ha sido el fallo de ese chico? —preguntó Michael mientras Hikaru seguía callado—. La ha tocado, y si hay algo que desquicia a Mía es que la toquen sin su permiso.

—Es la primera vez desde que abrí este lugar que tengo que defender a un cliente en vez de a una camarera —dijo Hikaru sorprendido—. Desde luego es diferente la chica, ¿qué más me cuentas de ella? —preguntó intrigado.

—Ya sabía yo que cambiarías de opinión —contestó riéndose Michael—. Con ella todo es más fácil, no necesita que anden defendiéndola del mundo, por eso es tan bueno ser su amigo. Te sorprendería si supieras todo lo que ha hecho.

—Créeme, ya lo estoy.

Hikaru tomó un trago de su copa y siguió mirando a Mía como si de un espectáculo en directo se tratara, le resultaba divertido seguir a esa chica con la mirada.

Por su parte, Mía había conseguido limpiar casi todo el lugar de vasos y botellas. Se dirigió hacia la entrada para curiosear desde dónde se accedía a la zona que no era VIP. Cuando estaba en frente, vio cómo el ascensor de la derecha se abría y se apartó bajando la cabeza por instinto, ya que ese ascensor venía de la zona VIP.

Cuando volvió a levantarla vio que quien acababa de salir eran Aku y sus amigos. Mía se metió al ascensor y pulsó el botón de subida. Cuando llegó a la primera planta, buscó a Michael para contarle que Aku estaba allí y que seguramente habría problemas, pero solo encontró a Hikaru.

—¿Dónde está Michael? Necesito hablar con él —preguntó Mía nerviosa.

—Ha ido con unos conocidos a una sala, enseguida vuelve. ¿Qué pasa? — preguntó Hikaru inquieto.

—Verás, hay unos tíos con los que no me llevo muy bien —dijo Mía mientras se acercaba a la barandilla y señalaba corriendo a Aku para después volverse a la pared.

—¿Te refieres a Aku? Es un cliente VIP de aquí.

—¿Y qué hace ahí abajo?

—Lo que todos, buscar chicas fáciles que busquen hombre con dinero. ¿Qué pasa con él?

—Digamos que hemos tenido nuestros más y nuestros menos, preferiría que me mandaras a otra zona a trabajar.

—No sé qué habrá pasado, pero no puedes pedirme que cada vez que venga alguien con quien no te llevas bien te cambie de zona. Busca la manera de no encontrarte con él, esto es muy grande. Y ahora vuelve al trabajo, yo le digo a Michael que te busque.

Mía asintió con dudas sobre lo que iba a pasar allí, desde luego la noche prometía no ser aburrida. Hikaru se apoyó sobre la barandilla de nuevo y buscó a Mía con la mirada deseando que se encontrara con Aku, a ver qué pasaba. Estaba claro que era su ex novia y le incomodaba que él estuviera allí con otra. Hikaru sonrió mientras Michael volvía a su lado.

—¿Te puedo preguntar algo, Michael?

—Sí, claro. Dime.

—¿Te suena el nombre de Aku? Es un chico grande, alto... —preguntó

intentando sonsacar información.

—Al único Aku que conozco es uno que pegó a Mía, y no lo conozco en persona, si no estaría muerto. ¿Por qué preguntas?

—¿Cómo que le pegó? ¿De qué se conocían? —preguntó desconcertado.

—Conocerse, de nada. Mía volvía a casa con una amiga y se encontró a ese tipo con sus amigos, las persiguieron y Mía se defendió. El tío la arrastró del pelo y... Mejor me callo, que me enciendo de pensarlo —dijo Michael enfadado.

—¡Mierda! Pensé que era el ex novio de Mía o algo así —exclamó Hikaru.

—¿Qué pasa? —preguntó Michael nervioso.

—Mía ha subido buscándote porque Aku está aquí, y yo pensaba que era su ex y que le daba vergüenza que la viera trabajar. La he mandado para abajo y ahora no la veo.

—Como le pase algo, esta no te la perdono. Me bajo a buscarla —dijo Michael alterado.

—Te acompaño, aviso a seguridad para que nos ayude.

Para cuando llegaron abajo, vieron un enorme corro de gente mirando hacia arriba. Michael y Hikaru miraron hacia el mismo lugar que ellos y vieron a Aku cogiendo del cuello a Mía. La cosa no pintaba bien.

Te tengo

Michael y Hikaru no podían llegar hasta las escaleras que daban al piso superior donde estaba Mía. De repente, dos tipos de seguridad agarraron cada uno de un brazo de Aku y lograron que soltara a Mía.

Desde abajo, podía verse a Mía acurrucada en el suelo, intentado respirar con normalidad de nuevo. La gente empezaba a ponerse nerviosa. Hikaru ordenó por el *walkie* que subieran a la barra las gogós para que la cosa no pasara a mayores, una pelea en un lugar así podía acabar con muchos heridos. Cambiaron el tema que sonaba por uno mucho más conocido, pero nadie dejaba de mirar la escena.

Mía logró ponerse en pie y se asomó para avisar a Michael de que estaba bien. Al mirar hacia abajo se dio cuenta de que todo el mundo estaba expectante de la situación. Se sentía como en un teatro, solo que a ella no le habían avisado que era la actriz principal.

Empezaron a haber empujones entre pequeños grupos. Cuando Mía y Michael cruzaron miradas, Mía notó un revuelo tras ella. Los amigos de Aku estaban ayudándole a librarse de los de seguridad, y las escaleras que estaban justo en frente para acceder a los demás pisos estaban bloqueadas por la gente que quería ver qué ocurría. Los de seguridad no podían llegar a ayudar a sus compañeros.

Mía se dio la vuelta y entre Aku y ella tan solo había un metro, nadie de por medio y una sonrisa en la cara de este que indicaba que su turno era el siguiente. Mía no iba a quedarse a esperar para ver qué era ese turno, así que

puso sus dos manos en la barandilla de piedra y se subió de un salto, quedándose sentada en ella, igual que cuando sales de la piscina. La anchura era la suficiente para que Mía se pusiera a cuatro patas. Miró a Michael, le sonrió y luego miró hacia arriba.

—Hikaru, ¿hay alguna manera de llegar arriba sin usar las escaleras? —preguntó Michael gritando para que le oyera.

—Si, en el otro lado de la sala hay un ascensor VIP para ir directos a la planta de mi despacho.

—Entonces vamos allí, necesito subir rápido.

Hikaru no entendía la situación, pero le dijo que lo siguiera y en pocos segundos estaban fuera del tumulto y subidos en el ascensor.

—Ha sido más fácil salir de ahí que entrar —dijo Michael arreglándose la ropa.

—¿Se puede saber dónde vamos?

—¿Te acuerdas que te dije hace un par de horas que Mía es especial? Bueno, pues vas a ver lo que una chica especial hace para salir de un buen lío. Vas a saber por qué la llamo Kitty.

—Michael, creo que no es el momento de acertijos, la gente empieza a empujarse para ver lo que pasa en la primera planta, y Mía no tiene más ayuda que sus manos. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó Hikaru mientras Michael le detenía y le pedía que se asomara.

—Porque me ha sonreído, y cuando ella sonrío todos los problemas se acaban.

Dicho esto, Hikaru buscó con la mirada a Mía y vio cómo esta les sonreía al

ver que Michael la había entendido. Se puso de pie y deseó haberse puesto deportivas en vez de tacones.

—Sube el volumen de la música, Mía necesita oír solo eso —dijo Michael.

Inmediatamente después, Hikaru daba el aviso por el *walkie* y la música subió hasta el punto que no oías ni lo que te gritaban al oído. Hikaru volvió a asomarse y vio a Mía caminar por la barandilla con total seguridad. Aku estaba asomado buscándola y apartando a todo el mundo para llegar hasta ella. La gente creyó que era parte de un espectáculo y comenzó a aplaudir.

Mía llegó hasta el final del lado de esa barandilla. La planta de la discoteca era circular, pero cada pocos metros había un corte en la barandilla que integraba una columna jónica que iba de arriba a abajo de la discoteca, a lo largo de sus tres plantas. En la columna, a la altura de Mía, había un altavoz que le llegaba por los hombros. Puso sus manos para subir, pero se dio cuenta de que era imposible subir a pulso, así que, mientras Aku apartaba a la gente para llegar hasta ella, Mía le pidió con gestos a un chico guapo y alto que colocara sus manos de apoyo. El chico entendió enseguida la idea y le entusiasmó participar en el espectáculo. Puso sus manos y Mía recibió el impulso necesario para subir encima del altavoz.

Aku llegó a tiempo para agarrarla de un pie, pero Mía se tambaleó encima del altavoz, se agachó, apoyó la rodilla del pie que tenía cogido y le dio una patada con el otro. Aku la soltó.

Hikaru y Michael seguían observando desde arriba. Michael no estaba tranquilo del todo, aunque en su cara siempre había una sonrisa para que cuando Mía mirara no le entrara el pánico. Hikaru, por su parte, tenía una cara de espanto al ver esa situación. Llevaba el *walkie* en su mano, pero no podía

articular palabra alguna.

Aku se asomó de nuevo con sangre en la nariz por la patada, miró primero a Mía y luego un poco más arriba de ella. Se volvió hacia su gente e hizo un gesto que a Mía no le gustó nada. Les indicó que dos se quedaran ahí y el resto lo acompañara arriba. Desde la segunda planta se podía acceder hasta donde estaba ella de una manera más segura.

Mía empezó a ponerse nerviosa, sabía que no les costaría mucho llegar hasta ella. Se asomó y vio que la caída era bastante preocupante. Miró hacia arriba y vio a Michael sonreír, lo que hizo que se relajara. Dirigió la vista justo encima de ella y vio un montón de gente asomada esperando a ver qué hacía. Sin más, subió los brazos, hizo la cuenta hasta tres y saltó. Un montón de manos agarraron a Mía y la subieron a la segunda planta casi a la vez que Aku llegaba hasta ella.

Corrió hasta la siguiente columna por encima de la barandilla. Los tacones no eran muy seguros para hacer eso, pero la alternativa era peor. Una serie de luces estroboscópicas blancas comenzaron a iluminar el lugar, de modo que los movimientos de Mía parecían ir cámara lenta. Se apoyó en la columna y pensó en rodearla, pero era demasiado ancha para ello y no le iba a dar tiempo de hacerlo antes de que Aku llegara hasta ella. Vio una serie de focos clavados a la columna a modo de escalera y no se lo pensó. Se encaramó al primero probando con un pie si aguantaría su peso y se alegró muchísimo de que decidieran contratar un buen electricista para el montaje de la discoteca.

Uno a uno fue subiendo. Al llegar al último, vio la mano de Michael a poca distancia, se impulsó y se agarró a ella. Sintió cómo tiraba hacia arriba y cómo otras manos sujetaban el resto de su cuerpo. Al volverse, vio a Hikaru aun pálido por el salto de fe que acababa de dar Mía. Entre los dos la

metieron para adentro y la discoteca entera estalló en un aplauso. Mía se despidió con una sonrisa. Pronto la multitud se dispersó, el volumen de la música bajó y la discoteca volvió a lucir como apenas diez minutos antes había lucido.

Cuando se dirigieron al despacho, a Mía le fallaron las piernas y Hikaru la tuvo que sujetar de la cintura.

—Te tengo —dijo Hikaru mirando a Mía a los ojos.

—Lo siento, creo que ha sido una bajada de tensión —dijo Mía sonriendo.

Unos segundos después, Mía se incorporó. Cuando se dirigían al despacho, Aku apareció frente a ellos y Michael se puso delante de Mía por instinto, dispuesto a empezar cualquier pelea. Hikaru les pidió a todos que se calmaran y que fuesen a hablar al despacho tranquilamente. Michael y Mía pasaron delante de Hikaru mientras que Aku pasó con tres de sus chicos y dejó al resto fuera.

—Hikaru, siento lo ocurrido, pero esto es entre esa chica y yo —empezó diciendo Aku.

—Acepto tus disculpas, pero has venido a mi casa a perturbar mi paz. Espero que hayas tenido un buen motivo para ello —respondió Hikaru, esperando una explicación de lo sucedido.

—Hace ya unos días me arrestaron por su culpa y pasé la noche en la comisaría de policía —dijo Aku mirando con rabia a Mía.

—Si eres tonto, no es mi culpa —contestó Mía sin apartar la mirada.

Aku hizo mención de lanzarse contra ella, pero Michael lo encaró y se detuvo

en seco. Aku sabía que era demasiado grande para él.

—A ver, a ver, así que tú, Mía, ¿tú eres la chica que dejó en ridículo a Aku? Me han contado la historia y es de película —preguntó Hikaru sonriendo, sorprendido ante tal descubrimiento—. Ahora entiendo su rabia, has herido su ego masculino.

—Para hacer eso no hace falta que sea un hombre —dijo Mía mientras Hikaru rompía a carcajadas ante la insolencia de Mía.

—Mía, sabes que estás sola con Michael, yo soy imparcial, y ellos son más —dijo Hikaru mirándola e intentado que se calmara al verse sola.

—Bien, salgamos fuera y resolvamos esto. No creas que me dais miedo por ser más. Entre todos no sois ni la mitad de tíos que Michael y yo —contestó Mía retando a Aku.

—Hikaru, ya la has oído, déjanos ir y resolveremos esto fuera. Alguien tiene que enseñarle a esta niña lo que es un hombre —contestó Aku con rabia.

—¿Un hombre? —Mía estalló de rabia—. Si un hombre ataca por la espalda, eres un hombre; si un hombre ataca a dos chicas por la calle con su manada, eres un hombre —la rabia de Mía iba en aumento—, y por último, —dijo apartándose el pelo y enseñando el cuello—, si esto lo hace un hombre, eres un hombre. Aunque para mí eres un chucho callejero.

Los ojos de Hikaru y Michael se fijaron en el cuello de Mía: lo tenía lleno de marcas. Aku había apretado lo suficiente como para dejar una buena ristra de dedos en su cuello. Hikaru se puso serio al ver aquello, la situación le parecía divertida, pero esas marcas no lo eran. Michael cogió de la barbilla a Mía y se acercó para examinarla mejor. Lleno de rabia se volvió y le asestó un

puñetazo a Aku. Nadie se atrevió a meterse.

—Aku, por favor, abandona este local y no vuelvas. Aquí no admitimos a personas como tú —dijo diplomáticamente Hikaru, mientras le mostraba la salida sin dejar que él dijera una sola palabra.

Cerró la puerta tras él y llamó a seguridad para asegurarse de que se iban, y para dejar claro que tenían vetada la entrada. Cuando colgó, se quedó mirando a Mía. Michael estaba mirándole el cuello y Mía trataba de calmarlo diciéndole que no era nada. Michael se apartó y Hikaru le apartó el pelo a Mía para observar hasta dónde llegaban las marcas. Se estremeció al ver la intensidad con la que habían sido hechas.

—Bueno —comenzó diciendo Mía para romper el silencio—, tras este parón, me voy a trabajar que aún queda mucho por recoger.

—No hace falta, Mía. Siento lo sucedido, ha sido mi culpa —dijo Hikaru aún sorprendido por las marcas del cuello.

—Tú no pusiste tus manos en mi cuello, además, no ha sido para tanto —dijo mientras cogía el pañuelo que rodeaba el cuello de Hikaru y se lo ataba al suyo.

Dicho esto, les dio un beso en la mejilla a ambos y salió sonriendo como si no hubiese pasado absolutamente nada.

—Tenías razón —dijo Hikaru—, sonrío como si todo fuera bien y hace que pienses que todo va bien.

—Ya te lo dije, es especial.

—¿Qué hay exactamente entre vosotros? —preguntó Hikaru intrigado—. Se

lanzó a tus brazos con tanta seguridad..., creo que yo no confío así en nadie.

—Para que lo entiendas, somos un alma dividida en dos cuerpos.

—¿Y cómo puede seguir como si nada? —tuvo que preguntar Hikaru sin entenderlo.

—Es su manera de seguir adelante. Mía siempre dice que si te caes te levantas; pero si permaneces en el suelo demasiado tiempo pensando en lo que te ha ocurrido, al final te cuesta más levantar y, a veces, ni lo haces.

Ambos se quedaron mirando a Mía cómo trabajaba desde lo alto de la discoteca. Cuando todos se fueron y terminaron de limpiar, Mía subió a buscar a Michael para irse.

—Ya está, terminado el día. ¿Qué te ha parecido? ¿Me contratas? —preguntó Mía impaciente.

—He de reconocer que no daba un duro por ti, pero me has impresionado. No solo quedas contratada aquí, sino que también tengo una empresa de catering y, si te interesa, entre semana doy comidas importantes que necesitan camareros y demás.

Mía asintió agradecida y sonriendo mientras se quitaba el pañuelo del cuello para devolvérselo a Hikaru.

—No hace falta que me lo des ahora. Mañana pasaré a recogerlo a tu casa —dijo Hikaru.

—Pero no estaré en casa, me estoy quedando con Michael en el hotel de cinco estrellas de... esto... ¿Cómo se llama? —preguntó Mía a Michael.

—Sobre eso hay que hablar, me tengo que ir ya, mi vuelo sale en un par de

horas. Lo siento, Kitty, pero es algo importante sobre los negocios de mi padre.

La cara de Mía se tornó triste, se acercó a Michael, que estaba sentado en el sofá de tres plazas y se sentó en su regazo acurrucada como una niña. Hikaru se sorprendió ante tal muestra de cariño público.

—¿De verdad te vas y me dejas sola y abandonada? —preguntó Mía con tono desvalido.

—Sí, te llevo a casa y mañana Hikaru pasará por ti a ver cómo sigues. Te quedas a su cargo —le dijo casi en un susurro.

—Ya no me quieres, ¿verdad? —preguntó Mía mirándole a los ojos—. Es porque soy negra, ¿no?

—Exacto, veo que lo has entendido —dijo Michael sonriendo.

Hikaru no entendía la situación: Mía estaba pidiéndole, casi llorando, que no la abandonara y ahora le preguntaba algo tan extraño.

De repente, Michael la empujó al sofá y empezó a hacerle cosquillas. Mía no paraba de gritar que la dejase, pero Michael no la iba a soltar hasta que le prometiese que iba a hacer caso a Hikaru y que se iba a portar bien.

Toda esta situación le hizo reír a Hikaru, no había visto una despedida tan animada en su vida.

—Bueno, pues mañana nos vemos y te cuento a quién más tienes que contratar —dijo Mía despidiéndose de Hikaru

—Lo que me pidas —contestó Hikaru riendo.

—Cuida de ella, por favor, y llámame para cualquier cosa —dijo Michael mientras le daba la mano a Hikaru.

Salieron del despacho y fueron directos al ascensor por el que habían entrado. Cogieron la moto y se dirigieron directamente a casa de Mía. Eran más de las cuatro de la mañana y, al menos, eso aseguraba no encontrarse a nadie despierto.

—No me apetece que te vayas, tu visita ha sido muy corta —dijo Mía, poniendo morritos de enfado.

—Pero intensa, ¿no?

—Eso sí, pero no me apetece nada pasarme el domingo encerrada en mi cuarto para no cruzarme a nadie.

—Por eso no te preocupes, está todo solucionado. Le he pedido a Hikaru que mañana te saque a dar una vuelta, tendrás una cita doble —dijo Michael sonriendo.

—¿Una qué? Paso, no tengo para pan y me pongo a comprar estampitas, no, gracias —contestó Mía.

—Bueno, él ira con su novia y tú con su hija. Harás de niñera.

—¿Tiene una hija? Eso sí que no me lo esperaba. ¿Cuántos años tiene?

—Creo que cinco, la madre se largó nada más tenerla, ese es el motivo por el cual Hikaru no quería estudiar fuera y regresó para encargarse de ella.

—Que maja la madre, me recuerda a mi padre. Pero no entiendo algo, si voy a cuidar de ella, ¿para qué salimos con la parejita? ¿No se supone que contratas a una niñera para estar a solas?

—Bueno, la niña no se adapta bien a las novias de su padre, le dije que tú te llevas bien con los niños, así que harás de mediadora.

—Me llevo bien con los niños, no con los padres, pero bueno, si así escapo de aquí y tengo oportunidad de encontrarle curro a Meiko, pues nos sacrificaremos, ¿y qué tal es la niña?

—Se llama Asako, es una niña preciosa, pero con carácter, me recuerda a ti. Sabe con quién juntarse y con quién no.

—Espero caerle bien porque necesito el trabajo. Bueno, pues me voy a dormir un rato —dijo Mía abrazando a Michael—. Cuidado en el viaje y avísame cuando llegues.

—Sí, mamá —contestó Michael riéndose—. Toma tu bolso, las cosas del hotel te las traerá mañana Hikaru. ¿Estarás bien? —preguntó Michael mirando al cuello de Mía.

—Me preocupa más las heridas de aquí —dijo señalando al corazón—, que las de aquí —terminó mientras señalaba su sien.

Se dieron un par de abrazos y besos más y se despidieron. Mía entró tras ver cómo la verja se cerraba de nuevo y sintió un vacío dentro enorme. Siempre le pasaba cuando Michael se iba, pero al menos lo había visto. Subió las escaleras con las botas en las manos para no hacer ruido, llegó a la puerta de Ryo y pegó su oreja por si oía algo, pero todo estaba en silencio.

A la mañana siguiente, el despertador de su móvil sonó a las doce. Michael lo había programado para que a la una estuviera lista. Se duchó rápidamente, se vistió con unos vaqueros, una sudadera ancha y unas deportivas. Se puso el pañuelo de Hikaru y se dejó el pelo suelto. Cuando iba a bajar, vio que tenía

un montón de mensajes de llamadas de Meiko. Tenía el móvil en silencio y no lo había oído, suerte que la alarma del iPhone suena aunque esté en modo silencio, si no Mía aún seguiría en el cine de las sábanas blancas.

—Hola, Meiko, te iba a llamar luego. He conseguido trabajo, y Michael se ha ido. Y anoche me encontré a...

—Mía, ¿te has enterado? —interrumpió Meiko muy seria.

—¿De qué?

—De Ryo y Charlotte —Mía no dijo nada—. Anoche Ryo se pasó de copas y acabó en la cama con Charlotte. Su padre los pilló y ahora pide que reparen su honra con el matrimonio —Mía seguía sin decir nada—. Te lo digo porque quiero que sepas que Ryo iba borracho y que los pillara el padre de Charlotte no creo que fuera casualidad, lo llevó a su casa en vez de a la mansión.

Sonó un pitido en el móvil, Daisuke estaba llamando a la vez.

—De acuerdo, información recibida —dijo Mía—. Dai me llama por la otra línea, te llamo más tarde.

—¿Estás bien? Yo llego esta noche —preguntó Meiko preocupada.

—Sí, un poco pillada pero bien, luego hablamos.

Mía colgó a Meiko y descolgó a Daisuke.

—Al habla una idiota, ¿dígame? —dijo Mía sarcásticamente.

—Veo que te has enterado —contestó Daisuke.

—Meiko me lo acaba de decir, pero vamos que debe ser de dominio público

por lo que tengo entendido, ¿ha publicado alguna foto de su padre entrando al cuarto o qué?

—La cosa es un poco más complicada, no sé si lo sabes, pero la familia de Charlotte es muy conservadora. De hecho, voy de camino a por Ryo ahora mismo. Si estás en casa me gustaría hablar contigo.

—Estoy, pero tengo una cita así que no creo que te pueda ver hoy. De todos modos, no hay mucho de lo que hablar, ¿no te parece?

Daisuke guardó silencio intentado encontrar una excusa para su amigo, pero no había ninguna.

—Mira, te voy a pedir un favor —dijo Mía—. Dile a Ryo que ni me hable si me ve.

—Mía...

—Lo siento, adiós.

Mía estaba muy cabreada, la forma en que había hablado con Daisuke y la manera de colgarle no eran las apropiadas. Él no tenía la culpa, pero ya le pediría perdón en cuanto la rabia se le aplacase un poco.

Miró su reloj y casi era la una. Sabiendo que Ryo no estaba por allí bajó a recibir a Hikaru. Se sentó en las escaleras y esperó hasta que un coche negro apareció en la verja. Llegaba diez minutos tarde, pero Mía no se dio ni cuenta de eso, tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Cuando Hikaru aparcó el todoterreno negro Mía se dio cuenta de lo grande que era: un *Cayenne Turbo S* que la hizo babear en cuanto lo vio. Se acercó mientras Hikaru se bajaba.

—Vaya coche tienes, ¿no? —preguntó Mía rodeándolo.

—Este es el de ser padre, luego tengo el de ser hombre —contestó Hikaru bromeando.

—Este es mío, ¿verdad? —dijo Asako asomando la cabeza por la ventanilla.

—Tú debes de ser Asako —contestó Mía mientras Hikaru la bajaba del coche.

Asako asintió y sonrió, era una niña preciosa, con un cabello negro recogido en dos coletas, un vestido rosa y una sonrisa cautivadora. Parecía sacada de un anuncio.

—Pues yo soy Mía, encantada —dijo poniéndose de rodillas y alargando el brazo.

Asako se acercó a ella y se puso a oír los latidos de su corazón. La niña sonrió y se apartó.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu veredicto, pequeña? —preguntó Hikaru.

—Me cae bien —contestó sonriendo.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Mía extrañada.

—Porque dice que las mujeres que conozco no quieren ser sus amigas sino que quieren conquistarme a mí. Si te oye el corazón y no te late rápido eso es señal de que estás ahí por ella, no por mí —explicó Hikaru.

—Vaya, qué lista para lo pequeña que eres. ¿Me dejas que use tu técnica? —preguntó Mía.

—¿También hay gente que no te quiere conocer?

—Asako, te he dicho que controles tus preguntas. Discúlpala, aun no entiende cómo comportarse con desconocidos —dijo Hikaru.

—Al revés, déjala que pregunte lo que quiera, está en el momento de hacerlo —contestó volviéndose hacia Asako, que sonreía feliz por lo que acababa de oír—. Más bien hay gente que me conoce pero preferiría no hacerlo.

—Entonces te dejo que uses mi técnica —sonrió Asako—, ¿por qué llevas el pañuelo de mi papa?

—Sí que te fijas en todo —rio Mía—. Me hice daño y tu padre me lo dejó para taparme las heridas.

Hikaru no se acordaba de las marcas de Mía, pero sonrió aliviado al ver cómo transcurría la conversación entre Mía y su hija. Parecía que se conocieran de toda la vida, y eso no era común en Asako, aunque, pensándolo bien, Hikaru se dio cuenta de que Mía no era igual al resto.

Mía montó a Asako en el coche de nuevo, le puso el cinturón y se dirigió al asiento de copiloto a sentarse. Asako se sentaba siempre en el lado opuesto a su padre para que este la viera por el retrovisor. Cuando cerró la puerta, Hikaru subió las ventanillas del coche, que estaban tintadas y no dejaban ver nada desde fuera.

—¿Cómo sigues? —le preguntó a Mía mientras bajaba un poco el pañuelo.

Las marcas se veían ahora moradas, amarillas y verdes. A Hikaru se le encogió el alma al verlas.

—Bien, me duele un poco la garganta pero nada más —contestó mientras veía cómo un coche cruzaba la verja de entrada—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó Hikaru mirando en la dirección que miraba Mía.

—Un dolor de cabeza acaba de entrar.

—Ryo, supongo —dijo Hikaru mientras Mía se quedaba asombrada ante el hecho de que él supiera quién era con esa descripción—. Michael me puso al corriente, ya sabes, estás a mi cargo.

—Recuérdame matar a Michael. Pero sí, es él. Viene de casa de su ex, de tirársela más concretamente —contestó Mía con total normalidad mientras Hikaru le recolocaba el pañuelo para que no se viera nada.

Hikaru se la quedó mirando incrédulo ante las palabras que acababa de pronunciar. No conocía a ninguna chica que permaneciera tan impasible ante un tío que le gustara y que acabara de pasar la noche con otra. Daisuke aparcó su coche, y Ryo salió directo hacia Mía.

—No la toques —dijo Ryo separando a Mía de Hikaru.

—Es mi jefe, idiota. Bueno, no sé por qué te doy explicaciones a ti, me largo —dijo Mía.

—¿Tu jefe? ¿Con él estabas anoche?

—¿Qué insinúas con el tono, Ryo? —preguntó Mía mosqueándose.

—Que yo estuve con Charlotte pero tú no estuviste sola por lo que veo. Un jefe cariñoso arreglándote el pañuelo.

Hikaru se fue hacia él con intención de callarle, pero Asako bajó la ventanilla y asomó la cabeza para ver qué pasaba. Mía se acercó a Ryo y le dijo en voz baja, lentamente.

—Esa es su hija, no quiero escándalos delante de ella. ¿Quieres saber qué hice anoche para que tenga esta confianza? —Mía se bajó el pañuelo y enseñó las marcas—. Esto es un recuerdo que tu amigo Aku me dejó mientras te tirabas a Charlotte, y este es el pañuelo que me ha dejado Hikaru para taparlo. Así que ahora te vas a retirar y me vas a dejar irme a trabajar de niñera.

Ryo se quedó inmóvil al ver las marcas en su cuello, no supo reaccionar ante esa situación. Solamente pudo apartarse y permitir que se fuera.

—Despídete de mis amigos, Asako —dijo Mía sonriendo como si nada fuera con ella.

Cuando el coche abandonó el recinto, Ryo gritó de rabia a pleno pulmón. Mientras él había pasado la noche con otra, Mía había acabado recibiendo de Aku. Se sentía impotente ante la idea de no haber podido protegerla, de no haber estado allí y, aún peor, de haber estado con otra pensando en ella.

—Mía es buena chica, dale tiempo y lo entenderá. No tardará en perdonarte —dijo Daisuke intentando consolar a Ryo.

—Cómo va a perdonarme, si yo no creo que pueda hacerlo.

Ryo se tiró de rodillas y empezó a golpear el suelo hasta que sus nudillos sangraron.

Conmigo también se meten

Una vez recogieron a la cita de Hikaru, se pusieron rumbo a Rikugien, un parque clásico en pleno Tokio. En el camino, Mía observó a la chica, le cedió el puesto delantero y, desde atrás, tanto Asako como Mía no dejaron de mirarla. La chica parecía de la misma edad o un año mayor que Mía, pero su aspecto era de toda una mujer. Tenía el pelo rizado en ondas perfectamente hechas que caían sobre sus hombros hasta la mitad de su espalda, sus ojos marrones claros resaltaban sobre su tez blanca, y la sonrisa era la más perfecta que jamás había visto Mía en su vida. Lucía un abrigo rojo con grandes botones negros, y debajo de él se dejaba ver el final de una falda o vestido, las medias claras hacían que hubiese poco que dejar a la imaginación y los altos tacones demostraban que no era jugadora de baloncesto precisamente, apenas llegaba a la altura de Mía con deportivas. Mía no dejaba de mirarla y mirarse, la comparativa era odiosa pero cierta, ella llevaba vaqueros y sudadera.

Cuando llegaron, aparcaron en la estación de trenes de Komagome. A Asako le encantaba verlos, y desde allí fueron caminando hasta el parque, eran solo cinco minutos. Mía llevaba de la mano a Asako, e iban por delante de Hikaru y su chica, quien apenas había mirado a Asako ni a Mía desde que entró en el coche. Hikaru fue a por las entradas mientras se producía un silencio incómodo entre las tres, hasta que Asako lo rompió.

—¿Quieres que te demuestre mi teoría Mía? —preguntó Asako sin soltarse de su mano.

—De acuerdo —contestó Mía—. Perdona, Ai, ¿verdad? —dijo Mía a la chica que solo miraba hacia Hikaru—. ¿Puedes agacharte un momento?

—¿Para qué quieres que haga eso? —preguntó la chica sin mucho interés.

—Asako quiere oír los latidos de tu corazón —le explicó Mía.

—¿Y? —contestó Ai como si no fuera con ella la cosa.

Mía soltó a la niña y se acercó a Ai hablándole lo suficientemente bajo como para que Asako no oyera nada.

—Si te gusta Hikaru deberías hacerlo, viene hacia aquí, así que tú hazlo y ya.

Ai se agachó tan femeninamente como pudo mientras no dejaba de mirar a los ojos a Hikaru, que se acercaba con las entradas en la mano observando la escena.

—Mira, Mía, escúchalo —dijo Asako invitando a Mía a imitarla.

Mía se agachó y lo escuchó, el ritmo iba acelerado como en una samba. Estaba claro, esa niña tenía un sexto sentido con la gente.

—¿Qué le hacéis a Ai? —preguntó sonriendo Hikaru.

—Nada, le estaba enseñando a Mía cómo funciona mi método, ¿quieres oír tú también?

Ai se sonrojó y Hikaru evadió responder la pregunta cambiando de tema.

—Bueno, Asako, ¿te gusta la ropa que te ha comprado Ai? —preguntó Hikaru con una sonriente Ai a su lado.

—Es muy bonita, como la que lleva ella —contestó ante una complacida Ai.

—Me alegro de que te guste, recuerda, Asako, las damas siempre llevan vestido —dijo Ai mirando a Mía de arriba abajo.

—Ai, no seas mala —intervino Hikaru—. Si Mía hubiese sabido que ibas a venir tan arreglada ella...

—Me hubiese puesto lo mismo —le cortó Mía—. Para ir a un parque es la ropa que llevo, me da a mí que resultaría más difícil subir a un árbol con esa ropa o, al menos, sería menos decoroso lo que se viera desde abajo.

Hikaru se rio ante tal respuesta, no esperaba menos de Mía.

—¿Subes a los árboles? —preguntó Asako fascinada.

—Claro —contestó Mía—, pero con cuidado de no hacerme daño yo ni hacer daño al árbol. ¿Te has subido a uno alguna vez?

—No, mi padre es muy viejo para eso y sus amigas no suelen querer... —contestó la niña mirando a Ai.

—Pues yo te enseñaré a trepar, ¿vale?

Asako chocó los cinco con Mía, emocionada ante la nueva experiencia. Comenzaron el paseo y Mía no paraba de observar todo a su alrededor, verdaderamente ese parque era espectacular. Estuvieron andando media hora, la parejita seguía a Mía y Asako, que no paraban de tirarse por el suelo y reír. Al llegar al lago, a Mía le entraron ganas de bañarse, pero el tiempo no acompañaba así que se acercó a la orilla lo más que pudo y se estiró, Asako hizo exactamente lo mismo. Hikaru no podía parar de contemplar la escena, llevaba todo el camino mirando a ambas, apenas prestaba atención a Ai, que empezaba a cansarse de no ser el centro de atención, así que fingió que se torcía el tobillo para que Hikaru la ayudara.

—¿Estás bien? —preguntó Hikaru mientras sujetaba a Ai de su cintura.

—Me lo he torcido —contesto Ai frotándose el tobillo—. ¿Te importa que nos sentemos allí un rato?

—Claro que no. Oye, ¡chicas! —llamó Hikaru gritando y haciendo gestos para que se acercaran a ellos—. Vamos a descansar a esos bancos que Ai se ha hecho daño.

—Papá —dijo Asako tirando de la chaqueta de Hikaru—, creo que no quiero ser una dama.

—¿Por qué? ¿A qué viene eso ahora? —preguntó Hikaru que aún sostenía a Ai.

—Es que me gusta el parque y, como puedes ver, esto no está hecho para damas —dijo señalando a Ai que estaba roja por la ocurrencia de la niña.

Mía no pudo evitar reírse, era gracioso ver cómo una niña tan pequeña podía darse cuenta de tantas cosas.

—Asako, compórtate, siéntate un poco aquí y en seguida seguiremos —reprendió Hikaru a Asako intentando evitar que la risa se le escapara para no ofender a la acalorada Ai.

—¿Podemos ir Mía y yo al puente? Porfa, papá, está ahí mismo, quiero que lo vea con el sol reflejándose en el agua.

—Bueno, pero no os alejéis más —contestó Hikaru—. ¿Llevas el móvil, Mía?

—Sí, señor —dijo Mía saludando como si fuera un capitán del ejército con la mano en la frente y el cuerpo recto.

Asako agarró la mano de Mía y tiró de ella, apenas pudo despedirse de la pareja que se quedaba muy feliz y tranquila en el banco. Llegaron a un sendero

que estaba casi oculto detrás de unos árboles bajos, había un cartel que advertía que tuvieran cuidado y que los niños no fueran solos. Al dejarlo atrás, Mía se encontró con un pequeño paraíso: había un puente de madera de unos diez o doce metros de largo, era muy ancho y firme, no tenía ningún tipo de barandilla y el agua corría justo debajo de él, limpia y cristalina. Se veía el fondo y los peces, era como salir del mundanal ruido de Tokio y meterse en el mundo de las hadas.

Asako sonrió ante la cara de sorpresa de Mía, era su lugar favorito. Corrió hacia el centro del puente y se sentó en el borde con los pies colgando. Mía salió tras de ella e hizo lo mismo.

—Es precioso este lugar, Asako, gracias por traerme —dijo Mía asomándose al río.

—Es mi lugar favorito, siempre que quiero que papá me cuente algo lo traigo aquí. Es un lugar mágico, ¿sabes? —le contó la niña.

—¿Ah, sí? —preguntó Mía sonriendo.

—Sí, aquí no se pueden decir mentiras porque las hadas te escuchan y se podrían enfadar.

—Ammm... ¿y por qué me has traído aquí? —preguntó Mía viendo la intención de Asako en sus palabras.

—Bueno... tus ojos se ven tristes... y no sé por qué...

Mía se quedó callada ante tal declaración.

—Además —continuó Asako—, tu sonrisa no es de verdad, está pintada... ¿Por qué?

—Bueno, es difícil de decir, no estoy pasando mi mejor momento —logró contestar Mía.

—¿Es por un chico? —preguntó Asako ante la sorprendida Mía—. Mi padre dice que a las chicas listas como yo solo les puede hacer infeliz un chico, pero no lo entiendo, ¿y tú?

—Demasiado bien para mi gusto —contestó Mía fijando la vista al frente.

—¿Somos amigas? —preguntó Asako a Mía, esta asintió con la cabeza—. Entonces cuéntamelo y yo te ayudo a resolverlo.

Mía no pudo aguantar la carcajada, pero Asako estaba muy seria. Mía entendió que para ella esto era muy serio y decidió seguirle el juego.

—Está bien, verás, me gusta un chico que está con otra porque ella le dijo mentiras y ahora no podemos estar juntos.

—¿Por qué no podéis estar juntos?

—Porque las mentiras de ella hacen que él no se decida a buscarme.

—A mí me pasó algo parecido —contestó Asako—. Una niña del colegio le dijo mentiras a mi amigo para que fuese solo amigo de ella. Él estuvo una semana sin venir a jugar conmigo.

—¿Y qué paso? ¿Al final te fue a buscar y lo arreglasteis?

—No, como vi que no venía él, fui yo.

Mía se quedó callada pensando en la respuesta tan sencilla a un problema tan grande. Una niña de cinco años era capaz de ir a buscar lo que quería y ella, toda una mujer, era incapaz de moverse por recuperar lo que era suyo.

—¿Y tú por qué no vas a buscar a tu amigo? —preguntó Asako inocentemente.

—Porque el orgullo no me lo permite.

—No sé qué es el orgullo pero, ¿puedes jugar con él cuando te encuentres sola, sin tu amigo?

Y ahí estaba otra vez esa niña dando una lección de vida a Mía, esta no podía creer lo fácil que era todo y lo que los adultos lo complicaban.

—Está bien, pensaré en tirar el orgullo y buscar a mi amigo —contestó Mía ante la cara de satisfacción de Asako—. Ahora me toca preguntar a mí, ¿qué quieres preguntarle a tu padre para haber querido venir aquí hoy?

—Bueno —dijo bajando la cabeza—, en verdad no es lo que le quiero preguntar, sino lo que le quiero decir.

—¿Y qué es? Si quieres te ayudo —propuso Mía.

—¿Lo harías? —preguntó Asako con los ojos muy abiertos.

—Dime qué es y yo te ayudo, para algo somos amigas, ¿no?

—Quiero decirle que ya sé que mi mamá no me quiere. Él cree que no lo sé y se enfada con todos los que la nombran, y no me gusta que se enfade.

A Mía se le encogió el alma ante esas palabras.

—¿Y cómo te enteraste? —preguntó Mía

—Se lo oí decir a mi abuelo, al padre de mi papá —explicó Asako.

—¿Y tú, cómo te sientes? —Mía no tenía muy claro por dónde llevar la conversación.

—Cuando lo supe lloré, pero ahora soy toda una mujer y entiendo que ella no quiere estar conmigo, y a mí me basta con mi papá, ¡es el mejor!

—Bueno, mi padre tampoco me quiere, así que entiendo lo que dices —dijo Mía ante la atónita mirada de Asako.

—¿De verdad? ¿Y lloraste al saberlo?

—Mucho, los niños se metían conmigo pero aprendí a defenderme y al final acababan llorando ellos —dijo Mía sonriendo.

—Conmigo también se meten.

—¿Y tú qué haces? —preguntó Mía

Asako se encogió de hombros y levantó las cejas.

—Tienes que defenderte, que no tengas mamá no te hace peor que nadie.

—Pero es que son más grandes que yo. Y me tiran del pelo si les contesto.

—Esto tu padre no lo sabe, ¿no? —Asako negó con la cabeza—. Mira, la violencia no es nunca la solución a un problema, nunca empieces una pelea, pero sí que tienes que saber acabarla.

—¿Y qué hago?

—Asako, solo por ser mujer la vida será más difícil, te costará superar más barreras y encontrarás problemas que deberás solucionar, a pesar del tiempo en el que estamos esto aún es así. Estudia, sé más lista que los demás y defiéndete con palabras. Y si las palabras fallan, bueno ¿no se supone que este país es famoso por sus ninjas?

Asako se rio a carcajadas mientras Mía le hacía movimientos ninjas que acababan en cosquillas para ella. Pasado un rato, Mía se dio cuenta de que ya casi había pasado una hora y Hikaru aún no aparecía. Se imaginaba a Ai fingiendo un dolor atroz para quedarse junto a él en el banco. Así que a Mía se le ocurrió tomarse fotos con Asako poniendo caras raras y enviárselas a Hikaru, por lo menos envió diez y cada una más ridícula que la anterior. No habían pasado diez minutos y Hikaru se presentó en el puente. Cuando llegó, se encontró a Mía y Asako tumbadas riéndose como si el mundo se hubiese detenido.

—¿Se puede saber qué hacéis ahí tiradas? —preguntó sonriendo Hikaru.

—Arreglar el mundo —contestó Mía.

—Sí, estamos arreglando el mundo mi amiga y yo —dijo Asako muy orgullosa.

—¿Tu amiga? Ya veo que te gusta Mía, ¿y de qué habéis hablado? —preguntó Hikaru intrigado.

—Cosas de mujeres —respondió Asako incorporándose mientras Hikaru la cogía en brazos—. Por cierto, necesito clases de ninja.

Mía empezó a reírse hasta el punto de que las lágrimas corrían por sus mejillas rosadas por el frío. Hikaru no entendía nada y miró a Mía buscando una respuesta.

—Hikaru, esta niña es increíble —pudo decir Mía secándose las lágrimas.

—¿Se puede saber qué has hecho para que Mía diga eso? —preguntó Hikaru mirando fijamente a Asako, intentando contener la risa.

—Papá, una mujer tiene que hacer lo que una mujer tiene que hacer, no diré más.

Esa frase fue el punto final y Hikaru no pudo aguantar la risa. Mía volvió a llorar con carcajadas y ninguno de los dos pudo decir algo. Tras varios minutos riendo, Hikaru recordó que había dejado a Ai sola y les dijo a las chicas que tenían que dejar el paseo para otro día, empezaba a oscurecer y hacía frío. Mía solo llevaba la sudadera con una camiseta debajo, estaba acostumbrada al frío y odiaba verse limitada por un abrigo, pero casi era invierno y se apuntó mentalmente que debía ponerse algo más, o al menos llevarlo por si acaso.

Cuando llegaron hasta donde se encontraba Ai esta tenía una cara larga hasta el suelo, que hizo que Mía no pudiera evitar reírse, lo cual aún enfadó más a la chica. Caminaron despacio de vuelta al coche, Mía sabía que fingía porque ella sí había tenido auténticos esguinces y torceduras y no se veían así. Apenas llevaba el tobillo rojo, y eso seguramente era causa de que no paraba de frotárselo. Si seguía así, Mía no dudaba en que se le iba a desgastar.

Asako quería ir a hombros de su padre, pero él estaba ayudando a caminar a su pareja, así que Mía la subió a caballito. La niña no pesaba, pero cuando pasó sus bracitos alrededor del cuello de Mía esta sintió un escalofrío, no tanto de dolor, sino al recordar la situación vivida.

—¿Te hago daño? —preguntó Asako al notar cómo Mía se había estremecido.

—Para nada, apenas noto que estás aquí, pensaba que eras un fantasma por tu ligereza, por eso me asusté —rio Mía

La respuesta de Mía hizo también reír a Asako. Hikaru no dejaba de estar atento a la conversación, y empezaba a estar cansado de llevar a Ai, se había

perdido un fantástico día con su hija y eso lo estaba cabreando. Cuando llegaron a la puerta del recinto, Hikaru pidió que lo esperasen ahí, que iba a por el coche y volvía a por ellas.

—Pero papá, ahora salen trenes de alta velocidad, porfa, siempre los vamos a ver después del parque... —dijo Asako desde la espalda de Mía.

—Cariño, hoy no podemos, Ai se ha hecho daño y no puede caminar bien — intentó explicar Hikaru a su hija.

—Y por qué no vas tú a por el coche —dijo Ai mirando a Mía—, ¿sabes conducir?

—Sí, pero no tengo carnet, aunque si me das las llaves a mí no me importa ir a por ese cochazo —contestó Mía sonriendo.

—Pues ya está, Mía llévate a la niña contigo y aquí te esperamos —dijo Ai como si acabara de descubrir cómo funcionaba el universo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Hikaru muy serio—. ¿Vas a mandar a mi hija con una chica sin carnet, a por un todo terreno, a un lugar donde solo ha estado una vez y luego hacer que llegue hasta aquí? ¿Acaso la has visto conducir? No te ofendas, Mía.

Mía levantó los brazos en señal de que no lo hacía, era totalmente normal que Hikaru pensara así. Cuando Ai no supo qué responder, Hikaru sintió que era la gota que colmaba el vaso. Se acercó a la carretera, llamó a un taxi, abrió la puerta y metió a Ai dentro. Cerró y se dio la vuelta sin despedirse.

Asako aún estaba subida encima de Mía viendo la escena, no le gustaba ver a su padre enfadado, pero aún menos le gustaba esa chica, así que cuando su padre volvió a por ella y la cogió en brazos ella solo pudo sonreír.

Hikaru le colocó el abrigo bien a Asako y le sonrió, la niña le dijo algo al oído que hizo que cambiara su cara, se puso serio, se paró y detuvo a Mía agarrándola del brazo. Tocó su cara, estaba helada, sus mejillas estaban rosas y sus ojos vidriosos.

—¿Por qué no has dicho que tenías frío? —preguntó Hikaru.

—Porque no lo tengo, bueno, ahora un poco, pero ya vamos a llegar al coche.

—No quiero que tenga que ser Asako quien me diga que no estás bien, le prometí a Michael que te cuidaría y no quiero dejar a esta niña huérfana si algo te pasa —dijo Hikaru poniendo su mejilla contra la de Asako para dar pena.

—Está bien, la próxima vez que tenga frío lo digo, pero de verdad, soy del norte y este frío es una mariconada comparado con lo que sopla por allí.

—¿Qué palabras son esas para una señorita? —le reprendió Hikaru sonriendo.

Mía comenzó a girar sobre sí misma como si fuera un perro buscando su cola, miró a todos lados mientras Asako la observaba expectante.

—¿Qué señorita? —preguntó finalmente Mía.

Los tres se echaron a reír. Hikaru se quitó su abrigo y se lo puso a Mía por encima, estaban muy cerca del coche, así que Mía se limitó a disfrutar del calor que aún emanaba de él, se lo devolvería enseguida.

De camino a casa, Mía le enseñó varias canciones a Asako que le parecían divertidísimas. Eran en español y Mía tenía que traducirlas, pero Asako se empeñó en aprenderlas en el idioma original. Al llegar a la mansión, a Mía se le encogió el pecho, llevaba todo el día sin acordarse de que tenía que volver

allí.

—Asako, encantada de conocerte. Y espero que quedemos otro día más —dijo Mía desde el asiento del copiloto mientras se detenía el coche.

—Recuerda que me tienes que contar si vas a buscar a tu amigo —dijo Asako sonriendo.

—Y tú me llamarás cuando hables con quien tienes que hablar, ¿no? —preguntó Mía señalando con los gestos de su cara a Hikaru, que estaba al lado sin entender nada.

—Gracias, Mía, por cuidar de mi hija, dime cuánto te debo por tu día de niñera —dijo Hikaru sacando la cartera del bolsillo.

—Más bien tendrías que pagarnos a las dos por hacernos aguantar a tus amigas —contestó Mía riéndose.

—Esto era un trabajo, Mía, dime cuánto —insistió Hikaru.

—Asako y yo ahora somos amigas, así que el dinero está de más por aquí, con un beso me conformo —dijo Mía estirándose para que Asako pudiera darle un beso en la mejilla.

Asako sonrió y la besó, Mía se despidió de Hikaru y se bajó del coche. Se quedó diciendo adiós con la mano hasta que el coche desapareció por completo. Se giró y se dirigió a la mansión, esperando no cruzarse a nadie. Apenas había entrado y recibió una foto de Hikaru, eran él y su hija haciendo muecas divertidas, se rio sola y guardó la foto como contacto, ahora cada vez que Hikaru la llamara la vería.

Cuando llegó arriba vio el pasillo largo frente a ella, parecía aún más largo

que de costumbre, comenzó a recorrerlo despacio para no hacer ruido, era la hora de cenar y no sabía si Ryo estaba arriba o abajo. Cuando llegó a su habitación vio un arreglo floral en el suelo, estaba envuelto en celofán transparente. Al cogerlo vio que dentro había una maceta con unas flores preciosas que nunca había visto, y una nota que tan solo decía lo siento, se imaginó que era de Ryo, recogió la planta y la metió en su cuarto.

La desenvolvió y buscó alguna etiqueta que pusiera qué clase de planta era. Debajo de la maceta había una con el nombre específico: *Cyclamen*. Abrió su portátil y busco información de cómo cuidarla. Cuando estaba leyendo, su corazón se paró por un instante al llegar a la historia de la planta:

«Es la planta de los sentimientos duraderos y de la afección sincera. Gracias a su tubérculo, que le permite resistir condiciones difíciles, el *cyclamen* es la flor del amor profundo. En el lenguaje de las flores, ofrecer un *cyclamen* expresa amor y ternura sinceros.»

Mía cogió su teléfono y llamó a Meiko, necesitaba corroborar que la idea de una niña de cinco años era buena para llevarla a la práctica por una niña de dieciocho.

—Hola, Mía, esperaba tu llamada —contestó Meiko.

—Creo que voy en un coche cuesta abajo y sin frenos, y lo peor es que me da igual.

¿Ya me quieres agobiar?

Mía apenas pudo dormir esa noche, le había contado todo a Meiko y sabía que sus sentimientos por Ryo no habían cambiado. Pasó la noche ordenando sus ideas, tenía que trabajar, conseguir dinero e irse con Meiko, ella no tenía tiempo que perder antes de que se le notase. Además, estaba considerando hacer una visita a su madre cuando se instalase para aclarar las cosas, aunque eso no es lo que más le apetecía, sabía que habría lágrimas y lamentos, pero esperaba poder cerrar ese capítulo de su vida. No sabía el tiempo que le iba a tomar ordenar su mundo, pero decidió que cuando ocurriera hablaría con Ryo y aclararía todo. Se había dado cuenta de que no podía renunciar a él tan fácilmente, y luchar contra ese sentimiento era demasiado agotador, así que se dio a sí misma una esperanza de futuro para poder seguir adelante.

Se vistió, cogió una manzana y se dirigió camino de colegio. Le gustaba caminar bajo la rosada matutina, hacía frío y el vaho salía de su nariz al respirar, pero eso la espabilaba. Se quedó en la parada del autobús esperando a que Meiko llegara. Tardó casi veinte minutos en aparecer y Mía empezaba a estar helada a pesar de llevar guantes y gorro. En cuanto Meiko bajó del autobús ambas se abrazaron.

—¿Cómo estás, Mía? —preguntó preocupada Meiko.

—He tenido días mejores, pero bien, gracias.

—Tienes mala cara, ¿has dormido?

—No mucho, he ordenado mis pensamientos y eso quita el sueño a cualquiera

—contestó Mía esbozando una sonrisa para intentar quitar la cara de preocupación de Meiko.

—Bueno —dijo Meiko cogiéndola del brazo—, vamos a clase que tengo algo que contarte.

—Dime que es algo bueno, alégame el día, por favor —le pidió Mía mientras cruzaban para entrar a la escuela.

—No sé si es bueno para ti, pero sí para mí. Mis padres se marchan en dos días.

Meiko se quedó mirando al suelo esperando la reacción de Mía.

—¡Eso es genial! —gritó feliz Mía.

—Bueno, pensé que te agobiarias, ya sabes, me quedo sin casa al final de esta semana y aún no tenemos trabajo y...

—¿Ya me quieres agobiar? Al final de la semana te prometo tener dónde quedarnos, y del trabajo no te preocupes, que tengo para las dos, bueno, más o menos.

Mía le explicó la situación con Hikaru, tenía fe en que las contratara a ambas, y el alojamiento lo tenía casi arreglado con Sayumi, la criada de casa. Habló con ella cuando escuchó que su hermana se iba a vivir fuera después de casarse, y a Mía se le ocurrió alquilarle la casa. Aún no se había casado, pero faltaban apenas dos semanas. Cuando Meiko se enteró de todo no pudo hacer otra cosa que abrazar a Mía, hacía mucho tiempo que no sentía que las cosas podían ir bien y gracias a su nueva amiga su vida era mucho más sencilla.

Cuando llegaron a la puerta ambas tenían la cara roja por la caminata. Ryo

estaba en la entrada, lo último que supo de él era que tenía un compromiso con Charlotte, pero, aun así, se veía condenadamente guapo apoyado en la pared mirando fijamente a Mía desde que la divisó a lo lejos.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Meiko agarrando el brazo de Mía con más fuerza.

—Por ahora nada, tengo problemas que solucionar —contestó Mía sosteniéndole la mirada a Ryo.

—No deja de mirarte.

—Tampoco quiero que lo haga —contestó Mía sin apartar la vista de Ryo.

Ambos sostenían la mirada sin intención de desviarla, hasta que alguien se cruzó en el camino y el contacto visual se rompió. Por supuesto no era otra que Charlotte, quien se colgó del cuello de Ryo sin pensárselo dos veces.

—Será perra —dijo Meiko enfadada.

—¿Quieres verla enfadada? —Meiko miró a Mía y asintió.

De repente Mía comenzó a mirar a Charlotte de arriba abajo, sonreía levantando la comisura derecha y, cuando Charlotte la vio, se volvió corriendo hacia Meiko y le pidió que se riera. Justo al pasar al lado de ellos, Mía y Meiko observaron cómo la sonrisa triunfal que Charlotte tenía hacía apenas unos segundos se había convertido en una mueca seria llena de rabia.

El día pasó lento y aburrido, cada vez que Charlotte tenía oportunidad hablaba de su compromiso en un tono lo suficientemente alto para que Mía lo oyera.

—¿Cómo lo aguantas? —le preguntó Meiko mientras se sentaba encima de la mesa de Mía.

—Cuando quiero aislarme del mundo intento dividir mentalmente seis mil quinientos treinta y dos entre ciento treinta y siete. No hay manera de que nada te perturbe, y además pongo una cara muy interesante —contestó Mía riéndose.

Meiko lo intentó y comprobó que el truco funcionaba, ambas se echaron a reír. Al terminar las clases de la mañana Mía y Meiko se dirigieron al comedor sin muchas ganas de encontrarse a nadie por el camino. En frente de su clase se arremolinaba un grupo de gente y, aunque no les gustaba ser cotillas, decidieron ver qué pasaba por si era Charlotte haciendo el ridículo y les alegraba un poco el día. Tal y como iban haciéndose paso hacia delante Mía reconoció una voz muy familiar.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Mía con las manos puestas en sus caderas.

—¡Hola, Mía!, te estaba buscando —contestó Asako sonriendo—. Mi padre está esperándonos abajo, vamos.

—Espera, ¿cómo me has encontrado? —preguntó Mía aún sin creerse que estuviera ella allí.

Asako le mostró la pantalla del móvil que tenía en la mano, en ella estaba una de las fotos de Mía con ella haciendo el ridículo, la estuvo enseñando a todo el mundo hasta que llegó a Mía.

—Recuérdame que mate a tu padre por esto —dijo Mía riéndose—. Bueno, esta es Meiko, mi mejor amiga.

—Encantada, soy Asako —contestó la niña estirando la mano—. Si eres su amiga también eres la mía.

Meiko sonrió y le dio la mano también, como si de una presentación formal se tratase. Asako llevaba hoy unos vaqueros y una sudadera que no tardó en

enseñar a Mía orgullosa de su estilo. Mía no pudo evitar reírse y la cogió en brazos, mientras el resto seguía observando la escena. Meiko cogió sus cosas y las de Mía y las tres se dirigieron hacia la entrada principal para reunirse con Hikaru. En el camino, Mía se detuvo al ver a Ryo y Charlotte en la puerta del comedor, esperando entrar. Meiko había ido a la oficina del director para explicar la ausencia de ambas en las clases de la tarde, así que Mía debía pasar delante de ellos sola. Asako notó el cambio en la cara de Mía y dirigió su mirada hacia la pareja.

—¿Son ellos? —preguntó Asako al oído de Mía.

Mía asintió.

—Ya veo por qué estás disgustada, él es realmente guapo —dijo Asako riéndose.

Asako le pidió a Mía que la bajara y corrió hacia Ryo, le pidió que se agachara y le escuchó el latido, acto seguido y ante la atenta mirada de Charlotte, Asako cogió a Ryo y lo llevó ante Mía.

—Te presento a Asako —dijo Mía sin entender por qué la niña hacía eso.

Ryo se agachó y la cogió en brazos.

—Encantado, soy Ryo.

—Ya lo sé —dijo Asako despreocupada.

—¿Ah, sí? ¿Eres adivina? —sonrió Ryo hacia Mía.

—Bueno, no sabía tu nombre pero sí te conocía —contestó Asako mirando a Mía.

—Hora de irse —interrumpió Mía intentando escapar de la incómoda situación.

—Espera, espera —dijo Ryo sonriendo ante el descubrimiento—, al menos dime por qué escuchaste mis latidos.

—Asako tiene una particular manera de saber las intenciones de las personas por sus latidos, ¿verdad? —dijo Mía sonriendo a la pequeña, que aún seguía en los brazos de Ryo.

—¿Y qué te dicen mis latidos? —preguntó Ryo intrigado mientras Charlotte se acercaba y le daba un beso en la mejilla, marcando territorio.

—Y ella —dijo Asako apuntando a Charlotte mientras se dirigía a Mía—, ¿es ella?

—Así es, pequeña, toda una dama —contestó Mía haciendo reír a Asako.

Mía recuperó a la niña de los brazos de Ryo, la imagen de él con Asako le parecía tierna, pero cuando en la foto apareció Charlotte Mía no pudo evitar querer sacar a Asako del cuadro, al menos a ella no la iba a perder tan fácilmente.

—Bueno, nos vamos que nos están esperando, despídete Asako —dijo Mía mientras caminaba hacia la salida, que se encontraba a pocos metros.

—¿Dónde vas? —preguntó Ryo ignorando las peticiones de Charlotte de entrar a comer.

—Pues seguro no lo sé, pero creo que a trabajar. Espero que me hagan hoy el contrato para presentarlo mañana en dirección y dejar de venir aquí, así no interrumpiré más en las vidas ajenas —contestó Mía con amargura.

Asako se bajó y corrió hacia donde se encontraba Meiko, le cogió la mano y la sacó fuera a presentarle a su padre. A Mía le pareció que les daba intimidación, pero no podía ser, tan solo tenía cinco años para entender la situación.

—No necesitas trabajar, si quieres algo solo pídelo —dijo Ryo sujetando el brazo de Mía para que no se fuera.

—¿Y eso cómo le sentaría a tu prometida? —pregunto Mía enfadada.

—Venga, Mía, sabes que no me casaré, es solo apariencia para que a Charlotte no la tachen de zorra por estar conmigo antes del matrimonio. Estoy buscando la manera de salir de esto lo antes posible.

—Bueno, que me da igual —dijo Mía intentando creérselo ella misma—. Necesito ganar dinero y la escuela me ocupa muchas horas.

—¿Aún tienes la idea de irte de la mansión? —preguntó Ryo.

—No es una idea, es una realidad —contestó Mía, zafándose del agarre de Ryo y dirigiéndose a la puerta de salida.

—Eso ya lo veremos —gritó Ryo frustrado.

Mía no se giró, hasta que llegó donde estaban Meiko, Asako y Hikaru no pudo sonreír.

—Veo que ya os conocéis, ¿vienes a darnos trabajo? —preguntó Mía sonriendo inocentemente.

—Bueno, venía por ti pero el pack de dos también me viene bien, subid y os explico —contestó Hikaru mostrando el camino hacia su coche.

Una vez subidas todas, Hikaru les dijo a Mía y a Meiko que tenía una empresa

de catering, daba comidas en diferentes empresas y necesitaba gente porque el negocio iba bien y se estaba quedando corto de personal. El trabajo de ellas era ir a la dirección que le indicaran con tres personas más, servir la comida y luego recoger el lugar. Las recogerían en una furgoneta y las llevarían a casa al terminar. Si lo de hoy iba bien, Hikaru tenía las próximas semanas llenas de almuerzos de trabajo para ellas.

Al llegar a la compañía, Mía no se dio cuenta de que el edificio al que estaban entrando ya lo conocía, no fue hasta que se dirigieron al ascensor que Mía reconoció el lugar.

—¿Esta es la discoteca? —preguntó Mía desconcertada.

—Así es, el edificio entero es mío. Las plantas de arriba son la discoteca y las de abajo la empresa de catering y las oficinas de otros negocios que tengo.

—Eres mi ídolo —contestó Mía impresionada mientras los demás se reían por su cara.

Cuando llegaron a la sala de recursos humanos una mujer mayor las estaba esperando. Hikaru y Asako se despidieron de ellas y ya no los volvieron a ver en todo el día. La mujer era muy seria, demasiado para el gusto de Mía, que no podía evitar sonreír ante la presión. Les entregó los uniformes y les dio instrucciones para reunirse con sus compañeros en el garaje. Mía y Meiko se despidieron de la mujer sin que ella levantara la mirada del ordenador, y se dirigieron por el mismo camino al número de aparcamiento que les habían dicho. Al llegar había dos chicos y una chica, que no dudaron en mirar de arriba abajo a ambas con cara de asco.

—Así que vosotras sois las enchufadas, ¿no? —preguntó la chica con pinta de caniche.

—Por vuestra culpa han cambiado a Rina y Keyla de grupo —siguió el chico que estaba a la derecha de la caniche.

—Venga, subid. No tenemos todo el día, princesas —terminó diciendo el más alto de los dos chicos.

Mía y Meiko se miraron atónitas ante el recibimiento que habían tenido. Se subieron a la parte de atrás de la furgoneta y se acomodaron entre las cajas. La caniche se subió entre los dos chicos y, cuando se pusieron los cinturones, arrancaron.

—¿Qué les pasa a estos? —susurró Meiko.

—Creo que comparten neuronas y eso los limita —contestó Mía observándolos.

El más alto conducía, era serio, rubio y con las facciones duras, era un sargento. La chica llevaba su pelo rizado medio recogido en dos coletas altas que, combinándolo con su afilada cara, le daba el aspecto de un auténtico caniche. Y por último estaba el chico regordete que no dejaba de babear por la caniche, era un caracol en toda regla. En un momento Mía había clasificado a los tres especímenes y no pudo evitar reírse. Meiko la miró como si estuviese loca, hasta que se lo explicó y ella también se rio.

Cuando llegaron al lugar ordenaron a Meiko y a Mía que descargaran las cajas de comida y las subieran por el montacargas a la sala de reuniones de la tercera planta. El sargento, la caniche y el caracol desaparecieron sin decir nada un minuto después de dar las ordenes.

—¿Dónde han ido? —preguntó Meiko mientras cogía una gran caja de la parte trasera.

—¿Qué haces? —dijo alarmada Mía mientras le quitaba la caja—. Ni se te ocurra cargar con esto, no quiero que mi sobrino o sobrina nazca con un chichón.

—Eres una exagerada, no es para tanto, Mía.

—Que no, que no me convences, métete dentro y pregunta dónde está la sala de reuniones y por dónde subimos esto, que yo me encargo del transporte.

Meiko hizo el intento de protestar, pero por el tiempo que conocía a Mía sabía que no iba a servir de nada, así que se dirigió hacia las oficinas a preguntar. Mía, por su parte, empezó a bajar las cajas. Eran muchas más de las que ella se había imaginado, y llevarlas una a una iba a ser imposible, así que miró a su alrededor y se percató de que había una transpaleta al lado de un montacargas.

Cuando Meiko volvió con la información Mía ya tenía casi llena la transpaleta y Meiko la dirigió hacia donde tenían que ir para llegar a la sala de reuniones. Por suerte para Mía, el ascensor era amplio y no tuvo que descargar la transpaleta. Meiko se sorprendió ante la habilidad de manejo de aquel aparato, pero Mía le confesó que trabajó un verano entero descargando camiones, así que era algo relativamente fácil para ella.

Cuando llegaron a la sala, los tres nuevos amigos las estaban esperando mientras ponían la mesa apurados por el tiempo. La comida se alargó casi hasta la merienda, y para cuando acabaron de recoger ya había oscurecido. Mía y Meiko estaban cansadas después de tantas horas de pie.

Meiko se fatigaba más debido a su estado, y Mía le cedió sus descansos para que pudiera ir al baño a vomitar por el olor a comida. Una vez que todo estuvo metido en cajas Mía tuvo que volver a bajar todo, mandó a Meiko a descansar

a la furgoneta y los otros tres hicieron lo mismo mientras ella cargaba caja tras caja hasta el ascensor y luego al furgón. Una vez terminado, se subió y emprendieron el regreso.

—¿Por qué no llamas a Hikaru? No creo que esto sea el trabajo que tenemos que hacer —dijo Meiko con cara de cansancio.

—Me parece mal quejarme el primer día, aunque me estoy pensando en patearles el culo a los de ahí delante —contestó Mía enfadada—. ¿Tú estás bien?

—Sí, pero el olor a sashimi me revuelve el estómago —confesó Meiko con cara de asco.

—Algo he notado, mañana irá mejor, ya verás —dijo Mía con total optimismo.

La caniche se volvió para preguntar la dirección donde debían dejarlas, Meiko dio la de su casa y Mía la de un restaurante que había de camino entre la mansión y el colegio.

—¿Dónde vas a esta hora? —preguntó Meiko mirando el reloj.

—Esta mañana vi un cartel de que necesitan apoyo en limpieza, entré y me contrataron para limpiar después de las cenas y antes del desayuno —contestó Mía con una gran sonrisa.

—¿Cuándo piensas dormir exactamente? —preguntó Meiko intentado ser obvia ante el problema.

—Bueno, de la noche a la mañana tengo unas cinco horas para dormir quitando el tiempo de ir y venir, y las comidas. Luego cuando termine será la hora de ir al colegio, pero como tenemos contrato solo iré mañana a clase a entregar el

justificante. Y a casa a dormir hasta la hora de la comida. Dormiré en dos partes —concluyó Mía.

—Entonces mañana irás a clase, ¿no?

—Lo justo para que llegue el director y le entregue la copia del contrato. Es que si voy a casa me duermo segurísimo.

Justo al acabar de decir eso la furgoneta se detuvo y el sargento le indicó a Meiko que bajara. El resto del trayecto hasta el restaurante Mía lo hizo en silencio. Apenas estaba cerrando la puerta de la furgoneta cuando esta arrancó, Mía les sacó el dedo sin saber si tan siquiera mirarían por el retrovisor.

Entró en el restaurante, era pequeño pero acogedor. En la barra había una mujer mayor que podía ser la abuela de Mía, incluso la bisabuela, pero tenía la agilidad de una veinteañera.

—Hola de nuevo —dijo Mía acercándose a la mujer.

—Hola, cielo, llegas a tiempo para ayudarme a limpiar.

—Donde me diga, abuela, la sigo —contestó Mía sonriendo.

La mujer le indicó una pila de platos y cazuelas sucias. Mía se remangó y se puso a ello. Tal y como Mía limpiaba, la mujer ponía más cacharros. Desde la cocina pudo observar cómo aquel diminuto lugar se había convertido en un hervidero de gente. Para cuando el último cliente se fue y Mía pudo terminar de fregar ya eran casi las once. Quizás había calculado mal e iba a dormir menos de lo esperado entre cena y desayuno.

Una vez limpio el suelo y seca toda la vajilla, Mía se despidió de la señora,

que cerró por dentro tras salir ella, vivía encima del sitio y era bastante útil eso si no tenías tiempo de dormir. Mía sacó de su mochila el móvil dispuesta a encenderlo de nuevo, llevaba todo el día con él apagado para evitar problemas con el sargento, la caniche y el caracol. Cuando al fin lo encontró, notó cómo alguien la llamaba, levantó la vista y vio a Ryo apoyado en su coche con los brazos cruzados. La imagen era de postal, situado justo debajo de una farola, con unos vaqueros ajustados y un jersey negro de pico holgado que caía encima de la cintura del pantalón; la sonrisa de medio lado y su mirada penetrante hicieron que Mía se pusiera nerviosa.

—¿Quién te ha dicho que estoy aquí? —preguntó Mía un segundo antes de caer en la cuenta de que la única que lo sabía era Meiko—, voy a matarla —murmuró Mía.

—La obligué a decírmelo, no me cogías el teléfono y ella estaba tan preocupada como yo de que anduvieras por ahí sola a estas horas —respondió alegremente Ryo.

—Tampoco es tan tarde, en España apenas estaría empezando a cenar —dijo Mía excusándose.

—Pero ya no estás en Kansas, Dorothy —sonrió Ryo.

—Muy gracioso, Jackie Chan —contestó Mía mientras Ryo hacía el gesto de sacarse un puñal del corazón.

—Vamos, te llevo —dijo Ryo—, y no quiero respuestas sarcásticas porque no es una pregunta, vas a subir y punto.

Quizás Mía había sido demasiado dura con él, pero le dolía toda esta situación y era su manera de expresar sus sentimientos, con palabras que podían herir a

los demás.

—Te dejo solo porque estoy cansada y mañana me despertaré temprano — quiso aclarar Mía antes de subirse.

—¿Y cómo te ha ido el día? —preguntó Ryo con total normalidad.

—¿Ahora vamos a ser amigos? Ya te dije que...

—Calla y contesta.

—Bueno, el trabajo no ha estado mal del todo pero casi llego tarde aquí.

—¿Cómo que casi llegas tarde aquí? ¿Acaso no es este tu trabajo? —preguntó Ryo mirándola.

—Este es mi segundo trabajo, ya te dije que necesito dinero.

—A ver, explícame tu agenda laboral.

—Por las mañanas fregaré platos aquí, al medio día serviré comidas donde me digan y por la noche regreso aquí a fregar más. ¡Ah!, y el finde voy a la discoteca.

La cara de Ryo decía más de lo que Mía quería oír.

—No pongas esa cara, que no es tan difícil. Solo tengo que dormir entre las cenas y desayunos y entre desayunos y comidas.

Ryo la miró con cara de preocupación, le parecían demasiadas cosas para una sola persona, no sabía si él podría con la mitad, pero la idea de que Mía lo hiciera le hacía sentir preocupación y admiración a la vez.

—¿Y vas a dejar el colegio? ¿Y la mansión?

—Ya te lo dije, el colegio no lo dejo, solo iré a exámenes y la mansión, bueno, ya sabes que no es mi casa, es la tuya.

—¿Tanto me odias? —preguntó de repente Ryo—, ¿tanto como para buscar tres trabajos para no verme?

Mía quería decirle que no podía odiarlo, que era justo al revés, lo que no podía era olvidarlo. Pero eso solo llevaría a más confusión y a la pregunta de por qué tanta prisa por huir, y Mía no iba a contarle el secreto de Meiko para que él se quedara mejor.

—No es eso... No puedo explicártelo ahora, dame tiempo y te daré una buena razón.

Mía vio con alivio que ya habían llegado a la mansión, unos metros más y podría escapar de la tortura de verlo y no tenerlo.

—¿Me pides tiempo? Eso te pedí yo a ti y tú me lo negaste —contestó indignado Ryo.

—Te he pedido tiempo, no que aceptes darme tiempo. Tú eres libre de contestar lo que quieras —dicho esto Mía se bajó del coche y se metió corriendo a la casa sin pararse al oír los gritos de Ryo llamándola.

Mía subió las escaleras de dos en dos, pero el cansancio del día hizo mella en ella y Ryo la alcanzó en el último escalón.

—Espera, Mía —dijo Ryo sujetándole el brazo a Mía—, no hemos terminado de hablar.

—Olvídalo, ¿vale? —contestó Mía soltándose y dirigiéndose a su habitación.

—¿Y si no quiero? ¿Y si quiero esperar esa explicación? —preguntó Ryo

acercándose a Mía, mientras esta retrocedía hasta que chocó con la espalda en la puerta de su cuarto.

—Eso lo decides tú, ¿estás dispuesto? —preguntó Mía sintiendo la respiración de Ryo en su cara.

Ryo se inclinó un poco más, le apartó el pelo y puso sus labios rozando la oreja de Mía.

—¿Quieres saber a qué estoy dispuesto? —susurró Ryo.

El corazón de Mía latía a ritmo de samba, rumba y chachachá todo a la vez. Estaba inmóvil, conteniendo la respiración más de lo que sabía que aguantaba. Ryo se separó de ella sonriendo y Mía volvió a respirar.

—Al menos prométeme que podemos ser amigos —le pidió Ryo a Mía.

La verdad es que a Mía no le desagradaba la idea del todo, no le gustaba tener amigos por los que había sentido algo pero Ryo era distinto, con él podía hablar sin preocuparse de lo que pasó, y ella tampoco quería alejarse de él, quería tenerlo cerca aunque no pudiera tenerlo.

—De acuerdo, seremos amigos. Ahora me voy a dormir.

La cara de Ryo se iluminó ante la respuesta de Mía, le dio un beso en la mejilla de buenas noches y se dirigió a su habitación.

Mía entró en su cuarto y comenzó a quitarse la ropa, no tenía ganas ni de dejarla en su sitio bien colocada. La desparramó por toda su habitación hasta el baño. Una vez allí tomó una larga ducha caliente, se puso el pijama y programó el móvil para levantarse al día siguiente a las cinco, eran casi las doce y apenas iba a poder dormir.

Cuando iba a meterse dentro de la cama, oyó unos pequeños golpes en la puerta.

—Mía —se oyó al otro lado—, ¿estás despierta?

—No —contestó sin pensar.

Se oyó un silencio al otro lado. Mía no sabía si Ryo seguía allí o se había ido, quiso meterse en la cama pero la curiosidad le pudo, saltó de la cama y abrió la puerta lentamente, asomó la cabeza y vio a Ryo tapándose la boca para evitar reírse.

—Mentirosa —dijo Ryo.

—Me has pillado —contestó Mía levantando las manos—, ¿qué quieres?

—Quería preguntarte algo, ¿puedo?

—¿No se supone que somos amigos? Pregunta que tengo que madrugar.

—¿Podemos dejar lo de ser amigos para mañana?

Mía lo miró extrañada, miró su reloj y vio que eran las doce menos un par de minutos.

—¿Te refieres a mañana de mañana o a pasado mañana? —preguntó Mía intentado situar cronológicamente su pregunta.

—Me refiero a dentro de tres minutos.

—¿Y eso por qué? ¿Ya te has arrepentido? Debes tratarme como a Daisuke, ¿eh? —bromeó Mía.

—Bueno... porque a Daisuke no le haría esto.

Dicho esto, cogió la cara de Mía con las dos manos y la acercó a la suya hasta que sus labios se encontraron. Ryo le dio un beso largo pero suave, disfrutando de cada segundo, Mía no quería ni tenía fuerzas para resistirse y le besó con la misma ternura que él. Ryo sonrió ante la respuesta de Mía y siguió besándola hasta que la alarma de su reloj sonó.

—Las doce —dijo Ryo retirándose lentamente—. A partir de ahora, somos amigos.

Vete antes de que se arrepienta

El día siguiente fue aún más agotador para Mía, se despertó a las cinco, desayunó, se vistió y se fue a fregar platos. No paraba de bostezar y su trabajo era casi mecánico, si no fuera por el agua fría podría haberse quedado dormida de pie. Aun así aguantó como pudo, terminó su tarea y se dirigió a la parada de autobús a esperar a Meiko. En el camino se decidió a llamar a Hikaru, quería pedirle que cambiara a Meiko de puesto, o que la pusiera donde Mía pudiera ayudarla.

—Buenos días, Hikaru, ¿te he despertado? —preguntó Mía esperando no haber empezado con mal pie.

—Para nada, me pillas en el coche camino de una reunión. ¿Qué pasa?

—Bueno, verás... tengo que pedirte algo...

—¿Es sobre Meiko?

—Sí, ¿cómo lo sabes? —preguntó Mía sorprendida.

—Me llamó ayer para renunciar. Le dije que pasara hoy por mi oficina.

—¿Renunciar? ¡Mierda!, sabía que ayer no estaba bien.

—¿Qué pasa, Mía? Cuéntamelo con confianza o no podré ayudarte.

—Bueno, ¿estoy hablando con Hikaru mi amigo o Hikaru mi jefe? —preguntó Mía antes de contar nada.

—Soy el mismo.

—Bueno, técnicamente, si te cuento algo como amigo no puede repercutir en tu actuación como jefe, ¿no?

—Mía, venga, suéltalo, si se lo ocultas a tu jefe no puede ser bueno, y como amigo deberías considerar decírmelo, ¿no?

—¡Qué difícil! De todas maneras lo ibas a saber así que ahí va, Meiko está embarazada —un silencio se hizo al otro lado de la línea—. Sé que debimos contártelo pero necesitamos el trabajo, ella ayer se pasó todo el rato con náuseas y teniendo que cargar peso.

—Por eso me llamó para renunciar... ¿Y por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Hikaru en tono enfadado.

—Porque una mujer embarazada no suele ser la primera elección de recursos humanos, lo siento. ¿Estamos despedidas?

—¿De verdad creíste que no la contrataría por eso?

—Bueno, tu tono indica que no estás muy contento ahora que lo sabes, ¿estás muy enfadado?

—Ahora mismo te daría un par de azotes en el culo si fueras mi hija, ¿cómo se os ocurre ocultármelo? —dijo Hikaru enfadado—. No me importa que esté embarazada, pero si llega a pasarle algo, ¿sabes cómo me hubiera sentido?

—¿Así que estás enfadado por si le hubiera pasado algo? —preguntó Mía incrédula.

—Mía, tengo una hija de cinco años que casi no nace por la inconsciencia de su madre.

—Eso no lo sabía, lo siento.

—Bueno, no le digas nada a Meiko de que hemos hablado que buscaré una solución a esto, ¿de acuerdo?

—¿Te he dicho lo fantástico y maravilloso que eres? —preguntó Mía en tono de alabanza.

—No seas pelota, aún estoy enfadado contigo.

—Pero me quieres, ¿a que sí?

—Tanto como una patada en el culo.

Ambos se rieron y el ambiente se relajó. Cuando Mía vio a Meiko bajarse del autobús se despidió de Hikaru y colgó en seguida. Meiko no tenía muy buena cara.

—¿Mala noche? —preguntó Mía sonriendo.

—¿Y tú me preguntas? —contestó Meiko burlándose de ella.

—Espero no dormirme en clase, en cuanto acabe la primera hora entrego el papel y me voy a casa a dormir. ¿Tú que harás? —preguntó Mía mientras emprendían el camino a clase.

—Yo parecido, le entrego el papel y me voy a ver a Hikaru, ayer me despedí —dijo Meiko triste.

—¿Ah, sí? —preguntó Mía como si no supiese nada—. ¿Y a qué vas a hablar con él?

—Bueno, me dijo que no acepta renunciadas telefónicas, así que me toca presentarme y pasar un mal rato. En fin, cambiemos de tema, ¿cómo te fue en el trabajo ayer? ¿Alguna sorpresa?

—¿Te refieres a si Ryo vino a buscarme? —Meiko sonrió con culpabilidad—. Sí, vino y hemos quedado como amigos.

—¿Ah, sí? —preguntó Meiko con un tono burlón—. No sabía que quisieras ser su amiga.

—Y no quiero, pero estoy enganchada a la adrenalina que siento cuando está cerca, no lo puedo evitar, tengo mono de él.

—Eres una yonki de Ryo.

—Sí, y no sabes cómo me jode reconocerlo —terminó diciendo Mía, riéndose.

Cuando entraron al edificio, un hombre vestido de mayordomo de la corte se les acercó. Les dijo que el director quería verlas a ambas en ese mismo instante y las escoltó hasta su despacho. Ni Meiko ni Mía sabían qué quería pero con la conciencia tranquila ambas se dirigieron a averiguarlo. Al llegar al despacho vieron salir a Charlotte de él llorando, mientras el director la consolaba dándole palmadas en la espalda.

—Esto no va nada bien —dijo Mía mirando a Charlotte, que caminaba hacia ellas.

—Lo siento, Mía, mi conciencia no me dejaba seguir engañando —dijo entre sollozos.

Meiko miró a Mía sin saber por dónde iban los tiros, pero Mía empezaba a entenderlo. Cuando Charlotte y ellas se cruzaron, acabó de entenderlo todo.

—Ya te advertí que no te acercaras más a él —dijo Charlotte en voz baja.

—Y no lo he hecho —contestó Mía.

—Pero lo provocas para que vaya él, y ahora toda la escuela habla de mi a mis espaldas, de cómo él te siguió dejándome tirada en el comedor.

—Quizás la culpa no es de quien lo provoca, si no de quien no sabe retenerlo —dijo Mía con media sonrisa en la cara.

Charlotte estaba furiosa, si no fuera porque el director las estaba observando Mía estaba segura de que la hubiera arrastrado del pelo por toda la escuela. Cuando el director llamó a Mía y Meiko a su despacho Charlotte esbozó una gran sonrisa y se marchó con la cabeza baja como si estuviera afligida.

—Déjame hablar a mí, ¿vale? —le dijo Mía a Meiko casi al llegar donde estaba el director.

—Supongo que ya saben por qué las llamo, señoritas.

—Yo sí, pero ella no —dijo Mía señalando a Meiko.

Realmente no sabía por qué las habían llamado, así que no tuvo que fingir ninguna cara. El director la observó y finalmente creyó que Meiko no sabía nada. Recogió su justificante de trabajo y le pidió a Mía que entrara.

—¿Qué pasa? —preguntó Meiko intranquila.

—No estoy segura, pero mejor te cuento luego. Vete antes de que se arrepienta.

—Pero no quiero dejarte sola, Mía, el director no suele llamar a su despacho para cosas buenas.

—He visto más despachos de director en mi vida de los que me gustaría —dijo Mía sonriendo para calmar a Meiko—. Voy a estar bien. Tú ve con Hikaru y me cuentas, ¿vale?

Meiko se fue poco convencida, mientras Mía entraba al despacho y cerraba tras ella. Dio un vistazo alrededor y pudo comprobar que aquel lugar estaba a la altura del mismísimo despacho oval. El diseño era intimidatorio, todo en madera oscura, con papel de pared verde sin cenefas, cuadros honoríficos por todas partes, varias banderas patrióticas repartidas por la estancia y un gran escritorio de madera maciza de roble.

El director se había sentado en la gran butaca negra, e instó a Mía a que tomara asiento en una de las dos diminutas e incómodas sillas que se encontraban delante de ella.

—¿Sabe por qué está aquí? —preguntó el director con seriedad.

—Me lo imagino, pero por si acaso me equivoco, dígame usted —contestó Mía demostrando que no se sentía intimidada en lo más mínimo.

El director sacó la solicitud para faltar a clase y la puso delante de Mía.

—Sí, estábamos pensando en lo mismo —dijo Mía.

—La señorita Charlotte me ha contado que le ayudó a falsificar esta firma porque su tutor no se la quería dar, y ella no pudo evitar ayudar a una amiga, ¿es así?

Mía bajó su cabeza y se frotó los ojos con la mano izquierda, intentando evitar reírse ante la afirmación de amistad entre Charlotte y ella.

—Sí, así fue —contestó Mía.

—También me ha dicho que Ryo no las delató porque quería protegerla a ella, todos saben que son pareja y que usted le dijo que si Charlotte hablaba ambas caerían por igual. ¿Es cierto?

«¡Qué pedazo de zorra!», pensó Mía, estaba a punto de decirle que fue idea de ella y que le iba a sacar la verdad a golpes, pero Ryo estaba por medio y si admitía que mintió no se iba a salvar de una buena. Mía tomó aire y contestó mientras lo expulsaba.

—Sí, así fue, ni James Cameron lo hubiese descrito mejor en una película.

—Así que admite todo, ¿no?

Mía asintió mordiéndose la lengua para no hablar.

—Entonces su permiso de trabajo queda revocado y tendrá que asistir a clase.

—No me puede hacer eso, fue un error pero he firmado un contrato y esto ya es cuestión legal —dijo Mía mostrándole el contrato.

El director lo cogió y lo leyó detenidamente.

—Veo que es para una empresa de catering.

—Sí, es para dar comidas y recoger después todo.

—Está bien, como ha confesado y asumido su culpa le concedo que a la hora de comer vaya a trabajar y se salte las clases de la tarde, pero las de la mañana no son negociables. Y recuerde que hay un cupo de faltas que la puede dejar fuera de esta escuela.

Mía se levantó y le dio la mano en agradecimiento. Desde luego, la cosa podía haber acabado peor, aunque eso a Mía no la consoló en absoluto. Cuando abrió la puerta para ir a clase se giró hacia el director, que ya estaba sumido en la lectura de sus papeles.

—¿Puedo saber cuál va a ser el castigo de Charlotte? —preguntó Mía—. Ya

sabe, somos amigas y me siento mal por ella.

—La señorita confesó y eso la exime de toda culpa.

—Entonces, si cometes una falta pero luego lo cuentas, quedas libre de castigo, ¿no? —el director guardó silencio—. Interesante el tipo de sistema que usan por aquí.

Dicho esto Mía cerró la puerta y se dirigió a clase. No había traído nada más que lo necesario para la primera hora, así que el resto de clases se limitaría a mirar las avutardas. Cuando llegó a su clase, faltaban diez minutos para que acabara, así que prefirió sentarse en el suelo y esperar a que sonara el timbre antes de entrar. Sacó su móvil y llamó a Meiko.

—¿Ya has salido del despacho? —preguntó Meiko sin siquiera saludar.

—¿Crees que podría hablar contigo si aún estuviera allí? —preguntó Mía riéndose.

—Cuéntame que ha pasado porque no me entero de nada.

—Te resumo, Charlotte ayer se cabreó porque Ryo salió tras de mí, en venganza le contó al director que falsificó la firma de Ryo por mí, y como consecuencia tengo que venir a clase por la mañana si no quiero que me expulsen.

—¡Será perra! ¿Por qué no has dicho que fue ella quien te lo dijo?

—Porque Ryo me encubrió y no era plan de fastidiarlo por culpa de Charlotte.

—¿Entonces? —preguntó Meiko esperando saber qué iba a hacer Mía.

—Todo sigue igual pero conmigo durmiendo menos horas.

—¿Y no vas a hacer nada con respecto a Charlotte?, porque yo la estaría matando en este momento.

—He pensado mil y una maneras de matarla, pero en ninguna sufriría lo bastante, así que hoy dedicaré el día a pensar mi vendetta —dijo Mía riéndose.

—Ahora me da pena Charlotte.

Ambas se echaron a reír y el timbre del final de la clase sonó. Mía se despidió de Meiko, que estaba a punto de entrar a hablar con Hikaru. Todos salieron a tropel de la clase, el pasillo se llenó al instante, y Mía se levantó lentamente del suelo apoyándose en la pared. Todos la miraban sabiendo que había estado en el despacho del director, era como una prófuga a la que tener miedo. Pasó por entre las mesas y se dirigió a su escritorio, pero Charlotte la interceptó de camino a él.

—¿Qué haces aún aquí? —preguntó indignada.

—¿Tan pequeño es tu cerebro que no te da para acordarte que voy a esta clase? —dijo Mía intentando molestar a Charlotte descaradamente.

—Deberías estar expulsada por lo que hiciste.

—Hicimos, querida amiga —corrigió Mía—. Y no dudo que esa haya sido tu intención, pero lo único que has logrado es que me obliguen a venir a clase por la mañana.

—¿Cómo? No puede ser.

—Ya ves, no siempre los planes salen bien.

Mía recibió un mensaje de Meiko en ese momento:

«Lo siento, avisé a Daisuke para que se asegurase de que estás bien, no me odies ;)»

Mía se tapó los ojos con una mano y movió la cabeza en un gesto de incredulidad. Tenía que hablar muy seriamente con Meiko, debía dejar de buscarle niñeras a Mía o se iba a volver loca. Antes de que su animada conversación con Charlotte prosiguiera, sintió cómo tiraban de ella hacia atrás. Al girarse vio a Ryo agarrándola del brazo y dirigiéndose a la salida del aula donde Daisuke estaba parado.

—Vamos a aclarar esto con el director ahora —dijo Ryo tajante.

—Para, para que me tiras —contestó Mía deshaciéndose del agarre de Ryo.

Todos los que estaban allí les observaban y murmuraban mirando hacia Charlotte. Esta, roja de ira, fue directa hacia Mía.

—Tú también vienes a aclarar todo esto, Charlotte —dijo Ryo.

De los ojos de Charlotte comenzaron a salir más lágrimas de cocodrilo de las que Mía había visto jamás.

—Nadie va a ningún sitio, ya está todo aclarado, así que cada mochuelo a su olivo —dijo Mía esperando que entendieran sus palabras.

—¿Cómo que está aclarado? Cuéntenos qué ha pasado, Mía —pidió Daisuke.

—A ver, que falsificar una firma no es tan grave, la de mi madre la clavo desde los siete años —contestó Mía ante el asombro de los allí presentes, definitivamente la miraban como a una prófuga.

—¿Y? —preguntó Ryo esperando a que Mía continuase.

—Pues que gracias a que la conciencia de Charlotte no estaba tranquila por lo que hizo yo me he ganado una cadena perpetua en esta clase todas las mañanas del curso. Han restringido mi permiso de trabajo a las tardes.

En la boca de Ryo se dibujó una sonrisa que a Charlotte hizo enfurecer aún más.

—No me hace gracia, Ryo. ¿Te alegras de mis desgracias? —dijo Mía intentando evitar sonreír ella también.

—Me alegro de poder verte cada mañana, por algo somos amigos, ¿no? —contestó con una sonrisa enorme en su rostro.

—Puedo ser tu amiga a distancia, que parece lo más seguro viendo con quien te juntas —contestó Mía mirando a Charlotte.

Charlotte levantó la mano para pegar a Mía y esta la encaró sin tratar de frenarla, estaba claro que no le tenía miedo. Ryo detuvo la mano antes de que llegara a tocar a Mía.

—¿Ves? Ser tu amiga es peligroso para mi salud —replicó Mía.

Ryo cogió de la mano a Charlotte y se la llevó enfadado. Esta estaba pálida ante la reacción que había tenido Ryo, jamás lo había visto así con ella.

—¿Por qué no la paraste? —preguntó Daisuke, que aún estaba al lado de Mía —. Los dos sabemos que en un uno contra uno ella no tendría nada que hacer.

—Creo que he entendido el juego de Charlotte, y viendo su cara se me está ocurriendo la manera de devolverle todas las que le tengo guardadas —dijo Mía mirando al vacío pensativa—. Pero guárdame el secreto —susurró mientras se llevaba un dedo a la boca.

Daisuke le sonrió al ver que todo estaba bien con ella y se fue a clase. Mía regresó a su sitio y pasó las siguientes horas mirando por la ventana. Apenas se dio cuenta de cuando entró Charlotte con los ojos rojos de llorar, le dio un vistazo, una sonrisa que enfureció a Charlotte, y siguió mirando por la ventana y pensando.

Cuando sonó el timbre de la última clase de la mañana Mía salió disparada hacia la puerta principal, corriendo por el pasillo como si la persiguieran. Cuando llegó a la entrada vio al sargento apoyado en un Honda viejo con los brazos cruzados. No era guapo, era demasiado serio para serlo, Mía se preguntaba si alguna vez sonreía. Llegó hasta él y lo saludó, no obtuvo respuesta de su parte. Todo el colegio estaba atento a sus movimientos y Mía ya se imaginó que de esa situación no iba a salir nada bueno, mañana se enteraría del tipo de rumor que alguien se habría encargado de difundir.

Se metió en el coche, se puso el cinturón y preguntó por su destino. El chico le dijo, sin mirarla ni una sola vez, que el jefe le había mandado ir a buscarla, a partir de ahora la recogería aquí y se reunirían con los demás en la sede para coger la furgoneta. Claramente la idea no entusiasmaba demasiado al sargento, pero Mía pronto descubrió que aún menos entusiasmaba a la caniche.

Una vez llegaron, la cara de la caniche era toda furia. Mía ni siquiera la miró, ya había tenido suficiente con una loca hoy como para lidiar con dos. Meiko no apareció por ningún lado y dio por supuesto que la habría cambiado de puesto a uno con menos olor de comida. El almuerzo pasó rápido, Mía atendió a la mayoría de los que estaban allí, limpió todo, lo recogió y lo bajó a la furgoneta. Tanto el sargento como la caniche y el caracol estaban tomando a Mía como una criada, se aprovechaban de ella y le cargaban el trabajo más duro. Pero Mía no iba a quejarse ni una vez, si querían jugar duro, pues duro jugarían.

Una vez acabó el turno, la llevaron hasta su otro trabajo y se fueron sin despedirse. Mía miró el reloj y sacó el móvil, aún tenía un par de minutos antes de su turno y los iba a aprovechar para llamar a Meiko.

—Hola —contestó una niña

—¿Con quién hablo?, ¿no es el móvil de Meiko? —preguntó Mía.

Unas risas se oyeron de fondo.

—Mía, soy yo, perdona, que Asako se me adelantó a descolgar.

—¿Asako? ¿Qué haces a esta hora con ella? —preguntó Mía con sorpresa.

—Bueno, estuve hablando horas con Hikaru, le conté mi “situación” y no se asombró ni un poco —Mía sonrió sabiendo la razón de esa impasividad—. Le dije que necesitaba dinero, que me quedaba sin casa y que viviríamos juntas, bueno le conté todo, todo, todo.

—Ya entiendo que os llevara varias horas —interrumpió Mía.

—Y decidió que no trabajara más en la compañía.

—¡No!, déjame que hable con él y lo convenza —protestó Mía.

—Tranquilízate, no trabajaré allí porque voy a trabajar en su casa, soy la nueva niñera de Asako —aclaró Meiko.

—¡Genial! Por fin algo nos empieza a ir bien, ahora solo nos queda encontrar dónde quedarnos hasta que la hermana de Sayumi nos alquile el cuarto.

—Bueno, hay algo más —dijo Meiko haciendo una pausa—. Me ha ofrecido vivir en su casa mientras se arregla ese tema.

—¿De verdad? Voy a tener que comprarle un regalo a este chico, no sabes la preocupación que me quitas de encima.

—¿No te enfadas? No es que no me vaya contigo, pero hasta que tengamos algo seguro no quiero ser una carga... Pero en cuanto tú lo digas me mudo contigo —se apresuró a aclarar Meiko.

—Tranquila, así es mejor, yo puedo seguir en la mansión un poco más y tú estarás mejor cuidada y atendida. Bueno, te dejo que entro a trabajar ahora.

Mía se guardó el móvil y entró directa a la cocina. La pila de cacharros por fregar aún era mayor que la del día anterior. Estaba claro que la abuela había dejado los de la comida sin fregar y pretendía que Mía lo limpiara. Estuvo a punto de irse, pero se lo pensó mejor al ver la cantidad de personas que había allí. Por la mañana hablaría con ella para aclarar todo, pero ahora se sentía en la responsabilidad de cumplir su trabajo. De nuevo terminó pasadas las once, se despidió y salió buscando un poco de aire limpio que no oliera a guiso.

Ryo volvía a estar esperándola.

—Espero que no quieras un sueldo como chófer porque ando algo escasa de dinero —dijo Mía sonriendo.

—A mis amigas no les cobro.

—Ya veo, amigas en plural, tu sí que sabes hacer sentir especial a una chica.

Ryo se acercó y besó la mejilla de Mía ante su asombro.

—Hueles a comida —dijo Ryo sonriendo.

Mía le sacó la lengua y se metió en el coche, Ryo hizo lo mismo, se pusieron el cinturón y se dirigieron a casa.

—¿Cuándo dejarás de irte con hombres delante de todo el mundo? —preguntó Ryo burlón.

—Qué quieres que te diga, nadie se resiste a ser mi chófer.

—Bueno, ya sabes que mañana serás la comidilla del colegio.

—¿Y cuándo no lo soy? —rio Mía—. No dudo que Charlotte habrá estrujado su cerebro para inventar una buena historia.

—De Charlotte no te preocupes más, ya he hablado con ella.

—Espero que no hayas sido demasiado duro.

—¿Te preocupa? —preguntó Ryo incrédulo.

—No, es que quiero ser yo la dura con ella.

Ryo la miró divertido, intentado imaginar lo que le pasaba a Mía por la cabeza. El resto del trayecto Ryo se la pasó intentando convencer a Mía de que cenase con él, explicándole que los platos estaban en la mesa esperándolos.

—De verdad, he comido algo en el trabajo y ahora quiero dormir.

—¿Te has mirado últimamente?, tienes un aspecto que da pena —bromeó Ryo.

—Si me siento contigo me dejarás en paz, ¿no?

—Por el momento —dijo sonriendo victorioso.

—Venga, pues cenaré contigo.

Cuando llegaron al comedor de la mansión, la mesa estaba colocada, tenía una gran variedad de platos encima, cada uno más apetecible que el anterior. Se

sentaron uno al lado del otro y Ryo se quedó mirando a Mía fijamente, su cara reflejaba cansancio.

—¿Qué? —preguntó Mía.

—Gracias por no delatarme con el director.

—Lo hago por todos mi chófer —contestó Mía recalcando la “s” final de la palabra.

—Si me disculpas, tengo una llamada que hacer —dijo Ryo levantándose—. Pero tú empieza.

Ryo se alejó para hablar con el móvil, Mía picó de algunos platos, pero realmente no tenía hambre, decidió esperar a Ryo pero el cansancio se apoderó de ella. Primero se apoyó en sus codos, luego se recostó en la silla y por último se apoyó en la mesa y usó sus brazos de cojín.

Cuando Ryo regresó vio a Mía profundamente dormida, sacó un documento y un bolígrafo de debajo del mantel y movió un poco a Mía para despertarle.

—Mía —le susurró—, firmame aquí, por favor.

—¿Para qué? —preguntó más dormida que despierta.

—Es para un trabajo.

A Mía le pareció buena explicación y firmó como pudo. Tras esto, Ryo dobló el papel y lo metió en su cartera. Una vez guardado, cogió a Mía en brazos y se dirigió a su habitación. Mía estaba semiconsciente mientras subían las escaleras.

—Por favor, pon la alarma de mi móvil a las cinco —pidió Mía.

—Mañana no tienes que madrugar —susurró Ryo—, a partir de mañana se acabó fregar platos.

Mía hizo el intento de abrir los ojos pero no pudo, aun así siguió hablando.

—No puedo dejar tirada a esa señora Ryo. Además, necesito el trabajo, y me enfadaré contigo de verdad.

—Suenas muy poco convincente cuando estás así —contestó con ternura.

—Que sepas que estoy furiosa —dijo Mía mientras Ryo sonreía y entraba en su habitación.

—He llamado para que mañana haga tu trabajo alguien, así que no te preocupes, descansa que tienes que ir a tu nuevo trabajo por la tarde.

—¿Qué nuevo trabajo? —preguntó Mía mientras revisaba la habitación con los ojos medio abiertos.

—Serás mi entrenadora personal, y has firmado un contrato así que no puedes negarte o te demando.

Ryo echó a Mía sobre la cama y le ayudó a quitarse la ropa, le puso una camiseta ancha y la metió dentro de las sábanas.

—Esta no es mi habitación —logró decir Mía mientras Ryo se acostaba a su lado.

—Lo sé, pero esta noche quiero que duermas aquí —contestó Ryo abrazándola a la vez que la acercaba a su cuerpo.

—Mañana te mataré, recuérdamelo —dijo Mía mientras se acurrucaba en el pecho de Ryo.

—Mañana será otro día —contestó besando su frente y cerrando los ojos.

Entonces tendré que conquistarla

En el instante en que sonó el despertador, Mía se dio cuenta de que algo no estaba bien, ese no era el sonido de la alarma de su móvil. Abrió los ojos y confirmó sus sospechas al tiempo que Ryo le daba al *snooze* para dormir cinco minutos más. Mía se quedó quieta intentado recordar lo que había pasado, como la mañana después de una buena borrachera. Reconstruyó los hechos paso a paso, pero su mente se perdía una vez que estaba sentada en la mesa del comedor y Ryo se levantó a llamar. Levantó las sábanas y vio que no llevaba su ropa, ni su pijama, tan solo una camiseta que no era suya. Miró a Ryo, que dormía plácidamente a su lado con su brazo debajo de la cabeza de Mía, levantó la sábana de su lado y vio que él llevaba sus bóxer. Que ambos estuvieran vestidos era bueno, pero lo que llevaban puesto no indicaba que no hubiese pasado nada.

Se incorporó, pero al momento sintió cómo dos manos agarraban sus hombros y tiraban hacia atrás de ella volviendo a tumbarla mientras Ryo pasaba su mano por encima de su cuerpo.

—Aún quedan unos minutos, Mía —dijo Ryo medio dormido y sin abrir los ojos—, duérmete un poco más.

Con las palabras de Ryo en el aire, Mía se giró y empujó a Ryo tan fuerte que lo tiró de la cama.

—¡Joder!, ¿estás loca? ¿Quieres matarme? —dijo Ryo exaltado, levantándose del suelo y quitándose la ropa de cama que se había enredado en su cuerpo durante la caída.

—¿Cómo he acabado aquí? —preguntó Mía desde encima de la cama.

—Anoche te quedaste dormida en la mesa y te llevé a la cama —contestó Ryo frotándose el culo, que aún le dolía del golpe.

—Me llevaste a TU cama —dijo Mía enfadada—. Así que si quieres salir de aquí caminando por tu propio bien cuéntame qué pasó exactamente.

—¿Era necesario despertarme así para pedirme explicaciones? —preguntó sentándose en la cama de nuevo.

—Tanto como dormir aquí.

—Está bien. Anoche llegamos, estabas cansada, me fui a hacer una llamada, volví y estabas dormida, te cargué, te veías tan tranquila que decidí traerte hasta aquí, te puse el pijama y nada más, ¿contenta?

—¡No! —contestó Mía levantándose de la cama—. ¿Has visto la hora que es? Ya no llego a fregar...

—Veo que no te acuerdas —dijo Ryo estirándose hasta llegar a su cartera encima de la mesita de noche—, desde ayer ya no trabajas ahí —siguió diciendo mientras le daba un papel a Mía.

—¿Qué es esto? —preguntó Mía mientras abría el papel y lo leía.

—Es tu contrato, anoche lo firmaste. Quiero que me enseñes a hacer parcour.

—¿Esto es legal? —Ryo asintió—. Entonces no lo he soñado —dijo Mía recordando la situación—, me despido.

—No puedes, hay una cláusula que te impide hacerlo al menos durante el primer mes, si lo incumples puedo llevarte a juicio y los abogados aquí son

muy caros.

—Soy capaz de romperme una pierna para no enseñarte —dijo Mía claramente enfadada.

—Te creo, pero escúchame, de verdad que esto es bueno para ambos. El trabajo de fregar te ocupa demasiado, esto es en casa después de que termines del catering, y pago muy bien —terminó diciendo Ryo con una sonrisa en su cara.

—No entiendo por qué haces esto, ¿para qué necesitas el parcour? Sé que sabes pelear.

—Exacto, pero no todas las peleas se ganan, y a veces es mejor saber escapar, y esto me ayudaría mucho... Venga, porfa —ronroneó.

Ryo tenía a Mía agarrada del brazo y tiraba de la manga de la camiseta como si fuera un niño pequeño suplicando que le compren un juguete nuevo. Mía leyó detenidamente el contrato, la verdad es que era buena oportunidad, un buen sueldo y haciendo algo que realmente le gustaba. Tras unos minutos leyendo el contrato, Mía levantó la cabeza y se quedó mirando a Ryo.

—Está bien, acepto, pero no creas que esto va a ser un paseo en barca porque voy a machacarte y encima te cobraré por ello.

—Yo te dejo que me machaques lo que quieras —contestó Ryo con una sonrisa de medio lado.

—Otra pregunta más, gigoló, ¿se puede saber cómo he acabado con tu camiseta?

—Culpa mía —dijo Ryo con una sonrisa picarona—. No te enfades, no he

visto nada que no hubiese visto antes.

—¿Sabes que eres un perverso? —preguntó Mía riéndose.

—¿Y tú sabes lo increíble que te ves con esa camiseta?

Mía le tiró un cojín a la cara y Ryo se tiró hacia atrás como si un misil le hubiera alcanzado. Ambos se encontraban a gusto, se sentían cómodos el uno con el otro. Mía miró el reloj, recogió su ropa de encima de la silla de Ryo y se fue a la puerta.

—Me voy a vestir que es hora de ir a clase —dijo Mía abriendo la puerta, antes de salir se giró y miró a Ryo a los ojos—. Otra cosa, aún te falta mucho para engañarme, en ese contrato no hay ninguna cláusula que impida que me despida.

Ryo sonrió ante la clara pillada que había sufrido, se tiró hacia atrás en la cama y cogió el móvil, marcó el número de Daisuke y esperó que contestara.

—Ha aceptado entrenarme —dijo Ryo sin saludar.

—Buenos días a ti también, Ryo, ¿de verdad ha aceptado? —preguntó Daisuke incrédulo.

—Sí, de esta no se escapa.

—No creo que tu plan funcione, que ella te entrene no significa que quiera estar contigo.

—Entonces tendré que conquistarla.

—¿Te estás oyendo? —preguntó Daisuke muy serio—. Mía no estará contigo hasta que soluciones lo de Charlotte por mucho que te empeñes en

conquistarla.

—Al menos la tendré entretenida el tiempo suficiente hasta que lo solucione —contestó Ryo—. No te imaginas la rabia que sentí ayer al ver cómo se iba con ese tipo en su coche.

—A ver que me aclare, quieres a Mía contigo, pero no puedes porque está Charlotte de por medio, y como ayer te diste cuenta de que el universo tiene más hombres aparte de ti en los que Mía se podría fijar has decidido contratarla de entrenadora para conquistarla.

—Más o menos, dicho así suena mal. Parece que juego a dos bandas, pero en realidad sabes que lo de Charlotte es una situación temporal.

—Yo sí lo sé —dijo Daisuke—, pero el resto no. Mía no es idiota y si fueras la situación puede explotar, es como el C4 ya lo sabes.

—No puedo evitar mi necesidad de estar con ella, de tenerla cerca, de sentir que es solo mía. Sé que es egoísta de mi parte, pero no puedo pensar en perderla ni un minuto.

—¿Cuánto tiempo te va a costar terminar con Charlotte? —preguntó Daisuke viendo que su amigo estaba realmente en un gran problema.

—Ayer hablé con ella y me pidió que aguantáramos hasta navidad, queda poco más de un mes, durante las vacaciones de invierno convencerá a su padre de que no quiere estar conmigo.

—Pues suerte, amigo, no creo que Mía tenga tanta paciencia.

—Eso es lo que me da miedo... Te veo en clase.

Ryo colgó pensando en las palabras de Daisuke, sabía que tenía razón pero al

menos debía intentarlo. Quería estar con Mía pero Charlotte había sido alguien importante para él, incluso hubo un tiempo en que la veía como su futura esposa, hizo planes con ella demasiado importantes como para dejarla tirada tan fácilmente. Mía tenía a Michael y debía entender lo que a él le pasaba, o al menos esperaba que así fuese.

El día de Mía transcurrió relativamente tranquilo. Charlotte apenas le dirigió una mirada, la charla con Ryo debió haber sido muy intensa. En los descansos, Mía escuchaba música e intentaba no pensar. Recogió sus cosas y se fue a la salida a la hora de comer, esta vez el sargento estaba allí con la caniche, el día pintaba duro.

El catering fue como los demás, mecánica de coger cosas de un sitio, llevarlas a otro lado, recoger lo que se caía, limpiar lo que se ensuciaba. Pero ese día los tres idiotas que trabajaban con Mía no la dejaron ni respirar, apenas hablaba pero ellos aprovechaban cualquier excusa para insultarla, tirarle algo encima o hacer que se le cayeran las cosas. En dos ocasiones Mía estuvo a punto de darle un puñetazo al caracol cuando se fijó en que él no la miraba precisamente a los ojos gracias a su uniforme nuevo, la camisa era más ajustada y los botones se soltaban con facilidad, al menos no tenía que llevar la falda de tubo anterior sino que le dejaban vestir unos pantalones negros que la dejaban moverse mejor. Al terminar la jornada, la caniche y el sargento se fueron a que les firmaran las hojas de pago y el caracol se quedó con Mía recogiendo.

—Pensaba que ibais los tres juntos a todos lados —dijo Mía cuando vio que caracol se quedaba con ella a llevar las cajas.

—Bueno, hoy necesitas ayuda —contestó el caracol sin mirarle aún a la cara.

Mía metió todo tan rápido como pudo en las cajas, no aguantaba estar cerca de ese baboso ni un minuto más de lo necesario. Una vez todo estuvo en la furgoneta Mía cogió su mochila de la parte de atrás y sacó una chaqueta de chándal para cubrirse, pero antes de que pudiera ponérsela, el caracol se la quitó de las manos y la tiró al suelo al lado de las ruedas.

—¿Qué haces, idiota? —preguntó Mía enfadada mientras se agachaba a recogerla.

El caracol la cogió del pelo y la tiró contra el lateral de la furgoneta dándose con la cabeza en la chapa. Mía se quedó sentada un poco aturdida frotándose donde había recibido el golpe, cuando sintió cómo dos pares de manos la elevaban del suelo poniéndola de pie, el sargento y la caniche habían aparecido de la nada y la tenían contra la furgoneta.

—¿Te crees mejor que nosotros? —gritó la caniche enfadada mientras le cedía el agarre del brazo de Mía al caracol.

—Llevo casi un año trabajando aquí y si no he tenido cómo ir a trabajar me he tenido que pagar un taxi, pero a ti te ponen chófer para que no tengas problemas —dijo el caracol.

—¿Qué has ofrecido para que te traten así? —preguntó el sargento apretando aún más el brazo de Mía.

—Se nota a la legua lo que esta zorra ofrece para ganar favores —contestó la caniche.

—Soltadme, me estáis cabreando —contestó Mía aun aturdida por el golpe.

—¿Ah, sí? ¿Y qué harás? Si no lo has notado este parking es solo para empresas externas al edificio y ya no queda nadie excepto nosotros, así que yo

no me pondría tan exigente —dijo el sargento.

—Yo quiero ver qué tiene esta que ofrecer —dijo el caracol arrancando de un tirón los botones de la camisa de Mía, dejando su ropa interior al descubierto.

En ese instante Mía sintió una furia inmensa. Aprovechó que el caracol estaba distraído mirándola y se soltó, se volvió y le dio un cabezazo en la nariz que luego lamentaría el sargento. Empujó a la caniche y llegó hasta un extintor, le quitó el seguro y los roció a los tres antes de que llegaran a ella. Sin pensárselo les dio con la botella un golpe a cada uno, dejándolos en el suelo tendidos, y luego salió corriendo, cogió la chaqueta del suelo y se dirigió hacia la salida de los coches. Subió la rampa, pasó por debajo de la barrera y corrió mientras se ponía la chaqueta.

La calle a la que salió le resultó conocida, sin dejar de correr se dejó guiar por su instinto, no podía pensar, la rabia invadía su cuerpo. Siguió corriendo hasta que llegó al instituto, una vez allí, cogió rumbo a casa. Cuando llegó a la verja se paró y apoyó su mano intentando tomar aire, no sabía cuánto trecho había recorrido pero sí sabía que su cuerpo le pedía que siguiera haciéndolo. Al pasar por el jardín se encontró a Sayumi.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Sayumi alterada.

—Nada —contestó Mía con la mayor serenidad que en ese momento pudo tener.

—Tienes una herida ahí —dijo señalando la frente, en el nacimiento del pelo, al lado de la sien izquierda.

Mía se acercó a una ventana y comprobó en su reflejo que llevaba un buen golpe.

—Me he caído.

—El señorito Ryo la está esperando, me dijo que lo avisara en cuanto llegara usted.

—Bien, dile que vaya a la parte de atrás y de esto —dijo señalando el chichón—, no digas nada. Me da vergüenza lo torpe que soy.

Sayumi se lo creyó y fue a avisar a Ryo, Mía no tenía demasiado tiempo para tapar ese golpe, así que se quitó los pantalones, se puso unos de chándal y una camiseta, dejó la camisa sin botones dentro del armario, buscó una gorra, y se la ajustó para que no se viera nada.

Paró un segundo antes de salir de su habitación, su cerebro iba a cien por hora, ella no había hecho nada malo, solo se había defendido, pero estaba segura de que le iban a causar problemas. Y, si eso sucedía, iba a querer estrangularlos, así que antes de que esa situación se diera frente a algún agente de la ley Mía decidió salir a soltar toda la adrenalina que aún le quedaba. Bajó las escaleras y se dirigió a la parte trasera del jardín, allí estaba Ryo con un chándal y una camiseta ajustada que no dejaba nada a la imaginación.

—Hoy no tengo ganas de tonterías, por favor, simplemente quiero correr, sígueme y no hagas preguntas —dijo Mía ante un Ryo que pasó de tener una gran sonrisa a una cara de preocupación—. Y si vas a llevar el móvil, apágalo, no quiero interrupciones —Mía sabía que podían localizarla a través de él.

Dicho esto, Mía se ajustó la gorra de nuevo y empezó a correr, Ryo vaciló un segundo pero la siguió después. Fueron por el barrio corriendo como si alguien les persiguiera, a cada obstáculo que se encontraban Mía lo saltaba, se subía o lo esquivaba de una manera que Ryo nunca había imaginado que se

podiera. A pesar de que había gente por la calle, en ningún momento Mía chocó con ninguno. Era como si supiese qué movimientos realizarían los demás y ella se acoplara a ellos. Casi una hora después, Ryo sujetó el brazo de Mía exhausto y le pidió un descanso. Para ese momento, la rabia y la frustración habían disminuido a niveles que Mía podía controlar, y cuando se giró y vio a Ryo a punto de desmayarse por la falta de oxígeno decidió que era el momento de parar.

—Ya te dije que esto no iba a ser un paseo en barca —dijo Mía mirando cómo Ryo se tiraba encima de un banco.

—Tienes que entender que soy una persona mayor para estas cosas —dijo Ryo sonriendo—. Ve a buscarme agua, por favor, antes de que me muera —suplicó entregándole la cartera a Mía.

Mientras Mía buscaba un sitio que le vendiera agua Ryo sacó el móvil de su bolsillo, lo encendió y vio que tenía más de veinte llamadas de Meiko. Asustado por lo que pudiese haber pasado marcó la rellamada.

—¿Ryo estás con Mía? —preguntó Meiko asustada.

—Sí, ha ido a por agua. ¿Qué ocurre?

—Soy Hikaru, ¿dónde estáis?

—¿Y por qué iba a decírtelo? —preguntó Ryo incorporándose del banco.

—Mía se ha metido en problemas, dime dónde estáis y os pasaré a buscar, Ryo, esto es importante.

Ryo sintió que Hikaru no le estaba mintiendo, le dio la dirección y esperó a que Mía llegara, la entretuvo un par de minutos hasta que llegó Hikaru en su

todo terreno negro y Mía palideció al verlo.

—Entra —dijo Hikaru indicando la puerta del coche a Mía.

—Déjame que te explique, por favor —rogó Mía.

—Ahora, cuando llegemos, todo se va a aclarar, pero sube —volvió a repetir Hikaru.

Ryo cogió la mano de Mía y se metieron en el coche. No iba a dejarla sola, pero se dio cuenta de que tampoco era el momento de preguntar nada.

Llegaron a la empresa y se dirigieron directamente a la oficina de Hikaru, en ella se encontraban los tres compañeros de trabajo de Mía, cuando esta los vio se tensó y se paró, no estaba segura de querer estar en la misma habitación que ellos. Cuando Hikaru le pidió que entrasen Mía apretó con fuerza la mano de Ryo, él no la había soltado en ningún momento y ahora ella no podía entrar ahí sin él. Hikaru notó el gesto e invitó a Ryo a que pasara.

El despacho era enorme, tenía varios sofás a ambos lados y un escritorio central que dejaba ver bien claro la posición de autoridad que ocupaba el dueño de aquel asiento. Hikaru indicó a Mía que se situara en los sofás de la izquierda y los otros en los de la derecha. Descolgó el teléfono, le pidió algo a quien estuviera al otro lado y colgó.

—Bien, alguien quiere contarme qué ha pasado —dijo Hikaru con serenidad.

Mía levantó la vista y vio a caracol, caniche y sargento aún blancos del polvo del extintor y furiosos. Caniche levantó la mano y se levantó como si fuera la portavoz del grupo.

—Director, desde que ella empezó a trabajar con nosotros a principio de

semana hemos aguantado sus desplantes y su altanería por conocerlo a usted. Hemos hecho su trabajo —Mía bajó la mirada intentando buscar una distracción para calmarse— pero hoy, hartos de la situación, intentamos razonar con ella para evitar que tuviese problemas con usted —la pierna de Mía comenzó a agitarse, con tanto nerviosismo que Ryo tuvo que poner la mano encima para pararla—. Y se enfadó, nos insultó y nos roció con el extintor para después atizarnos con él una vez estábamos prácticamente ciegos.

La caniche se levantó la camiseta y enseñó una marca en su estómago, el sargento en la espalda y el caracol en el costado.

—Así que —continuó la caniche—, exigimos una indemnización por la agresión sufrida por una de sus trabajadoras.

Eso fue el colmo, Mía no pudo creer que después de lo sucedido quisieran sacarle dinero a Hikaru, que la acusaran a ella para librarse lo esperaba, pero eso no. Se levantó con toda su furia del sillón y fue directa a la caniche dispuesta a romperle cada hueso de su cuerpo. Pero Ryo la cogió por la cintura justo a tiempo y tiró de ella hacia atrás, mientras ella gritaba insultos en todos los idiomas que conocía.

—Mía, calla, por favor —dijo Hikaru— ¿es eso lo que pasó?

—Por supuesto que no, fueron ellos quienes me atacaron —contestó Mía, Ryo se puso tenso tras de ella al oír eso.

—¿Quién se va a creer que tú has podido golpear a tres personas que te atacaban y no recibir ningún golpe? —preguntó la caniche con una sonrisa de triunfo asomando por sus labios.

Mía se dio cuenta de que lo tenían todo muy bien atado, pero no iba a dejar

vencerse tan fácilmente. Cuando fue a quitarse la gorra para enseñar su herida tocaron a la puerta. Un joven con cara de becario entró con un equipo audiovisual, situó el carrito contra el escritorio mirando hacia los presentes, enchufó todo y le dio el mando a Hikaru.

—Por favor, sentaos —pidió Hikaru mientras encendía la televisión y le daba a reproducir un video—. Esta es la copia del video de seguridad del parking, ahora veremos todo lo que pasó.

Los tres empleados se quedaron pálidos y sin moverse, tan solo el sargento se atrevió a girarse buscando la puerta de salida con la mirada.

—Por si alguien tiene pensado huir, hay dos guardias en la puerta del despacho. Si ustedes tienen razón —dijo Hikaru refiriéndose a la caniche y demás— les pagaré por lo sucedido, pero si es ella la que la tiene, irán directos a la comisaria.

Cuando el video comenzó a reproducirse, se hizo un gran silencio, Mía volvió a revivir aquellos momentos y las lágrimas empezaron a brotar sin poder hacer nada para detenerlas. Ryo la giró hacia él tras ver el golpe contra la chapa y le quitó la gorra dejando al descubierto la herida, tras Mía, el video seguía reproduciéndose, ella sabía lo que iba a pasar y no pudo evitar bajar la mirada por la impotencia de haber sufrido un ataque así. Cuando se vio cómo caracol cogía la camisa de Mía y tiraba de ella rasgándola, Ryo saltó hacia él y comenzó a golpearlo hasta que Hikaru y el sargento pudieron separarlo.

—¡Hijo de puta!, ¡te voy a matar! —Ryo no paraba de gritar.

Cuando lograron separarlos los guardias se llevaron a los tres, dejando a Mía y a Ryo solos en el despacho mientras Hikaru daba parte a las autoridades entregándoles el video.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó casi gritando Ryo.

—Me daba vergüenza —contestó Mía sin mirarlo.

—Pero tú no has hecho nada, son ellos lo que deberían tener vergüenza —dijo Ryo enfadado consigo mismo por no darse cuenta. Andaba por la habitación sin poder detenerse.

—Ya lo sé, pero es complicado, tengo demasiado en mi cabeza y ya no puedo pensar bien.

—Mía, algo así debes decírmelo, cuéntame qué te ocurre, estoy aquí —pidió Ryo con un tono dulce mientras cogía de la mano a Mía y tiraba de ella hasta abrazarla.

Mía se acurrucó entre sus brazos, hacía demasiado que no se sentía a salvo de esa manera, el mundo se paró por un segundo y ella pudo respirar.

—Cuéntame qué pasa por tu cabeza, Mía —susurró Ryo poniendo sus labios sobre su pelo.

Mía sintió un escalofrío por la espalda, oía la voz de Ryo pero no distinguía sus palabras, cerró los ojos y notó cómo su cabeza daba vueltas, el estómago era una montaña rusa y comenzó a sentir que perdía fuerza en cada una de sus extremidades.

—Mía, cuéntame, no te quedes callada —Mía dejó de abrazarlo y de repente, Ryo notó cómo el cuerpo de Mía cedía ante sus brazos—. ¡Mía!

La agarró con fuerza por la cintura mientras la cargaba en brazos, apoyó su cuerpo en el sofá y vio la cara pálida de Mía. Empezó a gritar para que le ayudaran, sintió su cuerpo acelerarse. Mía no respondía de ninguna manera, y

Ryo empezaba a volverse loco. Hikaru entró ante los gritos de socorro de Ryo y, al ver la escena, pidió que le prepararan el coche, ordenó a Ryo que la cogiera y se dirigieron al parking. Una vez allí, metieron el cuerpo de Mía en el asiento trasero y Ryo subió junto a ella. No se movía, su piel estaba fría y su cara pálida. Ryo no dejaba de acariciarle el pelo, pidiéndole que despertara. Cuando llegaron al hospital la pusieron en una camilla y desapareció tras unas puertas. dejando a Ryo y Hikaru sin saber qué hacer.

Yo también lo creía

Cuando Mía abrió los ojos, tardó unos segundos en reconocer el sitio en el que se encontraba. Era una habitación blanca, con unas ventanas por las que entraba la suficiente luz como para iluminar toda la estancia. Giró su cabeza para mirar de frente y se encontró a Hikaru sentado en un sofá negro, y a Meiko recostada sobre su regazo, también dormida bajo una manta. Sintió su cuerpo como si llevara años sin moverlo, entumecido. Comenzó a mover cada una de sus extremidades con cuidado, pero al llegar a su brazo izquierdo notó un gran peso sobre él, al mirar, Mía se encontró con Ryo, que estaba sentado en una silla, apoyando su cuerpo sobre el colchón mientras sostenía la mano de Mía. En ese momento, la puerta se abrió lentamente.

—Bueno días, Bella Durmiente —susurró Daisuke con una sonrisa.

—¿A qué fiesta fuimos? Porque debió ser buena si hemos acabado todos durmiendo en la misma habitación y yo no me acuerdo de nada, seguro que nos dieron garrafón —dijo Mía bromeando.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Daisuke—. Ayer nos diste un buen susto.

—Como si un elefante hubiese bailado salsa sobre mi cuerpo —sonrió Mía—. ¿Qué pasó?

—Estabas en el despacho de Hikaru y te desmayaste. Ryo me llamó histérico cuando te trajeron aquí, no paraba de repetir que no te movías, obligó a los médicos a hacerte pruebas de todo tipo.

—¿Y qué tengo? —preguntó Mía un poco preocupada.

—Agotamiento físico y principio de anemia por falta de una buena alimentación, nada que no se cure con descanso y un buen restaurante.

Daisuke se situó el lado de la ventana, junto a la cama de Mía.

—¿Sabes? Ha estado esperando a que te despiertes toda la noche —dijo Daisuke señalando a Ryo con la mirada—, hace un rato que se quedó dormido.

Mía le miró un poco incrédula.

—¿No me crees? —preguntó Daisuke.

—No del todo.

—Lo dices por Charlotte, ¿verdad? —Mía asintió—. Conozco a Ryo desde hace años, aunque parece que nada le importa lo suficiente no es así, se lo queda todo dentro, y eso le está consumiendo.

—No te entiendo.

—Ni él mismo, hasta hace unos meses todo era fácil, tenía una novia, unos planes, una vida, por así decirlo. Luego apareciste tú en un mal momento de su vida e hiciste que dudara de todo lo que para él era seguro. Te quiere, quiere estar contigo, pero siente que ha traicionado a Charlotte enamorándose de ti, y no sabe cómo compensarla por eso.

—¿Por qué tiene que compensarla? —preguntó Mía frustrada—. Eso es lo que me molesta, es triste cuando algo se acaba pero si uno deja de sentir es mejor dejarlo, no quiero que alguien esté conmigo por rutina. ¿Sabes lo duro que debe ser despertar un día y darte cuenta que tu vida ha pasado y que ya no hay vuelta atrás? Si Charlotte lo quisiera, le dejaría ir.

—Es verdad, pero Charlotte no es tan altruista como tú. No va a dejar que él

se escape, y va a hacer lo imposible para que no estéis juntos. Solo te pido que confíes en él y no caigas en las trampas de Charlotte.

—No me importan las trampas de Charlotte, como mujer sé que podemos ser realmente malas si queremos, lo que me molesta es que él se lo permita, eso me duele —dijo Mía con una lágrima recorriendo su mejilla.

Cuando Daisuke se dio cuenta de todo lo que le dolía a ella se le encogió el alma, siempre pensó que Mía podía con todo, pero en ese instante se dio cuenta de que lo único que hacía Mía era ocultar lo que sentía, para hacerle la vida más fácil a los que le rodeaban.

—¿Qué te duele? —preguntó Ryo levantando su cabeza poco a poco.

Mía se limpió la lágrima y llevó un dedo a su boca en un gesto de silencio, Daisuke asintió.

—¿Qué va a ser? La mano de la que te has apropiado, creo que está gangrenada —contestó Mía riéndose.

Daisuke observó cómo Mía pasaba de la tristeza a la alegría en un segundo, y era capaz de hacer bromas mientras se secaba las lágrimas. Era la mejor persona que Daisuke había conocido jamás.

—Lo siento —dijo Ryo, soltándola—, ¿cómo te encuentras? —preguntó apartando un mechón de pelo de la cara de Mía.

—Bien, bien, no hacía falta que te quedaras aquí, tan solo era falta de horas de sueño.

—Y de comida —terminó Ryo—. Siento no haberme dado cuenta...

Los ojos de Ryo se veían tristes, se echaba la culpa de lo sucedido, pero Mía

sabía que no la tenía. Simplemente cuando tenía demasiadas cosas en la cabeza se le olvidan las básicas, no era algo que reprochar a nadie.

—Mi cuerpo es mío, y lo que a él le pase es mi responsabilidad, tú no me obligaste a no comer o a trasnochar, ¿o sí? —preguntó Mía mirando directamente a los ojos a Ryo.

—Bueno... No, pero últimamente te he hecho enfadar y...

—Eso sí, así que en compensación tendrás que traerme algo bueno de comer, ¡me muero de hambre! —ordenó Mía sonriendo.

—¡Eso está hecho! En seguida vengo, ¿me acompañas, Daisuke?

—Por supuesto —contestó Daisuke.

Ryo le dio un beso en la frente a Mía y se dirigió a la puerta, Daisuke se acercó y le susurró un simple «gracias», Mía le sonrió y ambos desaparecieron tras la puerta. Al cerrar, Meiko y Hikaru se despertaron.

Mía se había incorporado y los miraba sonriendo como si fueran un regalo de navidad.

Cuando Meiko se despertó y se dio cuenta de que Mía había despertado, corrió hacia ella y la abrazó fuertemente.

—¡Oye, oye! —dijo Mía riéndose—, que necesito respirar por prescripción médica.

Meiko se separó y comenzó a llorar mientras sonreía.

—Qué preocupada me has tenido —dijo Meiko mientras se secaba las lágrimas.

—No llores, que no ha sido nada.

—Las hormonas empiezan a apoderarse de ella —sugirió Hikaru, que se levantó del sofá y recogió la manta.

Mía no pudo evitar reírse viendo la respuesta tan protectora de Hikaru.

—Ya veo, ¿y qué os traéis vosotros dos? —preguntó Mía mientras Meiko se sonrojaba—. Se os veía muy a gusto durmiendo juntos.

—¡Mía! Es mi jefe, nos quedamos dormidos en el sofá y nada más.

—¿Hikaru? —preguntó Mía esperando una respuesta mejor, pero él se limitó a sonreír.

«Así que me lo van a poner difícil», pensó Mía.

—Me parece fatal que como jefe obligues a Meiko a dormir en un sofá en su estado —dijo Mía muy seria y enfadada.

Hikaru se sorprendió ante tal acusación inesperada, no pensaba que Mía creía que él era ese tipo de persona.

—Yo no la obligué a quedarse, es más, estoy enfadado con ella por no dejarme que la llevara a casa, le tengo dicho que debe cuidarse y...

Hikaru detuvo sus explicaciones cuando vio la sonrisa de Mía triunfal, no estaba enfadada y no había dudado de él, le había tendido una trampa y había caído como un niño de cinco años. Meiko aún se puso más roja.

—Mía, vas a sufrir un terrible castigo en el infierno por lo que me acabas de hacer —dijo Hikaru sonriendo.

Mía le sacó la lengua y los tres se echaron a reír. El teléfono de Hikaru sonó y salió de la habitación para hablar, dejando solas a Meiko y Mía.

—Ahora en serio, ¿cómo estás? —preguntó Meiko.

—Un poco cansada, pero bien, siento haberos asustado.

—Sobre todo a Ryo, cuando llegué aún estaba pálido, y no recuperó el color hasta que un médico vino a decir que estabas bien. Quería hablar contigo a toda costa, pero los médicos te habían sedado para que descansaras lo máximo posible.

—Eso me ha dicho Daisuke. Pero no hacía falta que os quedarais todos aquí, esto parece más una comuna hippie que un hospital —dijo riéndose Mía.

Ambas se rieron. Mía consiguió que Meiko le contara qué ocurría entre Hikaru y ella. Apenas llevaban unos días viviendo juntos, pero Meiko se veía realmente ilusionada. No había pasado nada entre ellos, miradas y sonrisas, pero Meiko sentía que era un buen lugar en el que tener a su hijo. Hikaru siempre estaba atenta a ella, y Asako se pasaba horas hablando con el bebé o contándole cuentos o poniéndole música. Meiko apenas tenía cuatro meses de embarazo pero ya empezaba a notarse su tripa.

—Entonces, ¿cuándo os vais a besar? —preguntó Mía descaradamente.

—Eso no va a pasar, es mi jefe y yo estoy embarazada de otro.

—¿Y? Él también tiene una hija de otra y no creo que eso a ti te importe.

—Bueno, Asako es distinta, es una niña muy tierna y le he cogido mucho cariño en este poco tiempo. Ojalá mi bebé sea como ella, tan fuerte y feliz que no le hace falta nada más que uno de sus padres.

El tono de Meiko era una mezcla de tristeza y enfado. Como por arte de magia, una cabecita asomó por la puerta sonriendo con sus coletitas. Mía sonrió al verla, abrió los brazos y Asako corrió hasta la cama dando un salto para subir a ella, ayudada de Meiko. Hikaru sostenía la puerta, aún estaba hablando por el móvil y la cerró tras asegurarse de que todo estaba bien.

—Ahora estaba hablando de ti, preciosa —dijo Mía mientras abrazaba a Asako.

—¿Y era algo bueno o malo? —preguntó Asako mientras se acostaba al lado de Mía en la cama.

—Depende —contestó Mía—, ¿qué te parece Meiko?

Asako miró sonriente a una sonrojada Meiko y luego se volvió para contestar a Mía.

—No la quiero de niñera, me gustas más tú —contestó ante una atónita Mía.

—¿Por qué? Pensé que erais amigas —preguntó Mía.

—Yo también lo creía —dijo Meiko un poco decepcionada.

—Verás —empezó a explicar Asako—, una niñera tiene que ser como tú, que me enseñe a trepar árboles o que se tire al suelo conmigo sin importar nada más. Meiko me ayuda con los deberes, me hace la comida, siempre está cuando me caigo para limpiarme las heridas...

—Pero eso no es malo, ¿no? —preguntó Mía.

—No, pero no me gusta de niñera, me gusta de mamá.

Las palabras de la niña dejaron a las dos calladas, llevaba muy poco con

ellos, pero Meiko había conseguido hacerse un hueco en la vida de Hikaru y de Asako. Las lágrimas volvieron a brotar de los ojos de Meiko, desde luego el embarazo sensibilizaba, pero también oír algo tan bonito de una persona tan pequeña hacía sentir una ternura extrema.

—¿Las hormonas de nuevo? —preguntó Mía sonriendo.

Meiko asintió.

—¿Qué son las hormonas? —preguntó Asako.

—Son algo que tenemos las mujeres que nos hace sensibles, pero el bebé ha hecho que esa sensibilidad aumente y por eso llora —contestó Mía.

—Ammmm —Asako se acercó a la tripa de Meiko—. Oye, bebé, no hagas llorar a Meiko, ¿eh?

Mía y Meiko se echaron a reír ante la ocurrencia de Asako. Tocaron a la puerta, Meiko abrió y entraron Ryo y Daisuke cargados de bolsas de comida.

—Como no sabía qué te apetecía te traje un poco de todo —dijo Ryo sonriendo mientras colocaba todo en una mesa al lado de Mía.

—Hemos traído comida china, india, japonesa, coreana, tailandesa y árabe.

—Parece un examen de geografía más que un menú —dijo Mía riéndose.

Hikaru entró mientras todos ayudaban a sacar la comida de las bolsas, cogió a Asako en brazos y la sentó en el sofá junto a Meiko, él tomó el asiento de al lado dejando a la niña entre ambos. Mía los miró y, si no los conociera, hubiera asegurado que eran una familia feliz y unida. Daisuke cogió la silla donde durmió Ryo y la acercó a la mesa, hizo mención de salir a por otra para Ryo, pero tras pasarle lo que Mía pidió Ryo se acomodó junto a ella.

Todos comieron como una gran familia, incluso una enfermera tuvo que entrar un par de veces para aplacar las risas de todos. Una vez terminaron de comer Ryo limpió la boca de Mía con el dedo, y a ella le pareció como si no hubiese nada más fuera de esas cuatro paredes. De repente sintió la imperiosa necesidad de ir al baño, había bebido demasiado y su vejiga iba a estallar. Retiró las sábanas por el lado contrario al que se encontraba Ryo.

—¿Dónde vas? —preguntó Ryo sujetando a Mía por la cintura.

—Tengo que ir al baño, me meo como un osito en primavera —contestó sonriendo Mía.

—De ninguna manera te vas a levantar de ahí, el médico ha dicho reposo absoluto —dijo Ryo tajante.

—Creo que se refería a no hacer esfuerzos físicos —comentó Daisuke.

—Puedes usar pañales, a mí me van bien —dijo Asako.

Todos se rieron, pero Ryo se quedó mirando a Mía como si esa fuera una buena idea.

—Ni de coña, antes me grapo la vejiga que mear en un pañal —dijo Mía atónita ante el solo pensamiento de llevar a cabo esa idea.

De nuevo todos volvieron a reír, y Mía tuvo que apretar su tripa para evitar que se le escapase nada. Mía se soltó de Ryo y se dispuso a ponerse de pie, antes de que su pie tocara el suelo Ryo ya la había cogido en brazos y se disponía a llevarla al baño ante los aplausos y vítores de los allí presentes. Una vez que la depositó en el baño de la habitación, Mía le exigió que saliera y, al acabar, Ryo volvió a llevarla de vuelta a la cama. Le dio un beso en la mejilla y se puso a recoger todos los embalajes de la comida de encima de la

cama.

—Me apetece un chocolate caliente —dijo Asako.

—A mí también —siguió Meiko.

—Yo mataría por uno —acabó Mía.

Los chicos se miraron y asintieron con la cabeza, confirmando que habían captado la indirecta.

—¿Me puedes traer uno de chocolate con leche? —preguntó Asako tirando del pantalón de Daisuke.

—Ya te lo traigo yo, no molestes a Daisuke —dijo Hikaru.

—Jo, papá, es que Ryo se lo trae a Mía y tú a Meiko, yo también quiero que un chico guapo me lo traiga a mí.

—Por supuesto que te lo traigo yo, eres la más guapa de las tres así que es un honor ser tu elegido —dijo Daisuke arrodillándose para ponerse a la altura de Asako.

—Bueno, me gusta más Ryo pero él solo tiene ojos para Mía —contestó Asako con total libertad.

Todos se volvieron ante la contestación de la niña.

—Todas le prefieren a él, pero yo soy quien trae los mejores chocolates —contestó Daisuke haciendo sonreír a Asako.

Una vez que todos salieron de la habitación, las tres chicas se quedaron solas de nuevo. No pasó ni un minuto que la puerta sonó y se abrió, las tres pensaron

que alguno de ellos se había olvidado algo, pero ninguna imaginó quién estaba al otro lado.

—¿Charlotte? —preguntó Mía sin poder creerse que ella estuviera ahí parada.

—Vine a ver cómo estabas —contestó inspeccionando la habitación.

—Ya, seguro, ¿qué quieres? —preguntó Meiko.

—¿Dónde está Ryo? —preguntó Charlotte sin mirarla a la cara.

—Y ahí salió la verdad —contestó Mía—. No está aquí.

—Pero anda cerca, he visto su coche fuera aparcado.

—¿Has ido a buscar su coche antes de entrar para cerciorarte de que estaba aquí? —preguntó Mía asombrada—. El área de psiquiatría está en la tercera planta, creo.

—No trates de esconderlo de mí, es mi novio y se viene conmigo —dijo Charlotte revisando cada rincón de la habitación como una energúmena, incluso el baño.

—Charlotte, todas las aquí presentes sabemos que lo de Ryo es una farsa, así que, por favor —dijo Meiko agarrándola del brazo—, sal de aquí, Mía tiene que descansar.

—¡Suéltame! —gritó Charlotte dándole un empujón a Meiko que la tiró al suelo.

—¡Oye! —protestó Asako—, con cuidado que está...

Mía tapó la boca de Asako a tiempo antes de que dijera algo que Charlotte no

necesitaba saber.

—Que está, es decir, que yo te voy a patear el culo si no te vas —dijo Mía enfadada.

—¿Y qué harás?, ¿tirarme la almohada? Desde esa cama poco creo que puedas hacer.

Asako se bajó de la cama y le mordió la mano. Charlotte le dio un golpe que casi la tira al suelo, si no es porque Meiko la cogió antes de que ocurriera. Meiko, furiosa, se dirigió a ella y le dio un bofetón que dejó blanca a Charlotte. Antes de que esta reaccionara Mía se había levantado y la tenía cogida del pelo mientras ella chillaba.

—Te dije que te largaras —dijo Mía enfadada sin soltar a Charlotte—. Meiko, ábreme la puerta.

En el momento en que lo hizo Ryo, Daisuke y Hikaru aparecieron por el pasillo observando atónitos la escena. Se dirigieron hacia allí llegando justo en el momento en que Mía tiraba a Charlotte al suelo de un tirón de pelos.

—¿Qué pasa? —preguntó Ryo ayudando a Charlotte a levantarse.

—Vine a ver a Mía y me gritó, me insultó y acabó sacándome de la habitación sin yo hacer nada —dijo Charlotte lloriqueando en el hombro de Ryo.

—¿Nunca te han dicho que las cosas del suelo no se cogen? —preguntó Mía enfadada.

—¡Serás zorra! —grito Meiko—. Di la verdad por una vez en tu vida.

—Meiko, relájate —dijo Mía tranquilizándola—. Hikaru, llévatelas a tomar algo por favor.

Hikaru cogió a Asako en brazos, Meiko no quería ir, pero Asako le pidió que no se quedara por miedo a que le hicieran daño al bebé. Meiko la tomó en sus brazos, pidió a Hikaru que se quedara con Mía y se alejó del barullo.

—Y bien, Mía, ¿qué ha pasado? —volvió a preguntar Ryo.

—Si me lo tienes que preguntar no hace falta que te conteste, es como dije ella, siempre es como dice ella, ¿no? —preguntó Mía enfadada.

—No es así y lo sabes —dijo Ryo apartando a Charlotte de su lado y dirigiéndose a Mía—. Métete en la cama que aún no estás bien.

—Estoy perfectamente —las palabras de Mía perdieron credibilidad casi al instante de pronunciarlas, cuando tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no perder el equilibrio.

Ryo la cogió en brazos, aunque Mía pataleaba, la metió en la cama de nuevo y cerró la puerta tras de sí. Daisuke y Hikaru se quedaron enfrente de Charlotte, impidiéndole el paso al cuarto.

—Mía, por favor, no hagas esto más difícil —pidió Ryo agarrándole la mano.

—Encima soy yo la que lo pone difícil, ¿acaso crees lo que ha dicho Charlotte? —preguntó Mía herida.

—Claro que no, recuerda que yo sé de primera mano lo bien que miente. Pero si lo hace espero que no le sigas el juego, es solo porque está dolida.

—Pero empujó a Meiko y la tiró al suelo, eso no se lo perdono.

—Meiko es mayor y sabe defenderse —dijo Ryo intentando calmar a Mía.

Lo que Ryo no sabía era el estado de Meiko, y por eso Mía la defendía a capa

y espada, y encima le pegó a Asako, vale que ella le mordió, pero no dejaba de ser una niña. Mía pensó en contárselo, pero estaba segura de que él encontraría una disculpa para Charlotte y, solo de pensarlo, a Mía se le revolvía el estómago. Así que optó por callar.

Al otro lado de la puerta, Charlotte gritaba como una niña con una rabieta, exigiendo que Ryo se fuera con ella o sino no se callaría.

—Será mejor que la calles, esto es un hospital y la gente no tiene por qué aguantar las estupideces de Charlotte —dijo Mía enfadada.

—Voy a llevarla a casa —Mía lo miró sin creer lo que acababa de oír—, pero vuelvo en seguida, ¿vale?

Mía seguía callada mirándolo, Ryo se acercó, cogió su cara con las dos manos y le dio un beso en la boca, dulce, tierno y dejando ganas de más. Sonrió y se fue.

Hikaru entró mientras Ryo salía, Mía se imaginaba la sonrisa triunfal de Charlotte y una ira se apoderó de ella, hubiese arrasado con la habitación como un rockero en un hotel, pero consiguió serenarse.

—Ya se ha ido, ahora, ¿se puede saber qué os hizo esa para que acabara así? —preguntó Hikaru divertido.

—Empujó a Meiko y golpeó a Asako —contestó Mía.

La cara de Hikaru se volvió seria.

—¿Qué hizo qué? —preguntó con los ojos casi desencajados.

—Tranquilo, Meiko le dio un buen bofetón y yo, bueno, ya lo viste.

—Por eso Asako no quería dejar a Meiko aquí, ¿por qué no se lo contaste a Ryo? Seguro que no se hubiera ido con ella.

—No estoy segura de eso, últimamente la imagen que recuerdo de él es alejándose con Charlotte, aunque me diga que volverá a por mí. Pero la imagen que tengo en mi mente es de él caminando en dirección opuesta a donde estoy yo —contestó Mía con tristeza.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Pues si no te importa me gustaría pedir el alta y largarme de aquí ya —dijo Mía con determinación.

—Aún no estás bien, quédate un día más como ha dicho el doctor.

—No, porque si me quedo me convertiré en alguien que no quiero ser, no puedo ser la que espera su turno para que la quieran. Por favor, pide el alta y déjame quedarme un par de días en tu casa, total, descansar lo puedo hacer en cualquier lado. Y Meiko no puede seguir aquí.

—Eso es chantaje y lo sabes —contestó Daisuke sonriendo.

—Sí, pero a que funciona, ¿eh?

—Está bien, voy a preparar todo para que te den el alta.

—Si puede ser, antes de que vuelva Ryo —pidió Mía.

Hikaru asintió y salió de la habitación. Meiko y Asako entraron a los pocos minutos y ayudaron a Mía a cambiarse y ponerse su ropa. Realmente no se encontraba tan mal, necesitaba dormir y esperando a que Ryo apareciera no iba a lograr tener la paz mental que necesitaba. En menos de media hora, Hikaru había logrado hacer todos los trámites necesarios y se dirigían rumbo a

su casa.

—Ayer llamé a Michael —dijo Hikaru sin apartar la vista de la carretera—, le conté todo, quería hablar contigo, pero estabas dormida.

—Lo llamaré en cuanto lleguemos a casa, debe estar preocupado.

—No lo podrás localizar, me dijo que tenía que ir a un lugar donde no le permitían usar móvil pero que el lunes sin falta te llamaba.

A Mía eso le sonó un poco raro, nunca Michael había estado fuera de servicio para ella.

—Quizás venga y te sorprenda —dijo Meiko intentando aliviar la cara de apuro de Mía—. En tu cumple también estuvo medio desaparecido, ¿no?

—Bueno... Puede ser una explicación, aunque él no es así. El lunes le preguntaré, de todas maneras.

Mía no se quedó muy convencida, pero no tenía más remedio que esperar. Cuando llegaron a la casa, Hikaru volvió a desaparecer para contestar el teléfono, llevaba todo el día igual.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mía señalando la puerta por la que se había ido Hikaru.

—Mañana tiene un evento en la discoteca muy importante. Es una fiesta de ritmos latinos y algo le está saliendo mal.

—¿Ritmos latinos? —preguntó Mía extrañada por lo lejos que se encontraba de sus días felices bailando en Cuba.

—Sí, hay una organización de baile en Tokio que hace intercambios con otras

culturas para que vengan a perfeccionar nuestros bailes. Este año les toca a los latinos venir a ver cómo bailan los de aquí la salsa.

—No me lo puedo creer, eso no me lo pierdo ni de coña —dijo Mía entusiasmada mientras le tapaba los oídos a Asako—. He estado con Michael en casi toda Latinoamérica y, créeme, bailar no es lo único que se les da bien.

—¡Mía! —dijo Meiko sonrojada al darse cuenta del significado de sus palabras—. De todas maneras tú no estás en condiciones para ir.

—Eso lo dices tú, estoy perfectamente bien.

Mía empezó a hacer movimientos de aerobio como si de un video de Jane Fonda se tratase. Hikaru entró en el salón y se rio al ver la escena.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó con el móvil aún en la mano.

—Practico para la fiesta de latinos que darás mañana —contestó Mía.

—Ni hablar, dijimos que descansarías, ¿no? —dijo Hikaru cruzándose de brazos.

—*Porfaaaaa* —rogó Mía—, puedo ser de gran ayuda.

—Ni hablar, Mía. Además, Charlotte es una de las que estará allí y no quiero tener problemas.

—Te prometo que me portaré bien, además puedo ser tu intérprete.

—No es por ti, sé que no me darás problemas, pero ella es una buena ficha. Además ya tengo intérprete, así que para la próxima.

—Pero eso será el año que viene —dijo Mía poniendo cara de tristeza—, y

estoy segura que el intérprete sabrá castellano, pero la lengua en Latinoamérica es el español, y en cada lugar las palabras y sus significados cambian.

Hikaru se quedó sorprendido ante tal afirmación, no había caído en eso cuando pidió un intérprete. Sacó su móvil y volvió a perderse tras la puerta. Pasados unos minutos regresó a la sala.

—Está bien, vendrás de intérprete, pero no te separarás de mí ni un minuto.

Mía se abalanzó al cuello de Hikaru para abrazarlo y Asako se unió a ellos riendo. Hikaru abrió los brazos hacia Meiko invitándola a unirse al gran abrazo, y ella aceptó sin reservas.

El timbre de la puerta sonó, y segundos después una doncella anunció que Ryo estaba en la puerta esperando a ser invitado a entrar. Mía retrocedió y miró a Hikaru.

—No quiero verlo, ahora no me apetece.

Hikaru asintió con la cabeza y se fue a la puerta. Tardó unos pocos minutos en regresar, pero a Mía se le hicieron eternos. Cuando volvió, Hikaru le entregó a Mía su móvil.

—Te llaman —dijo poniéndoselo en la mano.

Mía se lo colocó en la oreja sin mirar siquiera el número, pensando en que no iba a conocer quién era.

—Mía —era la voz de Ryo—, sal por favor, quiero hablar contigo.

—Ahora no, Ryo, estoy cansada y voy a dormir —contestó enfadada.

—Bueno, eso lo puedes hacer en casa también, yo te llevo.

—Prefiero quedarme aquí hoy, mañana después de trabajar iré allí, ¿vale?

—¿Irás a trabajar? Mía no estás bien aún para estar toda la noche en una discoteca. Pásame a Hikaru que hablo con él —dijo Ryo en tono protector.

—No es él quien quiere que vaya, soy yo, me apetece sentirme como en casa, oír el lenguaje de mi patria.

Meiko y Hikaru se miraron, ninguno se había dado cuenta de que ir a trabajar mañana significaba estar cerca de un pedazo de su tierra, llevaba varios meses sin oír su lengua y todos necesitamos sentirnos a salvo en el país que llamamos hogar.

—Si me enseñas yo te hablo como ellos —pidió Ryo en un intento de consolarla.

—La última vez que lo oí fue de mi madre, y no me trae buenos recuerdos esa conversación. Mañana simplemente se me olvidará todo lo malo. Necesito rodearme de mi gente y de su manera de ver la vida.

—¿Me prometes que mañana volverás a casa? —preguntó Ryo rindiéndose ante las necesidades de Mía.

—Te lo prometo.

—Te estaré esperando entonces. Hasta mañana, princesa.

—Hasta mañana.

A ti te lo parecen todas

Al día siguiente Mía se levantó a la hora de comer, muy dispuesta y entusiasmada por conocer a sus compadres. Meiko no apartó la vista de Mía en ningún momento, asegurándose de que se comía todo, pero no hacía falta tanta vigilancia, Mía repitió de varios platos y estaba feliz.

—Veo que has recuperado el apetito, eso está bien —dijo Hikaru sonriendo.

—Ya os dije que sois muy exagerados, fue un fallo técnico, pero nada más. ¿A qué hora has quedado para conocer al grupo que viene? —preguntó Mía entusiasmada.

—Pues ahora deben de estar comiendo con los bailarines de aquí, incluida tu amiga Charlotte, y como la intérprete de ellos no se puede quedar más tarde de las cinco a esa hora nosotros tomaremos el relevo, ¿te parece?

—Me parece que falta mucho aún —contestó Mía, poniendo morritos tristes.

—De cinco a nueve son tuyos, luego hay que ir a la discoteca que comenzará la fiesta y tienen que bailar con las chicas de aquí en el escenario —explicó Hikaru.

—¿Solo vienen chicos? —preguntó Mía, extrañada.

—Sí, bueno, las chicas del grupo tenían un compromiso en Australia, por eso la intérprete de ellos se va hoy.

—Deben ser los mejores de Cuba para estar tan ocupados, ¿no crees? —dijo Meiko mientras limpiaba la cara de Asako, que parecía estar peleándose con la comida más que comérsela.

—¿Son de Cuba? —preguntó Mía con los ojos abiertos y una sonrisa esperanzadora.

—Así es, son de allí. ¿Has estado? —preguntó Hikaru.

—¿Que si he estado? Uff, más que eso. Pasé allí casi un año cuando mi madre se hizo novia de un latino guapísimo. Qué recuerdos más bonitos.

Mía se quedó pensativa, acordándose de las playas de Cuba, de sus noches de salsa y sus amaneceres, rodeada de risas. Fue realmente feliz allí, su gente, su cultura, su música, adoraba todo lo que Cuba significaba. Absorta en sus pensamientos, terminó de comer y se fue a su habitación a cambiarse. Como iba a trabajar, Hikaru le entregó un uniforme de su empresa: un pantalón negro que se ajustaba hasta debajo de su culo y luego caía suelto hasta debajo de la rodilla, una camisa blanca de manga larga semitransparente y un top palabra de honor negro, para ponerse debajo y cubrir lo que pudiera verse. El conjunto no estaba mal, un poco sobrio para el gusto de Mía, pero realmente parecía una profesional con él puesto. El único cambio que realizó en el atuendo fue que en vez de medias negras se puso unas claras y brillantes de verano que Meiko le había prestado, y unos zapatos de tacón sujetos al tobillo. Según Hikaru debería haberse puesto el zapato plano que le dio, pero Mía se negaba a ser vista en público con semejantes zapatos ortopédicos.

Llegada la hora, Mía se recogió el pelo con dos palillos, se retocó el maquillaje y salió a buscar a Hikaru para irse. Tras varios silbidos por parte de Meiko, y varios intentos de algo por parte de Asako, Hikaru se despidió de sus chicas dándoles un beso en la frente, y le tendió el brazo a Mía para irse al coche.

El grupo de baile se encontraba en un hotel al lado de la discoteca, era uno de

cinco estrellas con una recepción impecable. Tenía el suelo de mármol blanco hueso, que aún lo hacía más espectacular. Al final había un mostrador de mármol negro vetado, donde se encontraban varias recepcionistas trabajando en sus ordenadores o atendiendo clientes.

—Espera aquí —dijo Hikaru, señalando unos sofás que había a mano derecha—, voy a pedir que les llamen a la habitación para que bajen.

Hikaru desapareció de la vista de Mía, así que decidió coger una revista para ojearla mientras esperaba a que bajaran. Antes de que pudiera acabar el artículo que había empezado Hikaru estaba de vuelta.

—Al final no hacía falta que vinieras —dijo Hikaru—. Uno de los chicos habla japonés fluido y el resto inglés, así que nos hubiéramos entendido muy bien.

—Ya me imaginaba que sabían inglés, si quieres salir de allí Estados Unidos es el sitio más cerca al que ir, y el inglés es básico para hacer carrera.

Hikaru la miró, sonriendo por haber vuelto a dejarse engañar por Mía.

—¿Rosario? ¿Rosario Tijeras? —se oyó gritar desde el otro lado de la recepción—. ¿Eres tú?

Mía buscó con la vista de dónde provenían esas palabras, hacía mucho que no oía ese nombre. Cuando sus ojos se encontraron con el autor de dichas palabras, Mía sonrió como hacía tiempo que no lo hacía. Rodeó a Hikaru y corrió hacia quien la había llamado, que la esperaba con los brazos abiertos.

—No me lo puedo creer, Will, ¿de verdad estás aquí? —dijo Mía, abrazando fuertemente al chico.

—El que no se lo cree soy yo. ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó.

—Vivo aquí desde hace un par de meses, mi madre, ya sabes —el chico asintió, entendiendo la situación.

Hikaru llegó donde estaban ellos y tocó en el hombro a Mía, que aún seguía suspendida en el aire, abrazando al chico.

—¡Uy!, perdón —dijo Mía—. Hikaru, este es Wilmer, pero todos le conocen por Will.

Hikaru lo miró de arriba abajo, era un poco más alto que él, con la piel oscura y los ojos marrones avellana, y era ancho de espaldas. Viendo cómo sujetaba a Mía se podía adivinar que tenía bastante fuerza.

—Encantado —contestó Hikaru en inglés.

—¿Él es tu chico, Rosario? —preguntó Will.

Aunque entre Mía y él hablaran español, el compañero que sabía japonés iba traduciendo simultáneamente a Hikaru.

—Que va, es mi jefe, he venido en calidad de intérprete, pero veo que no hago falta —dijo Mía, viendo cómo Hikaru se entendía a la perfección con el chico que le traducía.

—¿Por qué te llama Rosario? —preguntó Hikaru en inglés, para que todos pudieran seguir la conversación.

—Es un apodo de cuando estuve allí —contestó Mía.

—Es más que eso —interrumpió Will, hablando en inglés también para no excluir a Hikaru—. ¿Has visto la serie Rosario Tijeras? —Hikaru negó con la

cabeza—, pues tienes que verla, así entenderás de lo que te hablo.

—La serie va de una chica con problemas familiares que acaba convirtiéndose en sicario, y volviendo loco a más de uno —resumió Mía.

—¿Y esa se supone que eres tú? —preguntó Hikaru, intentando hacer la conexión.

—Bueno, tuve una época muy mala en la que no era precisamente un angelito.

—Pues a mí me lo parecías —intervino Will.

—A ti te lo parecen todas —rio Mía.

Hikaru fue a atender una llamada mientras terminaban de presentarse. Mía estuvo charlando con ellos como si los conociera de toda la vida, eso era lo que echaba de menos, lo abierta que era la gente, los latinos lograban hacerte sentir parte de su familia con mucha facilidad, y no tenían miedo de expresar sus sentimientos.

Cuando Hikaru volvió tenía mala cara, fuera lo que fuese que le habían dicho Mía vio que no era nada bueno.

—¿Qué pasa? —preguntó Mía.

—No han terminado de montar el escenario, ni las luces. Y no localizo a una de las camareras —contestó agobiado Hikaru.

—¿Y por qué no vas a supervisar todo? —preguntó Mía—. Está aquí al lado, yo me quedo con ellos en el bar y cuando me llames los llevo para allá, ¿te parece?

—¿Podrás quedarte sola con ellos? —preguntó Hikaru, mientras miraba a los

cinco chicos que había detrás de Mía.

—Tranquilo, soy Rosario Tijeras, ¿no? —dijo Mía, riéndose.

—Claro que sí, compadre —dijo Will—, vete que nosotros te la cuidamos.

Hikaru asintió sin mucho convencimiento, pero pensó que apenas había cien metros de distancia hasta la discoteca, y en caso de necesidad se presentaría aquí en un minuto. Se despidió de todos y se dirigió a la salida que había en el bar. Antes de salir se dirigió a un camarero, le introdujo dinero en su mandil y le pidió que no perdiera de vista a Mía, y que lo llamara si algo pasaba al número de la tarjeta que metió junto a los billetes.

Mía se sentó en unos sillones dentro del bar, escogió unos redondos con una mesa central para bebidas, así podría ver a todos y sería más cómodo.

—Bueno, a ver si me acuerdo de todos vosotros —dijo Mía, riéndose—. Tú eres Ernesto.

Señaló al chico que tenía justo a su derecha, era alto, moreno, de piel café con leche y ojos verdes.

—Tú Alejandro, ¿no?

Este era castaño de piel clara, menos corpulento que los demás pero con cara de simpático.

—Tú eras Manuel.

Señaló al que tenía justo enfrente, bastante claro de piel también, con ojos marrones oscuros y más atlético que corpulento.

—Y tú Jairo, ¿eres cubano?, porque tu acento no me suena igual.

Dijo sobre el chico al lado de Will, rubio, bronceado y con una sonrisa que hacía que a cualquiera se le cayera la baba.

—Soy colombiano, mi madre es de allí y mi padre gringo —contestó.

—Ya me parecía a mí —dijo Mía—. Bueno, ¿y cómo habéis acabado aquí? No sabía que eras bailarín profesional —dijo Mía mirando a Will, que estaba justo a su izquierda.

—Ya sabes que las cosas no están muy bien por allí, hay que sacarse las castañas para comer, así que poco después de irte tú un profesional nos vio bailar y nos patrocinó, y aquí estamos.

—Qué suerte, ¿no? —dijo Mía—. Me alegro de que alguien te viera bailar, porque por lo que recuerdo sé que eras muy bueno.

—En realidad —empezó a decir Jairo—, fue gracias a él que el grupo se formó.

—Sí —intervino Alejandro—, el bailarín que nos patrocina lo vio bailar durante unas vacaciones y dijo que ese talento no podía desperdiciarse en antros oscuros.

Will pidió una botella de Ron al camarero.

—Espero que sepas que la edad para beber alcohol aquí son los 21 —dijo Mía, viendo las intenciones de Will.

—¿Me vas a negar unos tragos después de tanto tiempo? —contestó sonriendo.

—¿Quién ha dicho eso? Solo dije que si sabías la edad legal de beber —dijo Mía, riéndose.

Todos rieron con ella al ver que estaban en la misma onda, dispuestos a disfrutar.

—¿Sabes qué es una lástima? —dijo Alejandro, mientras servía el ron en unos chupitos—, que nunca volvieras a ver a la chica con la que bailaste el día que te ficharon. El profesor dice que fue el conjunto lo que hizo que se decidiera a formar un grupo de baile cubano internacional.

—Hagamos un brindis —dijo Will, levantando el vaso a la vez que los demás — por Rosario Tijeras, que gracias a ella y su baile hoy estamos todos aquí.

Mientras tragaban, todos intentaban comprender sus palabras, Jairo fue el primero que se dio cuenta y casi se atraganta.

—¿Es ella?, ¿de verdad? —preguntó Jairo, sorprendido.

—Así es, ella es con quien bailaba cada noche ese verano.

—¿Nos vio a nosotros bailar y decidió montar un grupo de baile? —preguntó Mía, aún incrédula.

—Sí, y tengo cómo demostrártelo —dijo Will, sacando una foto que llevaba en la cartera y enseñándola—. Esta es Rosario y está junto al profesor, y yo estoy justo aquí.

—¿El profesor es el novio de la Nona? —preguntó asombrada Mía, Will asintió.

Mía no se podía creer que aquel hombre mayor, con quien tantas horas de charlas y baile compartió, en realidad era un bailarín profesional muy reconocido, y con el suficiente dinero para montar este grupo.

—Para cuando volvió ya te habías ido, pero cuando le diga que te encontré no

te dejará escapar de nuevo —dijo abrazando a Mía.

Las siguientes horas pasaron casi sin querer, Mía se puso al día con la vida de todos los que conoció allí, entabló buena amistad con los chicos que no conocía y bebió lo suficiente como para que el mundo le pareciera un chiste. No podía parar de reírse por todo, no estaba mareada, ni sentía el estómago revuelto, era una sensación de libertad, sentía que el mundo volvía a tener sentido, y tras contarle todo por lo que había pasado desde que se fue de Cuba Will no dejaba de tenerla abrazada. Cuando sonó el teléfono por tercera vez, Mía sintió la vibración en el bolsillo del pantalón, contestó con respuestas cortas que no delataran su estado de embriaguez y colgó antes de no poder aguantar la risa.

Hikaru le pidió que llevara a los chicos a la discoteca, ya eran más de las nueve y media y todos estaban impacientes porque la ronda de bailes comenzara. Se pusieron de pie, no sin alguna ayuda del sofá o del brazo de quien más cerca tenían, y se dirigieron hacia allí. Mía no había entrado nunca por ese lado, siempre lo hacía a través del parking, así que cuando traspasó la puerta y vio en el vestíbulo a Charlotte con Ryo dejando los abrigos tuvo la sensación de que hubiera sido más fácil entrar por el ascensor del parking.

—Ya era hora de que los trajeras de vuelta —dijo Charlotte, agarrando el brazo de Ryo.

—Will, estos son la zorra de Charlotte y el rompecorazones de Ryo — dijo Mía en español, riéndose.

Con lo que no contaba Mía era con la chica que acompañaba a Charlotte, que era traductora. Cuando le repitió lo que Mía había dicho la cara de Ryo se tensó, y la de Charlotte se volvió roja de la ira. Ante esta reacción Mía y Will

se echaron a reír sin control, y el resto de los chicos les siguieron.

—¿Estás borracha, Mía? —preguntó Ryo con los ojos entrecerrados.

—No lo suficiente, por lo que veo —contestó Mía, mirando a Charlotte y la forma en que estaba colgada de su brazo.

—No he venido con ella, nos encontramos en la entrada —explicó Ryo

—¿Qué dice? —preguntó Will.

—Que se encontró a esta aquí, que no vino con ella.

—¿Y tú le crees? —preguntó Will, mientras la traductora de Charlotte traducía todo casi simultáneamente.

—Tanto como cuando te encontré con Linda en su cama y me dijiste que estabais probando la solidez del somier —dijo Mía, riéndose.

—Eso es un golpe bajo —contestó Will con la mano en el pecho, como si le doliera—, pero realmente no te mentí, ¿no?

Mía le dio un puñetazo en el hombro y se echó a reír. Ryo y Charlotte no daban crédito a lo que estaban oyendo. Mía estaba confesando que entre ellos hubo algo y que se acabó por encontrarlo con otra, pero lo contaba como si hubiera sido la historia de otra persona.

—¿Le has dado tú alcohol? —preguntó Ryo a Will, con furia, en inglés.

—Se lo he servido, ya es mayor y sabe tomárselo sola —contestó Will en el mismo idioma.

—¿Sabes que la edad legal para beber son los veintiuno? —volvió a preguntar

Ryo, aún más enfadado.

—La verdad es que sí, lo sé —contestó Will, riéndose

Ryo agarró la mano de Mía y la separó de Will, este la volvió a echar hacia él y la sujetó por la cadera, situándose detrás de ella. Cuando Ryo fue a coger la mano de Mía de nuevo, los otros cuatro chicos que habían estado en un segundo plano tomaron la delantera y se interpusieron creando una barrera. Justo cuando el momento estaba en un grado de tensión máxima, Hikaru apareció.

—Ya salía a buscaros, venga que hay que empezar —dijo Hikaru, mientras se percataba de la situación—. ¿Qué ocurre?

—Nada —dijo Charlotte—. Estaba saludando a los chicos y ya me metía para dentro con Ryo, ¿verdad?

Ryo miró a Mía, buscando un signo de incomodidad de su parte que le diera la excusa perfecta para iniciar una pelea, pero Mía lo miraba con rabia.

—Sí, nos metemos dentro, luego quiero hablar contigo Mía —dijo Ryo. Mía se limitó a sacarle la lengua, antes de que desapareciera por la puerta de entrada junto a Charlotte y su traductora.

—Muy bien, chicos —dijo Hikaru, intentando romper el silencio provocado por la tensión de ambas partes—. Seguidme y os digo cómo subir al escenario. Allí las chicas irán subiendo para que bailéis con ellas. Mía, ¿podrías meterte a la barra un rato hasta que llegue la camarera sustituta que he pedido, por favor?

—Sí, claro, yo me encargo del alcohol —dijo Mía, con una sonrisa picarona.

—Mía, ¿has bebido? —preguntó Hikaru.

—No, para nada —contestó Mía muy seria, tanto que los chicos no pudieron evitar reírse.

—Sabes que el alcohol ahora mismo no es recomendable, puede hacer daño a tu salud —advirtió preocupado Hikaru.

—En eso discrepo —contestó Mía, poniéndose realmente seria—. Está comprobado que el alcohol cura y que los refrescos refrescan, así que el problema aquí son los hielos, intentaré evitarlos, lo prometo.

Todos estallaron en carcajadas. Hikaru vio que no iba a sacar nada en claro y les indicó a todos que le siguieran dentro. La discoteca había sido remodelada para el evento: no había entrada libre, es decir, solo podías acudir con invitación, por lo que los accesos a la zona VIP no estaban vigilados. Habían colocado un enorme escenario donde se encontraba antes la barra, y esta la habían situado justo delante del escenario, así mientras la gente pedía no se perdía ningún paso. Al escenario se accedía por unas escaleras situadas a ambos laterales. Todo estaba iluminado con grandes focos que apuntaban a las parejas que se subían al escenario. Había muchísima gente, a pesar de lo temprano que era, y en cuanto los chicos aparecieron por la puerta un foco les iluminó y el DJ comenzó a presentarlos.

—Bueno, chicos, aquí me quedo yo. En un rato os veo, ¿de acuerdo? —dijo Mía despidiéndose, antes de entrar a la barra.

—Me debes un baile —dijo Will.

—Eso está hecho, búscame en un rato —contestó Mía, sonriendo.

—¡Eh!, nosotros también queremos uno —protestó Jairo.

—Esta noche soy vuestra, ¿vale? Pero venga, para arriba que me miran mal por entreteneros.

Tras esto, uno a uno le dieron a Mía un beso en la mejilla y subieron al escenario. Ryo estaba asomado a la barandilla de la primera planta, sin dejar de observar a Mía en ningún momento.

Le molestaba muchísimo ver a Mía coqueteando con otro que no fuera él, pero había visto el enfado en sus ojos y sabía que cualquier movimiento en falso podía acabar en una muy mala situación.

Mía estuvo sirviendo tras la barra como si fuera una camarera experta, conocía las combinaciones perfectamente y las que no se las inventaba. Cuando cualquiera de los chicos le pedía un trago, Mía sacaba el ron y les servía un mojito y ella se tomaba otro. Casi dos horas después, todas las chicas habían bailado ya y el DJ bajó la música, ajustaron las luces del escenario y Hikaru subió.

—Tras este agradable rato con los chicos —comenzó Hikaru—, hay que darles un descanso. Así que ahora nos deleitaran con sus bailes los mejores alumnos de la escuela de bailes latinos de Japón. Un aplauso, por favor.

Dicho esto, Hikaru se bajó y en el escenario aparecieron Charlotte y un chico muy guapo, vestidos como bailarines profesionales de bailes de salón latinos. En ese momento llegó la sustituta de Mía, así que salió corriendo para reunirse con los chicos y ver juntos el baile.

—Hay que reconocer que es buena —dijo Mía, tomando otro cubata de ron.

—La chica sabe los pasos y los ejecuta a la perfección, pero tú y yo sabemos que eso no es salsa —dijo Will al oído de Mía.

Ambos se rieron justo en el momento en que Charlotte los miraba, indignada, pensando que se reían de ella, se tomó su baile aún más en serio, pero no podía dejar de mirar a Mía reírse. Ella ya no estaba ni mirándola, ni sus risas eran para molestarla, pero eso Charlotte no lo sabía, y cuando terminó su actuación pidió el micrófono, mientras la discoteca estallaba en aplausos.

—Gracias a todos, son muy amables —dijo Charlotte, recobrando el aliento—. Esta noche tenemos invitados fantásticos que nos ayudarán a mejorar los movimientos. Entre ellos se encuentra una gran amiga española, que estoy segura de que querrá compartir sus conocimientos de bailes de salón con nosotros.

Mía se quedó blanca al darse cuenta de que se refería a ella, le había despistado un poco lo de amiga, pero españoles no veía más a la vista así que sin duda era ella.

—Venga, Mía, sube a bailar —pidieron los chicos.

—¿Pero tú te acuerdas de los pasos? —preguntó Will.

—Ya sabes que nunca se me dio bien seguir unos pasos predefinidos, pero si hay que intentarlo, se intenta.

—¿Segura? —preguntó Will.

—Segura —afirmó Mía, dándole el último trago a su bebida.

Will sonrió y la ayudó a subir al escenario. Mía se quedó parada frente a todos, sin saber muy bien qué hacer, Charlotte se apartó y la pareja de baile de Charlotte la tomó por la cintura y agarró su mano. En ese momento Mía se dio cuenta de que no era una buena idea, pero era tarde y el alcohol que corría por sus venas minimizaba lo suficiente la vergüenza como para seguir subida ahí.

La música comenzó a sonar y su pareja empezó a moverse. Los pasos básicos no eran un misterio para Mía, pero su pareja estaba haciendo pasos dobles complicados que acababan con Mía tropezando y teniendo que volver a empezar. Charlotte estaba disfrutando del ridículo de Mía desde un lado del escenario.

—Ese tío está dejando en ridículo a Rosario —dijo Jairo, enfadado.

—Subamos a patearle el trasero —sugirió Alejandro, Manuel se apuntaba a eso.

—Chicos, subid ahí y entretenedme a la gente que yo voy a pedir una canción —pidió Will, mientras se alejaba sacando su iPod del bolsillo y se dirigía a la cabina del DJ.

Dicho y hecho, los chicos subieron a bailar y pronto todos se olvidaron de Mía. Esta aprovechó para bajar y los chicos la miraron esperando que no se encontrara demasiado mal.

Mía corrió dentro de la barra y se agachó buscando algo, pero Charlotte pensó que se escondía por vergüenza y, para regodearse aún más en el ridículo que acababa de pasar, se acercó al que controlaba los focos y le pidió que la alumbrara para que todos vieran cómo lloraba. Pero en vez de eso, cuando Mía se volvió a incorporar, todos vieron cómo se cortaba los pantalones por debajo del bolsillo con las tijeras de cortar hierbabuena para los mojitos, después se quitó la camisa, quedándose con el top negro debajo, el cual dobló hacia arriba haciendo que la tela solo cubriera su pecho. Cuando los chicos se dieron cuenta, corrieron al borde del escenario, y entre los camareros y ellos subieron a Mía de nuevo al escenario.

—Ahora sí se puede bailar, que antes llevaba ropa de traductora no de

bailarina —sonrió Mía.

—Te falta esto —se acercó Will, tirando de los palillos de su pelo y dejando así libre su melena.

—¿Dónde estabas? —preguntó Mía.

—Aprovecha a bailar con ellos que la próxima es solo para mí.

Dicho esto Mía comenzó a bailar con cada uno, pero no bailaba siguiendo unos pasos o un orden, se movía al oír la música, bailaba a su son, y eso allí nunca lo habían visto antes. La discoteca entera estaba observando cómo Mía pasaba de los brazos de uno a los de otro, tan pronto su cabeza estaba a dos centímetros del suelo como estaba girando sin parar. Cuando la música acabó, todos aplaudieron, los chicos se bajaron y los focos se apagaron, dejando todo a oscuras.

—¿Te acuerdas de cuál era nuestra canción, Rosario? —preguntó Will, acercando a Mía a su cuerpo, quedando totalmente pegados.

La música comenzó a sonar y los focos se encendieron solo para alumbrar el escenario. Todos vieron cómo de cerca estaban y empezaron a susurrar entre ellos. Ryo observaba la escena desde arriba, cuando vio tanta cercanía casi se le cae el vaso de la mano.

—¿Es la versión salsa de «Quién eres tú»? —preguntó Mía al oír las primeras notas.

Will sonrió y comenzaron a moverse cuando Eugenio Siller empezó a cantar la letra de la canción.

Los cuerpos de Mía y Will comenzaron a moverse al compás, lentamente, era

como si fueran uno, la melodía pasó de ser una balada a ser salsa en estado puro. Mía giraba en los brazos de Will, él no dejaba que se alejara a más de tres centímetros, cambiaban de paso a la vez, como si lo hubiesen hecho toda la vida. Mía se dio la vuelta, alejándose de él bailando, y Will la atrajo hacia él, golpeando suavemente su cuerpo contra el de Mía, tiró su cuerpo hacia atrás y la mano de Will recorrió cada parte de la anatomía de Mía. Cuando de nuevo la canción se volvió lenta, Mía abrazó el cuello de Will, cerrando los ojos y dejándose guiar por él.

—Bonito tatuaje —susurró Will, apartando el pelo de Mía y recorriendo su espalda con la mano mientras no dejaban de moverse.

Cualquiera de los que estaban mirando podían ver que entre ellos había una atracción física que en algún momento habían culminado, porque conocían el movimiento del otro mejor que los de uno mismo. Cuando la música dejó de sonar, la discoteca entera estalló en aplausos y vítores, todos allí querían bailar como ellos. Will agarró a Mía con una mano en su espalda y la otra en el cuello, la atrajo hacia él y la besó ante todos. Por unos instantes Mía regresó a un pasado donde había sido feliz, sin preocupaciones, a una edad tranquila donde experimentó muchas cosas. Una vez el beso terminó, Will cogió su mano y se la llevó abajo del escenario, desapareciendo entre la multitud.

Ryo aún estaba atónito ante lo que acababa de ver, su vaso yacía hecho añicos en el suelo; cuando reaccionó, salió corriendo tras de Mía, bajando las escaleras a la planta baja como alma que lleva al diablo. Los buscó por todos lados pero no logró encontrarlos. Tras un largo rato buscándolos recibió un mensaje de Hikaru, este lo había estado observando desde su despacho: «Mía me ha dicho que alguien la llevará a la mansión.»

Ryo cogió su chaqueta tras leer el mensaje y se fue directo a la mansión, se sentó en las escaleras de la entrada dispuesto a esperar hasta que Mía llegara.

Pasaron varias horas hasta que eso sucedió. Cuando un taxi entró en la mansión, Ryo se levantó y se arregló el pantalón, esperando a que Mía bajara del coche, pero no iba sola.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Ryo, enfadado.

—He venido a acompañarla, ¿algún problema, brother^[2]? —preguntó Will.

—Oye, que no tengo que dar explicaciones a nadie —dijo Mía, mirando a Ryo—. ¿Qué haces tú aquí?

—Te dije que teníamos que hablar —contestó sin apartar la vista de Will.

—Bueno, Will, aquí me quedo. Prometo convencer a Michael en cuanto lo localice para ir a veros allí, así que guardadme un poquito de esa comida de la Nona que tanto me gusta.

Will cogió de la mano a Mía y la volvió hacia él, buscando intimidad para lo que tenía que decirle.

—Rosario, ven conmigo —le pidió Will.

—No la llames así, no es su nombre —dijo Ryo, acercándose para oír todo.

—Calla, Ryo —dijo Mía—. No puedo, Will, ya no pertenezco a ese lugar.

—Pero eso no es verdad. Aún no he podido olvidarte, aún eres mi Rosario Tijeras.

—Eso dices ahora, pero mientras te tirabas a la otra qué poco te acordabas de

ella, ¿verdad? —dijo Ryo, metiéndose en la conversación.

—Yo me he tirado a muchas, pero solo le he hecho el amor a ella —contestó Will.

Ryo se quedó sin palabras. Sabía que no era el primero en la vida de Mía, pero nunca esperó encontrarse con el tipo que sí lo fue. Y ahora lo tenía parado frente a él, pidiéndole a Mía que se fuera a miles de kilómetros, el hombre que la hizo mujer. Y Ryo no aguantaba la furia de saber que él la había tocado.

—Will —dijo Mía, tocándole la cara—, te quise muchísimo, pero ambos sabemos que la historia de Rosario Tijeras no acaba bien. Siempre estarás metido en mi corazón, pero nada más.

—¿Es por él? —preguntó Will, sin apartarse del contacto de Mía.

—Si no estuviera él tampoco me iría. La vida es como un libro, está llena de capítulos, puedes volver y leer uno que te gustó, pero eso no cambia el resto del libro, ¿lo entiendes? —preguntó Mía con dulzura.

Will asintió y Mía le dio un beso de despedida. Ryo no los separó, era un adiós y no quería que eso cambiase, aunque sentía un dolor en el pecho como nunca antes lo había sentido. Tras esto, Will se montó en el taxi y se alejó. Mía no pudo evitar derramar alguna lágrima, pero sentía que estaba en paz con todo lo ocurrido.

—Ahora es mi turno, Mía, y vamos a hablar —dijo Ryo, cogiendo la mano de Mía y arrastrándola tras él al interior de la casa.

Te lo prometo

Mía sentía cómo su cabeza daba vueltas, el alcohol estaba empezando a dejar de hacer efecto. Ryo no soltó a Mía hasta que llegaron a su cuarto.

Cerró la puerta y comenzó a caminar de un lado para otro, murmurando. Lanzó un par de puñetazos a un saco de boxeo que tenía en una esquina de su dormitorio. Mía seguía parada junto a la puerta sin dejar de mirarlo. Pasado un rato, Ryo parecía más calmado y le extendió la mano a Mía, ella la agarró y se sentaron en la cama, uno al lado del otro.

—Mía, ¿por qué has hecho eso hoy? —preguntó Ryo, sin atreverse a mirarle a la cara.

—No te entiendo, ¿a qué te refieres? —respondió Mía, sorprendida ante la total tranquilidad de Ryo.

—Bailar de esa manera con él, dejar que te tocara, que te besara, incluso que te guiara mientras mantenías los ojos cerrados. ¡Maldita sea!, casi me vuelvo loco al verte en sus brazos.

Ryo la había estado observando y Mía ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Por qué crees que lo hice? —preguntó Mía sin saber qué esperar.

—Espero que no fuera por venganza.

—Jamás haría daño a alguien a propósito, y menos a ti. Esta historia ocurrió antes de que tú y yo nos conociéramos, antes de que yo me convirtiera en quien soy.

—¿De verdad? —dijo, soltando un suspiro de alivio—. Me rehusaba a pensar que fueras así, pero los hechos eran tan claros...

—Él es y será siempre alguien muy importante, fue un punto de inflexión en mi vida —explicó Mía.

—Si te pido que me cuentes tu historia con él, ¿lo harás? —preguntó Ryo tímidamente.

—Claro que sí, no tengo nada que esconder ni de lo que avergonzarme pero, ¿seguro que la quieres oír? —preguntó Mía, preocupada por los sentimientos de Ryo.

—Lo necesito para no volverme loco pensando en que te puedas ir con él.

—Está bien —respondió Mía, poco convencida—. Cuando lo conocí, apenas era poco más que una niña, acababa de mudarme a La Habana con el novio nuevo de mi madre. El tipo era muy bueno con ella, pero yo no le gustaba demasiado porque no estaba dispuesta a ser su criada, así que me amenazaba con darme con un palo que tenía en la casa.

Ryo se tensó al oírlo y Mía puso su mano sobre la de él para tranquilizarlo. Funcionó.

—Tanta era mi rabia —continuó Mía— que empecé a juntarme con malas compañías, incluso me hice con un arma que no dudé en usar contra alguno, sin llegar a darle, pero haciendo entender que no fallaría dos veces. Por eso empezaron a llamarme Rosario Tijeras.

Mía se levantó y comenzó a andar por la habitación.

—Las noches en que mi madre no llegaba a dormir por trabajo yo me las

pasaba en un antro de salsa, bailando para evitar estar con él, pero una noche un amigo vino corriendo a buscarme para decirme que el tipo estaba borracho, buscándome, y que iba a tirar la puerta de nuestra vecina. Él sabía que yo me refugiaba allí a veces —aclaró—. Salí corriendo, temiendo por lo que ese animal podía hacer a las que vivían allí, una abuela con sus dos nietas pequeñas, ella las cuidaba desde que su madre murió.

—¿Y qué pasó? —preguntó Ryo, con los ojos muy abiertos.

—Cuando llegué, las tenía arrinconadas en el suelo y con el palo con el que me amenazaba sobre ellas. Una de las niñas se frotaba su bracito y vi que él le había atizado. Mi rabia fue tal que saqué el arma y apunté directamente a su cabeza.

—Mía... —susurró Ryo, sin saber qué decir.

—Él se moría de miedo, se puso de rodillas suplicando mi perdón y yo le encañoné directamente, apoyando el cañón en su cabeza. Estaba dispuesta a hacerlo, pero Will apareció. Solo lo conocía de haber bailado con él, ni siquiera sabía su nombre, pero allí estaba él, pidiéndome que no lo hiciera.

Mía respiró profundamente para relajarse, intentado despejar su mente igual que había hecho esa noche.

—Mi mano empezó a temblar y él la cogió firme, retiró la pistola de la cabeza y me la quitó de la mano. Le dio un puñetazo que dejó al tipo inconsciente hasta que llegó la policía, me abrazó y salí de allí.

—¿Qué dijo tu madre de lo sucedido? —preguntó Ryo con interés.

—A ella no le conté todo, no sé si me hubiera creído, pero el tipo se las arregló para que no lo dejara y esperara por él hasta que saliera de la cárcel.

Así que nos quedamos allí. Will se presentaba cada noche a buscarme y pasábamos horas bailando, pasar del baile a la cama fue cuestión de tiempo.

Ryo sintió una punzada en el corazón pero no interrumpió, quería saber el final de la historia.

—Fue casi un año, precioso, todo perfecto, hasta que el tipo salió de la cárcel y vino directamente a por mí. Mi madre se dio cuenta de todo e hizo lo que hace siempre, recoger todo y escapar. Yo corrí a buscar a Will para contarle todo y, bueno, ya sabes, no estaba solo.

—Lo siento, debió ser horrible —dijo Ryo, sus palabras sonaban realmente sinceras.

—Lo fue, lloré como una niña durante días, hasta que me di cuenta que ya era una mujer. Él me buscó para pedirme perdón, pero el daño ya estaba hecho y aquel universo perfecto ya no existía. Me sentí igual que cuando encienden las luces del cine y te das cuenta de que tan solo era una película, ficción, aunque fue bonito mientras duró.

Mía se quedó callada, de espaldas a Ryo, mirando por la ventana cómo la luna empezaba a perder su protagonismo en la noche.

—Si tan bueno fue, ¿por qué no te has ido con él? ¿Por qué no le das una segunda oportunidad? —preguntó Ryo.

—Ya te lo dije, todo se rompió, no creo que las segundas oportunidades sean buenas. La primera vez que alguien te hace daño es culpa suya, la segunda es solo tuya.

Ryo se levantó despacio y se acercó a la ventana. Se situó detrás de Mía y la abrazó por la cintura. Ella se dejó.

—¿Crees que hago mal respecto a Charlotte? —preguntó Ryo, un poco perdido.

—Yo no le dejaría que manejara mi vida como lo hace ella, pero sé que tú eres diferente a mí. Te cuesta cerrar ese capítulo de tu vida y solo a ti te corresponde encontrar la manera de hacerlo.

—¿Qué haces tú para cerrar tus capítulos? —preguntó Ryo, poniendo sus labios sobre el pelo de Mía.

—Huyo, pongo distancia. Supongo que lo aprendí de mi madre. No creo en la amistad tras una relación, no si hubo realmente amor. Así que para evitar tentaciones y líos, simplemente me voy.

Ryo apretó su cuerpo al de Mía instintivamente al oír que huiría si no salía bien, no estaba seguro de poder vivir sin verla todos los días.

—¿Huirás de mí? —preguntó, con el corazón acelerado pero susurrando.

—Aún no lo he hecho, ¿no? —dijo evasivamente Mía.

—No, pero la pregunta es si lo harás —Ryo notó su evasiva.

—Eso no lo sé ni yo.

—¿Cuánto tiempo me queda antes de que empieces a pensar en escapar? —preguntó Ryo, preocupado.

—Yo no me doy tiempo para pensarlo, si decido irme simplemente recojo mis cosas y me voy en ese instante.

Ryo se quedó paralizado del miedo, giró a Mía y la miró a los ojos.

—No se te ocurra irte sin decirme nada. De verdad. Dame un mes y te prometo que seré todo tuyo, ¿aguantarás?

Mía sabía que sí, lo que sentía por él no lo había sentido por nadie, pero no se atrevía a aceptar el hecho de que Ryo era el único ante el que se sentía débil, el único por el que era capaz de tragarse sus sentimientos y esperar.

—No puedo prometerte nada, ya te dije que no estoy acostumbrada a esperar —mintió.

Ryo apoyó su frente contra la de Mía, cogió su cara con las dos manos y ambos comenzaron a respirar acompasados.

—Prométeme que no me dejarás —dijo Ryo, sin apartar la vista de Mía.

—Te quiero —contestó Mía y Ryo aún presionó más su frente, buscando cercanía.

—No me los has prometido —dijo Ryo, alzando la cara de Mía y rozando casi sus labios con los suyos al hablar.

—No me puedes pedir que te prometa algo sin darme una mínima esperanza, simplemente no puedo —susurró Mía, impotente, queriendo decir que sí pero sin poder hacerlo por miedo al fracaso.

—Te quiero —susurró Ryo.

—Te lo prometo —contestó Mía.

Ryo empezó a besarla. La abrazó mientras tiraba de ella hacia su cuerpo, atrapándola entre sus brazos para evitar que se fuera, pero Mía no iba a ninguna parte. Ryo la cogió en el aire, volvió a posarla sobre la cama, sin dejar de besarla, y comenzó a quitarle la ropa. Mía le detuvo.

—Aún falta un mes para que seas libre de poder hacer esto —dijo Mía, intentando no arrepentirse de sus palabras—. Me cuesta demasiado tenerte cerca sin saberte mío.

—Esta noche te necesito, a partir de mañana te juro que me mantendré lejos para que no sufras, pero esta noche eres solo mía.

Dicho esto Mía no pudo seguir resistiéndose y ambos se fundieron bajo las sábanas en una unión de la que solo el amanecer era testigo.

Cuando Ryo despertó a la mañana siguiente, Mía no estaba en la cama. Palpó las sábanas, buscándola, pero el lugar que debía ocupar ella estaba frío y vacío. Ryo se asustó y se incorporó, entonces vio a Mía sentada en una silla, con los brazos rodeando sus piernas y su cabeza apoyada en las rodillas. Estaba junto a la ventana, mirando el sol. Al oír a Ryo moverse, miró por el rabillo del ojo y comprobó que estaba despierto.

—Charlotte estará aquí en un rato, siento haber mirado tu móvil pero no paraban de llegar mensajes de ella pidiendo que confirmaras vuestra cita de hoy —dijo Mía, mirando hacia afuera—. Le envié un «Ok» y parece que se quedó tranquila.

Ryo había olvidado que había quedado con Charlotte para ayudarla con un tema de biología que no entendía.

—Le diré que no puede ser —dijo Ryo, buscando el móvil con la vista.

Mía lo alzó sin mirarlo aún, lo agitaba en el aire mostrando su posesión.

—¿Sabes...? —comenzó Mía, lentamente—, aún no has borrado sus mensajes.

Ryo sabía que era verdad. No los guardaba por nada especial, simplemente ya

no eran importantes y se había olvidado de ellos, pero sabía que para Mía había sido un puñal directo a su corazón.

—No es lo que parece —dijo Ryo, agobiado pensando en cómo se sentía Mía—, bórralos si quieres.

—No puedo, en ellos hay unos sentimientos que no me corresponde a mí hacer desaparecer. Tras verlos me di cuenta de la posesividad con la que habla Charlotte —Mía hizo una pausa—, y me dio muchísima envidia. Para ella pasar la noche contigo la convierte en tu prometida, para mí, pasar la noche contigo me convierte en tu furcia.

Ryo se levantó de un salto y corrió hacia ella, se puso a su lado de rodillas y la obligó a mirarle a la cara.

—Jamás serás eso, ¿lo entiendes? —Ryo limpió una lágrima que corría por la mejilla de Mía—. Tú no eres una furcia. Anoche no me acosté contigo, hice el amor contigo, que es diferente.

Mía lo miraba pero sus ojos eran tristes, una parte de ella quería creerlo y otra se preguntaba si podría aguantar el dolor que se le venía encima.

—Mía... ¡Dios! Te he dicho que te quiero, y no fue para llevarte a la cama, créeme, por favor —el enfado en las palabras de Ryo se tornó en ruego.

Pasaron unos segundos y Mía le devolvió la mirada por primera vez desde que habían despertado.

—Está bien, un mes a partir de hoy.

En ese momento se oyó tocar en la puerta.

—Señorito Ryo —dijo Sayumi.

—¿Sí? —contestó Ryo, sin dejar de mirar a Mía.

—La señorita Charlotte lo está esperando abajo, ¿le digo que suba?

La cara de Ryo palideció. Mía no quería que se sintiera mal, así que le sonrió y lo abrazó.

—Señorito, ¿qué le digo? —volvió a insistir Sayumi.

—Dile que suba en diez minutos, que se acaba de levantar —contestó Mía, gritando

Sayumi se quedó callada pero luego se despidió.

—Y tú más vale que te duches rápido —le dijo a Ryo.

—Mía, te he dicho que no la iba a atender, no pienso dejarte sola en este momento.

—Tranquilo, tengo que hablar con Hikaru. Me mandó un mensaje temprano y debe estar de camino para acá, ¿vale? —dijo Mía, besando suavemente a Ryo en los labios y dirigiéndose a la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó Ryo, preocupado.

—Todo bien —contestó Mía.

Cuando llegó a su cuarto, Mía era un torbellino de emociones encontradas, quería reír y llorar, gritar y patalear. Pero el mensaje de Hikaru había sido muy desconcertante y ahora no tenía tiempo de nada más. Se dio una ducha rápida y bajó a esperarlo al salón, rezó por no encontrarse a Charlotte, pero ella ya debía estar en la habitación de Ryo, cosa que hizo que Mía sintiera una punzada en el pecho. Contuvo la respiración un segundo y luego se animó a

dejar de torturarse con lo mismo.

Hikaru no tardó en llegar y Mía lo hizo pasar al salón.

—Me has dejado intrigada con tu mensaje, ¿qué tienes para mí? —preguntó Mía, sentándose en el sofá e indicando a Hikaru que hiciese lo mismo a su lado.

—La verdad, no lo sé. Me llegó un paquete a mi casa, de Michael, cuando lo abrí había una nota que decía que te entregara este paquete más pequeño a ti.

Mía miró el paquete que Hikaru le acababa de entregar, apenas era más grande que su mano. Lo abrió con cuidado, sin saber muy bien qué había en él. Sacó un sobre de dentro y metió la mano en él, agarró su contenido y lo miró.

—¿Qué es? —preguntó Hikaru, intrigado.

—Es un pasaporte, una identificación y un par de papeles más —dijo Mía mientras habría el pasaporte, en él estaba su foto—. No lo entiendo.

Hikaru le quitó el pasaporte para verlo de cerca, lo examinó y luego hizo lo mismo con los demás papeles.

—Son falsos, ¿por qué Michael te entregaría identificaciones falsas? —preguntó mientras seguía mirando los papeles.

—No tengo ni idea —contestó Mía, intentado pensar qué significaba todo aquello.

—Bueno, esto aclara algo, hay un billete de avión a Rusia, querrá que te reúnas con él allí.

—¿A dónde has dicho? —preguntó Mía, levantándose del sofá.

—A Rusia, ¿por?

Mía empezó a andar por la habitación frenéticamente.

—Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué pasa, Mía? —preguntó Hikaru parando a Mía, poniendo sus manos en los hombros de ella para detenerla.

—Algo no va bien, llámalo, ¡llama a Michael! —gritó Mía, histérica.

Hikaru, confundido, sacó el móvil y empezó a llamar, saltaba el buzón de voz una y otra vez.

—Mía, explícamelo para que pueda ayudarte.

Mía lo miró, tomó aire y se sentó de nuevo en el sofá, Hikaru hizo lo mismo.

—No estoy segura, pero de pequeños nos inventamos un juego después de que un hijo de un embajador, amigo de Michael, fuera secuestrado. En esa época no había móviles así que cuando el niño se escapó en un despiste se encontró totalmente solo sin conocer el idioma, tardaron varios días hasta que la policía se dio cuenta de quién era.

—¿El niño estaba bien? —preguntó Hikaru.

—Asustado más que otra cosa. Pero en ese momento decidimos que si alguno se perdía quedaríamos en algún lugar. Luego, al crecer y ver que el mundo era más grande de lo que imaginábamos, nuestro juego se amplió. Empezamos a pensar maneras de escondernos en caso de que fueran a por nosotros.

—¿Y elegisteis Rusia para esconderos? —preguntó Hikaru.

—No, dijimos que primero había que conseguir documentación falsa.

—Bien, la tienes.

—Y luego ideamos una serie de rutas que iban de país en país, viajando en cualquier medio que se nos ocurriera. Lo que significa que no está en Rusia, me está diciendo que está en el itinerario que empezaba en Rusia.

—Creo que no lo entiendo —dijo Hikaru, intentando ordenar las ideas.

—A ver, si tienes que escapar no vas a un país y te escondes. Vas a uno en avión, pasas al de al lado en coche, cruzas el siguiente en tren, etc. Así hasta que es casi imposible que encuentren tu pista, ¿no?

—Sí, eso sí lo entiendo, pero cualquiera puede saber dónde vas a ir Mía, sacó un billete con tu nombre a Rusia.

—Eso es lo bueno, que el billete solo me dice que el punto de partida es Rusia y en avión.

—Así que eso significa que... —dijo Hikaru, moviendo la mano en círculos esperando que Mía terminara la frase.

—Eso significa que está en la India.

—¿Y cómo lo vas a encontrar?

—Porque también buscamos refugios y sé exactamente dónde está.

—Me acabas de dejar pasmado, jamás creí que algo así pudiera suceder —dijo Hikaru, aún asombrado.

—Ni yo, esto era un juego de niños. Ni él es James Bond ni yo Mata Hari.

Hikaru se quedó pensativo unos minutos, asimilando toda la información. Mía mientras empezó a escribir cosas en un papel, era una lista de la compra con todo lo que necesitaba llevar.

—Y ahora qué toca hacer —dijo finalmente Hikaru.

—Pues me tienes que ayudar a conseguir un billete a la India, ayudarme a encontrar un par de cosas y esperar a que todo salga bien.

—No puedes ir allí sola, Mía. Es una locura, no sabes lo que te espera.

—Si Michael hubiera querido que vinieras hubiese enviado tu pasaporte también. No sé qué pasa, ni por qué está allí, pero voy a ir a averiguarlo ya.

Hikaru sacó el teléfono y empezó a llamar para conseguir un vuelo a la India para Mía. Ella subió a cambiarse, cogió una mochila de su armario y metió en ella algo de ropa, nada innecesario. Se puso unas botas de montaña, dejó una nota al lado de la planta que Ryo le regaló para que la regaran, cogió su pasaporte, metió un papel dentro y salió de la habitación. Se dirigió a la puerta de Ryo, no estaba segura de cómo explicárselo, él no la iba a dejar ir sola, quizás era mejor no despedirse, pero había prometido no irse sin decir nada. Mientras pensaba en todo esto, Mía llamó a la puerta y Ryo la abrió sonriendo al verla.

—Hola, ¿pasa algo? —preguntó Ryo al ver la cara de Mía. Salió del cuarto y cerró tras de sí.

—Nada importante, quería decirte algo, ¿tienes un minuto? —preguntó Mía, intentado encontrar las palabras adecuadas.

—Pues ahora está Charlotte llorando, le he contado lo que ha pasado, no quiero que se engañe con algo que no va a ser de nuevo.

Mía sonrió, no porque Charlotte sufriera, sino porque por primera vez sentía que Ryo la había puesto a ella primero en sus preferencias. Decidió que era mejor no contarle todo.

—Está bien, me voy unos días con Michael —empezó diciendo Mía.

—¿Te vas? Me prometiste que no te irías —dijo Ryo, angustiado.

—Tranquilo, volveré pronto —contestó Mía, esperando que eso fuera cierto—. Es para despejarme, tú necesitas un mes y yo no voy a poder aguantarlo entero aquí.

—No te creo, algo me ocultas. ¿Dónde vas? —preguntó Ryo desconfiado.

—Aquí cerca, prometo no salir del continente —se rio Mía, intentado mentir lo menos posible.

—Eso no me gusta Mía, voy contigo a hablar con Michael.

—He quedado en reunirme con él, Hikaru me va a llevar. Mientras, guárdame esto —dijo Mía, entregándole su pasaporte—. Cuando me eches de menos puedes ver que no ando lejos.

Ryo miró el pasaporte y se quedó más tranquilo, era la prueba que necesitaba de que ella iba a volver, le devolvió la sonrisa a Mía y esta lo besó sin ninguna preocupación. No estaba segura de qué iba a pasar, de si era todo verdad o una broma, pero al menos estaba segura de que se despedía de la persona más importante.

Tras esto Charlotte abrió la puerta y Mía se retiró como si ella no estuviera allí, abrazó a Ryo y se fue con Hikaru. Aunque Ryo tenía el pasaporte, algo le decía que la cosa iba mal. Intentó averiguar qué era, qué hacía que algo no

fuera bien en su interior, pero la insistente voz de Charlotte no le dejaba pensar. Decidió volver con ella dentro y pensó en llamar a Hikaru más tarde.

Una vez dentro del coche Mía le pidió a Hikaru que la llevara a comprar unas cosas que necesitaba, y de allí directos al aeropuerto.

—No se lo digas a Meiko, se enfadará contigo si lo haces —dijo Mía, intentando crear una conversación para romper el momento de silencio que reinaba en el coche.

—¿Cómo se lo ha tomado Ryo? —el silencio de Mía lo decía todo—. Te va a matar cuando se entere, irá tras de ti.

—Asegúrate de que no lo hace, dame tiempo a llegar allí. Una vez esté en la India tú ya no sabes dónde iré y no podrás decirle nada a él.

—Deberías decirme dónde vas, al menos que alguien sepa cómo encontrarte, ¿no confías en mí?

—Sí confío, pero no sé cómo de grande es esto y no quiero que alguien salga perjudicado por mi culpa.

Ya habían llegado al aeropuerto, donde una avioneta les esperaba. Mía abrazó a Hikaru muy fuerte, tenía miedo, no sabía dónde iba ni qué iba a encontrar, estaba realmente asustada, pero aún le asustaba más la idea de no volver a ver a Michael. Mía notó la vibración del teléfono de Hikaru en la chaqueta. Este metió la mano en el bolsillo interior y lo sacó.

—Es Ryo.

Ya no

Hikaru esperó a que Mía se fuera para devolverle la llamada a Ryo. Subió a su coche, conectó el bluetooth y le dio a la rellamada.

—¿Está contigo Mía? —preguntó Ryo, apurado.

—Ya no —dijo Hikaru calmado.

—¿Cómo que ya no? ¿Y dónde está?, necesito localizarla.

—Si ella no te ha dicho dónde está será por algo, yo no te puedo decir nada por teléfono, pero ven a mi casa esta noche y hablamos —contestó Hikaru, calculando que en ese tiempo Mía estaría llegando a su destino.

—De acuerdo, esta noche nos vemos en tu casa, y espero que me cuentes todo —dijo Ryo, enfadado, y colgó.

Ryo sabía que algo iba mal, no le costó mucho darse cuenta de que la despedida de Mía era demasiado rara como para irse unos días. La llamó al móvil varias veces después de hablar con Hikaru, pero saltaba siempre el contestador, lo mismo pasaba con Michael. Apenas terminó de hablar con Hikaru despachó a Charlotte, ella le suplicaba quedarse, pero él no podía lidiar con sus lloriqueos, estaba realmente preocupado y solo quería que las horas pasaran rápido para ir a casa de Hikaru.

Decidió irse a correr para intentar pasar el tiempo más rápido. Cuando volvió, se dio una ducha larga, se vistió y se sentó en la cama esperando la hora de irse. Se le ocurrió ir al cuarto de Mía, comprobar que todo seguía ahí. Abrió la puerta y se metió dentro, observando cada detalle, no parecía haber nada

que dijera que algo no estaba bien. Abrió su armario y comprobó que la ropa seguía ahí, miró en el baño y su maquillaje, sus cremas, incluso su champú seguía ahí. Ryo empezó a pensar que se había preocupado por nada, que estaba exagerando, claramente se había ido por un par de días.

Se sentó en su cama, echándola de menos, y vio la planta que le regaló encima del escritorio. Estaba más grande, la había trasplantado a una maceta mayor y Ryo no pudo evitar esbozar una sonrisa. Se levantó para verla de cerca y notó que había una nota al lado.

«Por favor, Sayumi, riégala al menos una vez cada dos semanas. Mía»

«¿Cómo que una vez cada dos semanas?», pensó Ryo, si pedía algo así es que no se había ido unos días. Cogió la nota y vio algo detrás del macetero, era el móvil de Mía. Ryo comenzaba a ponerse más tenso a cada minuto que pasaba, no entendía por qué había dejado el móvil apagado en su habitación si no pensaba salir del país. Corrió a su habitación y revisó el pasaporte que Mía le había entregado, parecía legal, miró los datos, la foto, el holograma, todo lo que se le ocurrió, parecía que todo estaba en orden. Lo metió en su bolsillo y salió a casa de Hikaru a pedir explicaciones. Cuando le abrieron la puerta, Ryo pasó sin esperar a que anunciaran su llegada, se metió hasta el salón, buscando a Hikaru, y lo encontró abrazado a Meiko, viendo la tele con Asako.

—He venido a por mí explicación, ¿dónde está Mía? —preguntó Ryo, un poco sorprendido por cómo estaban abrazados Meiko y Hikaru.

—¿Por qué no sabes dónde está Mía? —preguntó Meiko, preocupada.

—A ver, tranquilizaos, sobretodo tú, Meiko. Ahora mismo os cuento todo —dijo Hikaru.

Hizo que Meiko se sentara y le pidió a una criada que se llevara a Asako, estaba casi dormida así que no protestó. Una vez que se quedaron solos, cerró la puerta y se sentó en un sillón frente a Meiko y Ryo.

—Hoy he recibido un paquete de Michael, en el que había otro más pequeño que iba para Mía. Se lo he entregado esta mañana en tu casa, Ryo. Al abrirlo, encontró documentación falsa, pasaporte, certificados y un billete de avión a Rusia.

—¿Que Mía está en Rusia? —preguntó Ryo, con los ojos fuera de las órbitas.

—No, es un poco más complicado que eso, así que escuchadme bien y dejadme que me explique hasta el final —pidió Hikaru.

Les contó toda la historia, sin ser interrumpido en ningún momento. Meiko y Ryo escuchaban con atención sin poder llegar a creer que todo lo que estaban oyendo era cierto.

—Así que cuando hablé contigo la estaba dejando en un aeropuerto privado, donde una avioneta la esperaba para llevarla a la India.

—¿A qué parte? —preguntó Meiko.

—Eso no lo sé, no me lo quiso decir.

Ryo se levantó y cogió de la camisa a Hikaru, arrinconándolo contra la pared.

—¿Me estás diciendo que has dejado que Mía se fuese sola a algún lugar de la India solo porque recibió unos papeles que supuestamente eran de Michael?
—dijo Ryo, enfurecido.

—Suéltame, Ryo, y cálmate, conozco a Michael y no pondría en peligro a Mía, confía en él —contestó Hikaru, intentado razonar con Ryo.

—¿Por qué no me dijo nada? La habría ayudado en lo que necesitara —dijo Meiko.

—La hubieras intentado detener, Meiko —contestó Hikaru—. Además, fue todo muy rápido.

Ryo no dejaba de ir arriba y abajo en la habitación, intentaba pensar por qué Mía no había confiado en él, por qué no le dejó ir con ella. Intentó serenarse, pero no lo consiguió.

—¿Por qué no me dijo nada? —preguntó Ryo sin entenderlo.

—Creía que te lo había dicho cuando subió a despedirse —dijo Hikaru.

—Me dijo que quería decirme algo, pero estaba con Charlotte y no pude atenderla, pero no creo que fuera eso, por algo así hubiese mandado a Charlotte a casa —Ryo estaba confundido.

—¿Que Mía fue a decírtelo y tú no la pudiste atender porque estabas con Charlotte? —gritó Meiko, furiosa—. ¿Y aún te preguntas por qué se fue sin ti?

—Yo no lo sabía... Si... —intentó decir Ryo, pero las palabras se ahogaban en su garganta.

—Meiko, él no tiene la culpa, todos conocemos a Mía y se hubiera ido de todas maneras, es de Michael de quien hablamos —intentó tranquilizar Hikaru a Meiko.

—Ya sé que se hubiera ido, pero también sé que a él le hubiera dicho dónde iba si hubiera sido capaz de dejar a Charlotte a un lado —dijo, señalando a Ryo—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de todo el daño que le haces a Mía intentando no dañar a Charlotte?

Ryo estaba callado, sin saber qué decir.

—Mía ha llorado por ti cada día desde que la conozco —siguió reprochando Meiko—, puede que veas que es fuerte, pero cuando día tras día ve cómo te vas con Charlotte haces que pierda las ganas de comer, de dormir, de todo lo que sea vivir —Ryo sabía que lo decía por el ingreso de Mía en el hospital—. Y para colmo te vas con Charlotte, ¿sabes cómo se sintió Mía cuando vio que preferiste irte con Charlotte ese día? Preferiste irte con ella, quien había tirado al suelo a una embarazada y golpeado a una niña, antes que quedarte con Mía. Eso la destrozó por dentro.

Ryo intentó asimilar las palabras de Meiko, él no sabía que Mía había pasado tan malos momentos por su culpa, y ni se había planteado que ella pensara que no valía nada, que valía menos que una maltratadora de niñas y embarazadas. Ryo pensó que Meiko estaba exagerando, Charlotte no era así.

—¿Seguro que fueron así las cosas? ¿Cómo sabes que golpeó una niña y a una embarazada?

—Porque la niña era Asako y la embarazada era yo —dijo Meiko.

Aquellas palabras confirmaron todas las dudas sobre el tema, incluso si Charlotte no sabía que Meiko estaba embarazada, lo de Asako no tenía perdón. Entendió por qué Mía sacó a Charlotte del pelo, entendió por qué no quiso contarle nada, para no revelar el embarazo de Meiko, y entendió por qué se fue del hospital sin esperarlo. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? Ryo empezó a desesperarse. Mientras más recordaba, más entendía que Charlotte lo había manipulado a su antojo. Mía había aguantado todo tipo de humillaciones y, aun así, le había prometido un mes. ¿Cómo era capaz alguien de amar a pesar de todos los malos momentos? Ryo sintió la necesidad aún

mayor de encontrar a Mía y aclararlo todo. No iba a estar con Charlotte ni un día más, por culpa de aquello Mía estaba en paradero desconocido.

—Meiko, por favor, ahora no es el momento de reproches —dijo Hikaru, viendo la angustia en la cara de Ryo.

—Lo siento —contestó Meiko—. De verdad que no quería hablarte así, entre las hormonas y las náuseas no controlo mi carácter últimamente.

—No te disculpes, Meiko —dijo Ryo—. Tienes razón, deberías haberme dicho todo esto antes. Por cierto, enhorabuena a ambos por el bebé.

—No, el bebé es solo... —empezó a decir Meiko.

—Gracias —interrumpió Hikaru, abrazando a Meiko.

—¿Y ahora qué? No me puedo quedar así —dijo Ryo—. Me voy a buscarla, quizás necesite esto en algún momento —Ryo sacó el pasaporte de su bolsillo.

Hikaru lo cogió, lo miró por dentro y se lo devolvió a Ryo abierto por la última página, donde había una nota pegada.

—Toma, creo que esto es para ti.

La nota tenía un *smiley* dibujado con una sonrisa, y las palabras «Lo siento» garabateadas en la parte de abajo. Ryo lo leyó y su pecho empezó a dolerle como si le hubiesen confirmado una mala noticia.

—De todas maneras, ese pasaporte no está vigente —dijo Hikaru—, el último sello no es de Japón.

—Entonces es el anterior, una vez Mía me dijo que ese era el pasaporte que marcaba el final de su adolescencia, y el que se hizo para venir aquí era para

llenarlo solo de buenos momentos —aclaró Meiko.

—¿Entonces? —preguntó Ryo sin entenderlo.

—Creo que te ha pedido que guardes su vida mientras ella regresa para empezar una contigo —contestó Meiko, abrazando a Hikaru con fuerza.

—Me alegro de que Mía se llevara su pasaporte, nunca sabes cuándo vas a necesitar correr hacia tu embajada en un país extranjero —dijo Hikaru.

—Me voy a buscarla, la voy a encontrar y la traeré de vuelta —empezó a decir Ryo.

—No sabes dónde está, ni si estará en ese país mañana. Es mejor que esperemos aquí a recibir noticias de ella —dijo Hikaru.

—¿Cómo pretendes que me siente a esperar? No puedo hacer eso —el tono de Ryo empezaba a denotar la desesperación que corría por sus venas.

—Es lo único que nos queda. He dado orden de que si alguien compra un billete de avión a nombre de Mía, o con el nombre falso que llevaba en el pasaporte, me sea reportado inmediatamente —dijo Hikaru.

—Apunta el nombre falso, se lo pasaré a los contacto de mi padre y así ampliaremos el campo de búsqueda —dijo Ryo—. Creo que me voy a volver loco si no sé nada de ella.

Ryo se quedó triste sentado en el sofá. Cuando comprendió que ya no hacía nada allí, se levantó, se despidió de Meiko y Hikaru y se fue. No quería volver a casa, ella no estaba allí. Sentía rabia con él mismo por no haber sido capaz de estar cuando ella lo había necesitado, estaba frustrado de no poder hacer nada. Dirigió su coche hacia la autopista y pisó el acelerador al máximo,

condujo sin rumbo fijo hasta que su móvil sonó, era Charlotte. Dudó en contestar, pero al final pulsó el botón verde.

—¿Qué quieres? —preguntó Ryo en un tono cortante.

—Ryo, estoy pensando en hacer una locura, estoy en el jardín de tu casa, en el invernadero. Ven pronto —Charlotte colgó.

Ryo se dirigió allí sin saber qué se iba a encontrar, aparcó y se dirigió corriendo al invernadero. Al entrar vio a Charlotte pisotear unas flores con rabia, ella no se había percatado que él había llegado.

—¿Qué haces? —preguntó Ryo, acercándose.

Charlotte paró en seco y se volvió con cara de no haber roto un plato.

—Yo solo quería verte una última vez antes de dejar este mundo —contestó Charlotte en un tono dramático, mientras apuntaba con un cuchillo a su muñeca.

Ryo la apartó sin mirarla si quiera y se agachó para ver lo que había destrozado. Se dio cuenta de que había un montón de plantas diferentes y carteles con los nombres de Ryo, Daisuke, Meiko, Hikaru, Asako, Michael y Mía esparcidos por la tierra. Sacó su móvil y pidió que el encargado de aquello se presentara ante él en ese instante, a pesar de que era tarde Ryo quería saber qué era eso. Antes de que Charlotte siguiese con su teatro, Sayumi estaba en la puerta.

—Pasa, Sayumi —dijo Ryo—. ¿Eres tú quien se encarga de esto?

—No soy yo, es Mía. Yo le ayudo a veces —contestó Sayumi.

El oír el nombre de Mía ahora dolía.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Ryo.

—Pues era... —comenzó a decir Sayumi, mirando a Charlotte con mala cara mientras se agachaba y buscaba una mini pancarta entre los destrozos ocasionados—, era el mundo de Mía.

Le mostró a Ryo una mini valla publicitaria donde se leía *Mía's World* garabateado a mano.

—Explícate —le pidió Ryo, dándole la espalda a Charlotte.

—Mía me contó que en uno de sus viajes conoció a una botánica amiga de su madre, tenía un jardín inmenso con plantas nombradas como la gente que quería, así ella cuidaba de sus seres queridos de alguna manera. Mía me dijo que le gustó tanto que adaptó esa idea: cada vez que se mudaba a un lugar, hacía un mini jardín con las personas a quien quería cuidar estando allí. Una vez que se iba, les entregaba su planta para que no se olvidaran de que ella estaría ahí siempre.

—Qué bonito —dijo Ryo.

—Pues no has visto cómo les hablaba y pasaba las horas con ellas, las plantas se llevaban las broncas de lo que hacían sus homónimos, pero las cuidaba tan bien que han crecido incluso aunque el clima era adverso para ello.

—¿Y todas las personas importantes para ella están aquí? ¿Desde cuándo? —preguntó Ryo, intrigado.

—Bueno, el jardín ha crecido desde que empezó, excepto por la planta de su madre que un día, de repente, ya no estaba. Al poco la sustituyó con una con su propio nombre, me dijo que si ella no cuidaba de sí misma, nadie parecía que iba a hacerlo —Ryo sintió una punzada de culpabilidad—. Su última

adquisición es Asako, esta plantita pequeña tan bonita.

—Gracias, Sayumi, ya puedes retirarte —dijo Ryo.

—Si quieres me quedo a recoger todo esto e intentar arreglarlo —comentó Sayumi.

—No hace falta, es muy tarde, mañana te busco.

Dicho esto Ryo sacó su móvil mientras Sayumi desaparecía, pidió que le enviaran un taxi, mientras Charlotte enrojecía de la rabia.

—¿Qué haces? —preguntó Charlotte, enfadada.

—Te he pedido un taxi, te largas ahora mismo de aquí.

—¿Es por ella? ¿Ni siquiera te da pena que yo me quiera quitar la vida? —preguntó Charlotte, con el cuchillo aún en las manos.

—La misma pena que te ha dado a ti destrozar esto. Te he pasado muchas, pero esta es la última. Por favor, ahora vete de mi casa —dijo Ryo en un tono sereno.

Charlotte estaba llena de rabia, empezó a destrozar todo y Ryo tuvo que sacarla en brazos de allí y llevarla a la entrada principal a esperar al taxi.

—¿Por qué te deshaces de mí? ¿Vas a ir a buscarla a ella? —preguntó Charlotte entre lloros.

—Por nuestra culpa ahora ella no está aquí, así que espero que para cuando vuelva aún quiera ser mi novia.

—¿No está aquí? Seguro se fue con el bailarín ese, te ha dejado y tú aún

esperas a que te llame y vuelva. Eres patético —su llanto se había convertido en rabia.

El teléfono de Ryo sonó, lo sacó del bolsillo y vio que era Hikaru, sus ojos se tornaron esperanzados esperando que tuviese noticias de Mía. Charlotte creyó que era Mía la que llamaba, su furia estalló. Agarró el móvil de la mano de Ryo y lo estrelló contra el suelo, haciéndolo pedazos ante la atónita mirada de Ryo.

—Ahora le será más difícil embaucarte —dijo Charlotte, satisfecha.

Ryo se enfureció, había destrozado el teléfono donde tenía las fotos de Mía, sus mensajes, todo lo que hacía real su existencia.

—Si vuelvo a verte una sola vez juro que haré caer tu reputación tan baja que necesitarás ayuda para encontrarla. Y si piensas en pedir ayuda a tu padre asegúrate de que puede sobrevivir sin el dinero de las acciones que tiene mi padre en su compañía —amenazó Ryo.

Ryo fue tan firme y claro que la cara de Charlotte se quedó pálida como la nieve. Hasta ese día había aguantado todas sus rabietas o enfados, y no era el primer móvil que le rompía, pero sus palabras habían sido tan duras que le dio miedo comprobar si eran ciertas. Subió al taxi y se fue.

Ryo entró dentro de la mansión buscando un móvil viejo para meter la tarjeta, pero no funcionaba, estaba rallada. Cogió el teléfono y llamó a Hikaru, por suerte aún tenía el teléfono apuntado en un papel en su cartera.

—Soy Ryo, ¿sabes algo nuevo?

—He contactado con el piloto y me ha dicho que ha llegado bien, está en Nueva Delhi, pero antes de que se diera cuenta ella había desaparecido y no

se pudo fijar que rumbo tomó.

—¡Mierda!, ¿por qué será tan lista?

—Será mejor que lo sea, no ha ido precisamente al paraíso de las solteras.

Mía llegó a Nueva Delhi sin ningún problema. Pronto un montón de chiquillos querían algo de ella, los extranjeros eran acosados en la calle, pero Mía sabía perfectamente que la mayoría solo eran ladronzuelos entrenados para sobrevivir en un lugar atroz. Cogió su mochila y la colocó delante, la agarró con las dos manos, pero antes se aseguró de que no dejaba nada en sus bolsillos.

Se dirigió a un hotel bastante lujoso, se registró con su falsa documentación y le pidió al de recepción que le indicara cómo llegar a Agra, quería ir al Taj Majal de inmediato y no confiaba en nadie, así que pidió que la llevaran escoltada hasta allí. Cargando todas las cuentas a la habitación, sacó su tarjeta American Express Platino para que cargaran todo en ella al acabar, por suerte no comprobaron el nombre que en ella aparecía y que no coincidía con el del pasaporte, y rezó porque esperaran a pasar el cargo cuando ella ya no estuviese allí, porque esa tarjeta no valía más que el plástico del que estaba hecha.

El recepcionista pareció muy complacido al ver esa tarjeta y le dio una gran habitación a Mía, esta no la usó nada más que el tiempo en que tardó el hotel en buscar un guía que supiera inglés, un coche y un escolta. Antes de media hora ya estaba de camino. Era noche cerrada y el todoterreno en el que iba no

le daba la seguridad que Mía necesitaba para dormir, así que se mantuvo despierta todo el trayecto. Cuando empezó a amanecer, pudo avistar las imágenes más bonitas que había visto en toda su vida. El Taj Majal se erigía frente a ella con el sol como telón de fondo, haciendo brillar cada una de las columnas blancas por las que estaba compuesto.

—Ya hemos llegado, señorita, deberá esperar a que abran, pero si quiere ya puede ponerse en la cola para sacar la entrada —dijo su conductor y escolta.

—Yo la acompañaré durante la visita y regresaremos de nuevo con él —dijo el guía, señalando al escolta.

Estaba claro que no la querían perder de vista, pero Mía no iba precisamente dentro del Taj Majal así que para despistar al guía con un acento inglés pésimo y al escolta con cara de borracho, le pidió que se adelantara a buscar las entradas, que ella iba a entregar algunas cosas a niños necesitados. Sabía que el guía estaba harto de tantos niños que le robaban su trabajo, así que no dudó en aceptar ir a por las entradas para no tener que lidiar con ninguno de ellos.

Mía comenzó a caminar y pronto se perdió entre la gente, trató de recordar el mapa del Taj Majal que tantas veces había visto con Michael y se situó como si fuera un GPS buscando señal. Empezó a caminar hasta llegar al mausoleo de Mumtaz, el fiel sirviente de la emperatriz por quien se erigió el Taj Majal. Merodeó por allí un rato hasta que dos figuras surgieron delante de ella, una era Michael.

—¡Michael! —gritó Mía de alegría, mientras corría a abrazarlo.

Una vez lo tocó y notó que era real comenzó a llorar, todo el miedo que había sentido, la incertidumbre de qué habría pasado con él, todo salía ahora por los ojos de Mía.

—Yo también me alegro de verte, Kitty, no estaba seguro de si habías entendido mi mensaje.

—Hombre, muy claro no era, una llamada hubiese sido más sencilla, ¿no? —dijo Mía, sonriendo aliviada al ver que no estaba herido ni medio muerto en una cuneta, como ella había imaginado en sus peores pesadillas.

—Esta es Naisha —dijo Michael, presentando a la chica que se encontraba a su lado.

Mía se la quedó mirando, su cara le sonaba pero no conseguía ubicarla. Era morena, de tez un poco más oscura que la suya y con los ojos verdes, si no fuera por los rasgos étnicos que las diferenciaban podían haber pasado por hermanas perfectamente, aunque Naisha era un poco más delgada y más alta que Mía.

—¿La recuerdas? —preguntó Michael al ver la cara de Mía.

—Creo que sí, pero no sé de qué.

—Su padre era el que siempre te daba los *Katinada Khaja*, esos dulces que tanto te gustaban cuando tu madre trabajaba en las Naciones Unidas —dijo Michael, intentado hacer recordar a Mía.

—¿De verdad eres tú la niña con la que jugaba? —preguntó Naisha, sin poder creérselo tampoco.

Michael asintió y Mía sonrió al acordarse de ella.

—Me alegro de verte, ¿cómo está tu padre? —dijo Mía alegremente.

—Murió hace unos días —contestó ella apenada.

—Vaya, lo siento, no era mi intención recordártelo.

—Tranquila, Mía, estás aquí precisamente por eso —dijo Michael, cogiendo la mano de Naisha y besándole la frente.

Mía se quedó atónita ante el gesto que acababa de ver.

—¿Y esto? —dijo Mía, señalando a ambos con el dedo—, ¿cuándo ha pasado?

—Verás, estuvimos juntos hace tiempo pero la distancia hizo que no funcionara. Pero este año coincidimos en la universidad y retomamos la relación —dijo Michael—. Iba a contártelo por tu cumpleaños pero me llamaron de urgencia porque ella había desaparecido, regresé a buscarla.

Mía estaba intentando asimilar todo lo que Michael le estaba diciendo.

—Cuando quise llegar a ella unos hombres de negro enormes me lo impidieron.

—Mi padre había sido asesinado por un régimen político que quiere dar un golpe de estado —continuó Naisha—, quedando mi hermana y yo como herederas de su fortuna. Así que para cobrar el dinero que ayudaría al movimiento me secuestraron en mi propia casa para obligarme a casarme con el líder.

—Por suerte aún quedan algunos amigos de su padre que me ayudaron a sacarla de allí —concluyó Michael.

—¿Y qué ha pasado con tu hermana? —preguntó Mía, que había estado atenta a toda la historia.

—Ella tuvo que irse a una aldea lejos de aquí, allí la cuidarán hasta que

podamos volver a por ella —explicó Michael—. Aún es menor y no puede tomar posesión de la herencia, así que no es importante para ellos.

Mía vio cómo Niasha empezó a llorar, no era importante para los demás, pero para ella sí. Michael la abrazó intentando consolarla, pero no lo consiguió, aunque dejó de llorar.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —preguntó Mía.

—La están buscando, saben quién soy yo y me vigilan también, así que necesito que le dejes tu pasaporte para que viaje a Japón, yo iré en el siguiente vuelo y a ti te espera una avioneta a las afueras de Agra que te llevará directa a Tokio.

—¿Para qué mandaste entonces esos documentos falsos? Hubiese sido más fácil hacerle unos a ella, ¿no?

—Verás, necesito tu pasaporte real, por favor, dime que lo has traído —suplicó Michael.

—No me dijiste que lo hiciera —Mía hizo una pausa y sacó el librito de dentro de su chaqueta—, pero ya sabes que no salgo de casa sin mi pasaporte.

—¡Dios! Cómo te quiero, pequeña, sabía que no me fallarías —dijo Michael riendo.

—Sigo sin entender por qué no es más fácil hacérselo a ella.

—Ellos controlan el tráfico de documentos falsos, saben que pedí unos con ese nombre y tienen orden de parar a quien lo intente usar, por eso irás en avioneta privada —explicó Michael.

—Entonces, yo le doy mi pasaporte a ella, sacáis un billete en dos aviones

consecutivos pero no iguales que os llevarán a Tokio y, mientras, yo vuelvo a casa con una avioneta y rezando para que nadie me pida la documentación, ¿no?

Naisha tenía cara de preocupación, apenas conocía a Mía y no estaba segura de que fuese a aceptar. Tenía miedo de que no lo hiciera.

—¿Algún problema, Mía? —preguntó Michael—. Sabes que nunca te pondría en peligro, ¿verdad?

—Sabes cuál es el problema... —Michael y Naisha la miraron atentos—, que me voy a perder esos bocadillos tan ricos que dan en las aerolíneas japonesas.

Naisha respiró aliviada y Michael abrazó a Mía, levantándola por el aire de felicidad. Una vez todo estuvo aclarado, se dispusieron a caminar hacia una aldea cerca de Agra, donde pasarían la noche. Estuvieron varias horas andando, Mía agradeció el calzado que llevaba, pero, aun así, la falta de sueño empezaba a hacer mella en ella. Cuando llegaron al poblado de chabolas Mía no estaba preparada para ver lo que allí se encontraba. No era un poblado habitual, era una escombrera llena de casuchas hechas con desechos, niños correteando entre la basura y mujeres lavando a mano en pilas de agua más sucias de lo que Mía era capaz de ver.

—Cuando oscurezca alguien nos llevará al aeropuerto de Nueva Delhi, tú saldrás mañana en la tarde hacia Agra y en unos días estaremos riéndonos, tomando un café en Tokio —dijo Michael.

El plan parecía sencillo, y Mía estaba segura de que Michael no iba a poner en peligro su vida, pero sí que estaba asustada por lo que pudiese suceder. Si habían matado al padre de Naisha por obtener fondos para la causa estaba claro que no se andaban con tonterías.

Cuando estaba oscureciendo, Michael salió al encuentro de los que iban a llevarlos a Nueva Delhi, dejando a Mía y a Naisha en una casa, protegidas por unos hombres leales al padre de Naisha. Para matar el tiempo Mía comenzó una conversación con Naisha.

—Bueno, cuéntame cómo es tu hermana, a ella no la conozco —dijo Mía, sabiendo que era un tema con el que Naisha se sentiría a gusto.

—Ella tiene apenas siete años, es muy alegre y todo el mundo dice que es igual que yo físicamente —su tono denotaba tristeza—. Ahora estará muy asustada y no puedo hacer nada.

—¿Qué va a pasar con ella exactamente? —preguntó Mía.

—Se quedará en un poblado cerca de Calcuta hasta que pueda mandar a alguien a por ella —de repente se levantó—. No puedo, no puedo dejarla aquí, es una niña y soy lo único que tiene.

—¿Y vuestra madre? —preguntó Mía.

—Murió al dar a luz a Mayarin, mi hermana, ella está sola y no me iré sin ella.

—Pero Michael está a punto de volver por ti, debes irte —dijo Mía, viendo que el plan se iba al garete.

—Mía, sé que Michael es como tu hermano, ¿podrías dejarlo aquí?

Mía se quedó pensativa, por supuesto que no, pero si ella se quedaba Michael también lo haría, y esto podía acabar mal, así que Mía cambió un poco los planes.

—¿Quién os hizo los documentos falsos que me envió Michael? —preguntó Mía, desconcertando a Naisha ante el cambio de tema.

—Los mismos que mañana vendrán por ti.

—¿Hacen todo tipo de documentos?

—Sí, claro, ¿por qué? —Naisha no sabía a qué venía tanta pregunta.

—Michael es más que mi hermano, si tú te quedas, él estará en peligro porque sé que no te dejará sola. Hagamos un trato, tú cuida de Michael, haz que llegue sano a casa, y yo te prometo que iré por tu hermana y la sacaré de aquí también.

Lo ojos de Naisha se iluminaron.

—Pero Michael no lo permitirá —dijo Naisha angustiada.

—El punto está en no contárselo, dime exactamente dónde está y yo me encargo.

—Mía, es peligroso, la están vigilando porque saben que iré a por ella tarde o temprano.

—Bueno, eso ya veré cómo lo arreglo, escíbeme aquí —dijo Mía, dándole un papel y un boli— dónde está y dame algo que ella pueda reconocer para que sepa que voy de tu parte.

Naisha le entregó un colgante con la inscripción del nombre de su madre y su padre, era un ojo que todo lo ve que llevaba al cuello. Mía se lo puso para no perderlo y lo metió dentro de su ropa para que no se viera, guardó el papel en medio de su pasaporte falso y metió todo junto en el bolsillo interior de su chaqueta.

Michael no tardó en llegar para llevarse a Naisha, era el momento de la despedida. Michael no se quedaba del todo tranquilo al dejar allí a Mía, pero

sabía que la gente era de confianza plena. Le entregó un poco de dinero, lo que llevaba cuando entró al país, no había podido sacar nada para que no detectaran sus movimientos, la besó en la frente, la abrazó y se despidió de ella. Naisha abrazó a Mía con la intensidad con la que deseaba volver a verla pronto con su hermana, y con los ojos llenos de agradecimiento por lo que iba a hacer. Mía, sin embargo, se quedaba sin saber si aquello iba a salir bien, si de verdad volvería a ver a Michael, si volvería a besar a Ryo. Una lágrima corrió por su mejilla, pero la limpió antes de que Michael se diera cuenta.

—Michael, te quiero —dijo Mía a modo de despedida.

—Nos veremos antes de lo que piensas, ¿confías en mí? —preguntó Michael.

—Tanto que salté por ti de un avión.

—Entonces allí iremos cuando todo esto pase y volveremos a saltar, ¿de acuerdo?

Mía asintió, deseando con toda su alma que eso fuera cierto. Michael cerró la puerta y Mía se tumbó, intentado descansar algo para aguantar lo que se le venía encima. Su último pensamiento fue la sonrisa de Ryo.

No es su culpa, es mía

—**R**yo está descontrolado —dijo Daisuke, mientras Meiko asentía con la cabeza.

—Hace dos días que no sabemos nada de Mía, si fuese Meiko la desaparecida yo estaría igual o peor —contestó Hikaru.

Desde que Mía no daba señales, Ryo había volcado cada minuto del día en ocupar su mente organizando a su gente en las calles y buscando a Aku, pero este sabía que si no se escondía de Ryo descargaría toda su rabia contra él. Por el día Ryo se ocupaba del jardín de Mía en el invernadero, había mandado quitar algunas plantas para hacer más grande ese lugar, Sayumi le ayudaba en lo que podía.

—Me da miedo que acabe haciendo alguna tontería —dijo Meiko preocupada.

—Esperemos que entre en razón a tiempo —comentó Hikaru mientras cogía el teléfono móvil, pidió silencio, quien le llamaba era por algo importante.

Tras unos minutos que parecieron eternos, Hikaru colgó y volvió al salón donde había dejado a Meiko y Daisuke.

—Buenas noticias, acaban de llamarme para decirme que Mía viene hacia aquí en un vuelo que salió desde Rusia y en una hora —explicó Hikaru.

—¿Y viene sola? —preguntó Meiko.

—Eso es lo extraño, que Michael llega diez minutos después en un vuelo procedente de Australia.

—Voy a llamar a Ryo —dijo Daisuke, sacando el móvil de su bolsillo.

Cuando Ryo estuvo avisado, Daisuke, Hikaru y Meiko se fueron directos al aeropuerto para encontrarse con Ryo y esperar a Mía y Michael juntos. Asako quería ir también, pero Hikaru temía por el estado en que podía llegar Mía y no quería que la niña pudiera verla mal.

Cuando llegaron a la terminal, Ryo ya estaba allí esperando, impaciente. En su cara se reflejaba la preocupación y desesperación, no podía dormir bien y claramente necesitaba volver a ver a Mía.

—¿Y bien? ¿En qué vuelo llega? —dijo Ryo nada más reunirse con los demás.

—Pues debería llegar en menos de diez minutos, preguntemos ahí —dijo Hikaru, señalando el puesto de información de la terminal— y que nos indique por dónde saldrán los pasajeros

Se acercaron a la joven que estaba atendiendo a pasajeros y familiares despistados. Le indicaron los vuelos y ella les dijo por qué puerta debían salir, al ser vuelos internacionales las puertas de desembarco eran contiguas, lo que facilitaba la tarea de búsqueda.

El vuelo de Mía aterrizó, los pasajeros comenzaron a salir uno a uno, la impaciencia iba creciendo en Ryo, cada vez que la puerta se abría aguantaba la respiración como si eso fuese a asegurar que Mía aparecería, pero tras más de veinte minutos esperando vieron que no quedaba nadie más. Ryo intentó colarse por la puerta, pero unos tipos de seguridad le impidieron el paso. Ryo se enfureció tanto que tuvieron que intervenir Hikaru y Daisuke para que no lo arrestaran.

—¿Ese de allí no es Michael? —dijo Meiko, señalando a un chico que

abrazaba a una chica morena con efusividad mientras la elevaba por el aire.

Ryo se zafó de los policías y corrió sorteando las maletas que llevaban los viajeros, cuando llegó cogió a la chica del hombro y la giró.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó Michael, sin darse cuenta de quién era Ryo.

—Tú no eres Mía —dijo Ryo decepcionado.

Meiko, Hikaru y Daisuke llegaron hasta donde se encontraba Ryo.

—¿Y Mía? —preguntó Meiko.

—¿Aún no ha llegado? —preguntó Michael, un poco confundido.

—¿Cómo que aún no ha llegado? —preguntó Ryo enfadado.

—Ya debería estar aquí —dijo Michael—, bueno, no os preocupéis, dejadme un teléfono y en seguida os lo averiguo.

Hikaru le tendió su teléfono y Michael sacó un papel del bolsillo con un número apuntado, se alejó un poco y puso el teléfono en su oreja tras marcar.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Meiko con curiosidad.

—Me llamo Naisha, soy... amiga de Michael —explicó la chica.

—¿Y qué tienes que ver tú con Mía? —preguntó Daisuke, intentando enlazar los hechos.

—Quizás no la conozca, seguramente se encontró a Michael aquí de casualidad —contestó Ryo sin dejar de mirar a Michael.

—En realidad sí conozco a Mía, la vi hace dos días.

—¿Que la viste hace dos días? —preguntó Ryo, alterado, cogiendo a Naisha por los hombros—. Dime dónde por favor, tengo que ir a buscarla.

—Bueno... Yo... No sabría decirte ahora.... —contestó Naisha aturdida.

—Ryo, suéltala —ordenó Michael—. Acabo de llamar para saber de Mía, van a llamarme en cuanto localicen a quién la tenía que traer, así que, por favor, vayamos a otro lugar y os explico todo.

Hikaru ofreció su casa para hablar tranquilamente. Daisuke se fue en el coche con Ryo, para que no hiciera el loco conduciendo, Michael y Naisha se fueron con Hikaru y Meiko. Poco antes de llegar a la casa de Hikaru, Michael recibió la llamada que esperaba, comenzó a gritar en un idioma que ni Meiko ni Hikaru entendían, pero, por el tono, estaba claro que no era nada cordial esa conversación.

—Es hindi —aclaró Naisha mientras se bajaban del coche.

Hikaru y Meiko asintieron, agradeciendo la aclaración. Michael terminó de hablar a la vez que Ryo y Daisuke llegaban.

—Entremos, tenemos que hablar —dijo Michael en un tono muy serio.

Se dirigieron todos al salón, se acomodaron y Michael comenzó a explicarles toda la historia de cómo Mía había ido a la India para dejarle su pasaporte a Naisha, ya que se parecen mucho. Les explicó todo de una manera tan sencilla que parecía un profesor de parvularios explicando las vocales a los niños.

—Y esa es la historia —dijo Michael—. Mía debería de haber llegado anoche.

—¿Y dónde está? —preguntó Ryo ansioso.

—No lo sé —contestó Michael abatido—, a quien he llamado me ha dicho que ella nunca apareció allí, se fueron sin ella.

Ryo se levantó con tanta energía que tiró la silla hacia atrás cayendo al suelo y haciendo un gran ruido.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Dónde la busco? —preguntó Ryo desesperado.

—No lo sé, yo también estoy preocupado —dijo Michael.

—Michael, no es tu culpa, seguro que estará bien —dijo Meiko, intentado consolarlo.

—Claro que es su culpa por meterla en algo así, sabes que no te puede decir que no —acusó Ryo a Michael—, y te aprovechaste de ello.

—No es su culpa, es mía —dijo Naisha, y todos se callaron.

—Naisha, no es tu culpa, ella aceptó ayudarte. En todo caso Ryo tiene razón, es culpa mía —contestó Michael, cogiendo de la mano a Naisha.

—No es por eso, es porque yo le pedí algo a Mía y por eso no llegó al avión.

El salón entero se quedó en silencio. Michael la miraba con los ojos abiertos de incredulidad, Ryo con rabia, Meiko con preocupación, Hikaru con curiosidad y Daisuke con miedo.

—Cuando te fuiste y nos dejaste solas —dijo Naisha—, hablamos de mi hermana. Decidí no irme sin ella. Mía temió que no te fueras sin mí.

—Por supuesto que no me hubiera ido —dijo Michael.

—Por eso Mía se ofreció a ir a buscarla... Lo siento.

Naisha comenzó a llorar, los reproches no tardaron en llegar, tanto para Michael como para Naisha. El ambiente se estaba caldeando y de un momento a otro iba a comenzar una pelea, lo único que no se sabía era quién no estaría en ella, porque hasta Meiko con su tripita gritaba enfadada.

De repente, en mitad de todos los gritos, apareció Asako. Todos callaron como si no hubiera pasado nada. Hikaru la cogió en brazos y le besó la mejilla.

—Dime, cariño, ¿qué pasa? —preguntó Hikaru.

—Necesito que dejéis de pelear un segundo —declaró Asako.

—No estábamos peleando, cielo —mintió Hikaru.

—No estoy sorda, y aunque algunas palabras no sé lo que significan otras las reconozco y sé que son palabras feas.

Todos sintieron vergüenza por su actuación y porque la niña escuchara todo.

—Bueno, quizás sí discutíamos un poco —dijo Meiko sonriendo, intentado quitar seriedad al asunto.

—Bueno, yo lo que quería era darle un mensaje a Naisha —aclaró Asako.

Todos se quedaron atentos a Asako sin saber cómo la niña conocía a Naisha.

—¿Y qué tienes que hablar tú con ella si no la conoces? —preguntó Hikaru.

Asako se bajó de los brazos de su padre y se puso frente a Naisha, esta se puso de rodillas para estar a su altura.

—Dime, pequeña, ¿quién te ha dejado un mensaje para mí? —preguntó

Naisha, tan intrigada como los demás.

—Ha sido Mía —contestó Asako.

¿Vas a ir a por Mayarin?

«Bien, vamos allá», pensó Mía. Michael se había ido la noche anterior y ahora ella tenía que buscarse la vida para cambiar su ruta. Cuando llegaron a buscarla, Mía llevaba todo el día pensando en cómo salir de allí y dirigirse a Calcuta, donde se encontraba la hermana pequeña de Naisha. Al menos había conseguido un mapa de la India de 1985, lo tenía una mujer que le trajo la comida, no entendía el idioma pero con señas pudo hacerle entender que necesitaba uno. Localizó Calcuta y, por suerte, la aldea en la que se encontraba Mayarin no quedaba lejos del puerto fluvial de Calcuta. Ensimismada en sus pensamientos se sobresaltó cuando la puerta del cuarto se abrió sin previo aviso.

—¿Eres Mía? —preguntó un hombre de tez morena, joven y que tenía un perfecto acento británico.

—Sí —contestó Mía, un poco asustada—. ¿Y tú quién eres?

—Disculpa si te he asustado, soy Sadhvi. Vengo a buscarte para llevarte al avión —se presentó inclinando la cabeza.

Mía se lo quedó mirando un tanto desconfiada, era bastante guapo para ser un rebelde, aunque vestía ropa vieja y sucia su aspecto no era de dejadez, seguramente no había crecido como los niños que Mía vio al llegar el día anterior.

—Hay un cambio de planes —dijo Mía con seguridad.

—Michael no me avisó de ello, tengo órdenes de llevarte al avión —contestó incrédulo Sadhvi.

—Te diría que lo llamas pero ahora está en el vuelo, intentó localizarte ayer pero no pudo —dijo Mía, refiriéndose a Michael—, tengo que ir primero a Calcuta a recoger a alguien.

—¿Vas a ir a por Mayarin? —preguntó el chico confundido, con unos profundos ojos negros.

—¿La conoces?

—Soy amigo de Naisha desde el colegio, sabía que no se iría sin su hermana, pero nunca pensé que fueras tú a por ella. No se te ve una gran guerrera.

—¡Oye!, soy chiquita pero matona —se quejó Mía—. Además, a mí no me conocen y eso me da ventaja.

—Eso sí que es cierto, entonces, ¿qué necesitas? —preguntó Sadhvi.

—Necesito que me acerquéis lo máximo posible a donde la tienen, del resto me encargo yo —dijo Mía con firmeza.

—Si es por la pequeña puedo hacer algo mejor por ti, te llevaré a la aldea y montaremos alguna distracción para que te sea más fácil irte con ella.

Mía sonrió ampliamente, por fin veía algo de luz al final del túnel. No sabía a lo que se refería exactamente con «provocar una distracción», pero estaba agradecida de la ayuda que iba a recibir.

Sadhvi dejó la habitación para ir a explicar el cambio de planes, y diez minutos después regresó a por Mía. Ella ya estaba preparada, pero Sadhvi no opinaba lo mismo.

—Bien, iremos en dos coches, tú irás en uno conmigo y otro nos seguirá de cerca —dijo Sadhvi, mirando a Mía de arriba abajo.

—¿Qué haréis para distraerlos? —preguntó Mía curiosa.

—Aún no lo sabemos, durante el trayecto lo decidiremos —contestó Sadhvi—, pero está claro que no puedes ir así vestida o te reconocerán en seguida aunque no sepan quién eres, la aldea a la que vamos no es un lugar turístico precisamente.

Segundos después una joven llegó con un sari azul marino, de seda, bordado con dorados. La tela era magnífica y la camisa de los mismos tonos era digna de admiración. Le ayudó a ponérselo encima de su ropa, Mía no quería perder la libertad de movimiento cuando la necesitara. Una vez estuvo vestida realmente parecía una princesa hindú.

—Te ves espectacular —dijo Sadhvi—, voy a poder presumir de esposa si alguien nos para.

—¿No es un poco ostentoso? —preguntó Mía preocupada.

—Es muy ostentoso, pero porque en el lugar en que se encuentra Mayarin solo hay mujeres con ropas así, de esta manera no se pueden colar intrusas, es difícil conseguir lo que llevas puesto.

—Ah, bueno, intentaré cuidarlo bien.

—Con que puedas sacar a Mayarin de allí me conformo, le debo mucho a su familia, su padre pagó el entierro de mi madre.

—¿Dónde me esperarás cuando tenga a la niña conmigo? —preguntó Mía intentando desviar el tema que, claramente, aún afectaba a Sadhvi.

—No te vamos a esperar, he conseguido que un barco os lleve de polizontes hasta Japón, llevan una ruta que para allí, eso sí, estaréis tres días metidas en

las bodegas.

—Eso no me importa mientras podamos comer, ¿hay que pagarle algo al del barco? —preguntó Mía, esperando una negativa porque apenas tenía dinero.

—Le compensaremos de alguna manera, aún no sé cómo.

—¿Serviría un pasaporte falso? —preguntó Mía sacando el documento de su mochila.

Sadhvi lo cogió, lo miró y se lo devolvió.

—El pasaje vale menos de lo que te darían por él.

—Yo no lo voy a necesitar, quédatelo y negocia con él —dijo Mía, estirando la mano y entregándoselo de nuevo.

—¿De verdad? —preguntó Sadhvi incrédulo.

—De verdad.

Dicho esto, Sadhvi la condujo al coche en el que iban a ir: era un todoterreno negro bastante bueno. Querían dar la impresión de pudientes, incluso Sadhvi se cambió y adecentó hasta el punto de que a Mía le costó reconocerlo en un primer momento. Se montaron y dirigieron a la aldea, había unas horas de camino, pero Mía fue incapaz de dejar de hablar con Sadhvi, era muy interesante todo lo que el joven le relataba sobre los conflictos políticos de su país y de cómo los rebeldes eran ayudados en las aldeas para combatir el maltrato sufrido por los que querían el poder. Antes de darse cuenta, Mía ya se encontraba a la entrada de la aldea.

El lugar era bastante poblado, tenía muchas casas bajas, la mayoría medio derruidas. Era un lugar muy pobre en contraposición con las grandes casas que

había en la mitad del pueblo, pero no faltaban niños que corretearan por las calles asombrándose del lujoso auto en el que iba subida.

—Allí es donde la tienen —dijo Sadhvi, señalando un edificio de dos plantas—. Debes entrar por la puerta principal como si fueses la reina del mundo, no te dejes intimidar por los matones de la entrada. Una vez dentro, no sé dónde estará, pero por la hora que es yo buscaría en el patio central, con suerte estarán allí comiendo.

—¿Y cómo sabes dónde está el patio central? —preguntó Mía.

—Porque esa era la casa de mis tíos antes de ser asesinados por el régimen.

Mía se quedó callada sin saber qué decir, parecía que cada vez que preguntaba algo un asesinato asomaba por algún lado.

—Tranquila, es parte de la vida, estamos aquí de paso —dijo Sadhvi, intentando hacer que Mía no se sintiera mal—. Ve directa al patio central, lo verás nada más entrar. Si está, llévatela a la cocina, una antigua amiga aún trabaja allí, dile que vas de mi parte y te mostrará cómo salir.

—¿Y después? —preguntó Mía, empezando a agobiarse ante la inminencia de los hechos.

—Deberás correr, no sé cuánto tiempo distraeremos a los tipos, tú corre y dirígete al puerto, está a poco más de dos kilómetros en línea recta desde allí —señaló un árbol que se veía detrás de la casa—. Pase lo que pase, no vuelvas, corre y busca el Sakarta, es el barco que os llevará. Mi amigo os dejará pasar, os estará esperando en la entrada. Zarparéis esta misma noche.

Mía se dirigió hacia la puerta de la casa, era blanca y tenía una entrada amplia, con dos portones de los cuales solo uno estaba abierto. Podía verse un

guardia de seguridad dentro y dos fuera, así que la táctica de escabullirse dentro no iba a ser tan fácil. Miró a ambos lados de la calle antes de cruzar y pararse frente a ellos, no sabía qué hacer y cuando los guardias le preguntaron ella no entendió nada de lo que le dijeron. El tono de los guardias empezaba a elevarse, estaba claro que se estaban enfadando y a Mía solo se le ocurrió gesticular como si fuera muda, haciendo señales de no oír nada tampoco, desde luego que no sabía el lenguaje de signos, pero sí conocía algunos gestos y esperaba que ninguno de ellos los supiera interpretar.

Los guardias hablaron entre sí y decidieron que uno acompañara dentro a Mía, no sabía dónde la iba a llevar pero ella se dejó guiar. Una vez dentro, Mía pudo ver el patio central, efectivamente, allí había un grupo de mujeres con una niña. Supuso que era Mayarin, ya que el grupo estaba vigilado por tres guardias más.

Cuando el guía le dijo que entrara en una habitación, Mía se asomó primero y vio que no tenía ventanas, retrocedió instintivamente y el guardia se la quedó mirando, mosqueado por el gesto le volvió a indicar que entrara, pero ese plan a Mía no le gustaba mucho. El guardia la cogió del brazo e intentó obligarla a entrar. Mía se resistía dando bandazos pero el hombre era más fuerte, cuando la tuvo dentro se dirigió a la puerta y, antes de que la cerrara, Mía escuchó un estruendo, como si de una bomba se tratase. «Y ahí está mi distracción preparada», pensó. El guardia corrió hacia la entrada sin encerrar a Mía, no debía de verla como un peligro así que ni siquiera le cerró la puerta.

Mía salió a tiempo de ver cómo se dirigían con la niña hacia el final de un pasillo, echó a correr para alcanzarlos y otro estruendo sonó, pero esta vez más cerca, cuando se volvió vio cómo Sadhvi había entrado con el todoterreno por la puerta y estaba en mitad del patio central, él no la vio cuando salió armado y disparando. Desde luego era un auténtico caos. Mía alcanzó al grupo

a tiempo, antes de meterse en una habitación, agarró a la niña y tiró de ella para llevársela, pero unas mujeres se plantaron delante, dispuestas a protegerla.

—¿Eres Mayarin? —preguntó Mía a la niña en inglés.

No hubo respuesta.

—Me envía tu hermana —dijo Mía, sacándose el colgante del cuello y lanzándolo a los pies de las mujeres que estaban delante de la niña.

Mayarin se agachó a recogerlo y sonrió al darse cuenta de que era verdadero.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó la niña.

—Ella no ha podido venir a buscarte, pero me envía a mí, necesitamos irnos ya, por favor.

Mía no dejaba de oír disparos y pensaba en que a pocos metros alguien estaba muriendo. Con cada ruido se giraba para comprobar que no aparecía nadie por el pasillo.

—Mayarin, por favor, confía en mí —rogó Mía, sabiendo que el tiempo se les estaba agotando.

De repente, una figura armada apareció tras ella, el corazón se le subió a la boca y dejó de respirar. Mía estaba realmente asustada ante la idea de ser cogida por alguno de esos tipos, pero pudo relajarse cuando vio a Sadhvi aparecer tras el tipo y golpearlo en la cabeza, dejándolo inconsciente. Cuando Mayarin lo vio corrió a sus brazos, y este la subió mientras seguía abrazándola.

—Yo también me alegro de verte, pequeña —dijo Sadhvi.

—¿Es verdad que me tengo que ir con ella? —preguntó Mayarin señalando a Mía.

—Así es, ha venido por ti, así que ahora ella es como tu hermana mayor.

Mía se dio cuenta de que ambos hablaban en inglés para que los demás no les entendieran, no era común saber ese idioma.

—¿Vamos? —preguntó Mía, ofreciéndole la mano a Mayarin.

—Vamos —contestó la niña.

Mía le cogió de la mano y Sadhvi las condujo hasta la cocina, allí era el único lugar donde una de las ventanas enrejadas podía extraerse. Con la ayuda de la cocinera, Mía y Mayarin saltaron por la ventana. Mientras volvían a colocar la reja bien para que no supieran por dónde habían escapado y les diera más tiempo a huir, Sadhvi le dio un móvil a Mía.

—Toma y llama, luego deshazte de él o te encontrarán. Suerte —dijo Sadhvi, mientras Mía lo guardaba en sus pantalones.

Mayarin quiso darle un beso de despedida y Mía la ayudó elevándola hasta las rejas. Tras esto, la volvió a coger de la mano, buscó el árbol que antes le habían indicado, corrió hacia él con el sari remangado para no tropezar y cuando lo pasó siguió corriendo tan recto como podía.

Tras ellas se oían gritos y disparos, pero Mía se rehusaba a mirar hacia atrás; corrió por en medio de un campo hasta que pudo oler el agua, olía como alcantarilla sucia, nunca pensó que algo tan asqueroso pudiera hacerle sentir tan bien. La niña estaba cansada de correr, así que Mía la cogió en su espalda tras quitarse el sari. Iba a tirarlo, pero se lo pensó mejor y lo anudó en su cintura a modo de cinturón. «Será un souvenir», pensó Mía.

Cuando vio el puerto ya empezaba a oscurecer, el barco salía esa noche pero no sabía cuándo exactamente, así que se dio prisa en buscar el barco que le habían indicado. Revisó el muelle y al final de este vio un gran buque de mercancías negro y rojo, cargando lo que parecían los últimos bidones de algún producto. Buscó entre los que estaban allí alguna cara que le diese la pista para saber quién iba a ayudarla, pero nadie se giraba siquiera a mirarla. De pronto escuchó cómo alguien silbaba detrás de unas cajas de madera, el hombre las miraba atentamente y comenzó a caminar hacia ellas. Mía colocó a la niña tras de ella.

—¿Eres amiga de Sadhvi? —preguntó el hombre en inglés.

—¿Y tú? —contestó Mía con total desconfianza.

—Desde hace demasiados años. Me llamo Rashid —dijo, tendiendo su mano.

Mía hizo lo mismo.

—¿Dónde nos lleva exactamente? —preguntó Mía.

—Este carguero —contestó señalando el gran barco— va hacia Rusia y hace escala en Japón para repostar, en Tokio. Allí os bajaréis, serán tres días sin ver la luz.

—No hay problema —dijo Mía sujetando de la mano a la niña, que parecía tener miedo—, en cuanto a la comida, ¿cómo lo haremos?

—Os voy a meter en un contenedor de mercancía que va vacío, os dejaré comida, agua y un cubo para vuestras necesidades.

La cara de asco de Mía no pasó desapercibida para el tipo, que no pudo evitar reírse.

—Es lo único que os puedo ofrecer. Si queréis un consejo, cuanto menos entra en tu cuerpo, menos debe salir, ¿entiendes?

Mía lo entendía perfectamente, aun así seguía pareciéndole asqueroso, pero no había más remedio.

—En cuanto carguen esos bidones os meteré y dentro de tres días os veré — dijo el hombre.

Mía no confiaba mucho en ello, había visto demasiado el CSI como para saber que eso podía no acabar bien.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Mía sacando el móvil.

—Pues hazla ya porque dentro de esos contenedores dudo mucho que puedas.

Mía se retiró mientras el tipo vigilaba la subida de los dos últimos bidones. Cogió de la mano a Mayarin y tecleó el teléfono de Ryo. Saltó el contestador pero no se atrevió a decirle nada.

Marcó el número de la casa de Hikaru, lo había llamado solo un par de veces pero era un número tan sencillo que a Mía se le había grabado. Uno, dos, tres tonos hasta que alguien descolgó.

—¿Está Meiko? —preguntó Mía en cuanto escuchó que descolgaban.

—No está, se ha ido con mi papá al aeropuerto —contestó una pequeña vocecita al otro lado.

—¿Asako?

—Sí, ¿quién eres? —preguntó la niña intrigada.

—Soy yo, Mía —contestó contenta de escuchar una voz familiar, casi saltándose las lágrimas de sus ojos.

—Hola, mi papá y Meiko y Ryo y Daisuke han ido a buscarte al aeropuerto, ¿ya has llegado?

Claramente Asako se refería a Naisha, aunque ellos no lo sabían.

—Tardaré un poco más de lo previsto —dijo Mía.

El tipo le hizo señas para que colgara, debían subir ya.

—Asako, necesito un favor muy importante. Dile a Naisha que todo salió bien, y a Michael que no se enfade con ella, y a Ryo... dale un beso de mi parte, ¿podrás?

—¿Por qué no vuelves a llamar? —preguntó Asako.

—Ahora mismo no puedo, diles eso y que llegaré tan pronto como pueda. Te quiero, pequeña —dijo Mía, despidiéndose con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Te quiero, grande —contestó Asako y colgó.

Mía siguió al hombre por una rampa de madera hacia el interior del barco, sin soltar a la niña, la cual no decía ni una palabra. Antes de entrar en la oscuridad del barco, Mía se giró, miró hacia su alrededor intentado hacer una fotografía de cómo era el mundo real, respiró profundamente y lanzó el móvil al agua. Se metió por la puerta y esta se cerró tras ellas. El hombre las guio por la cubierta con sigilo, intentando no cruzarse con nadie. Llegaron a la zona de los contenedores y abrió la puerta de uno rojo desteñido por el uso y el salitre. Les entregó una linterna, algo de comida, un par de botellas de agua y

una palangana. Entraron con algo de miedo y, una vez dentro, la puerta se cerró dejándolas en la total oscuridad y silencio, una al lado de la otra, de pie y apretándose la mano.

—¿Te he comentado que tengo miedo a la oscuridad? —dijo Mayarin temblorosa.

—Y yo a los sitios cerrados —contestó Mía intentando no ahogarse.

Eso lo sé, lo que no sé es vivir sin ella

—¿Qué te dijo Mía que nos dijeras? —preguntó Ryo nervioso.

—¿A ti nada —contestó Asako, dejando a Ryo hundido.

—¿Y qué te dijo para mí? —preguntó Naisha dulcemente.

—Que todo salió bien —Naisha sonrió.

—¿Y dónde está? —preguntó Michael enfadado.

—No lo sé —contestó Naisha—. No sé cómo iba a traerla aquí, ni cómo contactar con ella.

—¡No sabes nada! —gritó Michael.

Asako se le acercó y tiró de su pantalón.

—Mía me pidió que te dijera que no te enfadaras con Naisha —dijo Asako con tranquilidad.

Michael no pudo evitar sonreír al darse cuenta de lo mucho que Mía lo conocía. Un sentimiento de culpabilidad atravesó su pecho y se fue directo a abrazar a Naisha, quien aún lloraba inconsolable.

Por su parte, Ryo salió de la casa apurado, volviendo a entrar unos minutos después con el móvil en la mano. Se oyó el sonido de un mensaje.

—¡Mierda! —dijo Ryo, leyendo la pantalla del teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daisuke intrigado.

—Tengo una llamada de un número, por favor, Hikaru, comprueba que el número de tu teléfono es el mismo que el de mi móvil.

Hikaru cogió el móvil y revisó las llamadas recibidas del teléfono de casa, efectivamente, era el mismo.

—Te llamó un minuto antes de llamar aquí —dijo Hikaru, regresándole el móvil a Ryo.

—Tenía el móvil reparando y justo lo estaba recogiendo cuando me llamasteis para ir a por Mía al aeropuerto, seguro me llamó y pensó que no me importaba lo suficiente como para estar al pendiente del móvil —dijo Ryo mortificado.

—Seguro que lo entenderá cuando vuelva —comentó Meiko, intentando consolarlo—, ella no podía saber que tenías un número provisional, sucedió después de que se fuera.

—No sé si lo entenderá, quien me rompió el móvil fue Charlotte... Ya ha soportado demasiado, ni siquiera soy capaz de contestar un teléfono cuando ella me necesita.

Ryo se sentía abrumado y triste, se sentó en un rincón del sofá con los ojos vidriosos, dándole vueltas en la cabeza a cómo se iba a disculpar con Mía. Asako lo observaba de pie frente a él, mirándolo fijamente. Cuando Ryo se dio cuenta la cogió y la puso en su regazo. Los demás parecían no darse cuenta de la escena, estaban hablando con Naisha, escuchando atentos el relato de lo ocurrido en la habitación, cuando Michael se marchó esperando encontrar alguna pista del paradero de Mía.

—¿Por qué estás triste? —preguntó Asako, mirando a los ojos a Ryo.

—Echo de menos a Mía —contestó Ryo.

—Yo también, pero pronto volverá con nosotros.

Ryo se quedó sin decir nada, simplemente asintió con la cabeza.

—De verdad, ella me lo dijo. Y Mía nunca miente —dijo Asako, pensando que Ryo no la creía.

—Ese es el problema, que Mía nunca miente y si no ha dejado nada para mí, pocas explicaciones hay.

—¿Es por eso que estás triste? ¿Por qué no te dejó ningún recado? —preguntó Asako.

—Sí, me pone triste que no se acordara de mí.

—Sí que se acordó —dijo Asako.

Ryo la miró con los ojos abiertos y una pequeña esperanza.

—¿No dijiste que no dejó nada dicho para mí? —preguntó Ryo, pensando que antes oyó mal.

—Y no dejó nada dicho, pero me pidió que te diera esto —contestó Asako, dándole un beso en la mejilla.

En un primer momento Ryo se quedó en blanco, sin saber qué hacer, pero al segundo una sonrisa amplia llenaba toda su cara. Asako sonreía al ver la felicidad de Ryo, todos se dieron cuenta de aquel cambio y se giraron a mirarlos, tuvo que ser Meiko quien le preguntara a Ryo el porqué del cambio.

Una vez estuvo todo aclarado, Michael anunció que se iba a un hotel a dormir, pero Ryo no se lo permitió: cuidar de Michael era lo más cerca que podía estar de Mía y eso le bastaba. Les ofreció a él y a Naisha quedarse en la

mansión. Se despidieron de todos y se dirigieron allí, ya era tarde y no había forma de encontrar ropa para que se cambiaran, así que Ryo le dejó su ropa a Michael y le ofreció a Naisha algo de Mía, aunque no le permitió entrar al cuarto, nadie podía entrar allí desde que ella se fue. Cogió del armario unos pantalones y una camiseta que nunca había visto en Mía, sabía que no podría soportar ver a otra chica con su ropa, sobre todo por el gran parecido físico que tenían.

—Gracias por todo, Ryo —dijo Michael, sentándose a cenar junto a Naisha y enfrente de Ryo.

—Mía no te hubiera dejado quedarte en otro lugar —contestó Ryo triste al oír su nombre en voz alta.

—Ryo, estará bien —dijo Michael—. Sabe lo que hace, se las apaña muy bien sola.

—Eso lo sé, lo que no sé es vivir sin ella.

—Lo siento —dijo Naisha—, esto es todo culpa mía.

—No lo es —dijo Ryo—, ella es así, se la juega por los que quiere.

—En todo caso sería por mi culpa, ella lo hizo para evitar que yo me quedara contigo allí —añadió Michael—. Cuando la conozcas, veras qué fácil es quererla.

—¿Y si le pasa algo? —preguntó Naisha.

—Eso no va a pasar, volverá en algún momento —dijo Ryo tajante.

El resto de la cena fue en silencio, asumir la posibilidad de que Mía no volviera era una opción que no estaban dispuestos a asumir ninguno de los que

allí estaban sentados, aunque la mínima duda hacía que cualquier intento de conversación desembocara en un largo silencio.

Mía encendió la linterna y alumbró la estancia, Mayarin no la soltaba de la mano en ningún momento. Cuando comprobaron que ahí no había ningún animal o insecto se sentaron, apoyando la espalda en el metal. Mía decidió apagar la linterna, no sabía cuánto iban a durar las pilas. Puso la comida a su lado y las botellas de agua rozando su costado para tenerlas localizadas.

—Tengo miedo —dijo Mayarin.

—Tumbate aquí —contestó Mía, dirigiéndola en la oscuridad hacia su regazo —, intenta dormir para que todo sea más rápido.

Mayarin le hizo caso y se tumbó, apoyando la cabeza en las piernas de Mía.

—¿Por qué viniste a por mí? —preguntó de repente la niña.

—Porque me gustaría que si algún día alguien a quien quiero pasa por algo similar, otro hiciera lo mismo por él.

—¿Crees que por hacer algo bueno todos serán buenos contigo? —preguntó la niña con tristeza—. Mi papá era bueno y...

—Si a un tigre le dices que eres vegetariana le dará igual, su instinto es atacarte. Pero sí que creo que si tu conciencia está tranquila, tu vida es más fácil. Gracias a cómo era tu padre mucha gente ha colaborado para sacarte de allí.

—¿Tienes hermanos?

—No —contestó Mía—, tengo algo mejor, una gran familia de amigos.

—Mía —empezó a decir Mayarin.

—Dime.

—No quiero morir.

Esa frase marcó a Mía, a su edad cualquier niño sabe qué va a ser de mayor, no es consciente de que la muerte existe.

—Y eso no va a pasar, en un par de días estarás con tu hermana.

—¿A ti te espera alguien? —preguntó Mayarin.

—Seguro que Meiko me va a echar una buena bronca, y Daisuke puede que hasta llore. Hikaru es más serio así que me abrazará como un padre y Michael me gritará, me echará la bronca, me abrazará y al final llorará. Y Ryo... No sé —suspiró Mía.

—¿Es tu novio?

—Debería, pero siempre algo nos separa.

—Quizás no estéis destinados a estar juntos.

—Quizás sea ese el motivo, creo que nada volverá a ser igual cuando regrese a mi vida, y me da miedo no ser capaz de cumplir una promesa que hice —dijo Mía reflexionando.

—Las promesas se cumplen, eso decía mi papá.

—Sí, pero cuando la hice estaba segura de poder esperar, ahora no creo que pueda ver cómo la vida pasa esperando mi turno.

—Seguro que sabrás qué camino tomar cuando lo vuelvas a ver.

—Puede ser, ahora duerme y relájate que todo saldrá bien —dijo Mía, tomando la mano de Mayarin.

—Mi madre decía algo sobre mi padre cuando Naisha le preguntaba cómo supo que era el indicado para casarse.

—¿Y qué decía?

—Mi hermana me contó que siempre decía la misma frase: «cuando lo conocí me di cuenta que lo importante no fue mi primer amor, sino el último», ella decía que no podía sentir por nadie lo que sentía por él. ¿Sientes que no podría haber otro en tu vida aunque no lo volvieras a ver? —preguntó Mayarin bostezando.

—No lo siento. Lo sé.

Marca el número y verás

— **Y**a han pasado tres días Michael, y todavía no hay noticias de ella —dijo Ryo preocupado.

—Tranquilo, debemos confiar en que sabe lo que hace —contestó Michael, intentando sonar convincente.

—Creo que deberíamos avisar a su madre, debería saber lo que pasa con su hija —dijo Naisha.

Ryo y Michael miraron a Naisha, ella no sabía que la madre de Mía no había dado señales de vida desde que encontró novio y Mía se negó a irse con ella de nuevo. Naisha permanecía callada, intentando averiguar por qué ambos la miraban sin decir nada. Ryo se levantó del sofá del salón de la mansión y comenzó a andar en círculos, Michael se acercó a Naisha y se sentó en el reposabrazos del butacón en el que estaba sentada.

—Digamos que Mía y su madre no son un ejemplo de familia —explicó dulcemente Michael a Naisha.

—Ella debería haber estado atenta a Mía, ¡si no fuera tan egoísta Mía no se encontraría en esta tesitura! —gritó Ryo enfadado.

—Deja de buscar culpables, Ryo. Si la madre de Mía no fuese como es seguramente ni la hubieras conocido, ella nunca hubiese venido a estudiar aquí, ¿o no? —dijo Michael, intentando tranquilizar a Ryo.

—Por supuesto que la hubiera conocido. Si ella no hubiese venido a mí, yo hubiera acabado cruzándome en su vida, está atada a mí por el hilo rojo del

destino.

—¿Tú crees en eso? —preguntó Naisha, incrédula ante la confesión de Ryo.

—Necesito hacerlo —contestó Ryo.

—¿Qué es el hilo rojo? —preguntó Michael, que no se enteraba de nada.

—El hilo rojo —comenzó a explicar Naisha— es un hilo que nos une desde que nacemos a todas las personas que conocemos y son importantes. Ese hilo se puede tensar o estirar, pero nunca romper, es decir, pase lo que pase, en tus próximas vidas volverás a coincidir con quien fue importante para ti, aunque tendrá otra cara, pero será la misma alma.

—Ah, me alegra saber que te volveré a encontrar —dijo Michael, besando a Naisha castamente en la boca.

Naisha sonrió, y Ryo no pudo evitar sentir envidia de ese momento entre Naisha y Michael. El teléfono de Ryo sonó, en la pantalla no aparecía ningún número conocido, lo miró un segundo reconociendo el número de Tokio y descolgó rápido con esperanza.

—¿Mía? —preguntó Ryo, esperando oír su voz.

—Casi, pero no —contestó un hombre al otro lado.

—¿Quién eres? —preguntó Ryo intrigado.

—Soy un viejo amigo de Mía, no sé si me recordarás, fui el que le dejó aquellas marcas tan bonitas en su delicado cuello —contestó riéndose.

La cara de Ryo cambió por completo, se volvió seria y sus ojos despedían furia. Michael y Naisha lo observaban, estaba tenso.

—Aún tengo que agradecerte eso, Aku, en cuanto tenga tiempo voy en persona y te doy las gracias por lo que le hiciste a Mía —dijo Ryo serenándose.

—Eso estaría bien, pero, la verdad, me interesa más que te apartes del mando de tu zona y me la cedas a mí, así me gustaría que me lo agradecieras —contestó Aku muy serio.

—No creo que eso vaya a pasar en esta vida —dijo Ryo.

—Yo creo que sí, tengo algo que te interesa.

—¿Qué crees que me puede interesar tanto como para hacer algo así? —preguntó Ryo casi riéndose por lo ridículo de la afirmación.

—¡Ryo! —se oyó gritar a un chica de fondo.

—¿Mía? —preguntó Ryo.

—Ahora ya sabes lo que tengo que a ti te interesa. Nos vemos en dos horas en el edificio abandonado al lado de la fábrica de Samsung, ven solo. Y por si se te ocurre llamar a la policía, digamos que Mía no acabaría bien parada —contestó Aku antes de colgar.

La cara de Ryo se había quedado blanca, estaba callado intentando procesar lo ocurrido. Michael se le acercó lentamente, dejando a Naisha sentada en el sofá detrás de él.

—¿Por qué has nombrado a Mía? —preguntó Michael.

—Está con Aku —contestó Ryo muy serio.

—¿Cómo que está con Aku? —preguntó Michael refrenando un grito.

—Ha sido todo muy rápido, escuché a una chica llamarme de fondo, era Mía, seguro que era ella. No sé cómo, pero Aku la tiene —contestó Ryo confundido.

—Hay que llamar a la policía —dijo Michael alterado al oír el nombre de Aku.

—No —cortó tajantemente Ryo—, me quiere a mí, si metemos a la policía habrá daños colaterales y, sobretodo, puede ensañarse con Mía.

—Juro que lo voy a matar —dijo Michael entre dientes.

—No me vas a quitar ese gusto —contestó Ryo con una serenidad atemorizante.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Te ha dicho algo de mi hermana? —preguntó Naisha angustiada.

—De ella no ha dicho nada, puede que ni sepa quién es, no creo que sea tan cobarde de atacar a una niña —contestó Ryo.

—Yo iré contigo —afirmó Michael.

—Ha dejado claro que quiere que vaya solo, quiere que renuncie al mando de esta zona.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Naisha preocupada.

—Es una trampa, la cesión del puesto no es tan sencilla, solo si yo no pudiera ejercerlo físicamente le darían mi puesto a otro. Y ahora mismo solo Aku está dispuesto a ocuparlo —dijo Ryo.

—Entonces no vayas, como poco te darán una paliza que te mande al hospital, sino acabas... —dijo Michael sin atreverse a terminar la frase.

—Muerto —concluyó Ryo—. Pero está Mía de por medio, así que no puedo arriesgarme a que ella pague algo que no le corresponde.

—Al menos, vayamos a ver a Hikaru para que nos ayude con esta situación —dijo Michael.

—Está bien, yo avisaré a Daisuke y nos vemos en casa de Hikaru —contestó Ryo.

Michael cogió una chaqueta y ayudó a Naisha a ponerse la suya, subieron a la moto y salieron detrás del coche de Ryo, cada uno hacia una dirección opuesta. Michael no podía dejar de pensar en cómo era Aku, no tenía tan claro que Mayarin no sufriera las consecuencias de estar con Mía. Miró por el retrovisor a Naisha y suspiró esperanzado, esperando que al final del día no hubiese demasiadas cosas que lamentar.

Cuando Mía sintió cómo el pestillo se movía, todo su cuerpo se tensó. Rodeó con el brazo a Mayarin, que estaba sentada a su lado, y esperó a ver qué ocurría. Un minuto después la puerta se abrió, pudo distinguir la cara del hombre que las había metido allí. Mía tuvo que entrecerrar los ojos porque, aunque estaba oscureciendo, había más luz de la que había visto en tres días, y eso que la linterna aguantó lo suficiente para que Mayarin no pasara miedo. Sin embargo, hubo momentos en los que Mía se despertaba angustiada buscando una luz, desorientada, pensando en que estaba en su habitación y no allí metida. En esos momentos le costaba respirar y hasta que no oía la voz de la niña no se obligaba a tranquilizarse.

Pero ya había terminado todo, Mía se levantó, se desperezó y salió del cajón con la niña de la mano, despacio y sin hacer ruido, como le indicaba el tipo

que sujetaba la puerta. Aunque pareciera increíble, ya habían pasado tres días. Si Mía hubiese tenido que calcular cuánto llevaba allí hubiera dicho que al menos una semana, pero al fin volvía a ver el cielo, y estaba deseando tocar tierra firme para que su estómago se asentara, apenas había comido en esos días, le era imposible con tanto movimiento. Sin embargo, Mayarin parecía hija de marinero, se encontraba a gusto con ese vaivén.

Una vez que el hombre cerró de nuevo aquel cajón de hierro, les hizo señas a Mía y Mayarin para que lo siguieran en silencio por la cubierta. Sortearon más contenedores, barriles y algunos amarres del barco que había tirados, después se metieron dentro del barco y aparecieron en la misma puerta por donde habían entrado. Una vez allí, el hombre se despidió como si no le interesara qué iba a pasar con ellas y bajaron por la rampa que daba al muelle. El lugar estaba concurrido, pero nadie reparó en ellas, Mía agarró a Mayarin más fuerte y se dirigió hacia la salida siguiendo los carteles. Por fin estaba en casa.

—¿A dónde vamos? —preguntó Mayarin, mientras caminaba pegada a Mía.

—Creo que lo mejor es ir directas a donde vivo yo, para poder ducharnos y localizar a tu hermana —contestó Mía.

—¿Cómo llegaremos allí?

—Pues no sé si con el dinero que llevo servirá, pero seguro que cuando llegue a casa habrá alguien dispuesto a pagar la cuenta. Luego me arreglo yo con quien sea.

Una vez fuera del muelle, Mía buscó con la mirada algún taxi. Era tarde para estar allí, así que decidió andar hasta encontrar algo más de civilización. Unas calles después, pudieron parar un taxi, se metieron y le indicó la dirección. Las pintas que llevaban ambas no daban mucha seguridad, así que Mía decidió

darle una parte del dinero que llevaba al taxista como prueba de buena fe y, gracias a eso, el taxista arrancó.

—¿Esa no es Mía? —preguntó Charlotte desde el asiento de copiloto de un Mustang GT.

—Sí, es ella —contestó Aku, inclinándose hacia delante para verla bien.

—No sabía que ya había vuelto, esa zorra me debe más de una —dijo Charlotte con rabia.

—¿Cómo es eso de que se había ido? —preguntó Aku mientras arrancaba y perdía de vista el taxi.

—Me dijeron que estaba en paradero desconocido. Ryo no es capaz de pensar en otra cosa desde que ella se fue, el muy idiota —contestó Charlotte despechada—. Ojalá nunca hubiera vuelto, así Ryo sufriría lo que sufrí yo al perderlo.

—¿Ryo no sabe que ha vuelto? —preguntó Aku intrigado.

Charlotte se encogió de hombros.

—Tengo una idea para que te vengues tú y consiga algo que quiero yo —dijo Aku.

Sacó el móvil del bolsillo, empezó a tocar aplicaciones hasta que encontró una en concreto, sonrió y se lo pasó a Charlotte.

—Marca el número de Ryo —le pidió Aku.

—Si Ryo no ve el número en la pantalla no te lo cogerá, y si tiene tu número sabrá quién eres —contestó Charlotte.

—La aplicación con la que vas a llamar hace que al número que marcas le aparezca un teléfono local aleatorio de cabinas telefónicas, de esta manera si me quiere localizar no podrá. Al llamar a este número le saldrá que no es un número correcto, como cuando llamas a una cabina pública —explicó Aku.

—¿Y para qué quieres hacer eso? —preguntó Charlotte, que no entendía nada.

—Marca el número y verás.

Charlotte obedeció, marcó el número en el teléfono y le dio a llamar. El manos libres del coche se conectó y la música se cortó, en el coche ahora solo se oían los pitidos del tono. Se oyó el ruido de haber descolgado, Aku se mantuvo serio, en silencio, al otro lado también, hasta que la voz de Ryo rompió el mutis.

—¿Mía? —preguntó Ryo.

En la cara de Aku asomó una sonrisa de satisfacción, que Ryo preguntara por Mía solo podía significar que él no sabía que ella había regresado.

—Casi, pero no —contestó Aku.

—¿Quién eres? —preguntó Ryo intrigado.

—Soy un viejo amigo de Mía, no sé si me recordarás, fui el que le dejó aquellas marcas tan bonitas en su delicado cuello —contestó Aku, satisfecho con la jugada maestra que le había salido.

Ahora Aku tenía poder sobre Ryo, e iba a utilizarlo.

Veo que ya no eres tan valiente

El taxi con Mía y Mayarin se detuvo en la verja de entrada, Mía se bajó para identificarse y así poder entrar con el taxi. Cuando la verja se abrió y el taxi comenzó a penetrar en la mansión, el corazón de Mía dio un vuelco, hacía unos días que había estado allí por última vez, pero a ella le parecía que habían pasado años.

Cuando aparcaron en la entrada, el mayordomo Alfred estaba en la escalinata, esperando, dio la orden a una sirvienta, la cual se acercó a la ventanilla del taxista, y bajó a abrirle la puerta a Mía.

—¡Cuánto tiempo, Alfred! —gritó Mía llena de alegría, abrazando al mayordomo.

—Así es señorita, Mía —contestó Alfred devolviéndole el abrazo.

—Esta es Mayarin —dijo Mía, poniendo a la niña delante—, es la hermana de...

—De la señorita Naisha —completó Alfred—. Encantado de conocerla, señorita.

Mayarin sonrió tímidamente sin apartarse de Mía.

—¿Conoces a Naisha? —preguntó Mía intrigada.

—Así es, ha vivido aquí junto con el joven Michael desde hace unos días.

Mía no esperaba que ellos estuvieran allí, aunque la idea hizo que una sonrisa aun mayor apareciera en su cara.

—¿Están aquí? ¿Dónde? —preguntó Mía, corriendo hacia el interior de la mansión mientras gritaba sus nombres, comenzando por el de Ryo.

—Han salido, dejaron dicho que iban a casa del señor Hikaru —respondió Alfred mientras entraba tras la niña a la mansión.

La cara de Mía se ensombreció un poco, tenía tantas ganas de ver a Ryo y a Michael que la noticia de que no estaban le cayó como un jarro de agua fría.

—Bueno, por favor, llame a la casa de Hikaru y pídale que vuelvan, mientras nosotras nos daremos una ducha, pero no diga que estamos aquí, así será una sorpresa —pidió Mía.

—Como desee señorita, pero sepa que el joven Ryo ha estado muy preocupado por usted —concluyó Alfred, antes de perderse en uno de los pasillos.

Mía se quedó pensando en las palabras del mayordomo, no le gustaba reconocerlo, pero oír lo preocupado que estaba Ryo hacía que ella se sintiera mejor.

Cogió de la mano a Mayarin y subieron a su habitación, Mía pensó en dejarla en una habitación de invitados, pero se acordó de lo abrumada que se sintió al tener que vivir allí, así que ambas se metieron en la habitación de Mía. Le dio ropa limpia y le indicó dónde tenía todo en el baño para poder ducharse. Mientras, Mía dio una vuelta por la habitación inspeccionando el lugar y dejándose inundar por la sensación de estar a salvo en casa, no pudo evitar sonreír de felicidad.

De repente la puerta sonó, el pomo giró y la cabeza de Sayumi apareció.

—¿Eres tú, Mía? —preguntó sin creerse que la tuviera delante.

Mía asintió y extendió los brazos abiertos, Sayumi corrió a ella y la abrazó como si no la hubiera visto en años.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Mía.

—¡Y yo de verla sana y salva! —contestó Sayumi.

—Bueno, que tampoco me he ido a una misión suicida —dijo riéndose Mía.

—Eso lo dice porque no ha estado aquí, si hubiera visto cómo actuaba el joven Ryo pensaría que había ido a domesticar tiburones con una batuta —contestó Sayumi.

—¿Tan mal lo pasó? —preguntó Mía sintiéndose culpable.

—Desde que se fue lo único que ha hecho ha sido cuidar de sus plantas, el pobre tuvo que reconstruir todo después de que Charlotte arruinara el jardín por completo.

—¿Que Charlotte arruinó mi jardín? ¿Cuándo? ¿Cómo pasó? —preguntó Mía enfadada.

—Fue un día que vino a buscar al señorito Ryo, lo esperó en el invernadero y cuando vio todos esos carteles pisoteó todo con furia —explicó Sayumi mientras Mía intentaba refrenar su enfado—, pero, tranquila, el señorito Ryo la sacó de aquí, la metió en un taxi y ha logrado reconstruir todo. Desde ese día no he vuelto a ver a la señorita, ni ha vuelto a llamar aquí.

Oír eso hizo que Mía se relajara un poco. No habían pasado muchos días, pero la idea de encontrarse a Charlotte con Ryo en estos momentos hacía que se le revolviara el estómago. No sabía si ya no había vuelto a verla, o si ya no había vuelto a venir aunque sí la veía fuera de la mansión. Mientras pensaba

en ello, reparó en la planta que estaba en su escritorio, la que le regaló Ryo.

—Él se ha encargado de regarla y cuidarla, no ha dejado que nadie entre aquí —dijo Sayumi como si supiera lo que Mía quería preguntar.

La puerta del baño se abrió y Mayarin apareció con un chándal que le iba grande de Mía, se quedó parada en la puerta al ver a Sayumi.

—Ven —dijo Mía—, acércate. Esta es Sayumi, una amiga.

Sayumi se acercó a ella y le tendió la mano.

—Hola, soy Sayumi —dijo sonriendo.

Mayarin le dio la mano y sonrió también, empezaba a relajarse. Se oyó el gruñido de las tripas de la niña y no pudieron evitar reír todas.

—Veo que tienes hambre, pequeña, ¿quieres venir conmigo a la cocina y te preparo algo? —preguntó Sayumi a la niña directamente.

Mayarin se giró hacia Mía buscando el consentimiento. Cuando Mía asintió con la cabeza, ella corrió a darle la mano a Sayumi.

—Bueno, yo me voy a meter a duchar y bajo —dijo Mía.

Mayarin y Sayumi salieron de la habitación, y Mía no tardó en quedarse en ropa interior mientras encendía la ducha. Cuando el agua estuvo a la temperatura adecuada, se terminó de desvestir y se metió. Se quedó varios minutos con el agua corriendo sobre ella, le parecía increíble cómo algo tan simple, un placer tan sencillo, no estaba al alcance de todo el mundo. Cuando salió se echó su crema en el cuerpo, cómo había echado de menos ese olor a limpio, se secó el pelo con la toalla y salió a por ropa limpia. Se puso unos vaqueros y un jersey negro, de punto, de cuello alto, ajustado, le marcaba todo

el cuerpo. Se puso delante de un espejo y se dio cuenta de que ya no era la misma de antes, la ropa le quedaba un poco más ancha y su mirada ya no tenía ningún atisbo de inseguridad, se había convertido en toda una mujer.

—¿Dónde está? —se oyó gritar por el pasillo.

Mía se giró al oírlo, era Michael, lo hubiera reconocido en cualquier lugar. Salió corriendo hacia la puerta en el mismo instante en que se abrió y allí estaba él, tan guapo como siempre, con el pelo recogido. Se quedó parado un segundo antes de correr hacia Mía y levantarla en un abrazo digno de las mejores películas de Hollywood.

—Te voy a matar en cuanto se me pase la alegría de volver a verte —dijo Michael sin soltar a Mía.

—Sí, papá —contestó Mía riendo, mientras veía cómo Naisha aparecía en la habitación con Mayarin en brazos, ambas sonreían.

—Gracias, Mía —dijo Naisha abrazándola mientras Michael la bajaba.

—¿Cómo demonios se te ocurrió hacer esto, Mía? —preguntó Michael enfadado.

—Es que me aburría, aquí la tele no es tan buena como pensaba —contestó Mía sonriendo.

Michael la volvió a abrazar.

—Un momento —dijo Michael soltando a Mía—, ¿cómo es que te ha soltado Aku?

—¿Qué tiene que ver Aku con que yo esté aquí? —preguntó Mía sin entender nada.

—Aku llamó hace un rato a Ryo diciéndole que estabas con él, lo ha citado ahora para... ¡Mierda!, era una trampa —dijo Michael enfadado.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Ryo? Por favor, Michael, no me asustes —dijo Mía inquieta.

Michael le contó rápidamente lo que ocurría, la rabia de Mía podía verse reflejada en su cara, desde luego, no salía de una y ya estaba metida en otra.

—¿Y cómo sabía que yo había vuelto? —preguntó Mía—, ¿por qué le creyó Ryo?

—No estaba seguro, pero no se quería arriesgar, desde el día que no te pudo coger el teléfono se ha machacado pensando en que no querías saber nada de él —contestó Michael.

—¿Y por qué no querías saber nada de él? Supuse que se quedó sin batería o se le olvidó encenderlo —dijo Mía, extrañada ante la situación.

—Es que el teléfono de Ryo sufrió un accidente gracias a Charlotte... —explicó Michael—, pero porque desde el día en que te fuiste él no ha querido saber nada más de ella, se echaba la culpa de que tú te hubieses ido, decía que si no te hubiera pedido aquel tiempo para arreglar todo con Charlotte tú no hubieras desaparecido.

—Este es tonto —dijo Mía—, parece que no me conoce. Me hubiera ido igual, quizás él hubiese estado más al tanto, pero sabes que no te dejaría solo, ¿no?

—Eso es lo que le he dicho yo, pero de verdad, Mía, no te imaginas cómo ha estado de desesperado por ti —dijo Michael.

—Puede que te viera, has llegado en taxi, ¿no? —dijo Naisha intentando hallar

la respuesta a cómo Aku sabía del regreso de Mía.

—Suenas lógico —comentó Michael—. ¿Qué hacemos ahora?

—Yo voy a por él —dijo Mía mientras se ataba los cordones de sus zapatillas.

—No creas que vas a ir tú sola, llamaré a Daisuke y Hikaru —contestó Michael—. Dame un segundo y nos vamos, tengo la moto abajo.

Michael se alejó para hablar por el móvil, se veía alterado y nervioso, no paraba de dar vueltas por la habitación. Naisha dejó a su hermana en el suelo y se acercó a Mía.

—No sé cómo agradecerte que trajeras a Mayarin, ella es mi vida —dijo Naisha cogiendo de las manos a Mía.

—¿Se enfadó mucho Michael cuando se enteró? —preguntó Mía.

—Bueno... Un poco, pero Asako logró calmarlo con tu mensaje.

—No sé por qué no me sorprende, esta niña va a hacer grandes cosas —dijo Mía, riéndose sin dejar de mirar a Michael.

—Siento la situación con Ryo, sé que es mi culpa —soltó Naisha abrumada.

—No es tu culpa, la culpa es de la falta de comunicación, pero en cuanto le patees el culo a alguien todo se arreglará —contestó Mía, ofreciéndole una cálida sonrisa que reconfortó a Naisha.

Michael colgó.

—Bien, he quedado con ellos en la puerta del lugar, así que vamos, pequeña —dijo Michael.

Mía se soltó de las manos de Naisha, le dio un beso en la mejilla a Mayarin y salió disparada tras Michael. Cuando salieron a la calle había oscurecido y hacía más frío que cuando Mía llegó. Aunque el aire se colaba por dentro de su jersey, Mía no quiso abrigarse más, necesitaba sentir la sensación de libertad que ese frío le aportaba. Subió a la moto de Michael, se colocó el casco y salieron acelerando. Pronto el ruido de la moto no se oyó desde la mansión, y Naisha y Mayarin se metieron a esperar noticias.

Cuando llegaron al lugar pararon el motor para no hacer ruido, y caminaron por la calle. Estaba desierta, tan solo se veía una luz en el interior a través de los cristales sucios. Michael buscó alrededor, intentando vislumbrar dónde se encontraban los demás, pero allí no había nadie. Mía revisó cada centímetro del perímetro buscando una entrada.

—Mía, hay que esperar, no tardarán en llegar —dijo Michael marcando en el móvil el número de Hikaru.

—Ya sabes que nunca he tenido paciencia para esperar, mejor nos adelantamos y ya si eso que nos alcancen dentro —contestó Mía.

—Bueno, intentaría convencerte de no hacerlo, pero sería una pérdida de tiempo, ¿verdad? —preguntó Michael.

—Verdad —afirmó Mía.

—Vamos a entrar, os esperamos dentro —dijo Michael por teléfono antes de colgar. Se metió el móvil en el bolsillo de su chaqueta y cerró la cremallera.

Mía se deslizó sigilosamente tras una puerta lateral que estaba abierta, Michael la seguía de cerca, entraron y siguieron el sonido de las voces. La fábrica debía estar abandonada desde hacía mucho porque los bidones y palés

que habían tirados estaban oxidados y podridos.

Cuando llegaron a lo que debió de ser la sala de producción vieron a Aku de espaldas, junto a él había unos seis chicos más rodeando a Ryo, que se encontraba con los brazos atados a la espalda y los ojos vendados, de rodillas, y, desde luego, ya había recibido algún golpe por cómo le sangraba la ceja derecha. Mía hizo el intento de salir de detrás de la máquina donde se ocultaban, pero Michael la frenó y le hizo gestos para que le siguiera. Se deslizaron por detrás de una cinta transportadora y se acercaron lo suficiente como para oír lo que pasaba.

—¡Dejadme que la vea! —gritó Ryo enfurecido.

—No estás en posición de exigir —contestó Aku—, y quizás si la ves ya no te gusta tanto como antes.

—Si la has tocado te juro que no tendrás agujero donde esconderte ni vida para pagarlo —contestó Ryo enfadado.

Aku le hizo un gesto a alguien que se encontraba detrás de todos los chicos, hasta que no se puso al lado de Aku no pudieron reconocerla, era Charlotte.

Aku le susurró algo al oído, ella sonrió e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Mía quería saltar e ir a por ella y su pelo, pero Michael la sujetaba con fuerza. En estos casos sabía que lo mejor era hacer caso a Michael, él era más frío para pensar con cabeza en situaciones difíciles.

—Ryo... —dijo Charlotte con voz entrecortada y lastimera—, ¡ayúdame!

—¡Mía! ¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —gritó Ryo desesperado.

Charlotte tuvo que taparse la boca con la mano para contener una carcajada.

—Como ves, ella está aquí. Ahora solo tienes que dejar que rompamos algunos de tus huesos y podréis iros juntos a casa a curaros las heridas, como buenos amantes —dijo Aku con un tono perturbador.

Ryo bajó la cabeza asumiendo lo que iba a pasar y Aku agarró una vara de hierro que había apoyada en unos palés sucios. Cuando se acercó a Ryo, Mía aguantó la respiración, esperando a que se levantara y se defendiera. Pero cuando se dio cuenta de que no lo iba a hacer se soltó del agarre de Michael y saltó por encima de la cinta transportadora.

—Tan hombre como siempre, Aku —dijo Mía gritando, obligando a todos a girarse.

—¿Mía? —preguntó Ryo confundido.

Uno de los chicos que lo franqueaban le dio un golpe en la nuca que lo tiró al suelo, dejándolo tendido. Michael salió de detrás de ella y se colocó a su lado.

—¿En qué demonios piensas, Mía? —preguntó como si no hubiese siete tíos mirándoles con cara de pocos amigos.

—Bueno, tú eres ninja o algo así, ¿no? Y yo no me defiendo mal. Venga, ¿cómo nos los repartimos? —preguntó Mía recordando algunas películas de Jackie Chan.

—Mira qué bien, ya tenía yo ganas de volver a verte, preciosa —dijo Aku golpeando la vara metálica en su mano.

—Tú ve a por Ryo —dijo Mía en voz baja—, que yo distraigo al gorila este.

Antes casi de terminar la frase los seis chicos se habían abalanzado sobre

ellos, Charlotte se escondió tras un barril y Aku observaba desde el mismo sitio el espectáculo. Mía sabía defenderse pero no pelear exactamente, así que hizo lo que todo buen español hace, buscó una piedra o un palo para defenderse. En cuanto vio una madera de palé suelta, la agarró con ambas manos y se lio a darle a todo el que se ponía en medio. Mía se fue alejando de donde estaba Ryo, y la atención de Aku se centró en ella. Había dos chicos rodeándola, Michael se estaba deshaciendo de los otros cuatro. Desde luego, las clases de ninja, como Mía las llamaba, estaban dando sus frutos ahora, aunque también había que reconocer que los chicos no eran mucho más grandes que Mía. Y de matones solo tenían la ropa, porque ni las pintas les llegaban para dar miedo.

Michael logró llegar a Ryo, que aún estaba aturdido por el golpe en el suelo. Comenzó a desatarle el nudo que ataba sus manos a la espalda mientras los chicos comenzaban a levantarse y buscar a Michael para la revancha.

—Venga, Ryo, deja de dormir que tienes que ayudarnos —dijo Michael, preocupado al ver cómo se acercaban a ellos y observando cómo Mía intentaba distraer a Aku.

—¿Michael? ¿Qué haces aquí? —preguntó Ryo incorporándose—. ¿Con quién has venido?

—Con ella —dijo Michael mientras le quitaba la venda de los ojos.

Ryo se quedó paralizado al ver a Mía, estaba bien, era ella y estaba allí, a unos metros de él. Comenzó a mover las muñecas con desesperación, intentando desatarse. Cuando lo logró, se levantó corriendo y se dirigió hacia donde se encontraba Mía, pero cuatro chicos le cortaron el paso. Comenzaron a soltar golpes en vano, porque no conseguían darle, pero Ryo tenía un

objetivo, llegar hasta Mía, y cualquiera que se interpusiera en su camino recibiría lo suyo. Michael siguió golpeando al más grande, mientras Ryo terminaba con el último.

Mía consiguió golpear a los dos chicos con la madera y los dejó tirados en el suelo, pero cuando vio cómo Aku la miraba su primer instinto fue correr, Aku salió detrás de ella.

Ryo asestó el último golpe y dejó en el suelo al chico, que ya no intentó levantarse más. Miró hacia donde estaba Mía y no la vio, su corazón comenzó a acelerarse y su respiración aumentó de ritmo, hasta que llegó a donde unos segundos antes la había visto. Empezó a correr, buscándola por los alrededores. Había varias salas conectadas, pero al entrar en una oyó un grito y corrió hacia allí.

—Bueno, preciosa, esta vez vamos a hablar tú y yo solos —dijo Aku, acorralando a Mía entre unas cajas.

—No es que no quiera hablar contigo, pero mi madre me tiene prohibido hablar con idiotas —contestó Mía mirándole a los ojos.

Aku le lanzó un golpe con la vara metálica en la pierna, y Mía gritó mientras se caía al suelo del dolor.

—Veo que ya no eres tan valiente —dijo Aku, observando cómo las lágrimas brotaban de los ojos de Mía.

Desde luego, la situación era desfavorecedora para Mía, y si hubiera podido ponerse de pie le hubiera escupido, pero el dolor en su muslo no dejaba que se moviera, así que le sacó el dedo y se rio mientras lo besaba, mirando directamente a los ojos de Aku. Este se enfureció y levantó la vara lo más alto

posible por encima de Mía, ella no se retractó, lo siguió mirando a los ojos, y la falta de miedo por parte de Mía hizo que la ira de Aku aumentara por segundos.

Ryo llegó justo a tiempo para ver cómo Mía estaba en el suelo, bajo la amenazante postura de Aku, mirándolo mientras las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos. La furia de Ryo le impulsó a correr, y para cuando Aku se quiso dar cuenta ya lo tenía encima, golpeándolo. Ahora era Aku quien lloraba y rogaba que lo dejaran. Mía se arrastró hasta llegar a ellos, necesitaba detener a Ryo antes de que fuera tarde. Cuando lo tuvo delante simplemente lo abrazó por la espalda, y Ryo se detuvo en seco.

—Ya está —susurró Mía en el oído de Ryo.

Ryo se giró y se encontró con la cara de Mía a pocos milímetros de la suya. Le cogió la cara con ambas manos y la besó, profunda y pausadamente, disfrutando de cada segundo que sentía su boca pegada a la suya. Luego se separó y la miró intensamente, Mía no pudo evitar sonreír.

—Me moría de miedo al pensar que no estabas aquí —dijo Ryo sin soltarle la cara.

—Te dije que volvería, ¿no?

Ryo la abrazó y ambos se pusieron en pie.

—No vuelvas a darme este susto —dijo Ryo, abrazándola mientras alguna lágrima recorría su cara.

—Ni tú vuelvas a hacer que te rescate con el *jet lag* que traigo —contestó Mía riendo.

Ryo volvió a besarla, no podía dejar de hacerlo, no quería dejar de hacerlo.

—¿Estás bien? —preguntó Mía al ver sus nudillos ensangrentados.

—Ahora sí.

Ryo no podía dejar de tocarla, la cogió de la cintura para salir de allí, pero al comenzar a caminar notó que a Mía le costaba.

—¿Estás bien? ¿Llegó a tocarte? —preguntó Ryo, parándose enfrente de Mía mientras la cogía por los hombros.

—Un pequeño golpe por encima de la rodilla.

Aunque Mía sonreía, Ryo se agachó y le levantó el pantalón hasta donde tenía el golpe, lo llevaba inflamado, el golpe era morado verdoso con forma de vara. Le bajó el pantalón, se giró, fue hacia Aku, que aún estaba tumbado, y le dio una patada en el estómago lo más fuerte que pudo. Mía temió que no parara ahí la cosa, pero tras eso Ryo volvió, la cogió en brazos y salieron de allí en la dirección por donde habían entrado. Mía se acurrucó en el cuello de Ryo.

Cuando llegaron al lugar donde todo había empezado, vieron a Michael parado al lado de Daisuke, Hikaru y Meiko. Michael corrió hacia Mía y Ryo la bajó con cuidado.

—Voy a tener que hacerme un seguro si quiero seguir siendo amigo tuyo —dijo riéndose.

—¿Perdona?, no soy yo quien consigue pasaportes falsos para los demás —contestó Mía riéndose.

Meiko la abrazó mientras no dejaba de llorar, estaba feliz de verla y de ver

cómo su tripita seguía creciendo.

—Oye, que no me he ido a la guerra —dijo a Meiko, que estaba inconsolable.

—Voy a darte unos azotes en el culo a ver si dejas de darnos estos sustos — contestó Meiko acariciando su tripa.

Hikaru y Daisuke también la abrazaron, era como una reunión de hermanos mayores. Mía se sentía un poco abrumada, avergonzada, como si se hubiese portado mal en el parque y hubiese que castigarla, pero feliz de ver cómo los que la querían estaban allí con ella, celebrando su regreso.

—Mucho me queréis pero poco habéis ayudado hoy, ¿eh? —dijo Mía intentando picar a los chicos.

—Cuando llegamos Michael tenía esto controlado. Te buscamos entre las habitaciones, pero cuando te encontramos Ryo ya se estaba ocupando de ti — dijo Hikaru.

Mía bajó la cabeza sonriendo por vergüenza, no había notado que nadie se hubiese acercado a ellos.

—Oye, ya basta, mi chica está cansada —dijo Ryo defendiendo a Mía.

Se hizo el silencio ante tal afirmación, se miraron unos a otros y se echaron a reír. Ryo cogió a Mía y la separó del grupo.

—Antes que nada quiero que sepas que con Charlotte está todo acabado, que tú eres la única y que si no te cogí el teléfono fue porque...

—Te quiero —dijo Mía cortando a Ryo.

Ryo se quedó desconcertado.

—Ya está, todo ha pasado. No quiero recordar lo que pudo ser y no fue, quiero empezar de cero, ¿te parece? —preguntó Mía.

Ryo asintió con la cabeza.

—Me llamo Mía Lincon y te quiero.

—Me llamo Ryo Maeda y no solo te quiero, sino que no pienso dejar que te alejes de mí el resto de mi vida.

—¿Y cómo vas a hacer eso? ¿Me vas a atar? —preguntó Mía divertida.

—Lo haré si es preciso.

Ryo la cogió en brazos y salió de allí sin mirar atrás. Se dirigió hacia su coche y bajó a Mía en la puerta del copiloto. De repente, Charlotte apareció llorando.

—Por favor, Ryo, no me denuncies.

Mía sonrió hacia Ryo, le pidió espacio, tomó impulso y estrelló su puño en la cara de Charlotte.

—¡Qué a gusto me he quedado! —dijo Mía mientras se metía en el coche.

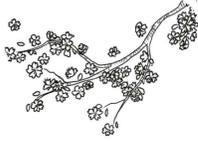
—¿De verdad no vas a volver a dejarme? —preguntó Ryo, arrancando el coche mientras miraba a Mía a los ojos.

—No podría aunque quisiera, nos une un hilo rojo —contestó Mía.

Ryo sonrió al ver que Mía conocía la historia como él y que creía en ella.

—Gracias por cruzarte en mi vida —dijo Ryo.

—Gracias por enredarte en la mía —contestó Mía, mientras Ryo la atraía hacia él para besarla.



FIN

Agradecimientos

Muchas personas a las que darles las gracias. Compañeras como Arwen McLane, Jess Dharma o Priscila Serrano siempre dispuestas a ayudarme con mis dudas. A mis amigas Amanda, Ione y Ana que me han apoyado en mis locas ideas. A personas que como Nano me leen y ayudan a que mi sueño sea haga realidad con cada página que pasa. A mi sobrina simplemente por ser parte de mi vida, por ella quiero que el mundo sea un poquito mejor. Y a mí marinovio por todas las horas que he dedicado a este libro robándoselas a él y aun así me apoya.

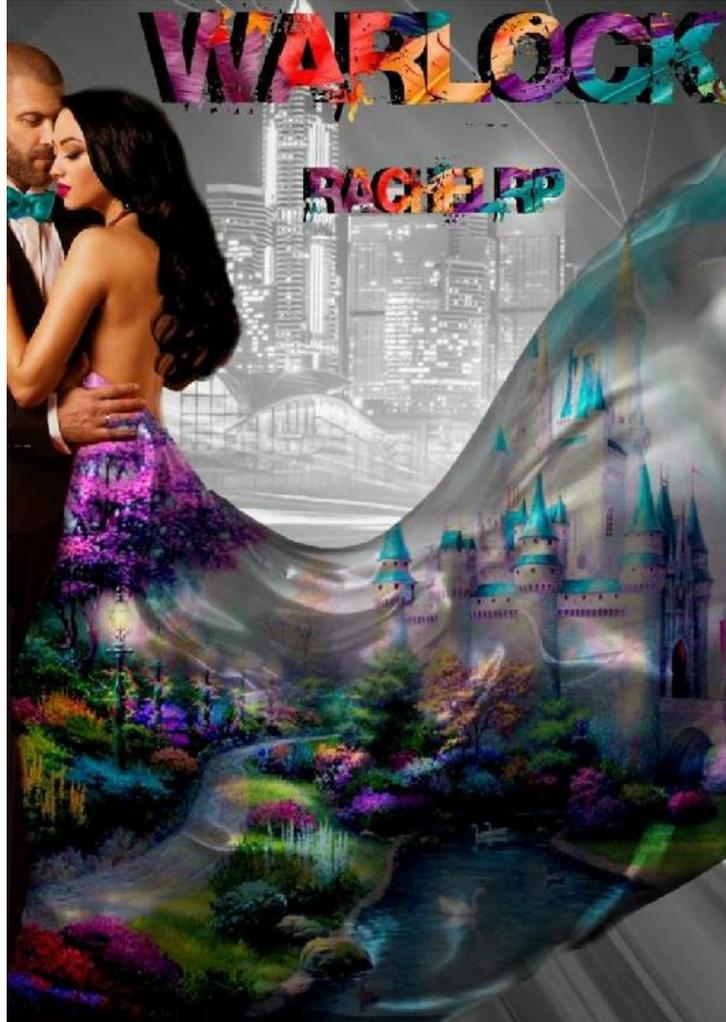
Este libro es de todos nosotros.

Redes Sociales

Podéis escribirme o encontrarme en:

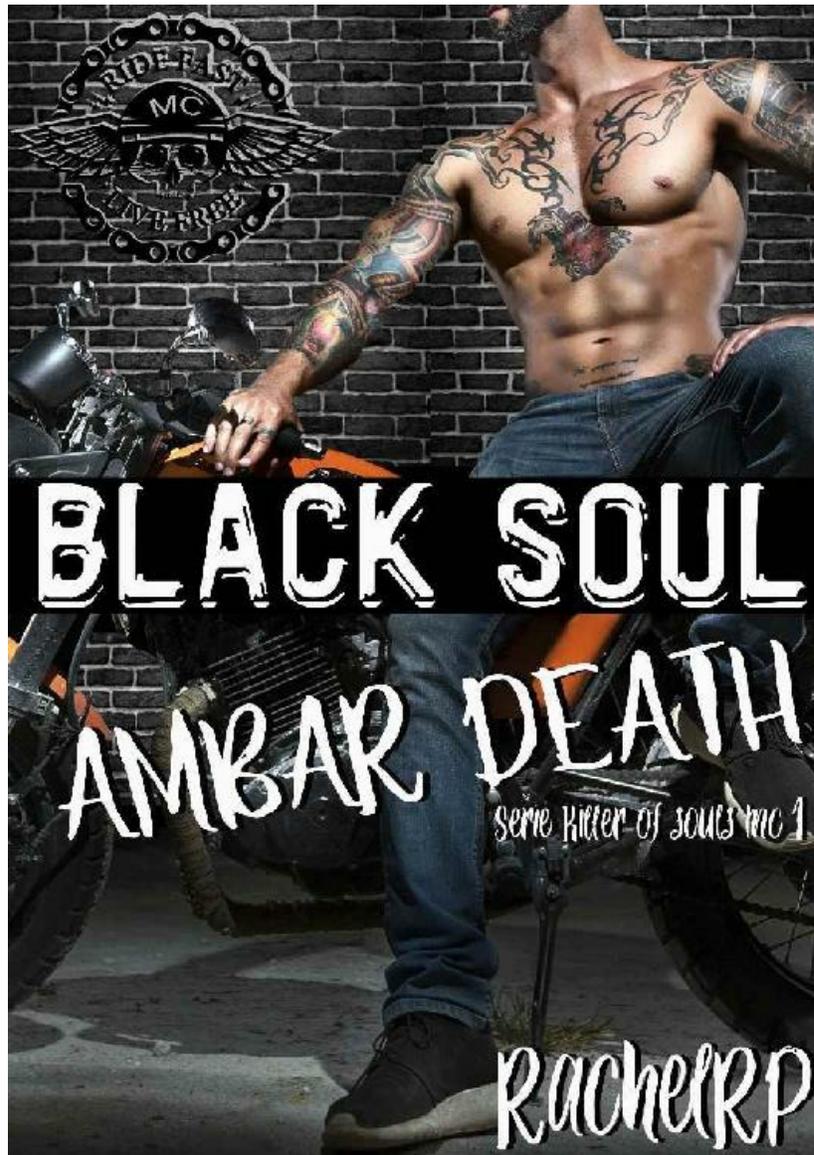
Rachelrp_author@hotmail.com
https://www.instagram.com/rachelrp_author/
<https://www.facebook.com/rachelrp.author.7>

Otras obras en Amazon



Aldara es una humana simple a la que le han arrebatado a quien más amaba, se lo llevaron sin más, ella no dudará en ir a buscarlo, aunque le cueste su libertad.

Duxlan va a convertirse en el próximo rey de Alfoz 1 y deberá elegir a las humanas simples que se convertirán en sus fuentes de energía. Se presentan todo tipo de mujeres, pero hay una que le ha llamado especialmente la atención. Una que no parece estar interesada en él. Pero eso va a cambiar, y él se encargará de ello.



Todo lo que sabe es que un "hermano" necesita que cuide a alguien de su familia....

Soy Tessa y mi familia, no la de sangre sino la que he elegido, me manda lejos para que nadie me encuentre...

Soy James Diablo Morrison presidente de los Killer of Souls. No somos un

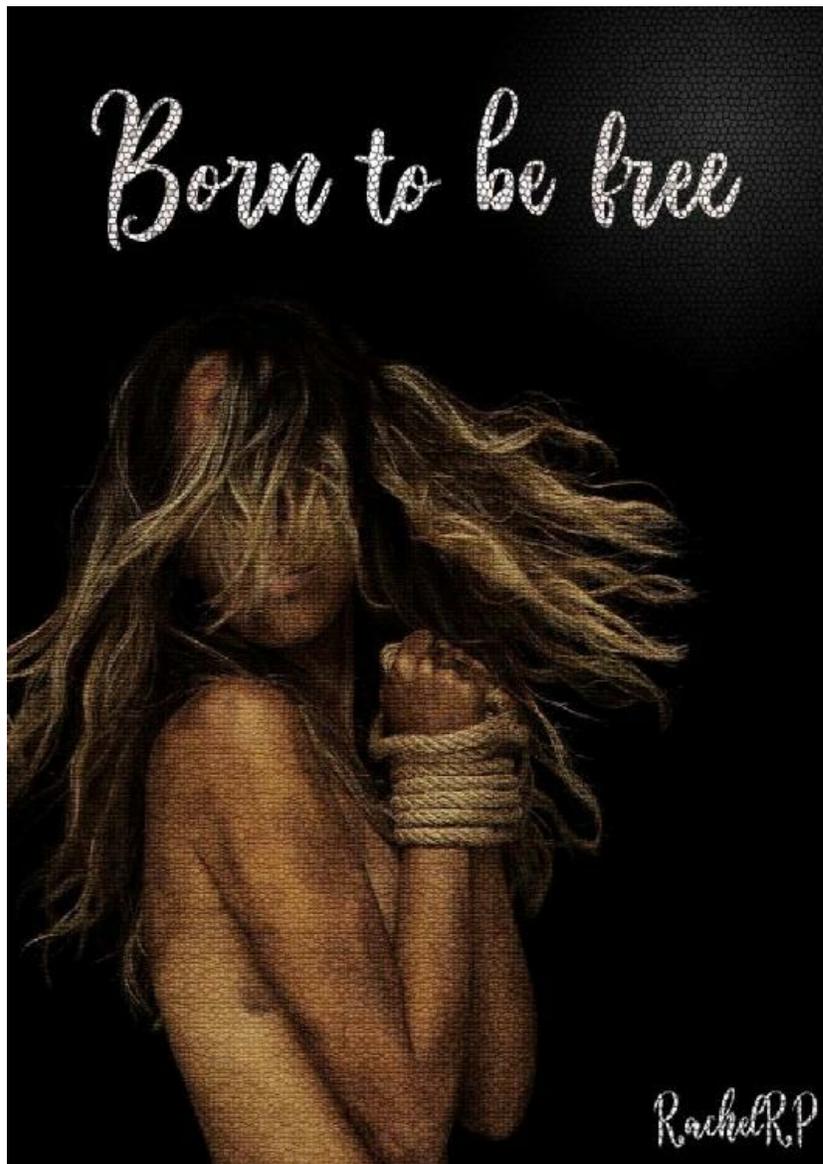
club de moteros para esconderse, hacemos ruido, mucho, pero quizás es que tampoco
ella quiera esconderse, quizás es que ese, es el problema....



"Él lo conocía todo de mí, y aun así me quería
¿Qué voy a hacer ahora que mi mejor amigo se ha ido?
¿Cómo puedo respirar sabiendo que ya no estás?"

Cya acaba de perder a su mejor amigo, la mitad de su alma. Está destrozada y no quiere nada más que comer, ver series en Netflix y dejar que pasen los días. Pero su amiga Samantha no va a permitir que eso pase ¿por qué? Porque primero tiene que reclamar la herencia millonaria que Preston le dejó antes de que alguna mujer usurpe ese lugar.

Jack se acaba de enterar de que su mejor amigo acaba de morir y, como último deseo, le pide que cuide de una mujer que no conoce pero que ha heredado toda su fortuna. Pero ¿es ella realmente la heredera o solo otra caza fortunas? Y ¿Quién es la joven que ha empezado a trabajar en su casa y a la cual no puede sacarse de la mente?



Necesitaba el dinero y lo único que tenía era mi cuerpo, así que me vendí. Eso no significa que vaya a ser una esclava toda mi vida, no. Voy a escaparme y empezar de cero, lejos de todo y de todos, pero por el momento tengo que aguantar. Cuando pienso ¿porque lo hice? simplemente toco mi cicatriz y todo queda claro.

Solo la vi una vez y no pude quitármela de la cabeza. Ella es mía desde ese momento, no tuve más remedio que ordenar que la trajeran ante mí y comprarla, no tengo tiempo de romances y flores. Espero que no le lleve demasiado comprender que

ella es para mí, que estamos hecho para estar juntos. Ahora soy su dueño, su jefe si prefieres suavizar la situación, al fin y al cabo, su trabajo es complacerme, aunque ella crea que vino a mi casa a limpiar. Pronto descubrirá su error.



Olivia acaba de ser despedida porque han descubierto que sus acreditaciones son falsas. Todo por culpa de la secretaria de su jefe al cual no ha tenido ni tiempo de conocer. Pero no va a dejar las cosas así, y menos después de una noche de alcohol. Lo que tiene claro es que piensa vengarse de ella.

Kenneth Crown, dueño de TransOcean, acaba de salir del hospital tras ser atendido por sobre carga de trabajo. A sus treinta años ha conseguido lo que el resto a los cincuenta. El primero en llegar, el último en irse. Lo que menos podía imaginar es que una morena con un diminuto vestido irrumpiera en su oficina en mitad de la noche y se la pusiera dura con tan solo mirarla, pero ¿quién es ella?



¿Conocéis la historia del Patito feo? Pues esta es la historia del cisne que quería ser Patito.

Cansada de ser juzgada por su aspecto Molly Stone se muda al otro lado del país a vivir con su ex novio del instituto que además es su mejor amigo y regenta el título de rompecorazones del campus. Mejor dicho, comparte título con el mismo que comparte piso, Mason Somerfield

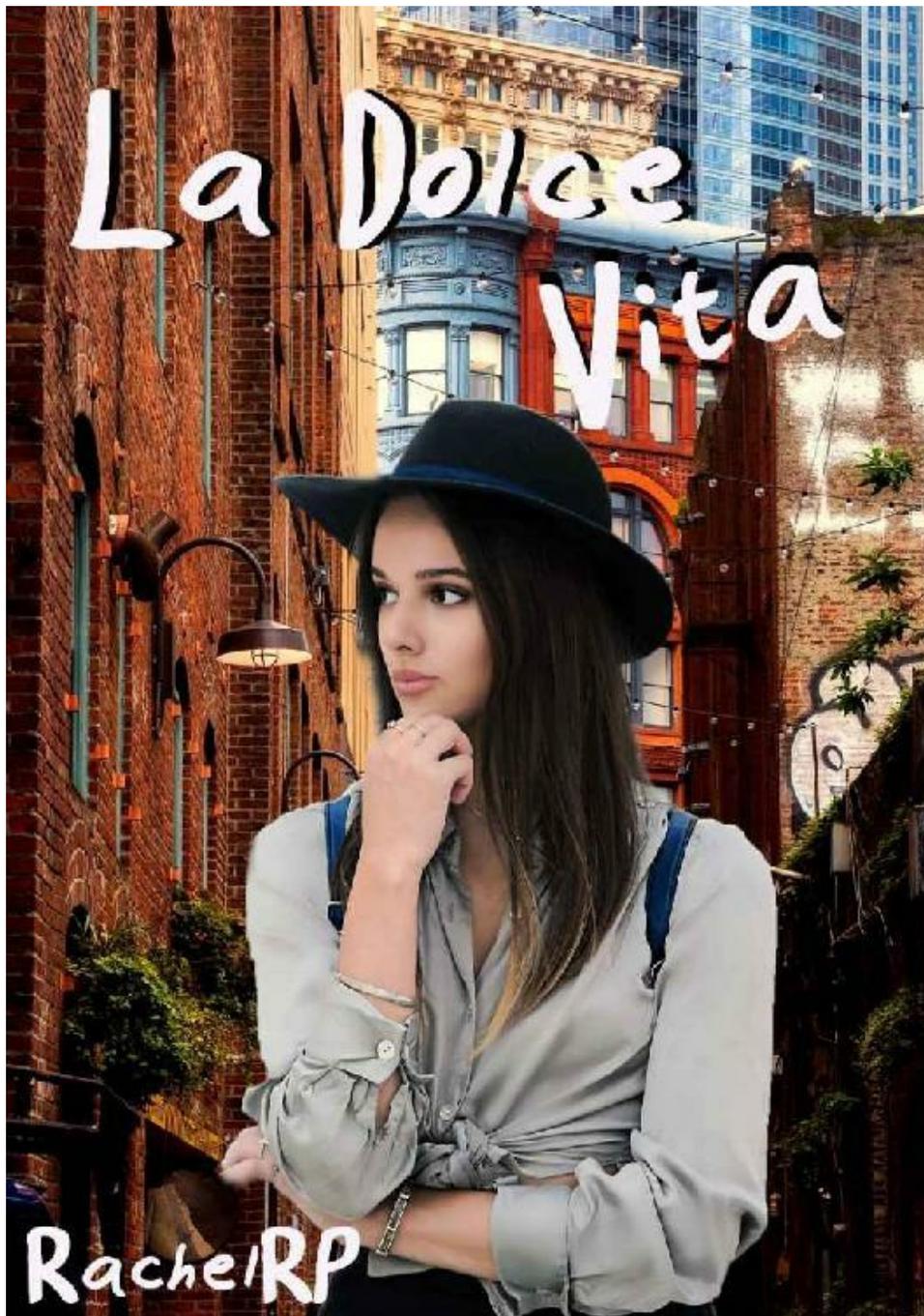
Su mejor amigo y compañero de piso le ha pedido que por favor deje que se mude con

ellos su ex novia del instituto. Esto no puede acabar bien, ninguna mujer aguanta la puerta giratoria de mujeres que pasan por su piso y él no piensa cambiar.



Todos conocemos la historia del chico malo que se enamora de la chica buena en la universidad, pero, ¿qué ocurre con el chico malo reformado si la chica buena lo deja? ¿Podrá superarlo y enamorarse otra vez o el primer amor es irremplazable?

Descubre que pasa cuando para siempre, a veces, es tan solo un segundo...



Mudarse al otro lado del país para vivir con su mejor amigo parecía una buena idea. Lo que no parece tan buena idea es que en la misma casa viva su nuevo jefe. Amor, amistad, trabajo, chicos, todo se mezcla en esta discoteca, entra a conocer *La Dolce Vita*.

[1] Aku no Inu: Traducción al japonés de «Perro del mal».

[2] Hermano, en inglés.